This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

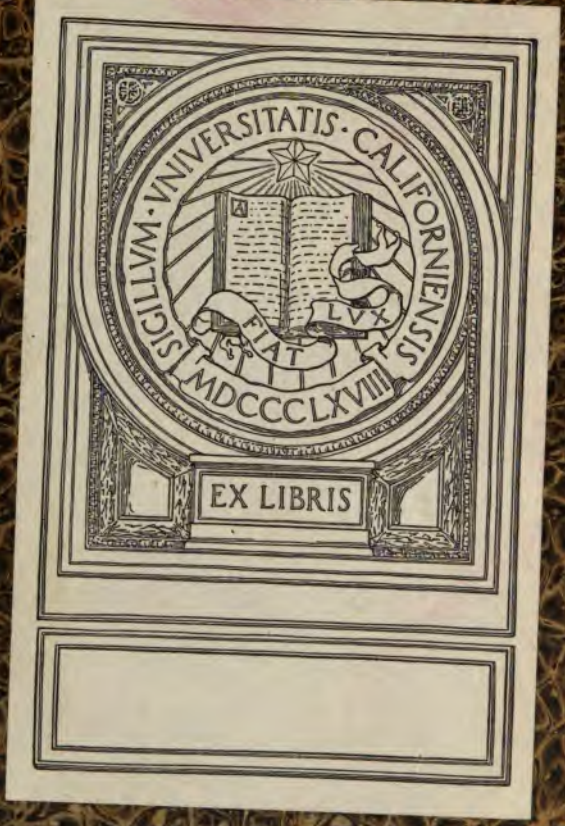
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 315 845


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

A mi querido amigo
Francisco Concha Castillo
su affmo.
Pedro

MURMURACIONES

MURMURACIONES

ARTICULOS DE CRITICA SOCIAL I LITERARIA

POR

PEDRO N. CRUZ

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "EL INDEPENDIENTE"
21 — Chirimoyo — 21
1882

789
C9575
m

A LA SEÑORITA

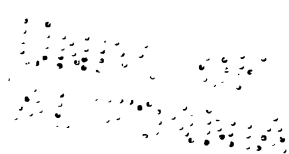
AMELIA CORREA VERGARA

EN HOMENAJE

A SUS VIRTUDES I COMO TESTIMONIO DE CARIÑO

Su afectísimo primo

PEDRO.



M151907

CANCELLED

AL LECTOR

Temo, amigo lector, que encuentres un tanto rara la coleccion de ensayos que ahora te ofrezco, porque, a decir verdad, no los he escrito en ratos de ocio, ni los publico a ruego de amigos importunos. Mas, para no decir la verdad a medias, agregaré que es a mi juicio malísima manera de solicitar la induljencia del lector, el decirle que la obra que tiene en las manos ha sido desdeñosamente escrita para él en momentos perdidos. Lo que mas en ellos se hace es bostezar i el bostezo es mui contajioso. Natural me parece que el lector, a vuelta de dos o tres pájinas,

Abra la mano, caiga el libro i ronque.

Respecto a los amigos, tengo para mí que la tal palabra *amigos* es el seudónimo de cierto anhelo que aguija al autor i no lo deja reposar, hasta que ve estampado su nombre en la portada de un libro.

Otros escritores hai que, en vez de aprovechar los ratos de ocio escribiendo, prefieren robar horas, ya al descanso, ya al sueño i, mas comunmente, a ocupaciones que no dejan tiempo para nada. Bien están semejantes disculpas en las cartas, cuando uno pide que le dispensen la mala letra o lo desaliñado del estilo, i aun, si se quiere, en publicaciones cuya demora podria ocasionar perjuicios; pero ¿quién apura la publicacion de una obra literaria, si ya no es que se escriba para ganar dinero? ¿Ni qué importa al lector que la tal obra sea parto de un injenio desocupado o laborioso? Estos son ardides que no pueden engañar ni al crítico mas mediocre.

Sea de ello lo que fuere, confesaré, por mi parte, que, al publicar estos ensayos, mi propósito no es otro que el de ser útil al

que quiera leerlos. Si lo consigo, me daré por mui contento, si no, válgame mi buena voluntad en disculpa de haber publicado un libro inútil.

I no te espante, lector, el título de MURMURACIONES. No se trata aquí de chismes, ni de alusiones personales, ni de criticar con desvergüenza i encono. Son observaciones recojidas en el campo social i el literario, i tal cual vez en el político i el relijioso, con algunos comentarios que mucho me temo no han de ser ninguna novedad para las personas experimentadas i estudiosas.

UN MUCHACHO DE ESPERANZAS

Siglos atras (obsérvese, de paso, el alto punto de vista en que me he colocado), siglos atras, digo, la gloria mas grande que la juventud ambicionaba era ganar una corona en los juegos públicos, distinguirse en el ejército, excitar la admiracion de sus conciudadanos con acciones heróicas, sacrificarse por la patria o merecer elevados cargos en la república. Anhelóse, despues, llevar a cabo grandes hazañas i aventuradas empresas, no para el bien comun, sino con el loable fin de agradar a una mujer. Ahora no hai satisfaccion comparable a la que siente un jóven cuando alguna niña le dice: «¡Cómo me ha gustado su lindo artículo de ayer! ¡Tan hermosos versos! ¡Si supiera usted lo que me ha hecho llorar la pobre Alicia!» o bien cuando recibe las felicitaciones de un amigo profundamente penetrado, al parecer, de sus palabras: «¡Bien, chico, bien! Hai chispa. Sigue adelante: vas por el buen camino.»

I véase lo que son las cosas: ántes, para merecer nombre i fama, trabajaban en robustecer el cuerpo sujetándolo a toda clase de penosos ejercicios, i procuraban adquirir elevados sentimientos con el ejemplo constante de las grandes acciones, miéntras que en este tiempo créese que para conquistar gloria, basta escribir i mandar a la imprenta lo que primero se ocurre. Así vemos lanzarse a los jóvenes por el sendero de las letras, tan ameno i fácil de recorrer a la simple vista, sin probar ántes sus fuerzas, sin conocer los recursos del idioma, sin el juicio necesario para madurar sus ideas i no caer en ridiculez por aparecer sublime. Oidos los elojios de los amigos i oida la opinion de los ignorantes (digna de desprecio cuando es adversa, pero de grande estimacion si es favorable) crece la confianza en las propias fuerzas; el afan de añadir nuevos laureles a los ya conquistados, no deja tiempo para cultivar la razon i el gusto, i a tal intelijencia que hubiera podido remontarse mui alto si hubiera aguardado con sosiego que la robusteciera el estudio, le acontece lo que a esos árboles destinados a una grande elevacion, que se inclinan al suelo i arrastran por él sus ramas por haber faltado, al principio, un apoyo a la debilidad de su tronco.

Prueba de ello es mi sobrino Pepe, cuya vida literaria tengo de referir a mis lectores.

De carácter vivo, intelijencia despierta i regular aplicacion, hizo su primer ensayo literario a los doce años, cuando estaba en el colejio, i fué una sátira contra uno de los alumnos del curso de filosofía, a quien cayó mui

en gracia la teoría de Hobbes sobre los derechos de la fuerza i habia hecho recientes aplicaciones en mi primo. La sátira fué vivamente aplaudida, pues, a la sal de que abundaba, se juntó la escasa popularidad del discípulo de Hobbes. No echó mi sobrino en saco roto este primer buen éxito: hizo algunos discursitos para celebrar a sus profesores el dia de sus cumpleaños; repitió lo de la sátira, siempre con jeneral aplauso, i suspiró por el año en que pudiera cursar literatura. Vino, por fin, el año, i tales simpatías despertó en mi primo el estudio de las letras que llegó a convencerse firmemente de que eran su vocacion, i así dedicóse a ellas con todo el ardor de sus juveniles ambiciones. Bastante disparatadas i pedantescas eran las composiciones que presentaba en la clase; pero traslucian cierta orijinalidad i gracia que anunciaban, por ese lado, a su autor un risueño porvenir.

Sucedió que por ese tiempo varios amigos de mi sobrino fundaron un periódico literario, i como las circunstancias no podian ser mas propicias para estrenarse en la carrera de escritor público, acojió Pepe alborozado la propuesta de colaborar en su redaccion. Tímido al principio, publicó un poemita mui triste i melancólico, titulado *Mi infancia* i tiernamente dedicado a su madre.

No hai para qué contar los sobresaltos, las ajitaciones, los insomnios que precedieron al dia de la publicacion del poemita, ni el cuidado con que corrijió las pruebas, cuidado que no fué bastante para impedir la aparicion de tres erratas que estuvieron a pique de hacerle perder a Pepe la cabeza i que fueron tres puñales

que por mucho tiempo llevó clavados en el corazon. Se publicó el poema. ¿Cómo describir la complacencia infinita de mi primo al ver su nombre impreso en grandes caractéres? ¿Cómo contar los castillos que fabricó, las ilusiones que le brotaron i los planes que formó? ¿Qué decir de la mamá que andaba mostrando el papelucho a cuanta persona encontraba? Hizo su aparicion el soneto en domingo, i Pepe salió a pasearse con cara de autor laureado, i cada vez que veia a dos personas conversar i que lo miraban, creia oir a una de ellas que decia a la otra: «Ese jovencito tan simpático que va por ahí es el de *Mi infancia*.» En su casa apostrofó con dureza a una de sus hermanas que se atrevió a llamarlo «muchacho entrometido,» a causa de ciertas observaciones que él se tomó la libertad de hacer sobre las mujeres en jeneral, i desde ese dia memorable Pepe se tuvo en mayor estima, trató a sus condiscípulos con mas reserva i principió a adquirir de una manera algo vaga la idea de que talvez tendria una mision que llenar como escritor.

El primer paso estaba dado. Ansioso mi primo de manifestar al público la variedad de sus conocimientos, dió a la estampa una composicion descriptiva i poco despues, sin miedo alguno, escribió un artículo filosófico-social con el título de *La Libertad i la Revolucion*, pésimo extracto de un capítulo de una obra francesa que al intento habia hojeado. Cúpole a este artículo la triste suerte de ser leido por el redactor de un diario de provincia, quien, considerándolo como artículo de mucho fondo, no vaciló en reproducirlo en su diario i no satis-

fecho con esto, llamó en la crónica la atencion del público con un parrafito que decia: «Llamamos la atencion de nuestros lectores al profundo e interesante estudio sobre la Libertad i la Revolucion, que hemos tomado de un periódico de la capital i reproducimos en otra columna.»

No es posible describir la alegría interior de Pepe al saber esto, i digo interior porque tuvo gran cuidado en no manifestarlo, queriendo hacer creer que el asunto del diario no le importaba dos cominos.

Ya con esto la idea de la mision tomó mayor consistencia; la mirada vivaracha de Pepe se convirtió en la de un hombre constantemente ocupado en profundas lucubraciones; principió a hablar delante de sus mayores con una autoridad que daban ganas de aplicarle al chico un par de soplamocos i dió en ser un pequeño pedante que llevaba trazas de hacerse insoportable.

En vista de estos triunfos i envalentonado por las alabanzas de los amigos, dedicóse Pepe casi exclusivamente a escribir poesías fujitivas, leyendas i cuentecitos que eran los jéneros que mayores facilidades le ofrecian, pues creia Pepe que el salir bien en ellos dependia únicamente de la fecundidad del propio injenio, sin que fuese menester estudiar los modelos, i así luego se dejó de estudios filosóficos, para lo cual tambien fué parte el haber comprendido mi primo que la amenidad i gracia de su musa no se avenia bien con los áridos problemas de la ciencia social.

Pero tuvo otros resultados la desatinada aficion de Pepe a escribir. Disgustóse pronto de los ramos que

cursaba: descubrió que las matemáticas eran mui secas, que el latin estaba muerto, que la lójica era pura broma puesto que él raciocinaba desde hacia tiempo sin necesidad de reglas, que la metafísica era un embrollo i en literatura se declaró francamente partidario del romanticismo i no le paraba la lengua en punto a la libertad del jenio. Quejáronse los profesores; lo reprendió su papá: él no hizo caso. Felizmente le faltaba poco para concluir las humanidades, i mal que mal dió sus exámenes, recibió con cierto desden el diploma de bachiller i asistió al curso de leyes en la Universidad.

I aquí viene lo bueno, pues como mi primo contara ya diez i seis años i se viera estudiante de derecho, consideró de absoluta necesidad el tener una Dulcinea a cuyos piés habia de arrojar los laureles conquistados en el honroso campo de las letras i cuyos inmensos tesoros de amor lo fueran tambien de poética inspiracion. No vaya a creerse que estas reflexiones se las hizo Pepe a sangre fria, de ninguna manera: estaba ya bajo la influencia, débil todavía, de una chica de catorce primaveras i romántica a mas no poder. Hubo miradas, él la siguió, le paseó la calle; la niña comenzó por hacer jestos de desden i acabó con miradas tan lánguidas i tiernas que hubo ratos en los cuales Pepe creia que ella estaba mas enamorada de él que él de ella.

Enmudeció la musa de mi primo en presencia de este nuevo sentimiento: mas luego se alimentó de él i comenzó a ver la luz pública una série de poesías eróticas en todos los metros i estrofas conocidos i una infinidad de

de novelitas i leyendas: orientales las unas, escritas a la manera bíblica, llenas de palmeras i bambúes, de aduares, desiertos i caballos árabes. En ellas los amantes solo comian dátiles i no se casaban, aun cuando no les hacia falta el dinero, porque andaba un rajah de por medio, o un beduino de mala índole. Pasaban otras en Arauco, en tiempo de la conquista, i ahí corria el Bio-Bio entre epítetos mui bonitos, se citaba a Ercilla, para todo salian Caupolican i Lautaro, i el asunto versaba las mas de las veces sobre una desdichada india que tenia un amante de su país i otro español, i ella despreciaba al indíjena que la queria para esposa i correspondia al español sin averiguar para qué la queria: de lo cual resultaba que el indíjena asesinaba al español, i la india se moria de pena, o el español desollaba vivo al indíjena, i al poco tiempo despues se veia a la india lamentarse como Ariadna i morirse tambien como ella. Todas estas composiciones rebosaban de tan disparatada ternura i de expresiones amorosas tan fuera de lugar, que el papá de la niña hubo de caer en la cuenta de que todas esas cosas eran para su hija i le prohibió leer dichos artículos.

Pepe no acobardó, i en vez de apurarse en concluir luego sus estudios para trabajar, siguió adelante con sus ilusiones; i el amor por un lado i por el otro el deseo de poseer cuanto ántes la gloria que no dudaba alcanzar siguiendo el camino por que iba, le inspiraron tan profundo disgusto por todo lo que olia a leyes, que un dia su papá le mandó con cara de vinagre dejarse de tonterías i no volver a escribir. Mi sobrino se

hizo el sordo: pasó una noche desvelada buscando un seudónimo i siguió adelante.

En tales circunstancias estaba él cuando vino a hacerme una visita.

—¿I cómo andamos de estudios? le pregunté.

—No me hable de estudios. Esas leyes... les tengo un odio... tan secas, tan llenas de enredos i minuciosidades... No he nacido para abogado.

—Pues entónces habrás nacido para médico, porque para alguna de las dos cosas se ha de nacer.

—En casa se han enojado conmigo; pero la verdad es que las letras son mi vocacion. Bien me conozco. Creo que cultivándolas podré ser algo mas tarde, miéntras que los Códigos solo harán de mí un leguleyo.

—¿Con que te sientes con vocacion para las letras? Pero has de saber que no hai jóven que no crea sentir igual llamado i no es posible que todos.....

—¡Bah! Pero mi vocacion es probada.

—Así será. ¿I qué haces para seguirla?

—Lo que usted ve: me ensayo en escribir.

—Pero, Pepe, ¿crees que esto de escribir bien, es solamente negocio de gastar tinta? ¿Qué provecho te trae ese afan de publicar? Llegarás a adquirir gran facilidad para expresarte; pero esta facilidad, que por ahí suelen llamar fecundidad, es en buenos términos pura charlatanería, el mayor mal que puede sobrevenir al que como tú es principiante en la carrera literaria.

«Podrás llenar en un momento muchas cuartillas de papel; pero las ideas serán vulgares i el estilo tan pobre,

tan desaliñado, tan incorrecto i lleno de pleonasmos, que ha de causar pena su vista.

«Las cualidades del estilo i de la elocucion, el conocimiento de los recursos del idioma, de ninguna manera se adquieren a fuerza de escribir, sino con el estudio constante i detenido de los maestros de la lengua. Demóstenes, para formarse el estilo, copió hasta ocho veces por su mano la historia de Tucídides.

«Esa pertinacia en el estudio es propia de los grandes injenios: no te exijo que la imites; pero se puede conseguir el mismo fin tomando nota en un cuaderno de todas aquellas palabras i frases usadas por los clásicos. Este cuaderno, hojeado a menudo, te será de mucha utilidad, pues el escritor ignorante del idioma desecha con frecuencia ideas o se enreda en circunloquios, por no saber que hai palabras propias para esas ideas.

«I dime, sobrino, ¿qué jénero literario es el que mas te gusta?»

—¿El que mas me gusta? Las leyendas i poesías; estoi ahora escribiendo una comedia.

—¿De modo que ni siquiera te has tomado el trabajo de mirar la cara de tu musa? Es de no creerlo, porque, si no me equivoco, hace ya cinco o seis años que escribes. Menester es ensayarse al principio en diversos jéneros, i si se tiene verdadera disposicion para las letras, luego se encontrará uno en que la intelijencia parece estar con mas desahogo i la pluma corre mas fácilmente. Si a las veces ofrece sus dificultades el conocer uno las tendencias de su espíritu en esta materia, debe consultar

a las personas ilustradas, quienes difícilmente pueden equivocarse en sus apreciaciones a este respecto.

«Probada la inclinacion a un jénero, sea éste en adelante el principal objeto de los estudios literarios. Han de ser tan familiares los autores que mas se han distinguido en la materia, como los modelos del lenguaje: *nocturna versate manu, versate diurna* (i te lo digo en latin, no por creer que lo entenderás mejor, sino para mayor autoridad). I de este modo, si tienes paciencia para ensayarte en composiciones apropiadas a tus fuerzas, para solicitar i aprovechar la crítica de las personas instruidas, si no cedes a la manía de publicar i si en tus estudios no desmayas, podrás en poco tiempo dar trabajo a los cajistas con seguridad de buen éxito. De otra manera no pasarás de ser un autor vulgar i mediocre.

«Hé ahí como debe obrar el que ambicione distinguirse en las letras; pero tú ¿qué haces? Por el gusto de ver en un periódico tus producciones i oir las lisonjas de los amigos, que no llorarán ni brincarán como el de Horacio, pero que, despues de haber oido con recojimiento la lectura, te darán con aire severo una palmada en le espalda: «Bueno, bueno; no me gusta alabar a nadie, pero ahora.....» por eso, digo, te has metido a escritor, con escasa instruccion, sin guia alguno, sin procurar ilustrarte, sin otros maestros que esos autorzuelos llenos de relumbrones que acaban con el gusto mejor formado cuanto mas con el tuyo, sin conocer mas que de nombre a los clásicos de la lengua i sin tener ideas fijas sobre ninguna materia.»

Excusado es advertir que para mi sobrino fué lluvia mi discurso.

Hace poco cortó su carrera i lo considero irremediablemente perdido, segun es el camino que lleva. No le basta ya ver sus composiciones en letras de molde: háse apoderado de él un insaciable deseo de exhibir su interesante persona. ¿Se abre una escuela? Ahí lo tienen ustedes con la boca llena de civilizacion i de progreso, i habla de una cárcel que se va a cerrar i cita a Franklin. ¿Hai un *meeting*? Pepe es el orador mas acalorado. ¿Se murió Fulano? Ya está mi sobrino en el cementerio: «Antes que la fria losa cubra los inanimados restos del que fué N. N. (aquí el nombre de la persona con media docena de buenas cualidades) permitid a mi débil voz.....», i sigue el discurso lleno de vocativos al difunto, de exclamaciones mui patéticas, de pensamientos profundos i de dudas e hipótesis sobre la otra vida que mi sobrino emplea inocentemente como figuras literarias, sin sospechar la irrelijiosidad que encierran.

Confieso que no habria ocupado la atencion del lector en cosa de tan poco momento, como la que dejo referida, si no fuese que la mayor parte de las producciones literarias que aquí se publican, son obra de injenios tan cultivados como el de mi sobrino.

LOS ILUSTRADOS.

Volamos por el sendero del progreso. Véase si no.

La plebe comete crímenes i en tan gran número como en los paises mas adelantados. La policía de seguridad siempre llega oportunamente preguntando que para dónde se han ido los malhechores.

Los artesanos se nos han vuelto artistas. Tienen club i sociedades filarmónicas. Algunos ya principian a abrir los ojos i a no creer en Dios, señal inequívoca de civilizacion.

Las mujeres han hecho sus tentativas de emancipacion literaria, la cual han conseguido plenamente por la sencilla razon de que nadie las tenia sujetas. A Dios gracias, ya se les acabó el alboroto.

Si se trata de bellas artes, estamos en pleno Renacimiento. Abundamos en dos escultores, i dicen que el uno se va porque el otro basta para el consumo. De música, no deja de haber quien toque en los salones cuando

bailan, i para las grandes fiestas, tenemos bandas militares. De pintura, no faltan aficionados.

Teatros no escasean. Lo que sí suele faltar a menudo, son compañías líricas o dramáticas que representen i concurrencia que las quiera oir.

En punto a libertades públicas, ya podemos competir ventajosamente con las monarquías europeas i en especial con la Rusia.

Nuestra hacienda pública tiene un déficit que nos honra i que va en aumento junto con la aficion a la Economía Política.

Respecto a descubrimientos científicos, nadie nos puede echar la pierna adelante. Cada cuatro o cinco años, descubre un individuo un mecanismo para volar i otro la manera de dar direccion a los globos. I debe de ser nuestro clima mui favorable para dicha especie de descubrimientos, porque algunos sabios extranjeros, singularmente los médicos, en llegando aquí publican descubrimientos prodijiosos que acaban de hacer, buen éxito que no pudieron obtener allá en sus tierras.

Pero dejemos estas i otras muchas cosas que podria agregar i tendamos, oh lector, una mirada apacible a esa juventud ilustrada, esperanza de la patria, espejo fiel de nuestro adelanto i barómetro de la civilizacion. Mira a ese enjambre que enseña aquí, aprende allá i acullá disputa; míralos entrar a las imprentas con abultados manuscritos, sin esperar el bigote i las barbas; óyelos cómo hablan de la difusion de las luces, del progreso intelectual, cómo discurren sobre las ciencias i las artes, cómo tratan de

relijion i de gobierno sin dejarse arrastrar por añejas preocupaciones. ¡I con qué profundidad, con qué buen juicio! ¡Qué ilustracion tan sólida! ¡I qué de talento habrán menester i cuánto estudio para alcanzarla! Admira a esos individuos que espantan a las mujeres hablándoles de materias de cuya existencia ni siquiera sospechan, que son el asombro de los espíritus limitados para quienes hablar de una cosa es conocerla, i que, llegado el caso de obrar, no son capaces de escribir ni una mala leyenda araucana; es todo lo mas si estallan con una poesía fujitiva. Contempla...; pero dejémonos de contemplaciones i tomemos las personas.

El primero que se nos viene a las manos es el *ilustrado-colejial*, precursor del *ilustrado* propiamente dicho. Es niño que da grandes esperanzas a sus projenitores, tiene en la familia nombre de mui agudo, es respetado por la mamá, fastidia a las hermanas, i el papá le da comisiones de importancia.

Su conversacion es agradable como el canto del zancudo. Todos sus esfuerzos tienden a enredar a los demas con las dificultades resueltas en la clase. Se muere por discutir asuntos filosóficos: el alma de los brutos, el lugar que ocupa el alma humana en el cuerpo, el oríjen de las ideas, cargando la mano en aquellos dos latinajos: *sicut tabula rasa* i *nihil est in intellectu*. Cuando se halla presente en alguna discusion, mas que ésta sea entre personas graves, toma parte en ella con sin igual desparpajo. Si lee a su padre el diario, interrumpe a cada paso la lectura para hacerle notar una falta de construc-

cion gramatical, i si tropieza con alguna errata de imprenta, como letra cambiada o invertida, dice en tono resuelto i que revela profunda conviccion: «¡Esto está malo!» Si tiene flores en la mano, en vez de aspirar el perfume o recrear la vista, se pone a analizarlas haciendo de manera que todos lo vean: el análisis no pasa de distinguir el cáliz, los pétalos i la corola, i al llegar al pistilo i a los estambres, dirá el sexo con toda malicia i vuelto hácia los hombres, como que tambien él sabe la cosa.

En la numerosa familia de los necios, estos niños ocupan un lugar honroso i distinguido. No son traviesos, ni juegan, ni sus mejillas son rosadas, sino que andan como abstraidos i mui dentro de sí mismos, se pasean con gravedad, i molestan con las preguntas que hacen para manifestar que en todo se fijan i que de todo quieren darse cuenta. I basta lo dicho repecto a ellos, que hai otras personas mas principales en quienes ocuparnos.

He aquí al *ilustrado-escritor*. Ya se presenta en la forma de jóven barbudo que a última hora ha descubierto en sí mismo grandes aptitudes para literato; ya en la de mozo imberbe, que desde hace tiempo ha recibido las órdenes menores del apostolado de la ciencia. Ambos a dos rara vez se ocupan en cuentos, leyendas o novelitas. Desprecian esa literatura fácil, como la llaman. I vedlos escribiendo *consideraciones*, *ensayos*, *reflexiones*, *bocetos literarios* o *filosóficos*, donde no se sabe qué admirar mas, si la grandeza del asunto o la sandez del que lo trata. ¡I cómo discurren en tres pájinas sobre el espíritu de las

revoluciones, sobre la civilizacion antigua i la moderna, sobre las clases sociales!

En dos pinceladas quedan resueltos los intrincados problemas de la educacion de la mujer i de la instruccion del pueblo. La ignorancia es el blanco de sus tiros, la persiguen, no le dan tregua. I hé ahí un tercer problema: la ignorancia combatiéndose a sí misma.

Mas no se contentan estos ilustrados con aparecer a los ojos del vulgo como grandes pensadores. Es preciso manifestar erudicion, i ¡cómo la manifiestan!

No pueden nombrar la Poesía sin advertir caritativamente al lector que es un arte, i para mayor provecho le ofrecen una lista de las personas que han sobresalido en él. Toda es jente desconocida i de nombres mui raros, comenzando por un tal Homero i siguiendo con otro tal Virjilio, Dante, Milton o Gœthe; i para que vean que el autor, a pesar del profundo conocimiento que tiene de los antiguos clásicos, no cierra los ojos ante el mérito de los poetas contemporáneos, agrega al fin de la lista, dos o tres nombres de infelices compatriotas que se han ocupado en formar montoncitos de *hojas secas*, o en echarlas *al viento;* o que copian i dan al público las notas de una arpa de su propiedad, que deben de tener mui guardada, porque ningun sér humano la ha visto.

En los raciocinios en grande, cuando nos vamos a la esencia de las cosas, con nombrar a Platon i a Aristóteles estamos en el fondo, i ahí podremos acaso solazarnos con una cita del baron de Leibnitz o de Kant, cojida al vuelo en un periódico o revista filosófica.

No llaman a la Inglaterra Inglaterra, sino la nebulosa Albion, sin saber palabra de donde le viene este nombre. Si el escrito es festivo, tendremos Jhon Bull. Otras veces será la patria de Lord Byron, i éste el cantor de *Don Juan*, i cada vez que salga dicho poeta, habrá cambio en el título de la obra.

Al idioma castellano, por fuerza le han de decir «el idioma de Cervántes i de los maestros Avila, Granada, Leon», i sigue la letanía.

Veamos las citas. ¡Qué oportunas i qué nuevas! ¡Cómo se encadenan unas a otras sin interrumpirse mas que para dar lugar al: «Fulano dice a este propósito»!

Si trata de progreso, no dejará el *ilustrado* de acudir con la luminosa idea de Pelletan: «El mundo *marcha*,» como si el mundo fuese un peloton de infantería, i pondrá como modelo «la gran República del Norte.» Si espera cosas que no se dan mucha prisa en venir, como la conversion de las personas sensatas al liberalismo, ahí está como nacida la famosísima frase del inmortal Víctor Hugo: «¡Es preciso esperar!» o la sublime expresion de Lamartine: «¡Esperemos!» ¿Se habla de tal obra amena? Clavado viene el *utile dulci*, i así irá el lector encontrándose con agradables sorpresas, como el *lasciate ogni speranza*, el *rien n'est beau que le vrai*.

Hai todavía tretas mas injeniosas, como ir poniendo al pié de la pájina, en el idioma orijinal, los títulos de las obras cuyas son las frases citadas. No dejará de haber quien crea que el autor sabe muchas lenguas, i que ha leido todos esos libros. Por igual camino va aquello de

traducir las palabras a idioma extranjero. Dicen ¡oh tiempos! i agregan *o tempora!* Hablan de agudeza, chispa, injenio, i a renglon seguido: *sprit* como dicen los franceses. Esto me trae a la memoria el caso que refiere el P. Isla en el *Frai Jerundio*, de un tontarron de predicador que decia: «*Humillitas* llamó profundamente mi padre san Bernardo a la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de Consideracion al Papa Eujenio.»

La conversacion del *ilustrado-escritor* es sumamente agradable i divertida. A todo el mundo le habla de sus obras, i así comienza: «En el articulito que publiqué en tal periódico...; pero, quizás, agrega, usted no lo conocerá. Tendré el gusto de mandárselo, i le aconsejo que lo lea: hai algunas cosas buenas.» I le refiere a su interlocutor, cómo está escribiendo sobre cierta materia un estudio que le pide mucho trabajo, porque no es aficionado a tratar los asuntos por encima. Luego despues se quejará amargamente de la indeferencia literaria del público i de su mal gusto, i confiesa que no sabe cómo no arroja léjos de sí la pluma. Suele tener un autor favorito i hace gala de admiracion fanática por sus obras, i el tal autor es ordinariamente miembro de la sociedad de alabanzas mutuas de que nuestro jóven forma parte.

El *ilustrado-artista* discurre sobre bellas artes que es una maravilla oirle.

Es melómano exaltado, sabe de memoria muchos nombres de músicos famosos i toca a las veces mas o ménos mal un instrumento. La música alemana es su deli-

cia, es la única que descubre a su imajinacion vastos horizontes i sumerje a su alma en profundas reflexiones. Su opinion es de gran peso cuando juzga del mérito de los artistas cantantes: nadie se atreve a contradecirle. Siempre se le ve en compañía de los artistas i profesores de música extranjeros que suelen venir a nuestras playas. A menudo se le encuentra en las funciones relijiosas: apoyado en una pilastra medita profundamente, no sobre el *vanitas vanitatum*, sino sobre el canto llano o los majestuosos sonidos del órgano. Nada saca en limpio de sus reflexiones; pero ya tiene materia para hablar media hora de un *Agnus* o de un *Credo*. No pasemos por alto el temor que le tienen las niñas que tocan piano: ese temor es fuente inagotable de satisfaccion para el *ilustrado-artista*, quien reviste entónces un semblante induljente i bondadoso.

Si entra en alguna parte donde hai cuadros, luego pregunta quién es el autor, se coloca frente a ellos con las manos a la espalda i, arqueando las cejas, los examina ya de un lado, ya de otro. Habla de la composicion, de la perspectiva i de los escorzos, del claro-oscuro, de las tintas i medias tintas, del colorido en jeneral i de si en el cuadro hai o no *mucho aire*. Critica con calma i seriedad las posturas i los pliegues de las ropas, i, al llegar al exámen anatómico, si entre los oyentes hai alguno entendido en medicina, se dirije a él: «Pero usted, le dice, debe saber estas cosas mejor que yo. ¿No le parece que esta vena i los músculos...» I se lleva chasco el médico que ya es-

taba mui alegre por ofrecérsele ocasion de lucirse un poco.

Vueltos al asunto, extenderá la conversacion, i aquí es donde vienen las escuelas, i luego saldrá la fuerza de Miguel Anjel, la belleza de Rafael, el colorido del Ticiano, la gracia i delicadeza del Correggio, el fogoso e inculto Caravaggio, el fantástico pincel de Goya, i así hasta que Dios quiera.

El *ilustrado-artista*, para echarla de perito, suele extasiarse delante de un cuadro ordinario, i exajera las alabanzas hasta el punto de llamarlo verdadera joya del arte. El dueño del cuadro, que no entiende absolutamente nada de pintura, i que lo ha comprado con el único objeto de adornar la pared, queda suspenso al encontrarse poseedor de tales maravillas.

Este *ilustrado* se considera a sí mismo como un manual de Estética, i a todo lo que ve le aplica las reglas jenerales de la belleza, desde el edificio mas grande hasta la pieza mas pequeña que sirve de adorno en los salones. En no tocándole las bellas artes, materia que trata con la autoridad de un profesor, es, por lo comun, individuo complaciente i de conversacion llana i agradable.

El *ilustrado de salon* es el consejero nato de las niñas en la eleccion de libros. Le piden algo que instruya i divierta, i él, que sabe que estas peticiones de las niñas son por hacerse las juiciosas, les proporciona novelas cuyos capítulos terminen con desafíos, o con aquellos besos delirantes, frenéticos, abrasadores, que acostumbran

darse los enamorados, miéntras los padres investigan cavilosos la causa del abatimiento de su hija.

El *ilustrado de salon* habla de cuanto Dios creó; pero guárdense de discutir con él. Es tiempo perdido. Sostiene las teorias mas vulgares i disparatadas con argumentos de la misma clase; pero expone las cosas con tal suavidad, sin alterarse, con tal cortesía, que el contradictor no se atreve a decirle nada. Prodiga elojios al adversario, i se sale de la cuestion i divaga con dulzura i amabilidad incomparables. No arrebata la palabra, sino que aventura con delicadeza un «permítame, señor,» o «tenga usted la bondad de escucharme un rato,» i luego todo lo que expone es tan claro, tan evidente, tan indudable... Al fin resulta que era de la misma opinion del otro: «Eso es: lo mismo que yo decia. Asunto de palabras.»

Si hai niñas presentes, nuestro *ilustrado* en lo mejor del debate, se dirije a cualquiera de ellas: «¿Qué le parece a usted, señorita?» Pónese ésta colorada i dice que no sabe; pero... talvez... le parece... cree... Ello es que tercia en la disputa, i al poco rato, el asunto se vuelve piropos, cumplimientos i bromitas inocentes.

Pasemos ahora al *ilustrado-liberal.* Campea en materias relijiosas i en lo que con ellas se relaciona. Donde se encuentra, no tardan en levantarse discusiones sobre la infalibilidad del Papa, la libertad humana, el derecho divino de los reyes, la libertad de cultos, i otras por el estilo. Es individuo que sabe sobreponerse a las preocupaciones vulgares. Al lado del vapor, de la electricidad i de los otros descubrimientos del siglo, marcha imperté-

rrito por la senda del progreso. Razon tiene para mirar con ojos compasivos a ese tropel de simples que se están sin adelantar un paso, mirándolo i sin querer seguirlo. Con gran propiedad los llama retrógrados, i deberia inventar otro nombre que pusiera mas de manifiesto la candidez de esa jente. ¡Andarse con las antiguallas de creer lo que Dios ha revelado i no creer lo que revelan cuatro o cinco escritores franceses i media docena de frutos del pais! ¡Oh ignorancia! ¡Oh necedad!

¿I piensan ustedes que para llegar a esa altura olímpica, el liberal no ha padecido trabajos? ¿Se imajinan que ha bebido la ciencia de que tanto blasona, en la lectura exclusiva de periódicos de sus ideas i en libros de propaganda? ¿Se figuran que estudia poco i que eso poco, mas lo dedica a sostener el aparato de sus creencias que a buscar imparcialmente la verdad, como lo dice a gritos? ¡Error! Se quema las pestañas ese hombre, se las quema, arruina su salud, se encorva el cuerpo. Así, a fuerza de vijilias, ha descubierto que todos los escritores católicos son parciales i guiados por el fanatismo, i mui imparciales i dignos de fé los que no son católicos. De esta manera puede reirse de tantos ignorantes que creen que los argumentos que él repite en tono de novedad i de triunfo, han sido mil veces refutados.

El liberal siempre anda llorando a moco tendido las bárbaras e inauditas persecuciones de Jordano Bruno, Rogerio Bacon, Frai Luis de Leon i Galileo con su *eppur si muove*, al cual le debe buena parte de su gloria, i que, para los enemigos de la Iglesia, ha sido un descubrimien-

to tan importante como el mas principal de astronomía o de física. Cuando ha nombrado a esos individuos (porque el asunto es nombrarlos i ahí nos quedamos), el liberal saca del bolsillo de los pantalones, la mano derecha que ahí tenia guardada, i, levantando el brazo, exclama: «¡I vengan a decirme ahora que la Iglesia no ha perseguido siempre a todo lo que signifique ilustracion i progreso!» Dicho lo cual, guarda de nuevo la mano, agrega entre dientes un «pscht,» encojiéndose de hombros, da media vuelta en los talones, i estamos convencidos.

El sabe punto por punto todos los crímenes de Alejandro VI i de la famosa Lucrecia. Cuando quiere alegrar al auditorio, cuenta riéndose algo sobre la papisa Juana.

Pero esto es nada en comparacion del horror que le causan las víctimas del catolicismo. Porque él, mediante laboriosas investigaciones, ha llegado a conocer el número exacto de los hugonotes que perecieron en aquella horrible matanza de la San Bartolomé; de los judíos i aficionados a la sinagoga que murieron en las hogueras de la Inquisicion; i de esos desgraciados que acabaron la vida en las sombrías prisiones del Santo Oficio. Enciéndesele el rostro ante semejantes actos de barbarie, se indigna i prorumpe con grandísima nobleza, a modo de epifonema, en esta frase: «¡Hé aquí a lo que conduce el fanatismo unido a la ignorancia!» Que es como pared que se nos cae encima.

Para consolar a esta alma atribulada, no es menester mas sino traerle a la memoria las persecuciones de la

Iglesia, los mártires. «¡Oh! dice con bastante serenidad i resignacion, eso es demasiado; no lo apruebo. Pero.... usted ve....

«Culpa fué de los tiempos, no de España.»

La lástima es que estos tiempos no huyen irreparables, sino que dan en volver cada vez que pueden.

El liberal, animado de celo evanjélico i procurando la difusion de las luces, acostumbra dar al pueblo, conferencias sobre materias sencillas i adecuadas al auditorio, que se anuncian en los diarios, como «Las ciencias exactas i naturales,» «Organizacion jeneral del mundo,» «El hombre,» «Historia de los imperios asirio, persa, medo i babilonio.» Otras veces estas conferencias versan sobre cierta *moral independiente*, invencion moderna, económica, portátil i de sencillo mecanismo. Aconsejo a todos que se hagan de ella por cuanto es de mucha utilidad en las circunstancias pecaminosas de la vida.

Cuando oigo hablar a un *ilustrado-liberal*, me figuro ver a un niño fumando: chupa, arroja humo por boca i narices, i se cree persona juiciosa i respetable.

Pero no alabemos mas a esta jente: álguien pudiera creernos parciales.

Al *ilustrado de oidas* siempre lo encuentran dispuesto para entrar en cualquier terreno, i si le piden pruebas, confiesa injenuamente que él no sabe estas cosas por haberlas estudiado, sino que se las oyó a una persona mui entendida en la materia.

Agregaré, para concluir, al *ilustrado-especialista*, que deplora el extravío de todos los que no siguen los mismos estudios que él, i al *viajero*, que no hai cosa que no haya visto. Pero ya no es necesario entrar en estas minuciosidades.

EL ESTUDIO DE LAS BELLAS ARTES

Hace poco fuí a visitar a un amigo mio a su casa de campo. Hallábase ahí alojado un hombre, al parecer, de cuarenta años, mui grave i sentencioso en el hablar, mui prolijo en las preguntas i minucioso en las explicaciones, de maneras afables pero que no inspiraban simpatía, en suma, uno de esos que llaman *hombres prácticos*, esto es, de buen discurso en los sucesos ordinarios de la vida, pero que carecen de imajinacion. Despues de comer, miéntras el dueño de casa despachaba ciertos asuntos, el otro huésped i yo fuimos a pasearnos por el parque.

Ya era de noche. La luna brillaba en todo su esplendor, i la pureza del aire, la serenidad del cielo i la benignidad de la temperatura daban al espectáculo un encanto indecible. No pude resistir i, recordando la deliciosa noche de luna con que comienza el cuarto acto de *El Mercader de Venecia*, le dije a mi compañero;

—*In such a night* debió de ser! ¡Qué hermosa noche! ¡Qué tranquilidad! Mire usted aquel grupo de árboles, aquel arroyo. ¡Cuán fantásticos parecen aquellos peñascos con sus formas caprichosas! Sentémonos un momento a orillas del lago.

En vez de mirar lo que yo le señalaba, el hombre práctico me miraba a mí, con la sonrisa del que oye un cuento i manifiesta incredulidad.

—¿Es usted poeta? me dijo.

—Nó, le respondí; pero la belleza me cautiva.

—¿Lo cautiva la belleza? Poco entiendo en el asunto. Cuidado, amigo. Créame, créale a un hombre de experiencia. Deje esas fantasías para los enamorados i las mujeres románticas, cuyo oficio es perder tiempo i dinero. El jóven juicioso, su trabajo i nada mas.

Iba a responderle con acritud, fastidiado por esa libertad que se toman los hombres prácticos de dar consejos sin que se los pidan; pero en esos instantes llegó nuestro amigo con no sé qué asunto de compras i ventas. Yo los dejé hablar i seguí con el pensamiento la discusion comenzada.

El vulgo considera que el cultivo desinteresado de las bellas artes, es bueno únicamente como ocupacion de la jente rica i de los espíritus ociosos. Toleremos que ejercite su necio buen sentido. Jamas le entrará la verdad en este punto.

Por cierto que Dios no ha esparcido en vano en la naturaleza un reflejo de la belleza absoluta i eterna, no en balde ha dado al hombre una facultad para percibir ese

reflejo, medios para expresarlo, i aun el poder de crear nuevas bellezas asociando ideas. Las bellas artes, acostumbrando a el alma a la contemplacion de objetos de un órden superior, ennoblecen los sentimientos, nos elevan por sobre las pequeñeces de la vida, suavizan las costumbres i proporcionan al hombre goces purísimos i dignos del inmortal espíritu que lo sustenta.

Cualquiera puede verificar en sí mismo estas ventajas sin necesidad de acudir a los mil casos que se refieren en anécdotas e historias. ¿Quién, por profano que sea, al oir estrofas inspiradas o un trozo de música sublime, no siente enaltecido el espíritu i abierto el corazon a todo lo bueno i jeneroso? ¡I cuán benéfica influencia no ejercen las bellas artes en las relaciones sociales! Producen cierta simpatia entre las personas de buen gusto desde la primera vez que se conocen, simpatia que se manifiesta por medio de finas i delicadas atenciones. Añaden a la mujer atractivos nuevos i graciosos, son materia inagotable i sobremodo útil i amena en la conversacion, i forman a menudo el principal encanto en las reuniones.

Respecto a los placeres que se encuentran en el cultivo de las bellas artes, citaré un noble pasaje de Addison, por convenir tan bien a mi propósito. (1)

«Al hombre de imajinacion cultivada se le abren las puertas de mil goces desconocidos para el vulgo. Puede conversar con un cuadro i hallar en una estatua un agradable compañero. Una descripcion le proporciona momen-

(1) *On the p'easures of the imagination. Pap.* I (*Spec. núm.* 411.)

tos de callado solaz i la perspectiva de los campos i de las praderas, a menudo le causa mas contento que al que las posee. Adquiere, en cierto modo, una especie de propiedad sobre todo aquello a que alcanza su vista i fuerza a la naturaleza, aun donde se presenta mas ruda i grosera, a suministrarle goces: de tal suerte que considera al mundo como en un nuevo aspecto, i descubre en él multitud de encantos que se ocultan ellos mismos del comun de los hombres.

«Cortísimo es sin duda el número de los que saben unir la holganza i la inocencia, o saborear algun placer que no sea criminal: toman sus diversiones a expensas de esta o de aquella virtud, i no dan un paso fuera de su empleo que no sea en el vicio o la disipacion. Menester es, por consiguiente, que el hombre se esfuerce en ensanchar mas i mas la esfera de sus inocentes distracciones de modo que pueda entregarse a ellas con toda confianza i que sea tal el contento que un sabio no se avergonzara de tenerlo. A esta clase pertenecen los goces de la imajinacion: no requieren una aplicacion del pensamiento tan intensa como la que se necesita en las ocupaciones mas sérias, ni tampoco permiten que el ánimo se entregue a esa neglijencia, compañera de nuestros deleites mas sensuales, sino que, como un noble i tranquilo ejercicio de las facultades del alma, sacude de ellas la pereza i holgazaneria, sin aplicarlas a un dificultoso trabajo.

«Podemos añadir aquí que los placeres de la fantasía convienen a la salud mas que los del entendimiento, los

cuales se forman a fuerza de pensar, acompañándoles un trabajo del cerebro, amenudo excesivo. Las deliciosas escenas que se descubren en la naturaleza, en la pintura o en la poesía, ejercen saludable influencia así en el cuerpo como en la mente; i no solo sirven para despejar i pulir la imajinacion, sino que disipan el pesar i la melancolía.»

Las definiciones que se han dado de lo bello son parecidas a las vaguedades en que se extienden los poetas cuando tratan del amor. Poco importa: bástenos saber que existe i que el hombre es capaz de percibirlo. Menester es, por consiguiente, educar esta facultad perceptiva, este instinto para descubrir lo bello (ya que solo los grandes jenios lo poseen naturalmente en toda su fuerza) por medio de la contemplacion de los modelos de belleza, acompañada de una crítica ilustrada i juiciosa, que dé a conocer, junto con las bellezas de la obra, algunas particularidades de la vida del autor, i muestre un panorama político, social i relijioso de la época en que vivió. Sin conocer estas circunstancias que influyen directamente en la concepcion artística, se podrán apreciar las bellezas accesorias; pero no el molde de la obra ni el espíritu que la anima. Por esto no es raro que las personas que, sin la debida preparacion, recorren las pájinas sublimes de Homero o de Dante, se pregunten confusas dónde está aquello que les ha valido la inmortalidad. En el primero no ven mas que largos i prolijos discursos i descripciones de combates que solo se diferencian unos de otros en los nombres de los muertos. En el segundo

encuentran absurdas alegorías i ridículos esfuerzos para presentarlas de una manera sensible.

Cualquiera de las bellas artes ofrece modelos de belleza; pero deben buscarse principalmente en la poesía, que ocupa el primer rango, porque no hai órden de belleza que no sea susceptible de expresar. Ademas, para la contemplacion de los modelos de las otras bellas artes, se requieren gastos, viajes i sacrificios que solo pueden sobrellevar las personas mui favorecidas por la fortuna; miéntras que todos pueden poseer, gracias a la imprenta, lo modelos de la poesía en todo su orijinalidad i pureza. Puede decirse que Homero, Virjilio, Dante, Milton i Shakespeare, extienden a nuestra vista los vastos i variados horizontes de la poesía i de lo bello. Mas, para sacar entero fruto de las obras de estos divinos injenios, es preciso atender a algunas consideraciones.

Primeramente, deben leerse estos autores en el idioma en que escribieron, porque la mejor traduccion es al orijinal lo que el mejor grabado al cuadro que copia. Las bellezas de pensamiento nos llegan por medio de las traducciones como la luz al traves de un vidrio opaco, i se pierden completamente las bellezas del estilo. Dante, sobre todo, es intraducible: el estilo de la *Commedia* es una de las creaciones mas maravillosas del jenio.

En segundo lugar, advertiré que las primeras lecturas de una obra clásica apénas si alcanzan a dar una idea vaga i confusa de su plan. La imajinacion, acos-

tumbrada a las bellezas vulgares, no puede remontarse con un solo esfuerzo a superiores esferas.

Finalmente, el estudio de los clásicos debe ser exclusivo de las obras del mismo jénero, a lo ménos miéntras se afirma el buen gusto. De no hacerlo así, seguramente se perderá por un lado lo que se gane por el otro.

El estudio de los idiomas, singularmente de los antiguos, es largo i penoso. Cuando no se ha hecho en la primera época de la vida, se necesita, para emprenderlo, vocacion decidida i voluntad inquebrantable. Los que no las poseen recurran a las traducciones, siempre se obtendrá grandísimo provecho. Repito, empero, que mas vale leer en latin veinte versos de un trozo escojido de Virjilio con el diccionario i la gramática al lado, que la mitad de la Eneida en una traduccion.

Las ocupaciones i aun las diversiones, nos dejan muchos momentos libres. Unos los emplean en el *dolce far niente*, otros en lecturas frívolas, cuando no inmorales, o en recorrer los periódicos, que, aparte de las noticias políticas i locales, solo sirven para enjendrar charlatanes i dar ideas erradas de los asuntos que tocan con tanta superficialidad i aparato. Escójanse algunos de esos momentos para dedicarlos a un canto de Dante, a una escena de Shakespeare, i el alma irá penetrando poco a poco i sin advertirlo, en el santuario de la belleza.

LOS DISCURSOS

Es opinion recibida que para hablar en público no se ha menester mas sino costumbre i perder la vergüenza, i así como hai quienes creen que a fuerza de borrajear papel llegarán a ser buenos escritores, tambien los hai convencidos de que hablando en público cuantas veces se ofrezca, podrán distinguirse en la elocuencia. Ahora, pues, que no hai fiesta ni nada sin discursos, tenemos a menudo que escuchar un fárrago de palabras i de vulgaridades verdaderamente insoportable. ¿I qué otra cosa se puede esperar de jente a la cual ni siquiera le ocurre dar una rápida ojeada a los modelos de oratoria ántes de componer un discurso? Tal individuo estará hablando desde hace dos años, en veinte reuniones de diversa especie, que solo conocerá de Ciceron aquel ex-abrupto del *quousque tandem*, i de Demóstenes nada, i lo mismo le sucederá con Bossuet, Mirabeau i los demas de la laya. I

lo peor es que el mal parece ya incurable, de modo que lo único que podemos aconsejar a los oradores, es que compongan discursos cortos, porque así cabrán pocas necedades.

Vayan ustedes a una reunion en que se pronuncien discursos. Siéntense. Levántense en seguida para cederles el lugar a unas señoritas. Tornen a sentarse i tornen a levantarse que otras señoritas andan buscando sillas. Acaben por resignarse a presenciar la fiesta apoyados en una columna, regocíjense por las muchas beldades que asisten, quéjense del calor, háganse aire con el sombrero i esperen.

Preséntase en el tablado un jóven vestido de negro. Blancos son los guantes i la corbata: la camisa es sin mácula i planchada expresamente para la ocasion. Para qué decir nada del peinado, ni de si la navaja le dejó pelos en la cara: ello es que el orador no duda de que la simpatía i gracia de la persona, prevendrán favorablemente al auditorio desde la primera mirada, i es cosa resuelta que se llevará de calle a toda la concurrencia, especialmente a la femenina. Todo lo cual no impide que tenga extraordinario susto, i obraria cuerdamente si lo manifestase, porque algunos asomos de confusion i de vergüenza son el mejor exordio de un discurso. A lo ménos, Ciceron lo recomienda, i dice que finjia temor i desconfianza en sus fuerzas, aun cuando en realidad no lo sintiera.

Saluda. Con ademan mui noble desenrolla el papel si el discurso es leido, i si no, echa la cabeza atras con

dignidad que la palidez del rostro aumenta; mueve hácia adelante el brazo derecho como para atusarse el bigote, pero en realidad con el loable objeto de sacar el puño de la camisa que se habia ocultado en la manga del frac; abarca a la concurrencia con una mirada entre melancólica i orgullosa, i principia.

I aquí es de admirar el injenio, i tal es él, que Massillon esconderia avergonzado aquel célebre comienzo: *Solo Dios es grande,* pues nuestro orador se vale de una astucia que no por usarla todo el mundo deja de producir sorpresa i admiracion, i consiste en hacerse del que no sabe nada de la fiesta i como que le toman mui de nuevo los adornos de la sala. Felizmente se ven por ahí muchas personas que pueden darle noticias, i es natural que el orador les pregunte con tonito curioso i algo asustado: «¿Qué propósito, señores, qué jenerosa idea es la que os reune en este lugar? ¿Qué significan esas banderas, esos arcos, esas flores? ¿Qué esta música? ¿Por qué habeis venido aquí?» Corta pausa durante la cual se repite con ámbas manos la maniobra del puño, i, sujetando el derecho con el dedo meñique, se introduce con el índice la punta del bigote en la boca. Recobradas de este modo las fuerzas, prorumpe el orador en un hermosísimo *¡Ah señores!* seguido de una larga explicacion, en que se apuran todas las figuras literarias, sobre la causa que ha movido a la jente a reunirse. No podemos, por supuesto, negar la necesidad de dicha explicacion porque, de seguro, nadie sabrá el motivo que lo ha traido a ese lugar. Vamos adelante i escuchen ustedes como

llueven pomposas vulgaridades, i tantas que, si las pusieran en verso, formarian una composicion poética mui decente.

Pensar que si en los escudos que adornan la sala, se lee algun mote mas o ménos alusivo al acto, i el orador, ya prevenido, no le eche mano i le haga materia de un un parráfo, eso es cuento. ¡Pues qué dejar de hacer una alusion satírica a la última picardía del gobierno, i decirla con una intencion i un allá va esa que no parece sino que hará renunciar al ministerio en masa! ¿I qué decir de los trozos patéticos? Tamañito se queda el *Madame se meurt, Madame est morte* de Bossuet, que hizo llorar a la corte de Francia, la cual no debia de ser jente de andarse con lloriqueos. Podemos, sin embargo, comparar dichos trozos con la parte final de un sermon, cuando éste se vuelve exclamaciones i puntos suspensivos, i principian las mujeres a hincarse de rodillas i a reprimir los sollozos. Cállome la boca sobre los pensamientos profundos, i esa calma i ese ceño que dan a entender al público que el orador no es hombre aficionado a superficialidades, sino al raciocinio, a la lójica de fierro, así.... bien a fondo.... I es de levantarlo en pavés cuando saca a los griegos i romanos, porque, de fijo, saldrá con ejemplos manoseados i que todos conocen, o bien serán tales que ni peguen ni junten. Cátenme ustedes ahí esotra gracia de acabar los párrafos con una cita bien golpeada i que forme antítesis o lleve trazas de paradoja. Esto siempre arranca aplausos i seria de preguntar a quién aplauden, si al autor de la cita o al que

la trae al caso. El último, con todo, se toma mui satisfecho para sí la honra.

Vámonos a la accion que es cosa de ver. I desde luego, ¡cuánta propiedad! ¡i cómo se las compone el maldito para variarla! Si el discurso es leido, se reduce la accion a levantar de cuando en cuando el dedo índice de la mano derecha i sacudirlo como quien amonesta, i, en seguida, dejar caer de un golpe el brazo de modo que quede oscilando un momento como péndola de reloj. No nos paremos en el ademan desdeñoso con que deja en la mesa las cuartillas de papel.

Si el discurso es de memoria, la cosa es distinta. Es menester no dar punto de reposo a los brazos i manos, que si esto no hace el orador, luego dirán los mal intencionados que no sabia que hacerse de estos apéndices del cuerpo. Lo importante es manotear i salga como saliere, i ora mueve los brazos como si estuviera nadando, ora toma la actitud de Júpiter al lanzar el rayo, i no habrá mas que pedir si corrobora un *¡Ah!* o un *¡Insensatos!* con una buena palmada.

El tono es siempre imitativo: todas las exclamaciones han de ser a gritos hasta enronquecerse, i en los pasajes mas tranquilos se baja la voz de manera que nadie oiga, lo cual es en extremo agradable i melodioso.

En los banquetes pueden hacerse observaciones mui curiosas. Hasta individuos corpulentos i de voz atronadora comienzan, con natural asombro de los presentes, con estas palabras: «Permitime, señores, que levante mi débil voz para asociarme a esta manifestacion.» Otros

hai que por no comprometerse o no defraudar las esperanzas del auditorio, pricipian con una advertencia: «No creais, señores, que voi a pronunciar un discurso. No estoi preparado. Voi solamente a decir dos palabras.» La accion en estos casos se reduce a levantar la copa de cuando en cuando, movimiento que absorbe del todo la atencion de los vecinos, los cualos temen, con fundadas razones, verse bañados con el licor en un arrebato de elocuencia.

En los discursos que se pronuncian en el cementerio, una de las figuras literarias mas en boga consiste en aparentar dudas acerca de los destinos del hombre despues de la muerte. Con esto se da a la composicion un tinte melancólico i lúgubre mui en armonía con las circunstancias. Dichas dudas, sin embargo, no impiden que el orador concluya manifestando que tiene plena fé i confianza en que ya Dios habrá premiado las virtudes del que fué tan buen amigo, tan buen padre, tan buen esposo. No hablemos del «mas allá,» ni del «vacío difícil de llenar,» ni del «que la tierra le sea lijera.» Las hebras de oro i el marmóreo pecho, que canta la infatigable trompa i el dulce caramillo de los poetas, son, en comparacion de los que acabo de citar, nuevos i vigorosos pensamientos.

PESADILLA LITERARIA

Hai *Pensamientos* que solo sirven para dar dolores de cabeza al que los concibe i al que los lee: al primero, por el trabajo de oscurecer i embrollar cosas claras de por sí i que nadie ignora, i al segundo, por no entender palabra, i es que el tono sentencioso, las apariencias de profundidad i la falta de hilacion de los *Pensamientos*, tientan a muchos que, siendo de intelijencia débil, caen con facilidad en el pecado de ser profundos pensadores. Copiando aquí, hablando allá en lenguaje incomprensible, pero siempre de una manera que no admite réplica, vistiendo las vulgaridades con traje afectado i que parezca nuevo, estamos al cabo de la calle; i nada dejará que desear el que a esto agregue de cuando en cuando algunas citas, prodigue nombres de varones ilustres, i trate i juzgue en dos palabras a los autores como si almorzara con ellos todos los dias.

Me prestaron (yo leo mucho de prestado i me quedo a veces con los libros) unos *Pensamientos* de estos de que hablo, i leí algunos ántes de acostarme. Tuve la pesadilla.

Hallábame en un cuarto que parecia haber servido de cocina muchos años, estrecho, húmedo, con las paredes i el techo ennegrecidas i llenas de telarañas; ratas i sabandijas de todas especie corrian sin temor por el pavimento, que era de ladrillo desnudo; colgaba de las vigas un cocodrilo enorme, i en los rincones se veian mochuelos i vestiglos que causaban horror. Solo faltaba el horno i un esqueleto para que pareciera cuarto de nigromante. Algunos antiquísimos pergaminos, esparcidos por el suelo, servian de cebo a las ratas.

Una mesa desvencijada i cubierta de infólios i de polvo ocupaba el medio de la pieza: sentado a ella en una miserable silla de cuero, un hombre parecia sumido en profundas reflexiones, el cual no era otro sino yo. Cubríame el pecho luenga barba blanca; mi traje era talar, i un bonete terminado en punta me abrigaba la cabeza. Era yo un talento extraordinario i, por consiguiente, ignorado: mis conciudadanos no me comprendian i ahí estaba. Saqué una pobre caja de rapé, tomé un polvo i me iba a limpiar con un inmenso pañuelo de variados colores, cuando se volvió repentinamente anguila eléctrica, i no sé cómo se me fué por el techo. Pedí paciencia, me limpié con la manga i seguí escribiendo, i lo que escribia era unos *Pensamientos*. Mi cabeza era como de plomo; mil cosas extravagantes... no recuerdo... Iba ya en el Pensamiento MDCCCCXLIV;

«Las bellas artes juntas unas veces, separadas otras, ni juntas ni separadas las mas, se enlazan, repelen i confunden para la formacion de lo bello ideal que es la naturaleza misma transformada en elemento sensible mediante la intuicion del jenio. Sanzio i Buonarotti, Vitruvio i Andres Palladio, Mozart...»

Dos ratas traban una lucha que se me figura que va tomando proporciones jigantescas. Acuden centenares de ratas: no cabian en el cuarto. Algunas principian a subírseme por las piernas. Quiero moverlas, sacudirlas; pero es imposible... no puedo... ¡Qué desesperacion! Sigo, sin embargo.

«Mozart, Beethoven i en cierta manera Haydn, Jhon, Alighieri i Torcuato, Quinto Flaco i Publio Maron, lo prueban hasta la evidencia. Fídias con su Júpiter Olímpico i el pasaje de Homero que lo inspiró, forman a esta regla una excepcion sublime.»

Satisfecho de mi profundidad, me froto las manos. Abrió la boca el cocodrilo; un vestiglo chico me hacia la mamola; la vela se apagaba; sentia que me iba convirtiendo en aerolito; mis brazos...

«En la naturaleza real, como en la imajinaria, se observan con frecuencia inexplicables antítesis: he visto un pedazo de tiza junto a uno de carbon. ¿Alguien los puso o se colocaron solos de esta manera? Es lícito dudar en esto.»

Mi cuerpo se iba poniéndo rijido. Un amigo mio entra no sé por dónde i me dice que no sea necio, que vaya

DISERTACION LEGAL

Anche io sonno avocato. Tambien soi abogado, i como es mi deseo proporcionar lectura variada e instructiva, pienso hacer aquí una amena disertacion sobre el usufructo.

«El *derecho de usufructo* (dice el art. 764, tít. IX, L. II del Código Civil) es un derecho real que consiste en la facultad de gozar de una cosa con cargo de conservar su forma i sustancia, i de restituirla a su dueño, si la cosa no es funjible; o con cargo de volver igual cantidad i calidad del mismo jénero, o de pagar su valor, si la cosa es funjible.»

Los que no sean abogados i conozcan la significacion de los términos legales que aquí se emplean, creerán que si hai en el mundo alguna cosa clara, precisa, bien determinada i que no deje lugar a duda, esa es la definicion que da el art. 764. ¡Error considerable i funesto!

A poco de leer mi disertacion, verán con vista de ojos que si hai en el mundo alguna cosa mas oscura, mas vaga, mas indeterminada, mas *protea*, válgame la expresion, que el liberalismo, esa es la definicion que acabo de citar.

Analicemos.

El derecho de usufructo es un derecho real. De que el usufructo sea derecho real, se deducen importantísimas consecuencias. Primeramente.....

Pero ántes de desarrollar la materia, confesaré mis temores de que vayan a tomar como broma esta disertacion. ¿Qué puedo esperar yo que no he decir nada de lo que pensaron i dejaron de pensar Rogron, Pothier, Dalloz, Troplong, Marcadé i los otros? ¿Cómo puede resultarme algo sério, si no hablo de la lei 8 D. de *cap. min.*, ni de la *L. 8 § 2 ff. de test. tut.* § *3. Inst. qui test. tut. dar. poss?* ¡Pesiamí! Si de cuando en cuando encajara latines para decir cosas que se han dicho mil veces en buen castellano, i oler de esta manera a erudito, que es la manía de los que no son capaces de discurrir por sí solos, vaya con Dios, daria prenda de docto; pero ni esto. Adviértase, de paso, que las citas en latin no prueban ciencia del latin, sino ciencia de copiar el texto i de guardarse la traduccion ajena.

I para que nadie dude de mi falta de malicia en tales asuntos, declaro que la doctrina que voi a exponer la he pensado yo.

—¿Ud. la ha pensado? ¡Miren la gracia! ¿I qué otra cosa habia de hacer?—¿Qué otra cosa? Lo que hacen

todos: sacudir el polvo a tres o cuatro comentadores, extractarles lo que dicen, presentar el extracto como doctrina orijinal i citar largamente a los mismos comentadores como que vienen a confirmarla.

¿Ni siquiera, preguntará alguno, robará usted de otro autor i hará valer como descubrimiento propio, alguna cita de Ulpiano o de Triboniano que deje tan a claras o a oscuras como ántes? ¿Ni tendremos novelillas de Justiniano o ahito de Dijesto? ¿I no sabremos la importante opinion del jurisconsulto Paulo o, a lo ménos, la de Servio? Nada, nada de esto he de responder, i para desconsuelo de preguntones, digo desde luego que seré claro i me entenderán los que me lean, i corto i no fastidiaré. ¿Claro i corto en jurisprudencia? Parece chanza, porque he leido comentarios que pasan por modelos de profundidad i de concision i, para definir la palabra principal, gastaban muchas pájinas en lo que dijo éste, i veamos lo que dice el otro i el de mas allá, i nadie decia bien, sino que cuando yo creia encontrarmè con una definicion que para siempre me sacara de dudas, salia el autor con que: *onmis definitio in juri civili periculosa*, que quiere decir que toda definicion es peligrosa en el derecho.

Si las leyes son enredadas, ¿cómo no se volverán con los comentarios? Porque éstos tanto analizan, tanto hacen deducciones, inducciones, objeciones, que, a poco andar, nadie sabe de dónde lo traen ni a qué parte lo llevan.

Cuando leo las leyes jeneralmente las entiendo; pero

si algo no me explico i acudo a un comentador, pierdo la cabeza. Resuélveme éste el caso a su manera; pero, en cambio, vienen treinta dificultades en que no habia pensado. Busco salida a éstas i me asaltan otras, i en lo mejor me encuentro con que no he comprendido palabra la lei i que debe entenderse lo contrario de lo que expresa, i a medida que sigo internándome en la materia, ménos entiendo i mas perdido me hallo, que es cosa de nunca acabar. Por esto Montaigne aplicaba a los comentadores el proverbio griego i latino de *mus in pice*, que es lo mismo que decir raton en pez, o, traducido libremente, mosca en miel: miéntras mas procura desprenderse mas se prende.

He hablado de un solo comentador, que si consulto a dos o mas, pierdo no solo la cabeza, sino el cuello i parte del pecho, amen de los estribos. ¡I hai comentarios de comentarios! El cielo nos valga.

Pídanle amigablemente su opinion a un jurisconsulto. Es punto dudoso, contesta. Tales autores lo resuelven de esta manera i tales de esta otra. Mi opinion es la siguiente, pero hai fundamentos para la opinion contraria. La práctica de los tribunales no está bien determinada.

Ofrézcanle algun pleitecillo para que lo tome a su cargo. Luego al punto dice: Es cosa clara. Las razones a nuestro favor abundan. Pierda cuidado; ganaremos el pleito.

Preguntáronle a un abogado de Bizancio lo que disponian las leyes de su pais.—Lo que yo quiero, contestó. —Este dijo la verdad, i sus palabras encierran la esencia

de lo que ha sido, es i será la noble profesion del abogado.

Pocos pasajes me han hecho forjarme mas risueñas ilusiones que aquel de Platon, en el cual excluye de su república a los médicos i abogados. ¡Oh dicha! ¡Morir de vejez i en paz con todos!

Los comentarios no sirven para entender la lei dudosa. I de no, ¿a cuál han hecho mas clara? ¿Hánse disminuido los pleitos? No tal. Solo sirven para prestar apoyo a cualquier pretension. El que no se encuentre con justicia no tiene mas que hacer sino echarse a cuerpo perdido en los comentadores franceses, que son los nuestros, i luego saldrá a flote con veinte opiniones mui dignas de respeto i buena copia de fallos judiciales. Si esto no basta, désele encima al espíritu de la lei, a las reglas que da para interpretarla, i a la razones de moralidad pública i de interes social, que éstas se avienen con todo.

I es digna de notarse la casualidad de que todo punto que tratan los jurisconsultos es de las cuestiones mas difíciles del derecho i de gran importancia para la sociedad, porque a éstos no los guia otro interes que el público, ni aspiran a otra cosa que a aliviar la miserable condicion humana, defendiendo la propiedad i los derechos, amparando a los huérfanos, a las viudas i doncellas menesterosas i desvalidas. ¡Nobles i desinteresados propósitos! Es lástima que pidan oro por tenerlos.

¡Oh venturosa edad aquella en que la Justicia andaba desnuda, sin que a los hombres inspirarse malos

deseos de hacer comentarios sobre ella! ¡Oh tiempos funestos aquellos en que los mortales se ruborizaron de verla sin trapillo que la cubriese, i comenzaron a empapelarla, como decia Quevedo! Mas no paró la cosa en este punto, sino que luego sustrajeron bonitamente a la Justicia i quedaron los papeles de códigos i comentarios imitando primorosamente sus formas i figura, i desde entónces tenemos justicia terrenal. La que desapareció daba a cada uno lo que era suyo; para la que nos queda, lo primero es pedir a cada uno el dinero que es suyo, i da muchas veces lo ajeno. La Justicia celestial ni siquiera gastaba en ropa, i la terrena lleva un espantable acompañamiento de aves de rapiña que graznan sin cesar: ¡Plata, plata! ¡Págueme usted!

.....

Ridiculez seria que, despues de lo dicho, continuase mi disertacion sobre el usufructo.

FRAGMENTOS

A poco de haberme trasladado a la casa que ahora ocupo, descubrí en un desvan un revuelto monton de papeles: cartas i periódicos de antigua fecha, cuentas, algunos rollos de papeles pintados i listas de pagos. Cediendo a la curiosidad, extendí el monton en el suelo, i hallé un legajo pequeño que, en la primera foja, decia *Ensayos literarios*. Lo desenvuelvo i eran borradores de composiciones, artículos i pensamientos inconclusos. No aparecia el nombre del autor; mas, por lo que revelaban esos fragmentos, debia de ser hombre de instruccion i de no poco injenio. Uno de ellos publico aquí, previniendo al lector que no he quitado ni agregado una sola letra.

EL BANQUETE.

PLAN.

Me trasporto de cualquier manera a un banquete dado en el Olimpo, en Etiopia o en las Islas Afortunadas. Se encuentran en él muchos sabios de la antigüedad i como soi el único mortal que asiste al banquete, es claro que me han de preguntar por los adelantos de la civilizacion, cada uno en el ramo que le interesa. Así me preguntará Platon por los gobiernos políticos, Aristóteles por las ciencias i Sócrates por las costumbres, lo cual me dará ocasion de manifestar mis ideas acerca de estos puntos. Asistirán tambien algunos dioses, singularmente Vénus, que me será mui útil para las alusiones picantes i las indecencias lijeras i agradables, i Momo para los chistes i agudezas. Diójenes el cínico no puede faltar i se reirá de los que se rien i de los que no se rien.

Para el tono jeneral de la composicion, será bueno que vuelva a leer con despacio El Banquete de Jenofonte. Tambien me podrá servir El Banquete o Los Lapitas de Luciano i otro banquetito que, si no me engaño, aparece en la Historia Verdadera del mismo autor.

TROZOS PARA DESARROLLAR EL PLAN.

(Despues de un brindis.)

Platon apuró la copa ántes que los demas, i sin soltarla de la mesa con la una mano i acariciándose la barba con la otra, me miró como por encima de los anteojos i me dijo:

—Buen mortal, ¿en qué estado se encuentran los gobiernos políticos? ¿Filosofan los reyes? ¿Algun pais favorecido del cielo observa las leyes de mi república? Habla, que me holgaré mucho de oirte.

(Mi respuesta ha de ser una sátira fina e injeniosa de las teorias de Platon i de las que aparecen en los tratados de gobierno que se publican cada dia, cuyos autores fundan sus teorias en leyes mui cuerdas al parecer, mui lójicas, mui conformes con la naturaleza, mui comprobadas con lo que le sucedió al rei Tal i a la nacion Cual; pero que se olvidan enteramente de la ambicion i de las otras pasiones de los gobernantes i gobernados. Por cierto he de dar algunos latigazos a los gobiernos actuales haciéndome del que los acaricia. Cargaré la mano en el de mi patria.

Para la parte satírica, P. L. Courier i Larra. Tomar algunas ideas en los siguientes ensayos de Lord Macaulay: *Utilitarian Logic and Politics, Bemtham's Defence of Mill, Utilitarian Theory of Government.*

Memorandum. Mandarle pedir mi Lord Macaulay a José Antonio.)

No bien habia callado cuando Aristóteles i Sócrates me preguntaron a un tiempo, por las ciencias el primero i el segundo por las mujeres. Advertidos, volviéronse mui corteses el uno al otro i se defirieron la pregunta. Mas, luego puse término a las razones, porque andaba casualmente con una *Revista Científica* en el bolsillo. Se la pasé a Aristóteles, diciéndole que ella le responderia mejor que yo. Agradeciómelo i, sin poder con la curiosidad, cojió un cuchillo i comenzó a abrir las hojas.

(Aquí viene bien un chiste de Como alusivo a la mala crianza de Aristóteles i una irónica sentencia de Diójenes tocante a la vanidad de las ciencias.)

Cuando me vine, le dije a Sócrates, quedaron las mujeres mui ocupadas en los vestidos para la próxima fiesta. I hase de advertir que, cuando conversan con hombre i aun entre ellas si no se conocen, han dado en llamar trapos a los vestidos, i es un decir: «¿Para qué sirven los trapos? ¿Quién mira los trapos? ¿Qué me importan a mí los trapos? A Dios gracias que no me hizo tan frívola.»

Cuando esta ocupacion les deja tiempo libre, se entregan a otra no ménos importante: los chismes, el reirse unas de otras i maldecir del prójimo. Entiéndaseme que todo lo hacen con la mayor inocencia, sin malicia, Sócrates, sin malicia alguna. «¡Hablar yo mal del prójimo!» dicen ellas. «¡Reirme yo de nadie! ¿Cuándo me ocupo en los

demas? Otros defectos podrán echarme en cara; pero éstos no, a Dios gracias.»

Segun los estados varian los accidentes.

La enamorada mira lánguido, no come, trabaja a solas en los vestidos, busca confidentas i lee novelas.

La casada forzosamente ha de quejarse de falta de tiempo: ya los niños, ya la casa; no hai momento desocupado. Habla de compras a vil precio i averigua los buenos mercados. Todo esto afuera. En casa, el marido mece al niño i pide inútilmente a grandes voces la comida, miéntras está la señora en graves conferencias con la costurera o la modista.

Las mujeres tienen en nuestro tiempo muchas i mui variadas distracciones; pero la principal es oir a los oradores sagrados. Vuelven del sermon refiriendo cosas maravillosas de lo que han oido: «¡Qué uncion! ¡Qué facilidad i agrado en las expresiones! ¡Cómo toca al corazon de los oyentes!» Pregúntales uno qué materias se han desarrollado: no saben dar razon la que menor, ni del tema principal, si no es que de antemano lo supiesen.

(Dar mas extension a este punto i pulirlo mucho. Le falta gracia i delicadeza. Nunca está uno mas expuesto a caer en la groseria que cuando satiriza a las mujeres: es como jugar con el pudor.

Sírvame de modelo la siguiente estrofa del Ariosto en el Orlando C. 27, estrofa incomparable por la gracia i finura de la sátira en asunto tan delicado como son las mujeres.

Sebben di quante io n'abbia fin qui amate,
Non n'abbia mai trovata una fedele;
Perfide tutte io non vo'dir nè ingrate,
Ma darne colpa al mio destin crudele.
Molte or ne sono, e più già ne son state,
Che non dan causa ad uom che si querele;
Ma mia fortuna vuol che s'una ria
Ne sia tra cento, io di lei preda sia. (1)

El banquete debe precisamente terminar con una orjía, del mismo modo que el Banquete de Luciano.

Si me dicen que tal manera de terminarlo no corresponde a la gravedad de algunos de los invitados, como Platon, Sócrates, Aristóteles, citaré a Pascal, *Pensées*. Art. IX, P. t. «Nadie, por lo comun, se imajina a Platon i a Aristóteles sino como a individuos siempre sérios i graves i envueltos en ámplios ropajes. Eran buena jente, que se reian con sus amigos, lo mismo que todos; i cuando escribian sus leyes o sus tratados de política, lo hacian como jugando i por entretenerse. Era ésta la parte ménos séria i filosófica de su vida. La mas filosófica consistia en vivir sencilla i tranquilamente.»

(1) «Si bien de cuantas he amado hasta ahora, no he hallado una sola que me sea fiel; no quiero decir que sean todas pérfidas e ingratas ántes culpo de ello a mi cruel destino. Muchas existen i muchas mas, han existido, que no han dado al hombre motivo para lamentarse; pero mi fortuna quiere que si entre ciento hai una malvada, sea yo presa de ella.»

Marzo 17 a las 2 de la mañana.—Me he desvelado pensando en la orjía. Es indispensable que asistan Aspasia, Frine i media docena de cortesanas famosas.

Memorandum.—Buscar en el libro del abate Barthélemy, algunas particularidades de la vida de estas doncellas. Momo las aprovechará cuando sea oportuno recordarlas.—En el mismo autor, qué, cómo i en qué comian los antiguos.

Me parece que podria terminar el banquete con las siguientes ideas convenientemente expresadas:

«Aspasia no quiso permanecer al lado de Aristóteles i ocupó una.... (silla, lecho, o en lo que se sentaban para comer. Lo veré en el abate Barth.) que estaba vacía junto a mí. No dudo de que la vejez de Aristóteles por una parte, i por otra, mi juventud i mi cualidad de mortal, que era novedad, influirian en esta determinacion de Aspasia. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no tenia culpa alguna. Sin embargo, el filosófo, despechado, me llenó de insultos i, como yo no le contestase, me tiró la *Revista* a la cabeza. Esto no lo sufrí. Me levanto, le así la barba i ahí mismo le allano las narices, si no es por Platon i otros que se pusieron de por medio.

«No espero ver ni oir contar en la vida orjía mas extremada.»

MODOS DE TRASPORTARME AL BANQUETE.

Comenzar con atrevimiento dándome por trasportado al banquete. ¿Seria mui extravagante? Consultaré a José Antonio.

Trasportarme en sueños. Recursos gastado.

Trasportarme en alas del raudo céfiro. Necedad.

Trasportarme por via de encantamento. Lo mismo es no decir nada.

Pediré a José Antonio una lista de modos de trasporte i elejiré el mas cómodo i rápido.

El autor de estos fragmentos no debia de ser mui amigo de las mujeres. En un pliego encontré lo siguiente:

APUNTACIONES

PARA UN ENSAYO SOBRE LAS SOLTERONAS.

Hasta los treinta i tantos años la mujer no pierde las esperanzas de casarse, i si a dicha edad llega sin que se le realicen los deseos, entra con harto dolor de su corazon en el gremio de las solteronas. Bien conoce que si cuando jóven no encontró marido, ménos lo encontrará ahora que el rostro ha perdido la frescura de la juventud i el cuerpo la flexibilidad i gracia de los primeros años, pues, aunque otras buenas partes posea, aquéllas son las que las hacen valer. De consiguiente, procura arrancar de su corazon las ilusiones que todavía alimenta i que solo sirven para amar la vida. Descubre entónces que es mucho mejor estar independiente i libre, sin marido que cuidar ni hijos que descuidar, sin mas Señor

que el que está en los cielos i sin mas trabajos que los indispensables para tener de qué lamentarse.

El primero i principal cuidado de la solterona es entregarse a Dios, entendiéndose por esto el no faltar a funciones relijiosas, hacerse la amiga de algunos sacerdotes, leer diariamente una vida del Año Cristiano, cubrir las paredes de su cuarto con estampas de santos, meditar buenos ratos, confesarse i comulgar a menudo i ofrecérselo todo a Dios. Lo último es lo mas importante, pues, aun cuando nada haga por reprimir el jenio endemoniado que suele tener i pase el dia entero mano sobre mano, en ofreciéndoselo a Dios todo está bueno.

Otro cuidado es el rodearse de algunos animalejos i pajarracos, en quienes pone todo el cariño que no pudo colocar en mejor parte. Los tales bichos se atraen el odio universal por las libertades que se toman i si alguien los mira con mal ojo ya puede contar con una irreconciliable enemiga en la solterona.

Esta vive ordinariamente en casa de alguno de sus hermanos o hermanas casadas i paga la hospitalidad con cuidar la casa, ayudar en los quehaceres domésticos i vijilar a las criadas, con quienes está siempre de punta porque ellas dicen que se entromete en todo sin ser la dueña. Cuando los padres de la sobrina se acuestan temprano i el novio está de visita, ella permanece en la sala cuidando a los pichones, i suele de cuando en cuando echarle indirectamente un sermoncico a la sobrina, hablando de lo feo que parece en una niña recatada el dejarse pisar el pié o apretar la mano por debajo de la

mesa. Los chicos encuentran que los consejos son excelentes i mui fundados, i no pierden oportunidad de ponerlos en práctica, ya sea al tomar el té o cuando al pasar una puerta se quedan atras por pura casualidad.

Casi siempre la solterona se hace cargo de un sobrino recien nacido, i tanto lo mima que lo convierte en el muchacho mas insoportable, lo cual da orijen a eternas disputas entre los padres, a quienes el niño no hace caso, i la tia que en cada tonteria de él cree ver una muestra de extraordinaria agudeza. Si el niño es niña, i crece, i llega a los quince años, i te enamoras de ella, obrarás cuerdamente si obsequias a la tia mas que a los padres, i si ésta te mira con ojos propicios, déjate estar i hazte del niño chico que la quiere mucho, i dale a entender que no la separarás de su hijita despues del matrimonio, i acabará por empeñarse mas que tú en el negocio, i hasta favorecerá algun pequeño contrabando en forma de carta.

La solterona habla del mundo como si le hubiera ido mal en la feria, pone de vuelta i media a los hombres cada vez que se ofrece i, cuando está entre niñas que se entusiasman mas de lo que fuere menester al hablar de nuestros numerosos atractivos: «¡Ai, hijitas! les dice, ustedes no saben lo que son los hombres. Si los conocieran como yo.... Ahí verán: son el diantre. Todavía los de mi tiempo.... ¡pero éstos de ahora!» Mui de su agrado es que la embromen con los admiradores que tuvo i le recuerden los buenos tiempos en que brillaba su proverbial hermosura. «¿Porque me ven así (esto es, algo

fea, entrada en años, vestida con sobrada sencillez, convertida en una especie de ama de llaves), porque me ven así, dice, creen ustedes que siempre he sido la misma i que no he tenido pretendientes? ¡Qué equivocacion!» I luego recita una lista de mártires i cuenta alguna honesta aventurilla.

Esta especie de solteronas es la mas comun. Hai otras que se aislan de tal manera que ni en su misma casa saben en que se ocupa. La ven trajinar mucho, i entra i sale a manera de fantasma. Rara vez aparece en el salon i cuando lo hace, se transforma en rinconera.

La solterona *beata* vive mas en la iglesia que en su casa, es íntima de los sacristanes, conoce a todos los clérigos i padres de la diócesis, se hace dueña de las iglesias i cuando uno está ayudando a misa o de ministro en cualquier ceremonia i se equivoca, ella es la que sale con aire de mucho misterio a advertir cómo deben hacerse las cosas. En cuestiones relijiosas es testaruda a mas no poder i no hai razon que le entre. Es verdaderamente intratable; en cada par de pantalones cree ver un demonio; es, en suma, una mujer inverosímil.

La solterona *mundana* es mas escasa. Va mui poco a la iglesia, no falta a los paseos, lee novelas, tiene sus puntos de libre pensadora, le gusta oir galanteos i se tiñe el pelo. Es de un feo sublime i coqueta como un céfiro.

LA CONVERSACION

Al pasar frente a un club, una señora a quien acompañaba me preguntó si era yo miembro de ese club o de algun otro. Respondíle que ni de ese ni de otro alguno. Sorprendióse la señora i, creyéndome enemigo de esa especie de sociedades, comenzó a quejarse del club amargamente. Dijo que era foco de corrupcion, que por él se veian desiertas las tertulias, que ahí no hacian sino jugar i beber, i «sabe Dios si otras cosas peores» agregó como el que quiere dar a entender mas de lo que dice.

—I no crea, Ud., continuó, que hablo sin fundamento. Tenia un sobrino mui bueno i juicioso de quien era curadora: murió hace dos años.

«Un dia me salió con la noticia de que se habia hecho miembro de un club. Mal me pareció; pero me callé la boca. I hé aquí que poco a poco mi sobrino principió a recojerse tarde de la noche, no se le veia en casa i se ha-

llaba en el club a toda hora. Lo reprendí; pero me sostuvo que el club era necesario para adquirir relaciones, tratar negocios, que todos los jóvenes debian ser i eran miembros de algun club, i que, en suma, pasaban ratos mui agradables. No me dejé engañar: averiguo por fuera la conducta de Alberto, que así se llamaba, i ¿sabe Ud. lo que supe? Nunca tal oyera. Alberto era jugador famoso i bebia como pocos. Indecisa estaba acerca de la resolucion que tomaria, cuando se me presenta Alberto en la mayor consternacion. Habia perdido una gruesa suma i era menester pagarla. Dísela i al otro dia le ordené que se retirara al campo. Cuando ya parecia arrepentido de su conducta pasada i resuelto a ser bueno como ántes, lo arrebató una fiebre maligna.

«I a su parecer, me dijo la señora, ¿cuál es la causa de que los jóvenes se aficionen tanto al club i descuiden las reuniones de familia?»

—¿Cuál es la causa? respondí. Difícil es determinarla. Hai tanta variedad en las circunstancias. Ud. comprende.... I a su juicio, ¿cuál es?

—El espíritu irrelijioso de la juventud.

—Sin duda, sin duda alguna, exclamé. I, apoderándome al punto del espíritu irrelijioso como de un tema que uno está obligado a desarrollar, dí tales razones a la señora en apoyo de su opinion, que, cuando concluí, me dijo que era yo el jóven mas juicioso de cuantos habia conocido en su corta vida, que si todos los jóvenes fuesen como yo otra cosa seria la sociedad i, por último,

que no deseaba mas que sus hijos salieran parecidos a mí.

En este diálogo pueden hacerse algunas provechosas observaciones, a saber: que las señoras atribuyen todo lo malo en moral al espíritu irrelijioso, como atribuyen cualquiera dolencia al aire o a la debilidad. A mas, que es mui conveniente no expresar opinion alguna sobre un punto dado delante de señoras, sin saber la que ellas profesan. Si es conocida, dígase esa i no otra alguna. Tengo por buena esta regla de conducta, desde una ocasion en que tuve la desgracia de contradecir i convencer a una señora, la cual nunca me miró bien en adelante i supe que, si solian hablar de mí en su presencia, decia que era un buen jóven, pero mui pedante, pagado de mí mismo, amigo de contradecir a los demas i que no dejaba que nadie tuviese razon.

Despues de separarme de mi compañera, me entregué a reflexionar, como lo tengo por costumbre, sobre el punto mas importante de la conversacion pasada.

¿Qué atractivo, pensé, encuentra la juventud en las reuniones de nuestra sociedad? Si no es el que ofrece alguna niña hermosa i traviesa que por casualidad nace en tal o cual familia, no sé cuál otro puede haber. Véase si no.

En las reuniones se dilucida ante todo el importantísimo punto de si el dia ha sido sofocante o simplemente caloroso, de si lloverá o no lloverá. Uno dice que sí lloverá porque vió que las nubes corrian hácia el sur; otro observa que así sucedia en las capas inferiores, pero él

notó que en las capas superiores corrian las nubes hácia el norte; otro discurre que ámbos pueden tener razon porque cuando Dios quiere con todo viento llueve. A este propósito, alguna de las niñas manifiesta que si el tiempo sigue tan variable, no podrán usarse los vestidos de color claro; cosa mui de sentir, porque ella tenia uno que estrenar en el paseo próximo. Recae con esto la conversacion en los paseos i las modas, entran las mujeres en su elemento i los mozalvetes ni mas ni ménos.

Los viejos, miéntras tanto, narran maravillas de sus mocedades, comentan los actos gubernativos o refieren noticias políticas, todas sabidas de mui buena tinta. I adviértase que las reflexiones que exponen como fruto mui maduro de su intelijencia, son las divagaciones sobre la política que acaban de publicarse en los periódicos i que todos han leido. El abogado, por su parte, está en acecho de alguna palabra que le dé ocasion para disputar i contradecir, o traer a cuento su último alegato con una explicacion del pleito mui minuciosa i entretenida. Todo el que tiene una profesion procura por cuantos medios puede, monopolizar la palabra i dar provechosas lecciones a sus oyentes.

El mozalvete que quiere pasar por hombre de sociedad, anda de un punto a otro de la sala en confidencias íntimas, galantea de paso, discurre extensamente i con grandísima importancia sobre el significado de una flor, desparrama dichos que presumen de injeniosos, comenta las miradas i embroma a las niñas, todo con tales apara-

tos de finura, delicadeza i elegancia que no parece sino que estuviese desdoblando una tela de araña.

Algunas piezas de música en el piano, dos horas de baile i termina la tertulia.

El jóven que conoce i quiere evitar la frivolidad i la pedantería, desempeña el mas triste papel en semejantes reuniones, i aun los hombres frívolos gustan de ellas cuando hai mucha concurrencia que ayude a variar la conversacion (lo cual no sucede todos los dias) porque se sienten incapaces de sostenerla, i el tema no es fecundo.

Agréguese a esto la fastidiosa etiqueta en que hacen consistir la buena educacion i en la cual se gastan vanamente la mitad de las palabras que se pronuncian en las reuniones, i nadie se maravillará de que los salones de las familias se vean desiertos i que en las mesas del club no haya lugar desocupado.

Ahora bien, es indispensable para la cultura social la participacion de la mujer en las reuniones. Donde se juntan hombres solamente, reina cierta franqueza o, mas bien, libertad en la expresion que dejenera pronto en grosería, como puede notarse en los campesinos i en los militares.

Por tanto, en vez de perder el tiempo las señoras quejándose del club, harian mucho mejor en instruir a sus hijas en el arte de agradar en la conversacion, sin ser artificiosas i atraer a su casa a los hombres de buen juicio, instruccion e injenio. En estas tertulias sí que se podria gozar de uno de los pasatiempos mas agradables de la vi-

da: la conversacion instructiva i amena. Serian verdadero plantel de buena educacion; servirian de estímulo para los ignorantes i de aliento para la juventud estudiosa.

La conversacion es punto importantísimo en la vida social. Todos evitan por fastidiosa e insoportable la sociedad del que, en su trato, a nadie guarda las debidas consideraciones sino que se entrega libremente a su capricho.

Ante todo, para agradar en la conversacion, téngase mui presente una observacion hecha por Steele i La Bruyère, la cual consiste en que uno debe manifestarse mui complacido de las personas con quienes conversa, de suerte que ántes bien parezca que nos están agradando que no que procuramos agradar. Esta observacion tiene su fundamento en el amor propio, la mas hipócrita i cautelosa de todas las pasiones.

El asunto de la conversacion debe ser tal que todos los presentes puedan discurrir acerca de él. Si no es así, algunos han de verse obligados a escuchar sin despegar los labios, lo cual es en extremo desagradable. Esta falta de consideracion es mui comun, i los habladores declarados no son los únicos que la cometen. Estos son jeneralmente de carácter apacible i tolerante, i, en hablando ellos, poco se cuidan de que el auditorio esté atento, que bostece o se ria de su charla impertinente; pero hai otros como ciertos abogados, médicos, i aun empleados de banco i corredores de comercio, que reclaman la atencion como un profesor a sus alumnos. Apénas oyen una palabra relativa a su profesion o empleo, la cojen al punto

i no hai esperanzas de hablar miéntras no termina la clase.

Algunos comerciantes, a quienes por cortesía se les pregunta por el estado de sus negocios, aprovechan la oportunidad para poner en conocimiento de todos sus ganancias i pérdidas, tan detalladas como se encuentran en sus libros de comercio. En balde le dirán: «Felicito a Ud.,» «Me alegro mucho de lo que oigo,» no escampa por esto, i hai que escuchar con gran interes los proyectos i las futuras ganancias.

Si se encuentran dos agricultores en una reunion, saldrán los oyentes mui al cabo, quiéranlo o no, del precio de los cereales, de que el uno piensa sembrar tal *potrero* i de que el otro no sembrará uno que habia pensado porque ahora, con mejor acuerdo, lo va a dejar para *talajes*.

Fulano i Zutano se encuentran en una tertulia. Gran bulla. Hace mucho tiempo que no se habian visto. Se computan los años de separacion i hélos ahí recordando la época pasada, todo lo cual, como se supone, es de mucho interes para los presentes. Lo propio, en semejantes circunssancias es retirarse a un lado a desahogar los sentimientos.

En algunas visitas he recordado un dicho mui agudo que cuentan del abate Morellet. Preguntáronle a este crítico si le gustaban los niños, Sí, respondió; pero solo cuando se echan a llorar. ¿I por qué? exclamaron los presentes mui espantados. Porque se los llevan, respondió el abate. Dígolo porque algunos dueños de casa tienen

la costumbre de hacer recaer la conversacion sobre los niños i, no contentos con referir mil extraordinarias habilidades de sus hijos, se los traen a la sala i el desgraciado visitante se ve en la necesidad de mantener en los labios perpétua sonrisa, miéntras el niño despliega sus gracias, lo cual no lo hace en ménos de una hora con gran contento i satisfaccion de sus padres.

Aquí tambien es el lugar conveniente para notar las conversaciones de las mujeres sobre modas i trajes, tan aburridas para los hombres como lo son para las mujeres las discusiones sobre política; las de los viejos sobre su juventud; las de ciertos habladores biográficos, que así puedo llamarlos, sobre los acontecimientos de su vida, i mil otros casos que diariamente se observan en las reuniones, i que de agradable pasatiempo las convierten en verdadero martirio.

Las bellas artes, las letras, los recuerdos históricos, los sucesos extraordinarios, i aun los comunes que se prestan a reflexiones morales, suministran a la conversacion materia siempre nueva, fácil de considerar, amena, instructiva i al alcance de toda persona bien educada. Esta suerte de conocimientos deben ser poseidos por todos los que buscan en la sociedad un goce digno del hombre i no un modo de perder el tiempo.

La conversacion debe observar cierta conveniencia con el lugar. Excusado parecerá que lo diga; sin embargo, encuéntranse individuos que por echarla de pensadores i enemigos de la frivolidad, proponen en todas partes asuntos de gran trascendencia, lo cual es sobremane-

ra ridículo en ciertas circunstancias, como en la comida. Ahí vienen bien materias que no requieran grande aplicacion de la mente. Es el lugar mas adecuado para discurrir acerca de los sucesos i noticias, para los juegos del injenio, los chistes, las agudezas i, si se quiere, para servir o galantear a las damas.

Respecto a la manera de expresarse, debe ponerse grandísimo cuidado en evitar la manera absoluta i dogmática. Nada hai mas insufrible: irrita el ánimo como el mandato de una persona que carece de autoridad, e infunde en los oyentes el deseo de contradecir, aun cuando sea sin razon. En estos casos, de ordinario la conversacion dejenera en disputa.

Mui expuesto a incomodidades i lances desagradables es el papel de los que quieren pasar en la sociedad por agudos e injeniosos. Como no dicen palabra que no sea o pretenda ser una agudeza, sin duda que tendrán en un potro a la imajinacion, i como las agudezas son, por lo comun, a costa de alguno de los presentes, el disgusto del ridiculizado será en proporcion a la risa de los demas. I lo peor es que la sociedad admite a estos individuos únicamente a título de bufones, i, cuando no están con ánimo dispuesto a decir gracias, todos se creen con derecho para decirles en su cara, que están mui tontos i no sirven para nada.

Ciertas personas, singularmente las mujeres, son mui pródigas en dar el título de hombre hábil i de mucho talento, a los que aparentan buen discurso expresándose de

una manera fácil i agradable. Hé aquí una observacion de Swift que podrá desengañarlas en muchos casos:

«El expresarse con naturalidad, aun cuando parezca paradoja, nace por lo comun de la falta de invencion i de la escasez de palabras. Por la esterilidad misma de su injenio, los hombres que tienen un invariable acopio de conocimientos tocantes a cualquier materia i de frases para expresarlos, flotan en la superficie i exponen siempre lo mismo por diversas que sean las ocasiones; miéntras que los hombres instruidos i que conocen la extension del lenguaje, son de ordinario los que hablan peor en un momento dado, hasta que la práctica los anima i acostumbra. La abundancia de la materia, la variedad de las ideas i de las palabras entre las cuales no pueden escojer con prontitud, los confunde i embaraza. Verdad es que no deja de ser esto una ventaja en la conversacion en privado, pues en ella el talento de arengar es de todos los otros, el mas insoportable.»

Fuera de las apuntadas, hai muchas faltas en la conversacion dignas de notarse; pero no se ponen aquí por no pecar de prolijo. Pequeñeces, bagatelas, dirá alguno. Cierto lo son; pero adviértase que el descuido o la ignorancia de estas pequeñeces enjendran el fastidio i el desagrado, como enjendran el odio los insultos u otra ofensa cualquiera.

UNA DISCUSION IMPORTANTE

En la última tertulia a que asistí, pasadas las doce, me asaltó un sueño irresistible. Para descabezarlo, busqué una pieza que estuviera sola i, a dicha, encontré una sin mas que dos individuos que discutian acaloradamente en un rincon. Me recosté en un sofá i cerré los ojos; pero la discusion comenzó a interesarme, desvanecióse el sueño i, finjiendo que dormia, escuché la disputa. Era en estos términos.

—Pero hazme el favor, decia el uno, de no hablar con tanto desprecio del liberalismo. Mil sabios i hombres eminentes abrazan sus doctrinas.

—¿Acaso lo niego? replicaba el otro. ¿Qué doctrina relijiosa ha habido, por absurda que sea, que no haya contado sabios entre sus adeptos? Bien me guardo de hacer igual argumento a favor del catolicismo, i eso que ninguna creencia los ha tenido en mayor número: basta

abrir la historia. Que en materias científicas se respete la opinion defendida por muchos sabios, mui bien me parece; pero en asuntos relijiosos, andamos por otras tierras. ¡Los sabios! Cátenmelos por debajo de cuerda i verán cosa buena. Dios abandonó el mundo a sus disputas; pero El no ha pensado jamas abandonárseles.

—No me has comprendido.

—I es la cuarta vez. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Lo que quieras.

—Por lo que veo, no te comprendo cuando resultan vanas tus razones.

—Despacio, amigo. Si nuestra discusion versara sobre este punto, ya te diria cosas que te dejarian mas mudo que un pescado. Pero vamos a lo principal: ¿qué entiendes tú por liberalismo?

—Eso lo sabrás tú que lo profesas.

—Pero dame una definicion del liberalismo.

—¿I por qué no la das tú?

—Porque a tí te toca.

—Nó, señor, le toca a usted.

—Se equivoca, amigo. Ud. debe dar la definicion.

—Entónces mejor será no discutir.

—Es claro.

(Silencio. Uno de los interlocutores saca cigarros i los ofrece al otro con mucha cortesía. Fuman breves instantes. Yo hago como si cabecease.)

—En fin, dijo el que parecia liberal, no quiero ser porfiado. El liberalismo es la independencia del hombre

en el órden moral, político i relijioso; el imperio de la razon. A lo ménos es lo que yo entiendo.

—I yo tambien lo entiendo así, i agregaré que los atrevidos consecuentes que bajan al último tramo, se llaman liberales radicales; los medrosos que se quedan a medio camino, liberales moderados; i los tímidos vacilantes que están con un pié en la tierra firme i otro en la escalera, liberales católicos. Ahora bien, ¿quieres que te diga una cosa?

—Diga no mas, diga. Para decir estamos. ¿Para qué diantres me lo preguntas?

—No hai que enfadarse. Tengo para mí que los liberales con su imperio de la razon, descienden en línea recta de los que construyeron la torre de Babel.

—¡Hola! Descubrimiento famoso. Publícalo en los periódicos entre los avisos de medicinas.

—No me parece mal la idea. Digo, pues, que por ser los hombres de aquel tiempo sumamente bárbaros i groseros, mas les alcanzaba el temor de un nuevo diluvio que las amenazas de eterno llanto, i por eso edificaron la torre. Ahora estamos en el siglo de las luces, el diluvio es conceja i los hombres no tienen mas que trabas morales en la lei divina. Por consiguiente, con mucha prudencia han imajinado convertir a la razon en torre de Babel que les permita desenfrenar sus pasiones sin temer a Dios.

—¡Qué frases tan elevaditas! Ganas me dan de despertar al jóven que está ahí durmiendo para que aproveche el sermoncico.

—Veinte veces al dia experimentamos cómo la razon es juguete de las preocupaciones, de la ignorancia, de las pasiones. Hoi juzgamos a tal individuo que nos acaba de hacer un regalo, el hombre mejor del mundo; mañana nos hace un desaire, i lo juzgaremos por hombre despreciable. Tal acto hoi nos parece un crímen que clama venganza al cielo; mañana nos vemos tentados a cometerlo, i lo juzgamos como falta mui excusable. Cometámoslo cuatro o cinco veces i ya la razon nos dirá que ni es crímen, ni es falta, sino acto mui natural en el hombre. ¿I cómo podemos atrevernos a tomar semejante guia en la relijion, que no es mas que la lucha con las pasiones?

—Me parece que con meterme tus dedos en los ojos no refuerzas los argumentos.

—Es precisamente lo que digo. Ahora dime tú, ¿no es para hundirse a carcajadas cuando uno oye hablar de preocupaciones (que así llaman a las doctrinas católicas), i que la fé es necedad, i que la razon no me lo demuestra, a individuos cuya intelijencia andrajosa apénas les alcanza a cubrir las desnudeces del alma? ¿No es para pensar si el mundo se habrá vuelto al revés, cuando uno oye cuán gravemente el estudiantillo imberbe, el mozuelo de sastre i muchacha, el varon canoso que en su vida ha leido mas que periódicos, cuán gravemente, digo, amplian i restrinjen el poder del Creador i creen hacerle gran merced con no negarle la existencia?

—Temo que hagamos falta en el baile, dijo el liberal con semblante inquieto.

—Por cierto, i mejor lo comprenderás con lo que voi a agregar. Siendo, como dijiste, la base del liberalismo la absoluta independencia, es decir, la sumision exclusiva a la propia razon, se sigue claramente que el liberal no nace sino que se hace. ¿I cómo se hace? ¿A impulsos de la razon o de la ignorancia i las pasiones? Lo vas a ver.

«El estudiante en escuela donde no se escarda el corazon, es jérmen seguro de liberal.

«El mozo que rabia con los diez mandamientos, i no tiene intenciones de arrepentirse i lo coje la cuaresma, es tierra barbechada para el liberalismo.»

—Despues hablaré.

—Es lo mejor que puedes hacer, porque si hablamos a un mismo tiempo, no nos entenderemos. Continúo:

«El sacerdote orgulloso, reprendido por errores, mala conducta u otra causa, da de cabeza en el liberalismo, i lo primero es casarse.

«Aquellos barbilucios que no son nada, ni tienen ideas de nada i quieren hacer papel, liberales flamantes.

«Al empleado de un gobierno liberal, con una soga lo arrastran al liberalismo.

«El hombre ilustrado o de influjo que es exijente i no ve atendidas sus pretensiones, amenaza con que se hará liberal.

«Los que hace años viven ausentes de la Iglesia, que no recuerdan ni con vaguedad lo elemental de la doctrina, esos se convencen mas cada dia de que el catolicismo es opinion de jente ignorante i para poco, i que

el liberalismo, donde uno está a lo qué quieres cuerpo i a lo qué pides alma, es lo que hai de bueno i razonable.

«En suma, te diré que el que vende dos fanegas de trigo medita acerca de su negocio mas de lo que ha meditado en toda su vida el liberal, el indiferentista o el incrédulo, acerca de la vida futura.»

—Sigue no mas. Despues hablaré.

Oyóse un palmoteo, i uno de los dueños de casa entró dando grandes voces.

—¡Lindo! ¡Dos disputando i uno durmiendo mientras faltan parejas! Vamos, vamos.

Me da un terrible sacudon, coje a los otros dos i nos condujo a la sala.

CARTA SINGULAR

El candor i la injenuidad agradan a menudo mas que la agudeza. Es lo que me ha acontecido al leer la siguiente carta:

Mui señor mio:

Me han dicho que en poco tiempo mas publicará usted un volúmen de artículos críticos. Seria mui útil para sus lectores i especialmente para este su seguro servidor, si dedicase uno de ellos a investigar la naturaleza de nuestro gobierno político. Anda este asunto tan embrollado que no hai manera de entenderlo; lo cual en extremo me aflije, porque amo a mi patria como nadie. Siempre que puedo, suscito discusiones sobre esta materia, por si álguien supiere aclarar la confusion de mis ideas; mas nada he adelantado hasta ahora.

Dícenme que estamos en república: 1.° por que al jefe del estado le llaman presidente, lo cual es propio de los

gobiernos republicanos; 2.° porque su autoridad dura un corto número de años, i en las monarquías es vitalicia, i 3.° porque el pueblo elije libremente a los gobernantes, dicta leyes por medio de sus representantes en las cámaras, i hai una constitucion que garantiza los derechos de los ciudadanos i determina los poderes públicos.

Los dos primeros puntos me dejan convencido; pero en el tercero me asaltan las dudas.

El pueblo elije libremente á los gobernantes. Le digo a usted, señor, que uno de mis mayores deseos es encontrarme en unas elecciones que no sean libres, por ver en que se diferencian de las otras. Hace catorce años que, segun la constitucion, tengo el derecho de sufrajio; pero, desgraciadamente, mis ideas han sido opuestas a las del gobierno, i solo he conseguido votar una sola vez, la misma en que se robaron la urna, porque, segun despues se supo, el gobierno tenia dentro mui pocos votos. En otra ocasion me dijeron que el boleto de calificacion no era mio i por nada voi a parar a la cárcel.

Vea usted lo que me pasó en las últimas calificaciones. Llego a la mesa. El presidente pregunta a los vocales si saben i les consta que resido en esa subdelegacion: respondieron que no me conocian i que debia de ser de otra parte. Levanto la voz para probar mi derecho. El presidente me dice que pretendo ejercer presion sobre la mesa i me amenaza con la cárcel. Porque es de advertir que en tiempo de elecciones libres, la palabra que mas se oye es la de cárcel. Considerando que en la susodicha cár-

cel no gozaria de las mismas comodidades que en mi casa, pegué los labios i me retiré.

Ahora bien, el tal presidente me debia quinientos pesos, cuyo plazo habia vencido. No habia cobrado el dinero, esperando que mi deudor mejorase de fortuna. Al otro dia por la mañana, cojo el documento i me voi a su casa. Me recibió con grandes muestras de amistad; pero yo que apénas podia contener la ira, respondí con extenderle el documento, i no acertaba mas que a decir: «en el acto, caballero, en el acto.» El otro, sin turbarse, me preguntó afablemente cuál era la causa de mi arrebato; pero yo no salia de lo dicho, i estaba resuelto a seguirle al punto ejecucion i embargo, i dejarlo que se muriese de hambre en el empedrado de la calle. A las voces acude la esposa de mi deudor: aun no habia pasado de los treinta, i era mui simpática i graciosa. Sin duda su marido la habria informado del suceso de la víspera, porque, cuando me vió tan airado, soltó la carcajada mas linda que pueda oirse. Yo me desconcerté, i la traviesa, en vez de disculpar a su marido, se echó a reir de la ocurrencia de no conocerme i de mi enojo, dijo que eso era mui permitido en política, i me festejó en tales términos que mudé el objeto de mi visita i los tres juntos almorzamos en buena paz i armonía. Dispense la digresion.

Dicta leyes por medio de sus representantes. Como nunca he podido votar, no tengo representante alguno i no sé lo que es dictar leyes. Me parece que el que debe de tener muchos representantes es el gobierno.

Hai una constitucion que garantiza los derechos. No lo

niego, i aun yo mismo tengo un ejemplar. Cuando por primera vez quise ejercer el derecho de sufrajio, me eché la contitucion al bolsillo para garantirme. Me negaron el derecho: saco la constitucion i les leo en tono vencedor lo que dispone. El presidente me dijo que yo no entendia palabra el espíritu de la lei, i que si le seguia apurando la paciencia con el librito, me enviaria a la cárcel.

¿Podré decir con verdad que soi ciudadano de una república constitucional i democrática?

Pero ya le oigo a usted: «La cosa es clara: estamos en república; pero el gobierno abusa de su poder.» Aquí es donde me lo esperaba. ¿Abusa de su poder? No tal. Créamelo o, mas bien, crea a sus ojos. ¿No ve usted cómo los ministros, que estan mas al cabo que nadie en los antecedentes, prueban hasta la evidencia que el gobierno ha obrado con toda legalidad? ¿No ve usted que por tres o cuatro despechados que los acusan, cien miembros de la cámara dicen que saben i les consta que los ministros no dicen sino la pura verdad? ¿No ve usted esas largas circulares que se publican ántes de las elecciones, en que se prohibe bajo severísimas penas cualquier abuso de la autoridad? ¿No ve esos partes telegráficos, esos informes, esas investigaciones que manifiestan cómo el gobierno vela por la libertad electoral? Pero qué mas le diré, sino que se fije en el ministro de lo interior que siempre toma la cartera con la precisa condicion de que el Presidente de la República no le obligará a intervenir en las elecciones.

I porque usted vea cuánta es mi sinceridad i mi amor a la patria, he de referirle que, por salir de dudas, leí a Montesquieu i me envolvieron mayores. Dice este autor que el principio activo de la monarquia es el honor i el de la república la virtud. I yo veo que entre nosotros cualquier pisaverde presume de honor tanto como el descendiente de la mas antigua nobleza, i en punto a virtud tenemos la suficiente para los gastos como cualquier hijo de vecino.

Si accede a lo que le pido, podrá usted contar con el eterno agradecimiento de

Su servidor.

X.

UN VIAJE PROVECHOSO

Conocí a un jóven mui rico, algo simple e ignorante lo que bastaba para discurrir sin turbarse acerca de cualquier materia. Por estas cualidades i cierto rumbo que tenia de galan dineroso, era considerado nuestro mancebo como el ideal del yerno por los padres de familia escasos de recursos, i como el ideal del novio por las niñas de sociedad. Por lo demas, excelente muchacho que estaba siempre de vagar i a disposicion de los amigos.

Un dia amaneció con proyectos de hacer un viaje a Europa. En los tres meses que tardó en madurar el proyecto, no se le oyó hablar mas que de Europa i estrechó relaciones de amistad con gran parte de los extranjeros residentes en la capital. Se apercibió de un abultado paquete de cartas de recomendacion, i repartió centenares de tarjetas en que pedia órdenes para Europa.

Como hombre prudente, tomó profesores de frances i

de ingles, «porque,» segun decia, «debe de ser grande incomodidad hablar sin que a uno le entiendan.» Al principio estudió con ardor i, al cabo de un mes, aprendió mui luego a saludar en dichos idiomas, i a pedir agua, pan, mantequilla i otros sustantivos de uso comun. I es de notar que desde entónces no volvió a pedir dichos objetos en castellano, ya se encontrara en el café, entre amigos o en su propia casa, lo cual ponia en gran confusion a los criados. En el segundo mes descubrió que el mejor modo de aprender un idioma es irse al lugar donde lo hablan, i con esto cerró los libros i despidió a los profesores. En mas de una ocasion le cité estas palabras del lord Bacon: «El que viaja sin tener algunos conocimientos del idioma, va a la escuela i no a viajar.» Respondióme que se alegraba mucho de que el lord Bacon dijera esas cosas, i que yo las aprovechase; pues, por lo que a él tocaba, tenia opiniones propias en este asunto, i no necesitaba de las ajenas.

Llegó, por fin, el dia anhelado i partió a Europa.

Hace poco, andaba por una de las calles centrales, cuando diviso a un jóven que no podia ménos de estar recien llegado de Europa, segun lo manifestaban claramente sus movimientos ridículos i la exajerada moda de su traje. ¡Era EL! como dicen las novelas románticas. Pasaron en ese momento junto al ninfo unas señoritas, i él las miró de tal suerte i de tal suerte se sonrió, que no parecia sino que se hubiese robado la aljaba de Cupido. Apuré el paso i lo alcancé.

Mi saludo fué bullicioso i con grandes abrazos, como

es costumbre en estas circunstancias; pero él me devolvió las saludes con exquisita urbanidad i cortesía, i con cierta reserva, como un diplomático que teme no le vayan a sonsacar los secretos del Estado. Era otro hombre que valia un poco ménos que el antiguo. En el modo de hablar, ni remotamente se parecian. Mi europeo apénas despegaba los labios i su pronunciacion era dificultosa. No perdonaba los sonidos gangosos del frances, i por cualquier bagatela me decia: «¿Cómo llaman ustedes a eso en castellano?» Tan a menudo dió en repetir la pregunta que me llegó a fastidiar, i le dije que para mayor claridad me hablase en frances, a lo cual accedió gustoso. Pero si hablaba mal el castellano, peor manejaba el frances, i hube de decirle que estaba yo algo olvidado del frances i que volviésemos al castellano, a lo cual tambien accedió gustoso, porque, como llevo dicho, era muchacho mui complaciente. Debo, sin embargo, declarar en honor de la verdad que, cuando se avivaba la conversacion, recobraba mi compañero su sér primitivo, i era un verdadero fruto del pais en sus jestos i palabras.

Le pedí noticias de las bibliotecas famosas, de los museos i galerías de pintura, de los usos, costumbres i manera de vivir del pueblo i de la aristocracia, de los edificios célebres i de las curiosidades que encerraban, de las grandes fábricas, de cómo eran las cortes reales. Le pregunté si habia visitado a algunos hombres eminentes en las letras, las artes o la política; cuáles eran las creencias i las preocupaciones reinantes en los paises que habia recorrido; cómo eran las discusiones parlamentarias i

mil otros puntos en que debe parar la atencion el viajero que quiere sacar provecho de su viaje.

Respondióme, al principio, de una manera vaga i esquiva; pero como yo seguia con las preguntas, apurado de paciencia, exclamó:

—¡Mil diantres con el hombre cargoso! Apénas tiene uno en Europa tiempo para divertirse i quieres que ande en bibliotecas i tonterías. Díme, ¿no has visitado alguna Exposicion Nacional o Universal? El caso es el mismo. Das un par de vueltas mirando a ratos la concurrencia i a ratos los objetos, te vas en seguida a los parques i jardines en pos de una beldad o a beber una copa con los amigos i despues a casa. ¿No encontrarias hasta ridículo que álguien te viniese a pedir pormenores de una máquina, de un instrumento u otro objeto cualquiera que apénas si recordarias haberlo visto? En Europa, amigo, se aprende a conocer el mundo. Eres un niño. Te falta experiencia.

—¿Se aprende a conocer el mundo? Ya, ya caigo, le dije. Dispénsame las impertinentes preguntas que te he dirijido: culpa es, como dices, de mi poca experiencia.

I, a renglon seguido, le pedí que me refiriese algo de ciertas criaturas i de los progresos que hacian en el oficio. Cumplió mi deseo con particularidades mui curiosas i amplísimas explicaciones, i tanto se extendió en el asunto, que me llegó en lo mejor la hora de asistir a una reunion, i tuve que cortar el relato. Antes de despedirme, me convidó mi amigo a su casa i me prometió que en ella concluiria de hacerme una relacion completa i

circunstanciada del estado de tan importante industria, i que me mostraria muchos i mui curiosos objetos que habia recojido en sus viajes.

No me demoré mucho en hacer la visita. Despues que vació todo lo que tenia que decirme respecto al punto de que ya he hecho mencion, le dije:

—Supongo que traerás una selecta librería, i te lo pregunto por la aficion que a los libros tengo, i porque los poquísimos buenos que llegan a estos mundos, nos cuestan un ojo de la cara.

—¡Oh! En punto a libros me los traigo excelentes i, desde luego, está a tus órdenes una coleccion completa de novelas de Sué, Jorje Sand, Dumas, Balzac, etc.

—Bueno, bueno: te preguntaba por los clásicos.

—¡Ah! ¿clásicos?... Sí... tambien... Poco entiendo en eso; sin embargo, tengo por ahí un Racine que allá me prestó un amigo i, segun la costumbre de esta tierra, olvidéme de devolverlo i me lo traje.

—I objetos de arte, buenos grabados de cuadros célebres, pinturas, esculturas... ¡qué buenas cosas traerás de eso!

—¡Por cierto! De esto sobre todo. Traigo hasta doce estudios *al desnudo* de pintores de nota, i algunas esculturas de *terre cuite*, como la llamamos allá, i de mármol que son otras tantas Vénus en todas las posturas imajinables. Pero me ha sucedido una cosa: si una estatua saqué, una me hizo pedazos mi madre, quien puso al verla el grito en el cielo, con gran asombro mio, pues me figuraba que

ya estarian ustedes un poco mas civilizados en este punto.

—No tengas cuidado, que para allá vamos caminando a trote largo. Ya verás tú a la vuelta de algunos años si tenemos que envidiar en esto a los europeos.

«Dejando esto a un lado, ¿es de allá ese traje que vistes? No le encuentro cara de haber sido hecho aquí.»

—Por supuesto, amigo, i éste ha sido uno de los mejores provechos que he sacado de mi viaje. *M. Mesure*, el mejor sastre de Paris, i *M. Main*, el que posee la mejor fábrica de guantes, tienen mis medidas. Tengo cuenta corriente con las principales casas de comercio para que me envien cuanto necesite el buen arreglo de mi persona: perfumería, ropa de hilo, tijeras para cortarme las uñas, escobilla para los dientes...

—Has obrado mui bien, porque eso cuesta caro entre nosotros.

—¡Oh! No es por lo caro; pero, ya comprenderás la diferencia que hai entre comprar aquí las cosas i traérselas a uno de Europa.

—De manera que si ese traje lo hubieras comprado aquí...

—No tendria mérito. Para mí es una singular satisfaccion decir a todos: estos guantes los *traje* de Europa, luego *me* llegará una navaja de barba, *he encargado* un lápiz. Pues, amigo, si hemos de vivir en nuestra sociedad elegante, debemos andar con estas frases en la boca. A las veces las cosas encargadas suelen resultar peores

que las que hai por acá; pero, *son traidas directamente de Europa*, i a esto no hai mas que callar.

«I si tal sucede con los trajes i demas cosas por el estilo, ya comprenderás cuánto valor, cuántas consideraciones se merece el que puede principiar todas sus frases con el consabido: *cuando estuve en Europa.* Ya se te alcanzará qué placer sentimos cuando alguna niña nos pregunta: «¿Se usa esto en Paris?» miéntras mas allá dos individuos se dicen por lo bajo:—«Parece que este jóven ha estado en Europa.»—«En efecto, está recien llegado.»

«Por otra parte, puede uno hablar mal de las cosas de su tierra hasta no mas, abrigando seguridad completa de que todos le encontrarán razon.—«Ya se ve, dicen, ha estado en Europa; él debe de saber...» Puede contar mentiras sin temor de verse descubierto; puede darse aires de superioridad sin que nadie se los dispute; puede hablar de toda ciencia o arte o lo que sea, sin haberlas saludado, i cuenta que su opinion es de peso.

«No si no váyase usted a estudiar, en vez de divertirse, i se le reirán todos en las barbas porque no trae modas desconocidas, ni aventuras que contar.

«Vivo en la buena sociedad i ya nada me falta para ser considerado en ella. Tenia el dinero que, por ministerio de la lei, da todas las buenas cualidades habidas i por haber; me faltaba cierto conocimiento de lo que es el mundo, un barniz de ilustracion enciclopédica, necesitaba una prueba que oponer a cuantos digan que no sé

gastar la plata sin sacar provecho alguno, i ya tengo todo eso con mi viaje a Europa.»

Dos semanas despues de lo anterior, encontré casualmente a mi viajero en una tertulia. Hallábase explicando a un grupo de asombrados oyentes, cómo nuestras instituciones sociales adolecian de gravísimos inconvenientes que no tenian las de Europa. La estadística del último año, cuya exactitud habia comprobado personalmente en muchas ocasiones, demostraba sin réplica los buenos resultados de esas medidas, i continuaba el discurso por este tenor. Me espanté. Me acerco al grupo i, no bien me descubre el europeo, cuando medio me abrazó i volviéndose con maliciosa sonrisa al auditorio, dijo:

—Les aseguro a ustedes que si este jóven fuese a pulirse a Europa, seria una de las lumbreras de nuestra patria.

—No lo dudo, respondí; pero, como decian los griegos, «no a todos es dado ir a Corinto.»

LA MUSICA

La música expresa la belleza por medio de los sonidos. Este modo de expresion, vago e indeterminado de por sí, corresponde a la belleza de ciertos afectos a cuyo impulso el alma, en vez de posarse en determinados objetos, parece como que los abarca de una manera confusa, entregada ella misma a un indefinible abandono. Tales son, principalmente, los deseos de un amor casto i apasionado, i el anonadamiento, el temor i la esperanza que infunde en nosotros la contemplacion de la Omnipotencia divina. La música, como auxiliar de la poesía, pierde su vaguedad i refuerza en gran manera la expresion del pensamiento poético.

Por otra parte, la música, halagando el oido, produce sensaciones en extremo dulces i agradables, lo cual debe tomarse mui en cuenta, porque el vulgo confunde las simples sensaciones con el sentimiento de la belleza.

La melodía, el ritmo i la armonía, halagan el oido como halagan el olfato los perfumes i la fragancia de las flores, o la vista un espectáculo agradable.

El placer que sienten los aficionados vulgares al oir la música, no proviene de la belleza, que no son capaces de percibir, sino únicamente de la sensacion que les causa la manera de expresarla. Esta sensacion, como tantas otras, despierta en su alma ciertos afectos por simpatía o por asociaciones de ideas mas o ménos remotas. Por esta causa las personas de imajinacion no cultivada i que no tienen idea alguna acerca del objeto de las bellas artes, se perecen por la música bulliciosa, alegre i de acentuado ritmo, como las marchas, los valses, o por la música pintoresca o imitativa. En estos casos los efectos de la sensacion se despiertan con gran rapidez i enerjía. Pero cuando la música atiende mas a la expresion de la belleza que a la imitacion de lo sensible, entónces el oyente pronto se fastidia i encuentra monótona la música, porque el placer que siente solo proviene de la agradable combinacion de los sonidos.

Error, por tanto, i mui comun es creer dotados de la facultad artística a las personas de oido delicado i que manifiestan gran entusiasmo por la música. No importa que toquen con correccion mecánica algun instrumento: bien se puede hacerlo sin comprender una mínima los pensamientos del autor; mas, para dar a lo que se toca la expresion conveniente, es indispensable saber comprender la belleza que expresan esos armoniosos acordes, esos

«*sonidos que se llaman,*» como dice San Agustin en su espléndida definicion de la melodía.

¿Cómo? ¿De qué suerte llegar a este conocimiento? Ya lo he dicho en otra parte, por medio del estudio de los clásicos, acompañado de una sana crítica. Por desgracia, rara vez se oyen entre nosotros las obras clásicas de la música. Los teatros atienden, como es natural, a su negocio, i en los salones reina el piano.

Prodijioso es el número de las obras que se ha escrito i se escribe para el piano. Los clásicos han dejado en la multitud de sonatas, conciertos, rondóes, que para él compusieron, monumentos imperecederos de su jenio. Pero en estos últimos tiempos, la música para piano se ha apartado de aquellos sublimes modelos, i se ha convertido en una música frívola que ha introducido el mal gusto i que, merced a él, tiene cada dia mayor aceptacion. Salvo cuatro o cinco composiciones clásicas, solo se oye por do quiera música de baile i de *jénero* (1) de la peor especie.

Gran recurso para ganar dinero i sentar plaza de compositor entre los ignorantes, es escribir esas *fantasías* sobre temas de óperas o esos *aires variados*, que revelan en sus autores la falta de ideas propias, puesto que para presentarse como tales necesitan echar mano de ajenas invenciones. ¿Qué injenio hai en tomar un motivo de

(1) Comprende esta denominacion a todas aquellas composiciones modernas que no obedecen en su forma o estructura a determinadas reglas. Tales son las que mas adelante se mencionan, los *nocturnos*, *impromptus*, *caprichos*, *romanzas sin palabras*, etc. La sonata, por ejemplo, se ajusta a ciertas prescripciones jenerales.

ópera, adornarlo de un modo extravagante, variarlo con pésimo gusto i enlazarlo con otro motivo de cualquier manera? ¿I qué placer puede hallar un aficionado de buen gusto al oir una de esas transcripciones malamente hechas, despues de haber escuchado la ópera ejecutada por buenos artistas? La música clásica con su rica armonía, con sus melodías llenas de sentimiento, con su estilo siempre elevado, natural i sencillo, con su precision i hasta con las dificultades mecánicas que jeneralmente ofrece, enjendra i pulimenta el buen gusto, acostumbra a dar a las notas su justo valor, fuerza al que la cultiva a penetrar las ideas del autor, a desenredar el pensamiento principal de los otros que lo rodean i dar a cada uno la debida importancia. Desde el punto de vista mecánico, es increible lo que aumenta la soltura, fuerza i ajilidad de los dedos.

Pero tropezamos con el gran enemigo de las bellas artes: los hombres prácticos. No enseñan la música a sus hijos porque no pierdan el tiempo, i la enseñan a sus hijas para animar las reuniones, i como las cuadrillas, valses i polkas animan mas que *La noche de luna* o la *Sonata patética* de Beethoven, han de aprender música de baile o bien *potpourris* de la última ópera representada, para satisfacer los deseos de algun almibarado visitante. De los profesores no hai que decir, porque o dejan el oficio o se conforman con los deseos de sus alumnos.

El remedio es la formacion de sociedades de música clásica. Todos los que desean la cultura de su patria, deberian contribuir a su sostenimiento, aun a costa de sa-

crificios. A menudo se oye decir que la música clásica fastidia i disgusta porque es incomprensible. Es natural que hablen de este modo aquellos cuya alma nunca se ha abierto a la belleza o que son de imperfecta organizacion musical; pero, al que ha educado su imajinacion (por no decir la facultad estética), le bastan algunos conocimientos musicales i acostumbrarse al estilo de los compositores por medio de repetidas audiciones de sus obras, para alzar el armonioso velo i flotar, entre formas aéreas, en los mundos creados por el jenio divino de Mozart, de Haydn, de Beethoven i del dulce Schubert.

NO ES TAN FACIL ESCRIBIR

Los hombres prácticos, los jóvenes sin educacion i otros que no entienden palabra en la materia, miran la literatura como cosa de poco mas o ménos, en la cual fácilmente brillarian si les viniese en voluntad escribir. Lo cierto es que, aun para escribir mal, se necesita cierto injenio, miéntras que para cosechar granos o comprar i vender con provecho bonos i acciones de Banco, basta i sobra con un poco de sagacidad i de maña, un mucho de buena suerte i regular actividad. Dígolo a propósito de una carta de un mi amigo, que se imajinaba que la invencion i la expresion literaria eran asunto tan sencillo como escribir cartas mercantiles i amorosas, por lo cual se reia de buena gana de los que se ejercitaban en las letras.

Querido amigo:

Los aires del lugarcito en que estoi me han probado

tan bien, que me considero ya completamente restablecido. Pero si mi cuerpo está sano, en cambio mi ánimo ha sido presa de un tan grande aburrimiento, que no hallo manera de dártelo a entender. ¡Figúrate cómo estaré, separado de mis amigos, sin tener a quien comunicar mis impresiones (pues para la jente de por acá es griego todo lo que no sea hablarle de caballos, vacas i siembras) i por sobre todo eso, sin ver ni siquiera en misa a la señora de mis pensamientos. Ya te contaré en otra carta las cuitas que por esta ausencia aquejan a mi excelente corazon: otra mui distinta cosa es objeto de la presente.

Sabe, pues, chico, que en medio de tanto fastidio háseme entrado, sin saber por dónde, grandísima comezon de escribir. Tú que conoces la antipatía que siempre he profesado a esa manera de pasar el tiempo, i cómo, miéntras en el colejio estuve, hallé modo de no llevar composiciones a la clase de literatura, no dejarás de reirte a carcajadas al saber este mi pensamiento. Pero ello es que no solo lo tuve, sino que lo puse en práctica; el cómo ha sucedido semejante milagro es lo que te voi a referir en la presente con todos sus detalles.

Amanecí, pues, una buena mañana con vehementísimos deseos de escribir algun articulito. Creyendo que el asunto era llegar i hacer, me senté al escritorio mas determinado que César al pasar el Rubicon. Escojí con gran cuidado el papel, lo soplé repetidas veces para que corriera sin entorpecimiento la pluma, la probé, apoyé mi cabeza en la mano izquierda, levanté mis ojos i...

me quedé mirando en esa posicion el retrato de mi ánjel adorado que cuelga en la pared, durante... ¡qué sé yo cuánto tiempo! Lo cierto fué que mi imajinacion llegó algo cansada de su paseo, i como yo no juzgara prudente enviarla a rejiones desconocidas para ella i que mas fatiga le habian de causar, dejé la pluma i me fuí tan fresco i sin novedad, como sin nunca hubiera tenido tal idea de escribir.

Volvióme ésta con nueva fuerza a la hora del *fur niente*, es decir, a eso de las dos de la tarde. Pero, ocurrióseme entónces una pregunta que me desconcertó sobremanera. «¿Sobre qué vas a escribir? ¿Será una descripcion, una novelita o leyenda, algun artículo de costumbres, una descripcion? ¿Qué diablos será?» I ahí me habrias visto tú paseándome de un extremo a otro de la pieza, todo acongojado por no acertar con la respuesta. Decidíame tan pronto por uno de los dichos jéneros literarios i hasta fijaba los puntos que trataria; pero luego acudian a mi imajinacion una multitud de cosas que podria escribir si elijiera otro tema, i dejaba aquél i tomaba éste, i dejaba éste i tomaba otro i lo volvia a dejar i tornaba a tomarlo, de cuyas idas i venidas me resultó un dolor de cabeza tal, una confusion i un acaloramiento que no hallaba santo a quién encomendarme. Estaba verdaderamente desesperado i firmemente resuelto a nò calentarme mas la cabeza por tan poca cosa, cuando hé aquí que se me ocurrió una idea que califiqué desde luego de felicísima i acertada.

«Estoi en el campo, me dije, ¿por qué no escribo so-

bre la vida que en él se lleva? No será mui nuevo el asunto, pero no está malo para principiar i voto a sanes que sí lo escribiré i tal i tan bueno que mal año para el maestro Leon.» Tuve otra feliz ocurrencia. Recordé aquel pasaje de Cervántes, en el cual expone que la amenidad de los campos, el murmurar de las fuentes i otras cosillas del propio jaez son eficacísimos remedios para curar la esterilidad de las musas, i como la mia adoleciera en alto grado de esa enfermedad, sin mas hablar, monté a caballo i, llevando recado de escribir, me dirijí a un sitio algo apartado i que tenia cuanto pudiera desear un poeta. Habia un arroyuelo que serpenteaba segun la costumbre, i árboles altísimos i sin duda alguna seculares que daban fresca i agradable sombra; no escaseaban las enredaderas silvestres, i los besos que el céfiro daba a las florecillas del campo causaban envidia a los mortales. Hasta los pajarillos eran allí mas pintados que en otras partes i sus trinos i gorjeos semejaban a una música celeste. Verdad es que los tábanos, contrabajos de esa orquesta, solian andar demasiado solícitos alrededor de uno, pero eso no era nada, sobre todo si lo comparamos a las penas del infierno.

Salí, como llevo dicho, en direccion a ese lugar, contentísimo i casi sin pensar en el malhadado artículo, teniendo, como tenia, la seguridad de que allá me esperaba, para soplármelo, mi musa, cual otra ninfa Egeria. Como no me caí muerto en el camino, ni el caballo dió conmigo en tierra, ni nada me aconteció, llegué al susodicho lugar. Extendí en la fresca yerba mi manta i en

ella me recosté: saqué el lápiz i el papel, me arreglé o mejor qñe pude i comienzo a pensar. Pero lo bueno fué que en vez de dedicarme al articulillo, voló mi imajinacion adonde estaba la niña de mis ojos, la mitad de mi alma, la luz de mi vida, mi ánjel tutelar, mi esperanza, mi amor, mi dicha, mi encanto... (dispensa, chico, este arrebato propio de la edad i de mi ardoroso corazon) i principio a hacer actos de fé i de esperanza a mas i mejor. Comencé luego a imajinarme lo feliz que seria si en vez de estar solo en tan agradable sitio, *la* tuviera por compañera. ¡Cómo admiraria entónces las maravillosas obras de la naturaleza! Anduvo buen trecho mi imajinacion por este camino i entregábame yo tranquilo a estas reflexiones, pues tenia la seguridad de que mi musa solo esperaba una señal mia para dar a luz cosas que habian de ser la admiracion del mundo.

No sin que me costara algun trabajo, aparté mis pensamientos de donde puestos los tenia; tomé con mano firme el lápiz, recojíme interiormente, puse cara séria i... fuése i no hubo nada.

En mi cabeza andaban en confusa aglomeracion multitud de ideas, a mi parecer, magníficas; pero no hallaba cómo desenredarlas unas de otras, ni veia por dónde dar comienzo al artículo.

Luego me vino aquel dolor de cabeza de que ya he hecho mencion i principié a confundirme que no habia mas que pedir; ya ni paraba miéntes en la amenidad del sitio i hasta creí que mucho mejor me veria sentado a mi escritorio, con muchas ménos distracciones, pues casi no

las tendria volviendo hácia la pared el retrato que ya conoces.

Miéntras tanto el sol venia de bajada i mi musa mostrábase tan ingrata que a ratos creia que su enfermedad era incurable. Pero aun no desesperaba: me armé de paciencia i comencé a dibujar figuras humanas, castillos feudales i paisajes campestres en el papel, i escribia cualquier cosa para hacer buena letra. Ni por esas. «¡Con quinientos mil de a caballo! Musa infernal que no celeste, ¿por qué te muestras sorda a mis súplicas? En fin, llévete...» i tiré con rabia el papel i el lápiz, busqué mi cabalgadura, recojí el lápiz i el papel, lleno de enojo como si tuvieran ellos la culpa, i tomé el camino de mi casa, desechando la idea de escribir como si se tratara de algun mal pensamiento. Pero ni aun eso podia. Acudíanme ahora multitud de cosas que a cada instante me obligaban a echar mano al lápiz; mas, apénas tenia como dejar constancia de mis ideas, evaporábanse éstas como por encanto.

«I esos que escriben libros, ¿cómo se las compondrán? decia yo. No me creo un bestia i por iguales circunstancias deben de pasar cuantos traten de manejar la pluma. ¡Oh! El principio es lo que cuesta. Si tuviera la primera frase ya veria cómo volaba mi pluma i cómo se ponian en órden mis ideas!» I llegaba a figurarme esta bendita primera frase, como la compuerta que una vez levantada deja pasar borbotones de agua.

Con estas reflexiones llegué a casa, con ellas comí i sin que ellas me dejaran acabé de comer.

I hé aquí que la tarde se me presentó tan llena de tristeza, que me dieron grandes deseos de escribir sobre ella. «Vean, dije yo, *una tarde de verano.* ¡Magnífico tema! Por él me decido. ¡Adios *vida del campo!*» I entónces principió en mi interior una lucha tan tenaz entre esos dos temas, que me la comparé a la lucha del bien con el mal.

En lo mas reñido de la pelea, la luna, llena entónces, asomó su redonda faz i venia tan hermosa, tan melancólica, que dije con toda cortesía a entrambos combatientes: «Váyanse a terminar la contienda a otra parte que yo me quedo con mi señora la luna. *¡Reflexiones en una noche de luna!* ¿Cómo no se me habia ocurrido tema tan fecundo?» I dicho i hecho, me planté en el medio del patio a contemplar el astro de los amantes, i ver qué se me ocurria. Inútil me parece advertirte que lo primero que ví en el dicho astro fué a *ella;* pero a fuerza i fuerza conseguí hacerla un lado para que no me distrajera; i me puse a mirar la luna con aire tan sentimental i tan romántico que era de verlo, i principiaron a ocurrírseme unas cosas tan extravagantes, tan melancólicas, que ya veia llorando arroyos a cuantos leyeran mi artículo. Mi imajinacion se vió trasportada a un mundo sobrenatural: ya eran ninfas, ondinas, náyades, sílfides vaporosas, envueltas en nubes de gasa i cuyos rostros parecian llenos de una ternura indecible i de inexplicables deseos: no trataba, empero, de fijarme mucho en sus caras porque luego las encontraba parecidas a las de mi ánjel; ya eran escenas de tranquilidad i de paz; ya era algun tropel de

difuntos envueltos en largos sudarios que venian a preguntarme qué diablos hacia ahí i luego despues, como verdaderos esqueletos de leyendas i cuentos, ponfanse a bailar lanzando estridentes carcajadas. Me creia un Heine o un Hoffmann.

Hacia rato que en mi éxtasis estaba cuando principiaron mis ideas a embrollarse de tal modo, que no les encontraba piés ni cabeza. Sin embargo, a fuerza de trabajo conseguí ponerlas en cierto órden i me dirijí a mi cuarto para escribirlas inmediatamente. Enciendo una cerilla i luego la vela i a su prosaica luz principian a huir mas que de prisa mis fantasmas; consigo sujetar a unos pocos, me siento i... ¡escribo! Lo que oyes: ¡escribo!

¡Qué dulcísimos ensueños! ¡Qué pensamientos tan sublimes! ¡Qué terribles visiones! ¡Qué creaciones tan encantadoras! ¡Adelante!

Era ya mui avanzada la noche cuando me eché a la cama, i en sueños me ocurrieron una multitud de magníficas i brillantes ideas, de las cuales me fué imposible acordarme al dia siguiente, apesar de los desesperados esfuerzos que para ello hice. Me levanto i lleno de ansiedad corro a ver lo que habia escrito.

Dios mio, ¡Qué disparates! ¡Qué tonterías! ¿Estaria loco?

Lleno de rabia i desaliento, despedacé esos papeles cubiertos de necedades i los arrojé léjos.

Durante tres dias me aconteció mas o ménos lo mismo. Renuncié, por último, a mi intento, en vista de la imposibilidad de conseguirlo, i te confieso que desde en-

tónces miro con respetuosa admiracion a los *literatos*, de quienes tanto me reia.

Si ves a mi ánjel, dale tres miradas a mi nombre; pero con gran cautela de tu propio corazon.

Tuyo

R.

JUNTA CURIOSA

Con el objeto de tener materia para mis artículos, he encomendado a varios amigos mios que anoten i me remitan las observaciones que hagan en la vida social. Han cumplido el encargo con mucho celo i agudeza, como lo podrá ver el lector en la siguiente carta:

Querido amigo:

Anoche nos encontramos en el teatro Javier, Mariano i el que suscribe. Unas cosas tras otras vinimos a hablar de tí i recordamos aquel tu encargo de recojer observaciones. Propuse entónces que nos constituyéramos en Junta de Observacion Social. Admitióse la idea. Elejimos de presidente de la Junta a Mariano, que era el de mas edad; éste me elijió a mí de secretario con aprobacion tácita de Javier, el cual quedó sin empleo honorífico.

Al punto acordamos lo siguiente:

1.° Enviarte una palabra de aliento en la árdua empresa de observar.

2.° Dirijir una humilde peticion a las Cámaras en demanda de subsidios, en consideracion a las grandes ventajas que traeria la nueva Junta para la sociedad i el individuo.

3.° Nombrar una comision para observar lo que pasase en la escena durante la funcion, otra para el patio i otra para los palcos. Mariano formó la primera, Javier la segunda i yo la tercera.

4.° Reunirnos despues de la funcion para escribir las observaciones i remitírtelas.

Concluida la pieza, nos reunimos en el café del Teatro.

Mariano expuso que habia hecho en la escena las observaciones siguientes:

Al comenzar cada acto se levantaba el telon i se bajaba al concluir, salvo dos veces que se quedó a medio camino sin poder subir ni bajar, lo cual fué estrepitosamente aplaudido por la concurrencia. Por fin consiguieron bajarlo; pero no tanto que alcanzase al tablado, circunstancia que permitió al orador observar una multitud de piés de variadas formas i tamaños, que se movian en diversas direcciones.

Observó, ademas, que los actores no hacian sino repetir lo que les decia el apuntador.

Item. Que hallándose la escena en gran tranquilidad i profusamente iluminada, uno de los actores exclamó: «¡Noche tenebrosa, encubre con tus negras alas mis abominables designios!» I al punto, como por encanto, se

oscureció el proscenio, estallaron truenos formidables al lado afuera del cuarto que representaba la escena, i tras de una ventana comenzaron a menudear relámpagos, de suerte que en dos minutos se llenó la pieza de humo, i como la luz era mui viva i daba de soslayo, el orador pudo observar todas las arrugas de los telones.

Item. Que la primera dama dirijia las frases mas apasionadas de su papel a un jóven del patio.

Item. Que un desalmado seductor que aparecia en el drama, descargó a quema-ropa un pistoletazo sobre el padre de la muchacha. El tiro no salió i, sin embargo, el viejo cayó muerto, probablemente a consecuencia del susto.

Javier pidié a la Junta que lo excusase si no habia cumplido con la comision que se le habia confiado, porque, siendo de temperamento mui nervioso, a poco de hallarse en su butaca, le asaltó la idea de que mui fácilmente podria ocurrir un temblor o incendio en el teatro, i le fué imposible atender a nada, sino a calcular las probabilidades de salvarse i buscar los modos de conseguirlo.

Manifestó que, por ser mui numerosa la concurrencia, habia padecido grande angustia.

El secretario solicitó igualmente la benevolencia de la Junta, porque, examinando los palcos, descubrió una criatura mas divina que humana, la cual le absorbió enteramente la atencion.

Con esto nos partimos a nuestras casas.

En el camino observé a un policial dormido i a otro

conversando con una mujer. I hé aquí que de unas sombras, brota un individuo de malísima catadura con visibles intenciones de observarme de cerca; pero no le dí lugar, apreté el paso i en un santiamen me ví puertas adentro en mi casa sano i salvo, felicidad que desea a todos los que se recojen tarde de la noche, tu afectísimo

ARTURO.

UN DIA DE LLUVIA

Andábame en dias pasados por esas calles con la mente ocupada en pensamientos tan negros como los nubarrones que oscurecian el cielo, ni mas ni ménos que si yo fuera el protagonista del mas romántico drama. Sea que en algo influyera la electricidad de la atmósfera, sea por otro motivo, es el caso que me encontraba en esos momentos en que nos consideramos los séres mas infelices de la tierra, en que vemos nuestro porvenir tan claro como boca de lobo, i nos contemplamos como héroes de trájica novela. A tal extremo habíase excitado mi imajinacion, que daba por realizadas las mas fantásticas ilusiones: veíame agobiado bajo el peso de todas las desgracias, i si hubiese existido en los tiempos mitolójicos i los dioses me hubieran visto luchar con ellas, habrian tenido, a no dudarlo, un espectáculo digno de su augusta grandeza. Imajinábame, como si lo estuviera

viendo, que la dueña de mi corazon me habia sido infiel, i ahí me miraba yo sumido en un piélago de dolor, con el corazon desgarrado, i llorando dia i noche la lágrima viva. Algun tanto cicatrizada mi llaga por el trascurso de algunos años, que ni en el infierno los habria pasado peores, hubo de llegar a mi ignorado retiro (pues me habia alejado del mundo para entregarme a la meditacion i al estudio) la noticia del casamiento de la ingrata. En un arrebato de desesperacion, resuelvo incontinente presentarme en medio de la fiesta matrimonial. Hícelo así, i sin hacer caso de la desolacion de la perjura ni del asombro de los circunstantes, principio a cantar con reconcentrado furor el: *Chè mi frena in tal momento;* pero al llegar a *t'amo ingrata, t'amo ancor*, eché de ver que habia tomado un tono mui alto i, en consecuencia, no me alcanzaba la voz. Dejé entónces de ser Edgardo i cambié la escena.

Cierto dia me trajo a la ciudad, sacándome del mismo ignorado retiro, la funesta nueva de que mi mejor amigo estaba en los últimos momentos i necesitaba confiarme cierto misterioso secreto. En una solitaria calle me encuentro de noche... Un sonido seco que dió mi sombrero redondo disipó instantáneamente ese tropel de fantasías. Miré hácia arriba por si fuese algun pillastre que desde un balcon me hubiera tomado por blanco, i como quiera que no puede mirarse a lo alto sin abrir algun tanto la boca, entróseme hasta el gaznate un grueso goteron que ahí dejó caer alguna traviesa nube, por ende caí en la cuenta de que principiaba a llover. No traia

paraguas, que lo sentí por mi sombrero que estaba flamante, i resolví entónces dejarme de vacilaciones en cualquiera otra ocasion en que tuviera necesidad de salir con mal tiempo; pues, en tales casos, examino si las nubes están altas o bajas i reflexiono cinco minutos por lo ménos si saldré o no con paraguas, i tan pronto lo tomo como lo dejo.

Arreciaba, en tanto, la lluvia por momentos i víme en la necesidad de acojerme al abrigo de un benéfico alero de esas casas antiguas, de construccion española, i, bendiciendo en mi interior esa arquitectura, esperé que pasara un coche. Miéntras tanto, entretúveme en mirar el nuevo aspecto que habia tomado la calle. Muchos transeuntes mas prevenidos que yo, habian abierto sus paraguas i seguian tranquilamente su camino, no sin sostener con aquéllos algunos combates, a causa de que querian irse en alas del raudo viento, lo cual de ninguna manera convenia a los intereses económicos de sus dueños. Corria por aquí un muchacho sin cuidarse del agua, ántes bien, parecia desafiar los elementos i buscaba manera de mojarse, en lo cual hallaba gran contento; allá un lechuguino tiritaba bajo la ajustada levita i hacia inauditas suertes para no perder el equilibrio i librar así del barro a sus limpios zapatos; mas su mucho cuidado no fué bastante a evitar que su afeitada cara recibiera un amable peloton de barro lanzado por las patas de un rocin que cruzaba a trote largo; acullá el sereno del barrio, con su capote de goma, miraba filosóficamente cómo llovia, i pensaba sin duda que mucho mejor estaria calen-

tándose a la lumbre; a ratos pasaba delante de mí tal cual estudiante de vuelta de clase: sombrerito al ojo, libros bajo el brazo, pasito lijero, solapa levantada.

En tanto no habia pasado ningun coche vacío i resolví seguir a pié. Mohino i pensativo iba yo contando las gotas que caian en mi sombrero i mirando en lontananza algun benévolo constipado, cuando al pasar junto a una ventana siento que dan en los vidrios repetidos golpes. Vuelvo la cabeza i veo a doña Manuela Esturion, señora viuda mui mi amiga, quien con gritos i señales me indicaba que pasase a su casa. No era de despreciar este ofrecimiento en las circunstancias en que me encontraba, tanto mas cuanto que la señora era llana como la palma de la mano, bien es verdad que tenia algunos pimpollos con mas dobleces que vestido a la moda; pero eran las chicas tan pizperetas i bien parecidas, que de buenas ganas les perdonaba uno todas sus marrullerías.

Entré sin ceremonia.

—Venga acá, amigo, díjome la señora, i ¡qué gusto el suyo el andarse mojando! A ver, niñas, que traigan mas fuego.

Era doña Manuela señora chapada a la antigua, por manera que no habia podido convenir con el uso de las chimeneas, de las cuales decia que eran embelecos e invenciones, i que para ella no habia como el brasero, junto al cual en invierno no se sentia pena. En verano, apesar de las protestas de sus hijas, sacaba las alfombras i las reemplazaba por frescas esteras, i durante los meses

de calor preferia llevarse a oscuras con tal de no tener moscas, insectos a que habia declarado una guerra mortal.

Aumentóse, pues, el fuego, i colocados alrededor del brasero, apoyados los codos en las rodillas i extendidas las manos al benéfico calor de las brasas, pasamos un buen rato, ya embromando con las niñas, ya hablando de la iglesia i de los santos de su predileccion con la señora, sin cuidarnos del viento que hacia estremecer las ventanas, ni de la lluvia que caia a torrentes. De pronto, doña Manuela, cediendo a alguna celestial inspiracion,

—¡Vaya! dijo. ¿Tomemos mate de leche? El dia está mandado hacer...

—Nó, mamá, observó una de las niñas, mejor es té o café.

—¡Oigan a la moda! ¡Té! Me cuesta trabajo tomarlo de noche i eso lo hago por el qué dirán. De buenas ganas hiciera alfeñiques, pero es algo tarde... ¿Le gustan a usted los alfeñiques?

—Soi loco por ellos, le contesté, aunque rara vez los comia. Sin embargo, soi mui torpe para hacerlos: se me pegan en los dedos...

—Yo soi grande aficionada. Allá en mi tiempo, en casa de mi madre no habian de faltar en dias de lluvia, i ¡qué manos tan diestras eran las mias! Me quedaban los alfeñiques rubios como el oro. Varias veces en dias como éste, he querido hacerlos con las niñas; pero a las pobrecitas les ha entrado por la elegancia; nadie las saca de su té, de su café, i de las copitas de jerez, oporto... Se

nos van, amigo, se nos van las costumbres sencillas de otros tiempos.

—Se nos van, doña Manuela, se nos van, respondíle haciéndome del triste i escarbando el fuego, miéntras las niñas se reian a su sabor.

En esto siento un helado golpecito en la cabeza. «¡Qué es esto!» exclamé, mas luego vine en la cuenta de que una gotera habia tenido a bien caer sobre mí; lo cual visto por la señora,

—¡Gotera, niñas! gritó, presa de la mayor consternacion. Quítese usted de ahí. Un tiesto... pronto... la alfombra...

Trájose el tiesto; mas luego fué menester ir por otro, pues en un extremo de la sala caia una nueva gotera, i así amenizó la fiesta un *tik tak*, a ratos pausado i a ratos lijero.

Comenzó a arreciar la lluvia que daba contento el mirarla, rebosaban de agua las canales i habíase convertido la ya desierta calle en ancha i caudalosa acequia. Subió de todo punto la fuerza del agua. «¡Granizo!» exclamamos todos, i aquí fué el dejar los asientos i el dirijirse precipitadamente cuáles a la ventana, cuáles a la puerta; aquí el gritar la señora: ¡Tápense la boca que anda mucha parálisis! aquí el pisarse distraidamente i pedirse mil perdones. Salimos al patio, i ahí estuvimos como unos bienaventurados viendo granizar: nadie hablaba palabra, i yo me decia interiormente:

No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera jente
Peñas al mar.....

Terminado el incidente, volvimos a la pieza.

Ya con esto tuvo la señora ocasion de contarnos que este granizo era el mas grande que habia visto, fuera del que cayó en el año tal, pues ese fué del tamaño de una haba, i que este granizo la sorprendió en la calle con su marido, i se entraron entónces a la casa de la Fulana, i fué hilando de manera que nos refirió una gran parte de su vida i de la de sus conocidos.

Las niñas, por su lado, para echarla de compasivas, decian:—¡Ai! ¡Cómo estarán los pobres con este tiempo! I una tan abrigada...—I al decir esto se envolvian mas en sus chales, sin duda para que no padecieran tanto los pobres.

¡Qué cosa tan agradable, decíame yo mentalmente, qué cosa tan agradable es el estar en una pieza abrigada viendo llover al través de los vidrios de la ventana, en compañía de un libro o de personas amables i sencillas i junto a un buen brasero! O bien de noche, ¡cuánto contento da el arrebujarse en la cama i quedarse dormido al ruido del agua, libre de cuidados i desvelos!

Me hice muchas otras reflexiones a este tenor; pero no las estampo aquí, porque tenian un saborcillo epicúreo que, si bien podria haber gustado a los indolentes compatriotas de Horacio, lo considerarian en esta época revolucionaria i activa, como manifestacion de un vergonzoso egoismo. Pasó el tiempo de cantar, coronado de rosas, las dulzuras de la ociosidad i los goces de un ánimo tranquilo i sin afanes. No es de este siglo el que no canta las victorias de la ciencia o los atrevimientos de la razon orgullosa.

LOS HOMBRES PUBLICOS

Señor:

Soi el mismo X. de quien debe de haber recibido una carta en que le pedia el esclarecimiento de ciertas dudas tocantes al gobierno político de nuestra patria. Ahora no se trata de dudas, sino de verdades que llegan a infundir pavor de puro verdaderas.

Oigame usted. Antonio, mi hermano mayor, le echó la garra a la fortuna en un negocio que se le presentó. En viéndose rico, cojió sus maletas como todo buen provinciano, i se fué a la capital, donde dió en la gracia de desparramar dinero. Reuniones, bailes, banquetes, nada faltó. I hé aquí que llega a mis manos una carta de Antonio, en la cual me dice que está desempeñando cierto papelillo en la política, i que pone a disposicion de la familia media docena de empleos. Para que yo no dudase, me

envió dentro de la carta un recorte de diario, donde se leia, mas o ménos, que en casa de don Antonio X. se habian reunido algunos senadores i diputados con el objeto de deliberar acerca de no sé qué importantísimo asunto.

Debo advertir a Ud. que Antonio, en materia de letras i conocimientos, es un cuaderno en blanco, de donde Ud. podrá inferir si fué grande mi sorpresa. Esta conexion que aquí veia del dinero con la política, me dió mucho que pensar. Yo hasta entónces habia mirado a los hombres públicos como séres superiores a los demas en vigor de intelijencia, en nobleza de corazon, en fuerza de voluntad i en abnegacion patriótica. Nunca pude censurar al gobierno i, cuando delante de mí lo hacian, lo llevaba mui a mal. «¡Qué saben ustedes!» exclamaba. «¿Estarán ustedes mas al cabo de los antecedentes que el gobierno? ¿Podrán saber ustedes mejor que el gobierno lo que conviene a la nacion? Bien estudiado tendrán el asunto esos hombres eminentes que dirijen la república. Esperemos: ya lo irán descubriendo los sucesos.» Los sucesos, por lo comun, descubrian cosas mui al revés de las que pronosticaban los gobernantes; pero aquí entraban para mí las combinaciones de una política profunda i recordaba, a este respecto, las palabras de no sé qué rei: «El que no sabe disimular no sabe reinar.»

Así las cosas, me escribe mi hermano invitándome a la capital i ofreciéndome su casa. No me hice de rogar, cuanto mas que deseaba conocer de cerca a esos individuos cuyos nombres veia diariamente en letras de molde. Hice el viaje, i en la noche siguiente tocó reunion

política. Mi hermano me presentó a la concurrencia; pero como yo tenia mas trazas de pedir que de dar, debieron de descubrir en mí mui pocas aptitudes para la política, pues nadie me hizo caso, aparte de las cortesías ordenadas por la buena crianza. Dejáronme, con esto, en completa libertad para observar.

Tenia yo la idea (no sé de dónde la habia tomado) de que los hombres públicos habian de ser de porte majestuoso, barba larga, semblante severo, graves i prudentísimos en los discursos i tan versados en los negocios públicos, en el arte de gobernar, en la historia, que no debian de parecer sino libros vivientes i la experiencia misma. Piense Ud. si seria desengaño el mio. Encuéntrome con individuos de diversos tamaños, cuáles con barba, cuáles afeitados; pero en todos noté ciertas apariencias de hombres calaveras o de comerciantes maliciosos, en lo cual me confirmaba la sonrisa que no desamparaba sus labios i las mañosas insinuaciones de su cortesía.

Habíanse ya reunido diez o doce i, entre ellos, uno de los ministros del Estado, cuando un vejete de temperamento nervioso, dijo:

—Me parece que nos hallamos todos. Es hora de comenzar.

—Solo falta el coñac de don Antonio, observó un hombre de nariz encendida, dándole a mi hermano una palmadita familiar.

—Ya vendrá, ya vendrá, dijo mi hermano a tiempo que entraba un sirviente con las botellas.

—Empecemos.

I cada uno vació su copa.

—¿De qué vamos a tratar? preguntó el que parecia mas serio.

—De lo siguiente, respondió uno que desempeñaba el empleo de secretario. 1.° De la actitud del partido en la próxima lucha electoral; 2.° De nuestros candidatos; i 3.° Del programa de costumbre que es preciso publicar.

—En discusion la actitud, dijo uno.

—Pido la palabra, dijo el Ministro. A mi juicio, la actitud debe de ser tal, que no me vea, es decir, que no nos veamos obligados a renunciar el ministerio. Ahora que estamos en el poder, la union del partido es mas necesaria que nunca, i en la cámara, en la prensa...

—Dejémonos de actitudes i de cuentos, dijo el vejete nervioso. No hai necesidad de decir la actitud que observaremos en público: eso se pondrá en el programa como sea mas conveniente. Nuestra actitud en privado es i no puede ser otra que la de un grupo de individuos que quieren ganar algo, i pasemos a los candidatos que es lo importante. ¿Trajo el señor Ministro la lista de las personas designadas por Su Excelencia?

—Nó, respondó el ministro. Su Excelencia me dijo que designaran ustedes los candidatos i que él haria despues sus reparos a la lista.

—Lo mismo da, repuso el vejete envolviéndose bruscamente en su capa.

—Mire, don Antonio, cómo le han dejado las botellas, dijo el de la nariz encendida.

—No faltará cómo reemplazarlas, respondió mi hermano con modo bonachon.

Comenzaron a trabajar en la lista de los candidatos. ¿Cómo? preguntará Ud. No me lo pregunte, señor, mire que me da vergüenza de solo acordarme, no de los manejos políticos que ya palpé con mis ojos que eran cosa natural i corriente, sino de mi pasada ignorancia. Era un verdadero remate. El mérito, la virtud, el talento, la instruccion, eso ni se mentaba siquiera. ¿Fulano cuenta con tales recursos para ganar la eleccion? ¿Es voto siempre seguro? ¿Ayudará al partido con tanto? Apuntado i adelante. ¿Pues no es bueno que tambien le llegó su turno a mi hermano?

—Don Antonio, le dijo uno de los políticos, don Antonio, es necesario que Ud. sea diputado por este departamento.

—¡Diputado! exclamó mi hermano. Pero si en mi vida he hilado dos palabras.

—¿Qué importa eso, ni qué cuesta? Acepte no mas, le dijo el de la nariz encendida. Si Ud. no quiere hablar, no habla. Cada partido tiene sus habladores que dicen las cosas en nombre de los demas. No se imajine, don Antonio, que nos perjudicará su silencio. En todo caso, Ud. vota que es lo principal. ¿Le entran deseos de pronunciar algun discursito? No hai nada mas fácil. Cuando se trate de cuentas de la hacienda pública, de investigar algunos hechos u otros asuntos por el estilo, le damos a Ud. los datos convenientemente arreglados en vez de dárselos a Fulano, los envuelve en dos palabras i ya

es Ud. un heróico defensor del Ministerio. O bien, en cualquiera pelotera que se arme en la Cámara, puede levantarse Ud. como orador atrevido, lanza en medio del tumulto tres o cuatro exclamaciones de modo que las oigan bien los taquígrafos, i vuelve a sentarse mui sin novedad. I luego el honor, don Antonio, el honor. I no me diga que nó, porque voi a beber esta copa por el triunfo de su candidatura.

—Acepto, dijo mi hermano con resolucion.

—Quizás, le dijo el secretario, podria Ud. suministrar luego los fondos necesarios.... el partido necesita hacer muchos gastos.... El señor Ministro me ha dicho que la partida de imprevistos está por agotarse....

—¿Los fondos? preguntó mi hermano como el que no ha oido bien.

—Sí, don Antonio. Hai quien ofrece siete mil pesos por esa diputacion; pero si Ud. contribuye con cinco mil únicamente, el partido trabajará por Ud. porque lo merece mas que nadie. Excusado es advertirle que el señor Ministro pondrá a su disposicion los elementos oficiales.

—Es claro: no hai necesidad de decirlo, observó el señor Ministro.

—Siendo así, dijo mi hermano un tanto abatido, tendré el mayor gusto en contribuir al triunfo de nuestras ideas i a la prosperidad de la República.

Salió un momento i volvió con un cheque por cinco mil pesos que entregó al secretario.

Algo simple seré yo, pero la bobería de mi hermano

me dió lástima i la desvergüenza de los tales hombres públicos me indignó sobremanera.

Cuando concluyeron la lista, dijo uno:

—Al programa ahora.

Pero el vejete nervioso exclamó:

—¡Qué cuentos de programa! Redáctelo el señor secretario i lo firmaremos. Ya se sabe lo que ha de decir: entren ahí la libertad, el pueblo, la abnegacion patriótica, nuestro reconocido desinteres, dos o tres palabras tocantes a una promesa de no intervenir del señor Ministro, quien tendrá cuidado de hacerla en la Cámara ántes de la publicacion del programa, i asunto concluido. Buenas noches.

—Espere Ud. un momento, le dijo mi hermano; ya traen el té.

—¿El té? replicó el vejete. No dormiria en toda la noche.

—Si Ud. me pasa aquella copa, le dijo el de la nariz encendida a mi hermano, dormiré yo por él.

Satisfecha mi curiosidad, me retiré disimuladamente de la sala.

Tuve algunas conferencias con mi hermano respecto a su diputacion, pero se manifestó sordo a mis buenos consejos. Recibió lo que merecia.

Mi hermano, por asegurar mas la diputacion, se trasladó al departamento que debia representar en el Congreso; compró muchas calificaciones de su propio bolsillo i las depositaba relijiosamente en poder del directorio de su partido.

Llegan las votaciones i mi hermano vió, con mortal asombro, que no aparecia tal Antonio X. en las listas; pero estaba en ellas el nombre del de la nariz encendida, quien, segun despues supimos, vió pocas probabilidades de triunfar en el departamento que habia elejido i tomó el lugar de mi hermano.

Antonio reclamó; respondieron que luego se averiguaría. Pasó el dia de la votacion. Antonio cobra su dinero; respondieron del mismo modo que luego lo averiguarian, i en eso andan hasta ahora.

Mucho le agradeceria si en alguno de sus artículos desenmascarase a los que se llaman hombres públicos i profundos políticos. Lo que yo le sé decir es que el mas hábil en comprar i vender hombres, ese es tenido por el mejor político.

Disponga de S. A. A.

X.

AMORCILLOS

En un coche de alquiler encontré un libro de memoria olvidado en los cojines. No tuve escrúpulo alguno para leerlo. Lo más interesante que habia es el siguiente diario:

MIS AMORES CON LAURA R.

(Extractó de mi diario.)

Marzo, dia 8.—En el paseo de la tarde ví a una hermosa niña. No la conocian mis compañeros. Extraña impresion.

Dia 9.—Anoche soñé con la niña de la víspera. Deseos de verla.

No asistió al paseo de la tarde. Disgusto inexplicable. Temo enamorarme.

Dia 10. Domingo.—En misa encontré a la muchacha. Puesto de observacion tras de una columna: la miré con tenacidad, con encarnizamiento. Me miró tres veces. Rubor; bajó la vista. Me ha comprendido. La espero en la puerta de la iglesia. La sigo con disimulo: distancia una cuadra. Vive frente a la casa de Ramon Luis. Contratiempo: Ramon Luis está en el campo. Temo estar enamorado.

Dia 11.—Ramon Luis no ha llegado. Fastidio.

Dia 12.—Ramon Luis no llega. Intranquilidad.

Dia 13.—Ramon Luis enfermo en el campo. Desesperacion.

Dia 14.—Enfermedad de Ramon Luis equivocacion del sirviente. Llega esta noche. Zozobra.

Dia 15.—Estuve con Ramon Luis. La niña se llama Laura R. Vive en provincia; ha venido a visitar a su tia la vecina de Ramon Luis. Provinciana, conquista fácil para un elegante jóven de la capital. No temo enamorarme.

Dia 16.—Concierto con R. L. que a las 9½ A. M. estudiaremos juntos el Código Civil.

Ví a Laura en el paseo de la tarde. Manifestaciones algo atrevidas por mi parte. Disimulo en la niña.

Dia 17.—A las 9½ me establecí con el Código Civil en el balcon de la casa de R. L. Laura abre su balcon. Apénas me ve lo cierra inmediatamente. Palpitaciones irregulares. Despecho. Bromas de R. L.

Dia 18. Domingo.—Laura en misa. Acecho tras del púlpito. Al padre Fidel que estuvo hoi en casa a ver a

mi mamá le he preguntado si le valdria la misa al que, en ella, hubiese estado mirando a una niña. Respuesta negativa del buen padre.

Laura en el teatro. *Lucia de Lamermoor.* Le dirijí algunas miradas de amor reconcentrado miéntras cantaban un *duetto* amoroso. Laura no advierte mi presencia: no quita los ojos del proscenio. Celos con Edgardo. Quisiera yo ser Edgardo Imajinaciones románticas. Amor correspondido e irrealizable. Desafíos. Suicidio. Tumba ignorada.

Dia 19.—Balcon. Laura abre el suyo i mira a la calle. Poco despues lo cierra cantando a media voz.

Dia 20.—Balcon. Laura abre el suyo i mira a la calle; poco despues a nuestro balcon. Se encuentran las miradas. Sonrisas disimuladas i maliciosas.

Laura en el paseo de la tarde. La sigo. Mis manifestaciones con cierta reserva. Laura i una compañera suya me miran por lo bajo i se sonrien.

Dia 21.—Resuelvo visitar la casa. Hoi me anuncia Ramon Luis. Iremos el Domingo.

Dias 22, 23, 24.—He dejado de presentarme en el balcon. Esperanzas, ilusiones.

Dia 25. Domingo.—En la iglesia miré al sacerdote i furtivamente a Laura. Espero ansioso la noche.

(*A las doce de la noche.*) Amable acojida. Turbacion de Laura i mia al estrecharnos la mano. Confusion indescriptible de sentimientos. Boca hermosa sobre toda ponderacion. Palabras entrecortadas con Laura. Volveré el Juéves.

Dias 26, 27, 28.—Sueños de felicidad, deseos vagos, corazon compasivo, carácter melancólico, arrebatos de ternura, indiferencia por lo que me rodea.

Dia 29.—Acojida un poco ménos amable que la del Domingo de parte de los dueños de casa. Manifestaciones de Laura: flor que le di colocada en el pecho, rubor i turbacion cuando le dirijía la palabra, evitar mis miradas. Favorable opinion de Ramon Luis acerca de estas manifestaciones: me ama.

Dia 30.—Me ama. Tranquilidad. Fria meditacion sobre el matrímonio: escasez de recursos, los hijos, pérdida de la libertad, incertidumbre de amarla siempre.

(*A las* $3\frac{3}{4}$ *P. M.*) Me han asaltado escrúpulos. Laura me ama i no puedo corresponderle. ¿La habré hecho desgraciada? Arrepentimiento de mi lijereza. Vergüenza. Orgullo de verme con sentimientos nobles. No volveré mas a su casa.

Dias 31 i Abril 1.°—Calma.

Dia 2.—La he visto en la calle haciendo algunas compras. Una deidad. Encantadora. Furioso asalto del amor. No puedo resistirle. Iré esta noche sin falta i le declararé mi hoguera.

Dia 3.....

Dias 4, 5, 6, 7, 8, 9.—Desesperacion, odio, vacío indescriptible, soledad inmensa.

Dias 10, 11, 12.—Cuarto menguante.

Dia 13.—Luna nueva. Josefina M. (Véase mi diario, páj. 34).

PERCANCE DE UN ORADOR

Un Domingo frio i nebuloso extendí mi paseo mas de lo que tenia por costumbre. En una calle algo apartada ví mucha jente que entraba a un edificio no enteramente concluido. Me acerco, i, como no pedian boleta, me colé dentro hasta llegar a una sala espaciosa. Al frente habia una tribuna i una concurrencia numerosa ocupaba los asientos. Me costó trabajo hallar dónde sentarme, hasta que descubrí una silla medio oculta por un caballero gordo que salia de madre en el asiento inmediato.

Como yo no sabia de qué se trataba, comencé a mirar al vecino, que parecia hombre mui comunicativo, como con deseos de pedirle explicaciones; pero se me adelantó.

—Tendremos una buena funcion, me dijo con modo contento i satisfecho.

—Ya lo creo, le respondí: los oradores son bastante buenos, dije mirando la tribuna.

—¿Conoce Ud. al primero que usará de la palabra?

—Mucho, le respondí por sonsacarle. Es un excelente jóven.

—Sin duda, me dijo; pero me referia a su instruccion i talento. Es mozo que da grandes esperanzas al liberalismo, i mui luego, créame Ud., hará papel en la política. ¡Ya querrian los clérigos tener jóvenes como éste, que les ayudasen a propagar sus ideas!

—¡Oh! exclamé. De eso no hai que hablar. Es jóven de grande ilustracion i de innegable talento. Mui propio parece el edificio para el objeto al cual lo destinan, le dije como distraido.

—Sí, me respondió. Caben hasta cien alumnos.

—Los profesores serán, sin duda, hombres competentes i experimentados: no he visto sus nombres.

—Aun no está eso bien determinado, me dijo el gordo, porque como hoi no mas inauguran la escuela... Oigamos, oigamos, atienda Ud. que ya comienza el discurso, me dijo disponiéndose a escuchar con grande interes.

El orador estaba ya en la tribuna con un rollo de papeles: iba a leer su discurso. La esperanza del liberalismo era un individuo pequeño, mofletudo, que, a poco animarse, se encendia a llamaradas. Me pareció que mas daba esperanzas de ser con el tiempo el segundo ejemplar del gordo mi vecino, que no de ser formidable campeon de las ideas liberales. Sin embargo, desde las primeras frases del discurso, el orador me convenció de que

bajo una capa de gordura, podia mui bien ocultarse un liberal temible. El discurso era una pieza acabada de oratoria. Mas adelante podrá admirarlo el lector.

No soi liberal; pero confieso que el liberalismo trae muchas i mui grandes ventajas para el individuo.

Es la primera el considerable desarrollo de la facultad de hablar. No investigaré aquí las causas de este fenómeno: seria tarea larga i un tanto impertinente, solo enuncio el hecho. Podria citar numerosos casos de jóvenes que, ántes de declararse partidarios del liberalismo, eran modestos, callados, como si desconfiasen de sí mismos; pero, una vez pasado el rio, se volvian otros. Palabreros infatigables, hombreaban entre personas de respeto, galleaban con sus iguales, discutian sobre todo con sin igual desplante i no toleraban que nadie les impusiese. Uno de los cien lemas que podria estampar el liberalismo en una de sus cien banderas, es la exclamacion de Hamlet: *Words, words, words!*

La segunda ventaja es la ilustracion espontánea, fenómeno mas admirable, si cabe, que el anterior. Los ignorantes se ilustran a medida que les va entrando el liberalismo, sin abrir un libro, sin reflexionar un momento. Probar científicamente que cien pasajes de la Biblia pugnan con los descubrimientos de la ciencia, es una bicoca para ellos. Los puntos históricos que se relacionan con la relijion, se los saben con minuciosidades i pormenores que ignoran hasta los mas versados en dicha especie de conocimientos. Adquieren una maravillosa penetracion literaria: con ver la portada de un libro,

pueden juzgar acertadamente del mérito de la obra. Cada vez que pienso en ello me confundo.

Vuelvo a mis carneros, como decia Rabelais.

Ya noté que el discurso me pareció excelente desde el principio. Para que lo aprovecharen mis lectores, saqué lápiz i papel, i tomé rápidamente algunos apuntes. El gordo mi vecino alabó mucho mi determinacion. Yo no hallaba qué pensar del extraordinario interes que el buen caballero manifestaba por el discurso.

El orador comenzó a leer en estos términos:

«Señores:

«¿Qué misterioso impulso os ha reunido en este lugar? ¿Por qué me encuentro en esta tribuna solicitando vuestra benevolencia? ¡Ah! No me lo digais que bien lo sé. Venís a ejercer una de las funciones mas nobles de la vida del ciudadano, venís a inaugurar una escuela.»

Prolongados i estrepitosos aplausos. Emocion indescriptible del gordo.

—¡Qué tal! exclamó en voz baja. ¿Qué le decia a Ud.? Anote la orijinalidad del exordio.

«Un pensador ha dicho: Una escuela que se abre es una cárcel que se cierra. Palabras profundamente verdaderas i filosóficas, cuya verdad i filosofía suben de punto cuando se refieren, como ahora, a una escuela liberal. Porque, señores, el hombre que sabe leer i escri-

bir, el hombre que sabe pensar libremente sin las trabas heterojéneas del fanatismo supersticioso, ese hombre, digo, no puede, ni debe, ni quiere cometer crímenes. Lo atestigua la estadística, lo atestiguan los anales compendiosos i la historia imparcial i severa.»

Aplausos.

—Bueno el chasco que se va a llevar el Gobierno con la cárcel que ahora está edificando, le dije a mi vecino.

—Sí, sí, me respondió. Oigamos.

«He dicho *escuela liberal.* Permitidme, señores, hablaros dos palabras acerca del descubrimiento mas famoso de los tiempos modernos, de ese invento cien veces mas noble que el de los ferrocarriles, que el del vapor i de la electricidad, me refiero al liberalismo.»

—Esta es la parte mas importante, me dijo mi vecino con semblante sério i meditabundo.

«Decidme (continuó el orador con terrible serenidad i como quien va a descargar un golpe tremendo), decidme, señores, con la mano en la conciencia, decidme sin atender mas que a las inspiraciones de la justicia, ¿no habeis visto alguna vez salir el sol por el oriente? ¿No habeis visto cómo ilumina mas i mas el valle, a medida que asoma su rubicunda antorcha tras de la empinada cumbre? Pues bien, ese sol en el cual tantas veces fija-

ron la vista Tolomeo i Newton, Copérnico i Galileo, ese sol, repito, es emblema del liberalismo.»

Aplausos.

—Posee vastos conocimientos astronómicos, me dijo el gordo con indecible contento. Crea Ud. lo que dice. Bien estudiado lo tiene.

«Porque, señores, ¿qué es el liberalismo? Es la libertad. ¿Qué es la libertad? Es el liberalismo. Ved, pues, claramente demostrada en dos palabras, la union estrecha, necesaria, que existe entre estas dos instituciones. Ello nos enseña cuánto debemos despreciar las diabólicas sujestiones de esos hipócritas que se aprovechan de la ignorancia del pueblo para conseguir sus fines tenebrosos.»

Aplausos i ruidosas muestras de aprobacion.

—Dias amargos vendrán a los frailes con este jóven, le dije a mi vecino.

—Sí, sí. ¿Ha comprendido Ud. la alusion? Oigamos.

«Un profundo pensador de épocas lejanas, dijo: «El cuerpo necesita alimentarse para vivir.» Hé ahí profetizado el liberalismo, porque el liberalismo, mucho ántes de nacer, existia en el fondo del corazon i de la intelijencia de los grandes injenios que, como las estrellas filantes, han aparecido en la órbita social, para anunciar la buena nueva al mundo encadenado por el fana-

tismo i la ignorancia. El Cristo i Confucio, Sócrates i Zoroastro, el filántropo Vicente de Paul...»

—Atienda a esta parte que es mui instructiva, me dijo al oido mi vecino.

En ese mismo instante un caballero que estaba en la fila de atras, dió a mi gordo unos amables golpecitos en la espalda, diciéndole:

—¡Hombre! Tu chico es una alhaja. ¡Cómo maneja el habla! Te felicito.

—¡Cómo! exclamé, dirijiéndome a mi vecino. ¿Es hijo suyo el orador?

—Si, caballero, servidor de usted, me respondió bañándose en agua rosada.

—Permítame felicitarlo. Lo felicito sinceramente.

Esta interrupcion me hizo perder el hilo del discurso. Recuerdo que, de cuando en cuando, llegaban a mis oidos no sé qué cosas de un «espíritu científico i humanitario,» de «las relijiones monoteistas,» «de la moral independiente.»

—Siento haber perdido tanta i tan buena parte del discurso, dije al padre feliz.

—Era una reseña a grandes rasgos de los adelantos científicos i literarios. Pero... ¡oh!... se va a turbar... no lo sabia de memoria..., exclamó con angustia.

Habíase abierto una ventana mal cerrada i una ráfaga de viento dispersó los papeles del orador. Consiguió éste sujetar algunos, miéntras que los concurrentes mas próximos a la tribuna se echaron a cazar las hojas que vola-

ban. El orador perdió el ánimo, se confundió i tuvo que bajar de la tribuna. Oyéronse algunos aplausos i muchas risas mal sofocadas.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! repetia el pobre gordo, pálido de emocion. ¡I tanto trabajo que le habia costado! Quedaba lo mejor, créamelo usted, quedaba lo mejor.

—Tranquilícese Ud. Son accidentes... le dije; la parte del discurso que hemos oido basta para...

Pero mi vecino, sofocado i consternado, se levantó del asiento; yo aproveché la ocasion i salimos a la calle.

NIÑADAS

En un viaje que hice al sur de la república, un caballero amigo de mi familia, en cuya casa me alojé, me mostró una carta de un hijo suyo muchacho, quien se la escribió desde la capital, adonde habia ido por primera vez. Tomé copia de la carta porque me pareció curiosa por su infantil injenuidad.

Querido papá:

He llegado sin novedad. Mi tia me esperaba en la estacion i me ha cuidado como no hallo de qué manera decírselo.

Paso a darle cuenta de las impresiones que en estos cuatro dias me ha causado la capital.

De su extension i de los edificios, del movimiento de jente i de carruajes, no le digo nada: me encuentro como

aturdido. Mi primo Luis me ha acompañado a todas partes. Debo confesarle a usted que me mostraba las cosas con cierto orgullo, ni mas ni ménos que si le perteneciesen, i era un preguntarme: «¿Qué tal? ¿Hai de esto en tu pueblo? ¿Cómo pueden vivir allá? Dime francamente: ¿la capital es mejor que tu pueblo?» No dejaron de fastidiarme las preguntas i dí en hacer del indiferente, i gozaba con el despecho de Luis al ver que nada parecia llamarme la atencion.

Anteayer, al pasar frente al palacio del Gobierno, Luis me señaló al Presidente de la República que iba entrando. Es igual a Martin el herrero. Como soi opositor, le dí un par de miradas despreciativas. Me parece que él no lo notó, lo cual celebré en extremo porque pronto me arrepentí de mi audacia. Uno de los centinelas sí que observó mi jesto, porque me miraba como con deseos de tomarme preso. Para frustrar sus intentos, tomé apresuradamente del brazo a mi primo i me aparté de ahí con lijereza, no sin volverme de cuando en cuando, para huir apénas viese que me perseguia el centinela.

Siempre habia sido uno de mis mas ardientes deseos asistir a las Cámaras. Bien sabe usted que en casa me llaman *el diputado* por mi aficion a la política. Fuimos allá con Luis. Abierta la sesion, el diputado X., cuyos discursos leíamos allá con tanto gusto, pidió la palabra i se desató contra el Gobierno. Al concluir su discurso, hubo aplausos en las galerías, por lo cual el presidente de la Cámara advirtió que las haria evacuar si volvian a repetirse esas manifestaciones. Con esto no me atreví a mo-

ver ni el pié i mucho ménos a toser, cosa que me tuvo mui mortificado. Respondió uno de los ministros con mucha tranquilidad i mui buenas palabras, diciendo que no valian los antecedentes del señor X. sino otros que presentaria por su parte en la sesion próxima. En seguida se levantó otro diputado, i acusó con ciertos antecedentes al Ministro porque sostenia a un gobernador de no sé qué departamento, hombre de muchas fechorías. El Ministro, sin asustarse i aun sin pedir plazo para contestar, mostró unos antecedentes de su propiedad, de los cuales se desprendia, sin dejar lugar a dudas, que el tal gobernador era como pocos en su oficio. Por donde he caido en la cuenta de que las discusiones de la Cámara consisten en que la oposicion tiene unos antecedentes i el Gobierno otros, i se vota cuáles son los buenos. Como el Gobierno tiene mas representantes que nadie, siempre resultan buenos sus antecedentes, i así el dicho gobernador resultó inmaculado.

Tanto que nos alegrábamos, papá, por esos discursos en que le hablaban claro al Gobierno. Créame que lo mismo da decirle claridades a una pared. A lo ménos, es lo que yo ví.

Otra circunstancia. ¿Se acuerda, papá, que usted decia, al leerle yo un discurso: «Pagara yo por oirlo»? Créame que es de pagar por no oirlo. Hablan como en pura conversacion, repitiendo las palabras i alargando las sílabas. El orador enciende un cigarro en otro, juega con el baston i, entre párrafo i párrafo, se acomoda el cuello, se atusa el bigote, se suena las narices i tose. Miéntras

tanto, los otros diputados conversan i uno ví que hojeaba un infolio, como si estuviese en un salon de lectura.

Anoche estuvimos en el teatro. A Luis le pedí que me explicase el argumento de la pieza que se llamaba *Los Hugonotes;* pero él no debia de saberlo mas que yo, porque me hizo una explicacion tan confusa que nunca se la pude entender. El teatro es hermosísimo. En el proscenio aparecian calles, castillos, salas inmensas. Dicen que son telas pintadas: apénas lo puedo creer. Me parecia un sueño. Salian muchos frailes i monjas i unas mujeres bañándose; al último andaban matando mucha jente. Lo bueno es que no hablaban palabra, sino que todo era cantado, cosa que me dió muchísimo sueño. Ademas estaba mui incómodo en mi asiento. Quedé separado de Luis porque no habia butacas desocupadas que estuviesen juntas, i me tocaron unos vecinos que me fastidiaron como usted no se lo puede imajinar. Por de pronto, en un momento en que salí, puso el uno su paltó i el otro su sombrero en mi asiento. Cuando volví a ocuparlo, hiciéronse los desentendidos: yo no me atreví a decirles nada i tuve que sentarme en el borde de la butaca. Fuera de esto, el vecino de la derecha seguia en voz de moscardon lo que estaban cantando, i el de la izquierda dió en comprarle unos bueyes a su vecino, i le pedia rebaja en el precio como si se hallase en el mercado. En la fila de atrás, habia tres jóvenes a quienes verdaderamente compadecí. Sin duda los habrian obligado a asistir a la funcion. De otro modo no se comprenden sus continuas exclamaciones: «¡Dios mio! Esto no se puede oir. Es in-

tolerable. Mas bien cantaría un ganso. ¡Qué orquesta! Anda por un lado i los coros por otro. Esto es faltar al respeto que se debe al público.» I no se iban del teatro. En cambio, dos jóvenes que habian en la fila delantera, estaban como en éxtasis: «¡Qué voz! ¡Qué accion! ¡Qué expresion! Espléndido. Sublime. Es lo mejor que hemos tenido. ¡Qué bien cantado! ¡Bravo la orquesta!»

Por otra parte, la funcion no debia de ser mui interesante para las señoras i las niñas, porque miraban mas los trajes unas de otras que no al proscenio.

Ya va mui larga esta carta. Déle un abrazo, etc.

Su hijo

F.

APARIENCIAS

Una de mis principales entretenciones en los paseos públicos, es oir las reflexiones i comentarios que hacen unos de otros los concurrentes. Para esto, me siento en la extremidad de un banco i escucho con semblante meditabundo i distraido, las conversaciones de los grupos de ambos sexos que vienen a descansar a mi lado. Hé aquí lo que escuché en el último paseo.

Primeramente se sentaron junto a mí tres mozos, jente de dinero llevar, segun lo manifestaban la riqueza de su traje i sus modales desembarazados i un tanto despreciativos. Pasaron en ese momento por delante del sofá dos individuos de grandes anteojos i continente admirable por su majestuosa gravedad.

—¡Qué par! exclamó uno de los jóvenes. Dios los cria i ellos se juntan. Si pusieran sus retratos en la sala principal de la Universidad, los tomarian por figuras alegó-

ricas de la jurisprudencia i de las ciencias políticas. I, sin embargo, ustedes conocen a Flavio el jurisconsulto i a Valerio el gran político.

—¿Quién no conoce a esos dos charlatanes? dijeron los otros dos jóvenes.

—Pues esto precisamente es lo que mayor admiracion me causa. Nadie los mira sino como insignes habladores; las muestras de su ignorancia i fatuidad andan de boca en boca i hacen reir a medio mundo; ellos no lo ignoran i, sin embargo, no dejan ni por un momento la gravedad i el hablar sentencioso; mas todavía, tiene cada uno media docena de admiradores.

—Aquellos cuatro que van allá en ala desplegada no son, a lo ménos tan necios, dijo otro de los jóvenes. Los cuatro forman una Sociedad de Alabanzas Mutuas. Cada uno de ellos es para los otros el injenio mas brillante de esta nacion, el jóven que da mas esperanzas a la patria. Nunca se les ve presentar pruebas de tan monstruoso talento; pero dicen que lo han tratado en la mayor intimidad, que lo conocen a fondo, que por ser excesivamente modesto no ha querido publicar nada hasta ahora; pero mas tarde, quizas mas pronto de lo que se cree, todos confesarán que su saber no tiene límites.

«Es de confundirse, amigos, al pensar en la multitud de jenios ignorados que existen en la república. Mas ¡oh creatura divina! ¡Anjel del cielo! ¿No me acompañarán ustedes a seguir sus pasos?»

—Por cierto que sí; pero devuélvenos el servicio cuando llegue nuestro turno.

Un asiento bien situado es, en los paseos, objeto de mas codicia que un empleo del Gobierno. No bien se levantaron los tres jóvenes, cuando dos hombres de edad madura se arrojaron sobre los asientos como sobre su presa, i, si no se apuran tanto, a fé mia que no los obtienen, pues ya corrian a ellos una docena de paseantes.

—¿Viste, amigo, dijo el uno, a esos tres mocitos que estaban aquí sentados?

—Sí, respondió el otro; pero no conozco a ninguno.

—Yo sí que los conozco i cada dia me espanto mas de las cosas que se ven en estos tiempos. Pues, hijo, esos que ves tan elegantes, tan apuestos i ricamente vestidos, no tienen dónde caerse muertos, como se dice.

—¿I de dónde sacan dinero?

—Dios lo sabrá. Nadie les conoce profesion o empleo. De capitales o rentas, no hablo. Deben a Fulano, a Zutano i a mil individuos cortas sumas, i trampeando aquí, jugando allá, pasan la vida.

—En efecto, la aficion al juego se ha difundido mucho entre los jóvenes. ¿Ves aquel que va casi al lado de esas niñas de vestido negro? En el club ganó anoche diez mil pesos a fuerza de audacia. Apostaba quinientos, mil pesos a sus cartas, i, sin embargo, no tiene mas que cuarenta pesos de renta por un empleillo en una oficina. Supe que de los diez mil pesos, tres mil le ganó al hijo de Cornelia. ¡Pobre muchacho! Esos tres mil pesos eran sus economías de dos años; pero desde que ha entrado al club es otro jóven. El club, amigo, me parece bien, lo apruebo i asisto a él con gusto; pero cuando se reunen algunos

hombres para perder el tiempo, el demonio está entre ellos. Nosotros que ya no tenemos el ardor ni el entusiasmo de la juventud, nos cuesta poco resistir a la tentacion; pero es peligroso el club para los jóvenes, es peligroso sin duda alguna.

Aquí le vino al que hablaba un estruendoso acceso de tos que lo encorvó hasta el suelo. Algunos paseantes se pararon con disimulo, previendo que el viejo se retiraria a su casa.

—Me voi, amigo, dijo despues de pasado el ataque. Me hace mal el airecillo de la tarde.

Levantáronse ámbos i fueron inmediatamente reemplazados por dos jóvenes.

Concluia el uno la narracion de no sé qué aventurilla poco decente, cuando el otro le interrumpió:

—¿Conoces a Atilio? Por ahí va.

—Nó; pero algo he oido de sus negocios.

—Pues, hombre, es uno de los individuos mas extravagantes que puedan verse. Si necesitas trigo, cebada o cualquiera especie de granos, frutos, máquinas, él te dirá que de todo tiene a tu disposicion i de superior calidad. ¿Hablas delante de él de algun negocio que tienes entre manos? Al punto lo aprueba i te propone que lo admitas como socio, para lo cual cuenta con capitales i recursos suficientes. Tiene acciones i parte mui principal, segun dice, en todas las sociedades mercantiles. Tiene ajentes en todas las provincias de la República, ha hecho todos los negocios imajinables, ha tratado con todos los comerciantes i les conoce sus ardides i malicias. I no tie-

ne un centavo, lo que me oyes, un centavo. Vive en casa de una tia suya en condicion mui vecina a la pobreza. Figúrate que hace poco puso en el diario un aviso de que prestaba dinero a interes. Fueron algunos que no le conocian, i a todos les daba la misma respuesta: «Parece, señor, que anda la jente mui apurada de dinero. En un momento se lo han llevado todo. No hará media hora que salió el último con lo poco que quedaba.»

Paráronse, en esto, algunas señoras delante de nosotros i comenzaron a quejarse de cansancio i de que no hallaban dónde sentarse. Nos hicimos los sordos; pero las señoras no se movian, hasta que nos obligaron a desalojar el banco con visible mala voluntad. En cambio, ellas nos agradecieron la cortesía con mucho donaire i gracia.

Algo distante del punto central del paseo, divisé un sofá desocupado i a él me dirijí. Poco despues, una señora con dos niñas, al parecer hijas suyas, se sentaron en el resto del banco.

—¿Conoce, mamá, dijo una de las niñas, aquellos esposos tan felices i contentos? I señalaba a una pareja qué venia llegando al paseo.

—Sí, sí, respondió la señora. Al verlos, cualquiera diria que estaban en perpetua luna de miel. Solo sus vecinos, como lo somos nosotras, saben la realidad. Hoi no mas, miéntras andaban ustedes visitando, fuí a su casa. Estaba la pobre creatura sola, i me contó con las lágrimas en los ojos.....

—Mas bajo, mamá, mas bajo, alcanza a oir ese jóven.....

La señora se volvió con disimulo a mirarme, i preguntó a sus hijas quién era yo.

—No lo conozco, respondió una de las niñas. Debe de ser algun enamorado que espera a su prenda. Mírenle la cara tan triste i pensativa.

I siguieron cuchicheando i me miraban de soslayo con sonrisas maliciosas. Entónces saqué mi reloj i miré a todas partes, como si aguardase a un amigo; de pronto me levanto i me perdí en la concurrencia.

DELECTARE MONENDO.

Lectorem delectando, pariterque monendo.
(HORACIO.—*Art. Poet.*)
Recreal instruyendo.

El mejor modo de enseñar es, sin duda alguna, el de enseñar deleitando, empresa mas difícil de lo que a primera vista parece. Menester es que los adornos que se piden a la imajinacion guarden cierta conformidad con la materia que se pretende enseñar, i que faciliten i aclaren la exposicion de las verdades. Por otra parte, no deben ser tales los adornos que se lleven tras sí la atencion entera del lector, a semejanza de ciertas mujeres presuntuosas que, por realzar la hermosura, se cargan de joyas i acontece que todas las miradas se dirijen a las joyas sin pararse en el rostro o en la esbelta forma del cuerpo.

En estos últimos tiempos, han procurado algunos autores, principalmente Julio Verne, popularizar los descu-

brimientos científicos sirviéndose de la forma novelesca. Que han encontrado muchos lectores, no se puede negar; pero que hayan conseguido su objeto es lo que pongo en duda.

A mi juicio, la forma novelesca no conviene por ningun respecto a la exposicion de las verdades de la ciencia. Las intrigas de la novela son ficciones demasiado brillantes i agradables para ser empleadas como simples adornos. Lo que sucede es que el lector considera la parte instructiva como digresiones que entorpecen el desarrollo de la narracion, i las pasará por alto o las leerá sin la atencion debida. Peor es el caso si lo novelesco va de tal manera unido a lo científico que no sea posible separarlo, porque entónces el lector ignorante o bien lo considera todo como novelesco i permanece en la ignorancia, o lo cree verdad i puede caer en multitud de errores.

Me imajino a Julio Verne en sus novelas, como si fuese un viajero poseedor de vastos conocimientos científicos i ansioso de propagarlos; pero cuyo relato es un compuesto de verdades i ficciones, medio de que se vale para instruir agradando. El oyente, por cierto, ha de dar crédito a lo que de antemano sabia; pero mirará con desconfianza lo que ignora, i la amenidad de la narracion será lo único que le interese.

Mui loable es el deseo de ocupar los ratos libres en lecturas que diviertan el ánimo de las tareas diarias i sean al mismo tiempo provechosas. Yo creo que la lectura mas útil i conveniente en estos casos, es la de reflexiones tocantes a la naturaleza humana, a sus virtudes, vi-

cios i flaquezas, a los hábitos i costumbres del individuo i de la sociedad, lecturas, en suma, que nos muestren lo que somos i lo que debemos ser. Mas no se imajine el lector que me refiero a discursos de moral severa, como los que tanto abundan en la literatura española. Injenuidad será la mia; pero confieso que, para mí, hai pocas lecturas mas cansadas que las obras morales de los clásicos de nuestra lengua. Hasta Quevedo mismo, en sus obras sérias, es de lo mas insoportable e indijesto que uno pueda imajinarse. Las personas llenas de ferviente celo relijioso i que poco atienden a la galanura de la forma, encontrarán ahí mil admirables pensamientos acerca de la miseria i vanidad del hombre, mil reglas seguras de perfeccion espiritual i profundos conocimientos del corazon humano; pero a los que toman un libro con el ánimo cansado de negocios i de afanes, a los que viven en medio de las diversiones i de efímeros placeres, es menester mostrarles la verdad revestida con los brillantes ropajes de la imajinacion, es menester que aparezca a sus ojos agradable, fácil i graciosa, que los cautive a pesar suyo, i los obligue a confesar, con la sonrisa en los labios, que la virtud es lo que hai en el mundo de mas bello.

He querido referirme a los *Ensayos*, jénero que, en manos de una pléyade de escritores ingleses, ha alcanzado una perfeccion admirable. Su forma amena, familiar i breve, la variedad de los asuntos que en ellos se tratan i los asuntos mismos, todos de gran interes para la cultura del individuo i de la sociedad, son ventajas i atrac-

tivos que no se encuentran en ningun otro jénero literario.

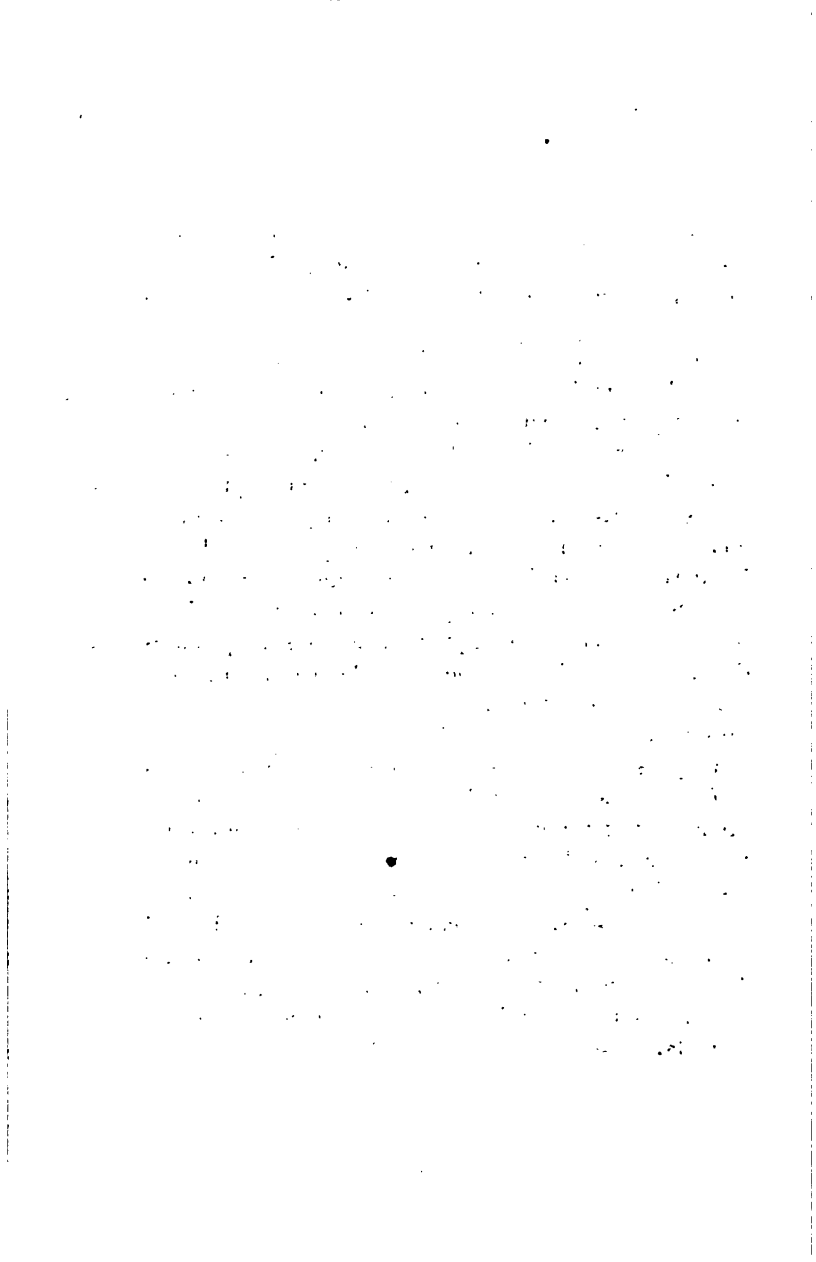
Despues de haber leido cualquier número del *Spectator* o del *Tatler*, por ejemplo, queda uno contento i satisfecho, como despues de la corta visita de un hombre de buen juicio, instruido, despreocupado, afable en sus modales, de elocucion fácil i en cuya conversacion abundan las agudezas i las observaciones injeniosas. «El estilo natural, dice Pascal, nos suspende i maravilla, porque creíamos ver a un autor i nos encontramos con un hombre.»

Las obras cuya lectura recomiendo, tienen otra gran ventaja: nos enseñan a observar. Cualquiera diria que la experiencia es necesario efecto de los años, segun blasonan de ella los mozos i los viejos delante de personas de ménos edad. I, sin embargo, esos mismos que tanto ponderan su experiencia, llegado el caso de tomar una resolucion o de dar un buen consejo, vacilan, titubean i se ven mas embarazados que una señora en vísperas de viaje. Bien puede uno haber alcanzado muchos años de vida, bien puede haberse encontrado en cien diversas fortunas, si no sabe observar, los sucesos no dejarán mas huellas en su alma que las que deja el aliento en un vidrio puesto al sol. Por el contrario, el que ha aprendido a meditar acerca de los sucesos i sabe deducir de ellos reglas jenerales de conducta, sin salir de su hogar i de la sociedad de sus amigos, i en medio de una vida tranquila i sosegada, puede sacar útiles lecciones, aun de los acontecimientos mas insignificantes i ordinarios. Las obras en que me ocupo nos muestran al hombre en la

vida real, escudriñan su corazon, manifiestan los móviles mas secretos de sus actos, i acostumbran al lector a no dejarse engañar por el ostentoso aparato con que se encubren los vicios, las flaquezas i las presunciones ridículas.

Bien habrá comprendido el lector ilustrado que los *Ensayos* de Montaigne no entran en mi cuenta i, si no lo ha comprendido, adviértoselo yo ahora. Dejando a un lado los méritos indisputables i los no ménos indisputables defectos de esta obra famosa, tengo para mí que es una de las lecturas mas perniciosas para la juventud o para cualquiera persona no mui firme en sus principios. El que lee incautamente a Montaigne, se siente arrastrado a ese fatal escepticismo que lo deja a uno como suspendido en los espacios, buscando un punto de apoyo sin esperanzas de encontrarlo. Tal fué, a lo ménos, lo que a mí me aconteció i pasaron algunos meses ántes que se borrase la impresion que me habia causado esa lectura.

Dispénseme el lector si, únicamente a manera de *postscriptum*, le advierto que los ensayistas han manejado el idioma con indecible primor, i que a duras penas podrá hallarse una traduccion que exprese los mismos conceptos con la graciosa sencillez del orijinal. He visto algunas mui correctas, mui exactas; pero hai entre ellas i el orijinal la diferencia que hai entre las «muchas gracias» dadas por un individuo grave i ceremonioso, i las «mil gracias» con que agradeceria un ramillete la coqueta mas refinada.



UNA NUEVA RELIJION

Con la pluma en una mano i la cabeza apoyada en la otra, miraba i tornaba a mirar la blancura del papel que tenia delante, sin que mi pluma se apresurase a borronearlo por la sencillísima razon de que mis ideas habian salido a tomar aires a otras partes, travesura que suelen hacerme cuando las he menester. Con todas las veras de mi alma, envidiaba a los escritores humorísticos i de costumbres, pues cuando no encuentran sobre qué escribir, éntraseles, por lo comun, a su aposento un individuo cuya conversacion los saca de apuros o topan con él en la calle. Como hacia rato que en mi pieza estaba sin que se me presentase el dicho individuo, tomé mi sombrero i salí.

A poco andar, diviso a un compañero de colejio que fué grande amigo mio, i a quien no habia vuelto a ver desde aquel entónces. Apuro el paso. Ruidosas por demas

fueron las saludes. Recordamos nuestra niñez, él me encontró mucho mas hombre i extraordinariamente gordo, le devolví el cumplimiento, por si lo fuese, i mui luego comenzaron a aparecer las palabras: *bueno, si señor, así pasa la vida, ¡cómo pasa el tiempo!-¡qué diablos!* i otras que sirven de puntales a la conversacion que va en decadencia. Cuando trascurre mucho tiempo sin ver a un amigo, nos imajinamos que tendremos mil cosas que contarle, que no nos parará la lengua en la primera vez que lo veamos, i sucede lo contrario: uno no halla de qué hablar, como en las visitas de etiqueta. A dicha llevaba mi amigo un periódico en la mano.

—¿Trae algo el diario? le pregunté.

—Nó, me respondió. Venia leyendo un estudio sobre el *altruismo*.

—¿El qué?

—El altruismo.

—¿Algun nuevo descubrimiento de Mr. Edison?

—*Barbara celarent!* (Mi amigo no habia perdido la costumbre que tenia en el colejio de convertir en interjecciones los conocidos versos de la lójica.) ¡El altruismo, un nuevo descubrimiento de Mr. Edison! ¿Qué? ¿Cómo? ¿Has estado en algun desierto? ¿Ni siquiera has oido hablar de la *Relijion de la Humanidad*?

—Hombre... ya se ve... leo poco...

—¿Lees poco? Pero aquí me caiga muerto si no tienes cara de comulgar cada quince dias. Bien pronosticaba yo en el colejio que nunca dejarias de ser un incorrejible *baralipton*.

Debo advertir que, desde la infancia, manifestó mi amigo tendencias liberalescas. Recuerdo que cuando éramos mui niños (él tendria a lo mas diez años i yo nueve) nos enredamos en una acalorada discusion acerca del dogma. El atacaba i yo defendia, sin que, por cierto, ni uno ni otro tuviese idea alguna de lo que era el dogma. El resultado fué que, en un momento de apuro, lo llamé filósofo rancio, i él replicó que aprendiera yo a sonarme las narices ántes de discutir con él. Nunca admitia en las clases lo que los profesores decian llanamente: de todo pedia pruebas, i por una nada salia con objeciones. Cuando no sabíamos la leccion, se lo advertíamos a él. Las primeras preguntas del profesor sujerian mil dudas a nuestro compañero. Pedia permiso para exponerlas, brotaban las objeciones, se acaloraba el maestro, i en lo mejor llegaba la hora de salir de clase.

—Podria ser como tú dices; pero dejaremos este punto para mejor ocasion, dije a mi amigo. Confieso mi ignorancia i mé avergüenzo de ella. Explícame pronto lo que enseña esa doctrina.

—Primero que nada i por via de preparacion, léame vuesamerced este parrafillo.

Tomé el diario i, donde él me señalaba, leí lo siguiente:

«Quien aspire a la verdadera felicidad, puede expresarse así:

ACTO DE AMOR A LA HUMANIDAD.

«¡Humanidad santa! mi amor! tú eres toda mia como yo soi todo vuestro. Dilatadme en el altruismo a fin de que sepa gustar en el fondo de mi corazon, cuan dulce es amar i fundirse en ese inefable afecto.

«Que el amor me levante i me arrebate por encima de mi egoismo con la vivacidad de sus trasportes.

«Que yo os cante el cántico del amor, que yo os siga Humanidad santa hasta las alturas de vuestra gloria, que todas las fuerzas de mi alma se empleen en alabanza vuestra i en serviros con el placer mas íntimo.

«Que yo te ame a tí mas que nada, i no por mí sino por causa de tí, por tus perfecciones sublimes, por tus méritos inapreciables. I que ame en tí a todos tus hijos, que forman parte de tí por sus virtudes.»

—Supongo, dije, que aquello del *altruismo*, vendrá de *altrui*, a los otros, en oposicion a egoismo, de *ego*. ¿Es así?

—Exactamente. Me parece que la lectura de ese párrafo te habrá puesto al cabo del asunto.

—Es claro. Pero nosotros los católicos tambien amamos a la humanidad.

—*Barbara baralipton!* Creí que habias comprendido el párrafo. Los católicos aman a los hombres por amor a Dios; pero la gracia está en amar a la humanidad por ella misma.

—Ya estoi, le dije. Ganamos mucho con el cambio.

—Por cierto. La humanidad existe, la vemos, la palpamos; miéntras que Dios es una cosa vaga, una idea, un sér indefinido o, mas bien dicho, un sér, cuya existencia puramente metafísica, es debida a una especie de convencion tácita entre los hombres.

—Por lo que estoi oyendo, eres discípulo de la nueva relijion, dije yo.

—Discípulo i propagador, amigo mio. Por fin he encontrado una relijion que me satisfaciera.

—I, dime, ¿cómo se aviene la doctrina del altruismo con la inmortalidad del alma?

—A todo le han buscado ajuste. Dame acá el diario. Oigame vuesamerced:

«Examinemos las palabras *subjetivo* i *objetivo*. Subjetivo, quiere decir lo que se refiere a la Humanidad; objetivo, lo que responde al mundo exterior. Si bien se mira, existe para nosotros, a juicio del maestro, un gran dualismo, la Humanidad i el mundo; aquélla, el sujeto, éste, el objeto. En ese dualismo, la supremacia corresponde moralmente a la Humanidad.»

I este otro párrafo:

«Consideremos la inmortalidad subjetiva del alma por oposicion a la objetiva. Entiende el positivismo por inmortalidad subjetiva, ese recuerdo imperecedero que dejan en el seno de la Humanidad todos sus benefactores.

Pasa el tiempo, trascurren los siglos i nunca mueren las grandes naturalezas. Vivas están subjetivamente, i pasan de una jeneracion a otra, en medio de la admiracion i el respeto de todos. ¿Quién no conoce a Homero, Dante, Aristóteles, San Pablo i tantos otros? ¡Qué de millares de personas no conversan con ellos al traves de las edades! I ¡cuántos nobles pensamientos, cuántas grandes resoluciones no han inspirado e inspirarán todavía! Esa existencia, en el seno de la Humanidad, ha sido siempre la aspiracion de todas las almas superiores. Ellas han deseado perpetuarse entre los hombres, por el amor que les profesaran i los servicios que les hicieran, para seguir obrando el bien despues de muertos. I si preguntamos en el seno mismo de la familia, a toda naturaleza jenerosa i amante, que se halle al borde de la tumba, cuál es su mas íntimo sentimiento: vivir, nos dirá, en el recuerdo de todas las personas que me son queridas, hablar con ellas, para estimularlas constantemente a la virtud.

«Hé ahí la sola inmortalidad positiva del alma. Ella satisface a los corazones mas delicados, mas tiernos, mas puros. I si parece haber prevalecido durante cierto tiempo la inmortalidad objetiva, eso ha sido efecto de un dogma profundamente egoista. Pues la perpetuidad personal, en un mundo distinto del nuestro, no puede ser deseada por las almas nobles, sino en virtud de conceptos erróneos, que les hacen suponer el amor fuera de la Humanidad.»

—Suficiente para muestra, dije yo.

En esto llegamos a la casa de mi compañero i me invitó a entrar. En su escritorio habia un legajo de papeles manuscritos. Los tomó mi amigo i me dijo:

—Bien habrás visto que en la relijion de la Humanidad lo primero es el amor. Por consiguiente, para propagarla, es preciso dirijirse al corazon, es preciso infundirle el amor a la Humanidad. Para conseguir este objeto, hai un medio eficacísimo: las oraciones. Tenemos la prueba en los católicos: a fuerza de rezar, de hacer actos de amor, de pedirle a Dios la caridad, se encienden, se inflaman en el amor divino. Por esto, con algunos amigos estoi arreglando un devocionario, conforme a las últimas instrucciones que hemos recibido de Europa. Hojéalo.

Tomé el cuaderno i decia en la portada: *Manual del altruista.* En el revés de la portada se leia lo siguiente: «El Gran Maestro ha concedido cien dias de inmortalidad subjetiva por cada pájina que se leyere de este libro con devocion i recojimiento.»

Pongo a continuacion algunas oraciones, cojidas aquí i allá.

ORACION

PARA PEDIR AYUDA EN ALGUNA NECESIDAD.

¡Dulcísima Humanidad! Por los dolores que has querido sufrir en las guerras, hambres i pestes, para manifestarnos tu amor, te suplico que me ayudes en las cir-

cunstancias en que me encuentro. (*Aquí se expresa la necesidad.*) Préstame auxilio i consejo, oh buena Señora, o bien resignacion si es tu voluntad probar mi amor.

¡Oh glorioso Confucio! ¡Oh Sócrates amante de tus hermanos! ¡Oh Meng-Tseu i tú tambien buen Vicente de Paul! Interceded por mí delante de la buena Señora para que me socorra en mi afliccion, i me dé fuerzas para imitaros.

JACULATORIAS.

¡Humanidad mia! Os doi mi corazon, mi alma i mi vida.

¡Humanidad santa! Rendido estoi a tus plantas, que desfallezco de amor.

(*El Gran Maestro ha concedido 300 dias de inmortalidad subjetiva, por cada vez que se rezaren devotamente dichas jaculatorias al tiempo de levantarse i al de acostarse.*)

ÁNTES DE COMENZAR CUALQUIERA ORACION

el devoto altruista se volverá a los cuatro puntos cardinales con los brazos abiertos, i dirá cuatro veces:

. *En el nombre de mis compatriotas i de los extranjeros.*

BREVES LETANÍAS

EN HONOR DE LA HUMANIDAD.

Humanidad femenina. Humanidad masculina. Humanidad infantil. Humanidad sana. Humanidad doliente. Flaca humanidad. Triste humanidad. Corpulenta humanidad.	Dame tu amor.
Vosotros, oh médicos. Vosotros, oh jueces. Vosotros, oh abogados. Vosotros, oh notarios. Vosotros, oh secretarios. Vosotros, oh procuradores. Vosotros, oh receptores. Vosotros, oh jente codiciosa de lo ajeno.	Obrad de modo que os amemos.
De M. Littré. De M. Renan. De M. Pasteur.	Líbranos, señora.

Dulce Humanidad, por la frajilidad i flaqueza que te es propia, apiádate de nosotros.

Dulce Humanidad, por la frajilidad i flaqueza que te es propia, oye nuestras súplicas.

Dulce Humanidad, por la frajilidad i flaqueza que te es propia, infúndenos el amor a nuestros hermanos.

—¿Tiene ya muchos discípulos esta nueva relijion? pregunté.

—No muchos. Ahora no mas comenzamos a propagarla.

—¿Tan nueva es? exclamé.

—Te diré, contestó mi amigo: el cajon anduvo perdido como año i medio en los almacenes de la aduana. Cuando se descubrió, estaba aquello algo apolillado i fué preciso encargarlo de nuevo.

—¡Qué oigo! ¡Una relijion que llega en cajones! Hombre, debe de ser cosa buena.

—¡Oh! exclamó mi amigo con disgusto. A un lado las bromas, i mas si no tienen gracia. A tí no te gusta que nadie se burle de los misterios de tu relijion, a mí tampoco me agrada que se burlen de mis creencias. Bien has comprendido que he estado hablando del cajon que traia los libros en que se desarrollaba el sistema del altruismo i se cimentaba nuestra santa relijion de la Humanidad.

—Tendrán, sin duda, templos i ceremonias relijiosas, dije yo para divertir la conversacion. Tambien son éstos medios mui eficaces para encender los corazones.

—No hai que preguntarlo. Pensamos edificar un gran templo en forma de cruz griega, que tenga cuatro entradas, una en cada brazo. En el punto en que se crucen los brazos, levantaremos una estátua colosal, que represente a cuatro mujeres que no deben formar sino una sola, de manera que por cualquier puerta que uno entre, vea que la estátua le tiende los brazos como para recibirlo i unir-

lo a ella. Pero a muchos les ha parecido extravagante la tal estátua, i han imajinado una gran columna de la cual se desprendan a cierta altura ocho brazos con sus respectivas manos, de suerte que correspondan dos brazos a cada puerta. Yo, te lo confieso, no apruebo ninguno de los dos proyectos. Propuse que se levantara un ancho pedestal i se colocara ahí un ejemplar de cada una de las tres razas: la blanca, la negra i la amarilla. En fin, este asunto está por estudiarse.

«Ceremonias relijiosas, las habrá i mui propias para encender el corazon. Cada Domingo se reunirán los creyentes en el templo, i, despues de una alocucion del Maestro, pronunciará éste las palabras sacramentales: *Es permitido manifestar el amor.* Al punto, los concurrentes se entregarán a vivísimos trasportes de amor i de benevolencia humanitaria, sin que nadie pueda esquivarse o resistir a los deseos de los otros, porque uno es de todos i todos son de uno. Trascurrida una hora, por lo ménos, el Maestro dirá: *Idos: la Humanidad está satisfecha.* A estas palabras los hombres deberán retirarse inmediatamente; pero las mujeres pueden permanecer media hora mas, para componerse el peinado i el vestido.»

Una visita que llegó en esos momentos interrumpió la conversacion. Pronto me retiré.

Concluiré este artículo con una leyenda que recuerdo haber leido no sé dónde. Decia mas o ménos como sigue:

LA DONCELLA ANTOJADIZA

Juntáronse algunos animosos caballeros i, despues de haberse ligado con un inviolable juramento, salieron a campar por la libertad.

Ya tenian noticias de cómo, en una antiquísima fortaleza de muros de bronce, hallábase cautiva una doncella. Los pocos que habian logrado verla, ponderaban su discrecion i hermosura mas que humana. Hasta llegaban a decir que su libertad cambiaria la faz del mundo, porque nadie podria resistir a sus encantos i ella gobernaria a los hombres segun la voz de la verdad i de la justicia.

Diríjense a la fortaleza los animosos caballeros i piden al castellano razon de su felonía. Respondióles que la vírjen era mui maligna hechicera i que, en bien de los hombres, ahí la tenia guardada. «¡Mientes, viejo miserable!» exclamaron a una voz los caballeros. I saltan los fosos, matan a unos centinelas, dispersan a otros i ponen en libertad a la doncella.

Su mucha hermosura los suspende i embelesa, hínanse de rodillas a sus plantas, i se le declaran rendidos amantes i leales caballeros.

Pero resultó que la muchacha era en extremo inquieta i antojadiza, i luego dió muestras de temerario arrojo i de indomable orgullo.

Por de pronto mandó a sus caballeros que demoliesen la fortaleza de muros de bronce i esparcieran sal en las

ruinas. Los animosos caballeros trocaron las espadas por azadones i picotas, i fieramente pusiero manos a la obra. Pero los azadones i picotas se rompian apénas tocaban los muros de bronce. En balde acudieron los herreros mas famosos: el mejor acero no pudo ni siquiera rasguñar las murallas resplandecientes.

Desesperados los nobles caballeros, imajinaron divertir con adulaciones los antojos de la dama. Dijéronle que era reina i señora absoluta, i que nadie en la tierra ni en el cielo tenia el derecho de mandarla. Agradáronle estas lisonjas a la dama: nunca las habia oido sino de voces ahogadas. Pero cansóse luego de oir lisonjas i quiso levantar un templo digno de ella, un templo en que cupiesen todos sus amantes i que les ofreciese mil comodidades i regalos.

Hé ahi a los leales caballeros trasformados en arquitectos i albañiles. Mas ¡oh traviesa muchacha! ¡I cómo juega con el amor de sus caballeros! ¡I cómo sabe unir el sarcasmo a los rigores de una beldad desdeñosa! Aplaude i alaba los planos que le presentan, alienta la obra i, cuando la ve concluida, descubre en ella mil imperfecciones, se burla de los operarios, i pide otro i otro templo. Los leales caballeros no desmayan i edifican otro i otro templo.

Ya faltan las fuerzas a los animosos caballeros, ya murmuran de los caprichos de su dama, ya querrian sacudir su insoportable yugo; pero los fascinaba un hechizo misterioso. ¿Qué hacer? Acuden secretamente al castellano de la fortaleza de bronce. La sola presencia

del anciano intimida a la doncella, i ésta lo sigue obedeciendo a un ademan majestuoso. «¡Ah! ¡No mentias, buen anciano!» exclamaron a una voz los caballeros.

LA MALEDICENCIA

(APUNTACIONES A VUELA PLUMA.)

Es ya proverbio que la maledicencia es hija de la envidia; pero hai muchos casos que de este modo no sé cómo explicármelos.

Ciertas señoras, por ejemplo, encuentran un singular placer en comunicar a todo el mundo los defectos, el mal carácter, las supuestas maldades de los demas, i no se cansan aunque hablen horas enteras acerca de este asunto. Que lo hagan por envidia, no puedo creerlo, puesto que no perdonan ni a personas inferiores a ellas a todas luces, ni a sus mas íntimas amigas. Por otra parte, se compadecen en tanto extremo del infeliz a quien difaman, que no halla uno qué pensar.—«Pobrecito, dicen. Lástima grande que sea así. ¿Cómo haremos para remediarlo? No tengo autoridad alguna sobre él. Todos los

dias pido a Dios por que lo vuelva al buen camino.» Paréceme que en estos casos la maledicencia debe de ser hija de la caridad, i, en efecto, cuantos oyen a dichas señoras, exclaman: «¡Qué caritativa es Fulana! ¡Qué buen corazon! ¡Cómo compadece a las personas!»

Otras maldicientes, no me cabe la menor duda de que obedecen al celo relijioso. ¿Se trata de un incrédulo, de un libre pensador? Duro en los defectos, para que todos palpen a dónde conduce la falta de relijion.

Otras, por fin, maldicen con el inocente objeto de entretener a los presentes, refiriéndoles cómo Fulano es cruel con su esposa, cómo tal individuo es mal hijo, cómo tal otro es infiel a sus promesas. I ojalá fuese esto gracia peculiar de las mujeres. El maldecir que se oye en los cafées, plazas i calles, en reuniones de hombres, no tiene, por lo cumun, otro objeto. Es manera segura de interesar al auditorio, narrarle chascos de maridos, flaquezas de hombres solteros i actos deshonrosos de las damas.

El amor propio es a menudo causa de cierta maledicencia, que consiste en apocar las prendas o el mérito de otras personas, o compensarlo con defectos, para que de este modo quede el alabado al comun nivel de los hombres. No parece sino que nadie puede tener injenio, instruccion o belleza, mas que tomando dichas cualidades del caudal de los presentes: tal es el empeño en no conceder sino lo preciso, lo que no se puede negar sin incurrir en la nota de ciego, de ignorante o de mal gusto. Dígase delante de mujeres que tal niña o señora es

extremadamente bella. Alguna hermosa dirá: «¿Hermosa? No lo es tanto, a mi juicio. Le falta simpatía i un poco de talento no le vendria mal.» Alguna fea dirá: «¿Hermosa? ¿I qué importa la hermosura? No está en ella la felicidad, sino en la virtud, i, en punto a virtud, no sé cómo andará.» Basta para dar impulso a la rueda i la tal niña o señora saldrá, a fin de cuentas, sin virtud ni hermosura.

Por esto es regla de buena educacion no prodigar nunca alabanzas exajeradas en honor de la belleza de determinadas personas, o de su virtud o injenio, delante de alguno que presuma de excelente en dichas cualidades. Conocido es el amor propio de los literatos i de los artistas, i los odios profundos que nacen entre ellos i que provienen de esta especie de maledicencia.

La maledicencia aventaja a los otros vicios en que uno puede entregarse a ella con entera libertad, i sostener al mismo tiempo con mui buenas razones que no tiene tal vicio. «¡Qué yo maldigo! exclama el maldiciente. Pues no deja de ser curioso. ¿Gano algo? ¿Fulano me apreciará, me dará parte de sus bienes porque te descubro la ambicion i el egoismo que tan bien sabe disimular? Si llega a saberlo, me odiará sin duda alguna; pero si puedo prestarte algun servicio, nada me importa su odio. Quiero únicamente prevenirte contra sus malas artes. Si dudas de mi sinceridad, nada mas fácil que no creerme; ya te arrepentirás algun dia.» Cuando la maledicencia es declarada, a la mano está el «así me lo contaron; pero ahora conozco que no es verdad.» O bien:

«sin embargo, lo he oido a personas que no mienten ni tienen para qué mentir.» O bien: «cada uno con su opinion.» O bien: «Si no nos ocupamos en los demas, ¿de qué hablaremos?» argumento sin réplica en ciertas reuniones que, por lo visto, no tienen mas objeto que hablar del prójimo.

BUENA IDEA

Nunca se habia visto, como en la época actual, tantos pescadores en el mar de lo ignorado.

En punto a invenciones mecánicas, es aquello para desesperar al que pretenda descubrir algo nuevo. Lo primero a que atinan los inventores, es pedir privilejio exclusivo, pues temen que si tardan en publicar el invento, de aquí a mañana lo pesca otro individuo i adios la popularidad o la fortuna que el tal invento habia de traer. I aun así, no bien se publica una solicitud del dicho privilejio, cuando aparecen media docena de opositores a la concesion, por cuanto ya conocian i usaban ellos el tal invento.

Por dicha, en literatura no acontece lo mismo, en la literatura de esta nacion por lo ménos. Nuestros escritores son jente juiciosísima, enemiga de extravagancias i de novedades. A ninguno de los tales me lo sorprenderán

abriendo senderos por entre selvas vírjenes. No por cierto. Les gusta andar por los caminos públicos i bien trajinados. No pecarán por atrevidos, eso lo aseguro. Así los poetas romperán las cuerdas de su lira ántes que dejar de atisbar el piesecito, la manecita i el senito de las doncellas; arrojarán léjos de sí la pluma si no les permiten estrechar en sueños el esbelto talle de su amada, si no les permiten escuchar breves momentos el dulce murmurio de los arroyuelos o el canto inocente de los tiernos pajarillos. ¿Quién haria versos si fuese prohibido aburrirse de cuando en cuando a lo Byron o descargar una graciosa nubada filosófica en la chiquilla que cumple quince primaveras? ¿Quién haria versos si no fuese poesía envolver a cada paso pensamientos exquisitos en palabrillas almibaradas que parece que van diciendo: Cátenme ustedes ahí esa finura i elegancia?

¿I qué decir de los novelistas? No es novela el libro que no comience: «Era una tarde de primavera del año 18... La brisa soplaba alegremente i algunas encendidas nubes acompañaban al sol en su ocaso.

«Trasladémonos un momento a la risueña aldea de*** Los sencillos lugareños han salido a tomar aires bajo las frondosas higueras que circundan la poblacion.

«Entre las aldeanas sobresalia..... etc.»

O de no, a la mano está el conocido ex-abrupto:

—«Excelente café, dijo Félix mirando con fijeza a Elvira.

«Elvira no pudo disimular un estremecimiento.

«Su madre lo notó.

—«Si usted gusta, murmuró la viuda como obligada a ello por la cortesía, será un gran contento para nosotros que Ud. nos acompañe.....

—«Mil gracias, contestó Félix i una sonrisa sardónica iluminó su frente.

«Pero, ¿quién era Félix? ¿Por qué i cómo habia conocido a la viuda i a su simpática hija?

«Recordemos.

«Era una mañana de Abril de 186.....»

Mediante ciertas asociaciones de ideas que no es del caso explicar, me llevó a las antedichas reflexiones la lectura de una carta litografiada cuyo disparatado contenido ofrezco a mis lectores.

Mui señor nuestro:

Tenemos el honor de favorecer a Ud. con el aviso de que somos únicos ajentes de la famosa casa de *Budgell Fly i Ca., Trim Coffee i Ca.* sucesores, N. Y. U. S. A., cuyas prensas tipográficas i litográficas i cuya variada coleccion de tipos han dado la vuelta al mundo, recojiendo aquí i allá los aplausos debidos a su mérito i a las bellas cualidades que los adornan.

Nos es mui grato decir a Ud. que, a poco de llegar a esta capital, notamos que el público de esta respetable nacion es mas ilustrado que el de muchos otros puntos del globo i que, por lo tanto, se hallaba en estado de apreciar i acojer debidamente la idea que tenemos el gusto de proponer al libre albedrío de Ud. que forma parte tan distinguida de dicho público.

Si bien se mira, existen en la sociedad gran número de individuos que piensan de esta o de la otra manera, por razones idénticas a las que tienen para usar los pantalones anchos o angostos i las levitas de breve o larga faldamenta, esto es, no mas de porque así lo quiere la moda. Ahora bien, hai tantos cambios en el terreno de las opines como en el de los trajes, i, por consiguiente, prestaria un mui señalado servicio el periódico que diese cuenta de las modas de la opinion. Este periódico es el que pensamos fundar nosotros, para lo cual contamos desde luego con la ayuda i consejos de Ud., mui respetable señor. Será indudablemente útil a toda clase de personas, porque estará dividido en seccion relijiosa, social, política, literaria, etc., etc. Los que profesan el catolicismo, por ejemplo, no necesitarán saber las modas de la opinion en asuntos relijiosos, a no ser por curiosidad, puesto que la doctrina que siguen está basada en las palabras eternas e infalibles de Dios; pero podrá mui bien suceder que en literatura o en política, hablen al ruido de las nueces, i nuestro periódico les pondrá al cabo de este ruido.

A primera vista le parecerá a Ud., mui respetable e importante caballero, que no alcanzará la materia para llenar media columna. Pero vea usted cómo habrá mas de lo que se necesita. Ponemos a continuacion, en sustancia i mui simplificado, algo de lo que podríamos decir.

SECCION LITERARIA.—*Está de moda* alabar la literatura tomada en abstracto; decir que es buena, útil e importante, que da la medida de la civilizacion de un pueblo, que proporciona al hombre ratos mui agradables, i

está de moda, al mismo tiempo, mirar a los que la cultivan como individuos ociosos i buenos para nada.

Idem.—No leer libro alguno: los sérios porque son sérios, i los amenos porque no dejan provecho. El diario se lee desde la tarifa de avisos i el «sangrador, matrona i botica de semana» hasta los avisos de medicinas inclusive. Tambien suele leerse tal cual novelilla prestada, i si despues de leida uno se queda con ella sin devolverla al que se la prestó, estará *à la dernière*.

Idem.—Alabar a los literatos extranjeros i decir de los nacionales que están perdiendo el tiempo i que mas adelantarian sembrando papas.

Idem.—Adoptar las ideas del último libro que se ha leido, citarlo a cada paso, encomiarlo i decir del autor que es uno de los mas ilustres injenios de su patria.

Idem.—Decir, a fin de cuentas, que no hai libro como el de cheques, ni letras como las de cambio.

Idem.—Echarlo a gracia aquello de no entender nada en letras, como si fuese particular don de Dios.

En la juventud elegante cunde la moda de no saber escribir cartas i de cometer media docena de errores ortográficos por renglon.

Seccion relijiosa.—Lo mas comun es creer en Dios por via de interinidad i miéntras se presenta algo mejor.

Se usan mucho los *principios fijos*. Si son buenos o malos, o cuáles sean ellos, averigüelo Várgas. Lo importante es tener principios fijos o, mas barato, decir que uno los tiene, que para el caso da lo mismo.

Otros prefieren las *ideas particulares* acerca de relijion,

que es nuevo horizonte abierto a las averiguaciones de Várgas.

Etc., etc., etc.

No seguimos porque ya es tiempo de acabar esta carta. El periódico se publicará mensualmente i el precio de suscricion será de cinco pesos. Si Ud., como no lo dudamos, quiere ayudarnos en esta tarea digna de los adelantos de la civilizacion, sírvase contestarnos.

Antes de concluir, suplicamos a Ud. encarecidamente que, cuando esté con sus amigos departiendo en el seno de la tranquilidad i de la confianza, los llame a un rincon, i ahí, fijos los ojos en el cielo, les declare que

LAS PRENSAS TIPOGRÁFICAS I LITOGRÁFICAS

DE

BUDGELL FLY I CA. TRIM COFFEE SUC. N. Y. U. S. A.

SON

LAS MEJORES I MAS BARATAS.

ÚNICOS AJENTES EN ESTA CAPITAL.

S. S. S.

RYSWELL I BORY.

QUÉ DIRÁ LA JENTE

Desde niños se nos infunde tanto temor i respeto al *qué dirá la jente,* que mas tarde llegamos a considerar las opiniones i habladurías del vulgo como verdadera norma de conducta. Dicen que la voz del pueblo es la voz de Dios; así será. Paréceme, sin embargo, que con igual razon podria decirse que la voz de las cámaras es la voz del pueblo, disparate que ni los hombres mas necios se atreven a decir en nuestra república.

Cada uno debe pensar lo mismo que el autor de la *Epístola moral:*

> Quiero imitar al pueblo en el vestido,
> En las costumbres solo a los mejores.

En todo lo que entre en la esfera de la decencia, de la urbanidad i de la buena crianza, atendamos a lo que dice la jente. La buena crianza es campo neutral necesario

en el comercio de la vida i cuyos límites señala la sociedad. Pero en el órden moral no debe dársenos un maravedí de lo que diga la jente, i es claro, porque ella no tiene jurisdiccion alguna en nuestro interior, i no debemos practicar sino lo que nuestra conciencia nos ordene, lo que sea bueno, lo que sea conforme con la voluntad divina.

Si los padres de familia pusiesen mas cuidado en la educacion de sus hijos, si desde la infancia les enseñasen a dar a la sociedad lo que es de la sociedad i al individuo lo que es del individuo, muchas incomodidades, muchos padecimientos les evitarian.

El temor de hacerse ridículo es capaz de obligar a los hombres a cometer actos tan desdorosos e irracionales, como el de avergonzarse o renegar de sus creencias. Si éstas son diferentes de las que tiene o aparenta tener la sociedad en que vivimos o la reunion en que nos encontramos, menester es defenderlas caballerosamente si las atacan i despreciar las burlas i las sonrisas irónicas. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿No es el colmo de la pusilanimidad i de la cobardía renegar de su fé, no ya en vista de tormentos o de promesas fabulosas, sino por algunas bromas sin consecuencia? Nadie se imajine que la sonrisa de la incredulidad es sincera: se rie por despecho, porque un hombre relijioso es constante acusacion de su conducta.

Si a tanto extremo el respeto humano puede dominar al hombre, no es de extrañar que, en asuntos de menor importancia, éste se afane en conseguir de la jente la-

vorable opinion, aun a costa de su propia felicidad i bienestar. «Lo peor que tiene la pobreza es que da risa,» decia Juvenal. ¡Cuántos hai que temen la pobreza mas por la risa que ocasiona, que por las privaciones que consigo trae! ¡Cuántos hai que, pudiendo vivir holgadamente, prefieren empeorar su condicion, prefieren vivir en la miseria con tal de aparecer como ricos! Hai pocos espectáculos mas lastimosos que el que ofrecen esas familias que comen mal, pero tienen coche; que están cargadas de deudas, pero asisten a los bailes lujosamente ataviadas i hablan de grandes gastos i de riquezas imajinarias. Estos son aparatos que, en propios términos, deben llamarse tonterías, pues no hai cosa ménos ignorada que la fortuna ajena, por mucho que la oculten. En las reuniones, la fortuna de las personas se computa diez veces al dia, por lo ménos. I si es ruindad i villanía reirse de uno porque es pobre, hai razon i mucha para reirse del que, siendo pobre, procura venderse por millonario.

Lo cierto es que el hombre que vive seguro en la bondad de sus acciones i hace rostro a los díceres del vulgo, siempre le infunde respeto. El vulgo es como los canes que se contentan con dar dos o tres ladridos i luego se aquietan delante del que les hace cara; pero que persiguen con encarnizamiento al que los teme i huye.

Por otra parte, ¿quién es la jente? Ya son media docena de vecinos, ya los compañeros de una tertulia, ya un transeunte. ¿Qué dicen? Las mas de las veces no dicen nada, i si hablan, cada uno manifiesta su opinion

basada en fútiles razones, i es probable que a la media hora cambien de parecer en consideracion a nuevos antecedentes, i mas probable aun es que a los dos dias se olviden de lo que han dicho; de suerte que atender a lo que dice la jente i pretender obrar conforme a ello, es exponerse a lo que le pasó al molinero de una historieta mui conocida; pero que no creo inútil recordarla al lector.

Tan mal le iba en el negocio a un pobre molinero, que resolvió vender la única mula que poseia. Al efecto, dirijióse al pueblo vecino acompañado de un hijo suyo de corta edad. Llevaban del cabestro a la mula, porque temian cansarla si la montaban i que, despues en la feria, con el aspecto lánguido i desmayado, alejase a los compradores.

No habian andado largo trecho, cuando encontraron a un grupo de mujeres que estaban sacando agua de un pozo. «¡Qué cabeza de jente!» exclamó una de ellas. «¡Andar a pié cuando podian ir montados!»

I las mujeres se echaron a reir a carcajadas.

—Allégate acá, muchacho, que te monte en la mula, dijo el molinero. No demos que reir a la jente.

I el molinero siguió caminando a pié.

Mas allá toparon a unos viejos que venian conversando con mucha indignacion i acaloramiento.

—¡Ahí tienen la prueba! exclamó uno de los viejos. Ahí la tienen; no hai mas que mirar. ¿No es verdad lo que les digo? ¿No es verdad que cada dia va disminuyendo mas i mas el respeto por los ancianos? Todos

obran ahora como ese muchacho que va sentado en la cabalgadura, miéntras ese hombre que parece su padre, camina a pié. ¿A dónde vamos a parar? A un desquiciamiento completo. Ya no hai sumision a la autoridad paterna. Es claro. Quiera Dios enviarnos la muerte ántes que lleguen esos terribles dias.

—Oye lo que dice la jente, muchacho; mira el mal ejemplo que hemos dado. Yo subiré en tu lugar, dijo el molinero.

I el muchacho continuó el viaje a pié.

Cerca de la ciudad pasaron al lado de unos holgazanes, que estaban tendidos a orillas del camino.

—¡Mire, don viejo! exclamó uno. ¿No le da vergüenza que el chico vaya con la lengua afuera, miéntras su merced que tiene las piernas como dos álamos, se está como un príncipe en la mula?

—No demos que hablar a la jente, dijo el molinero, i montó en la grupa al muchacho.

De esta suerte llegaron a la ciudad. Entrábase por un puente i en la mitad de él, un mozo detuvo el convoi i preguntó al molinero con chulada:

—Dígame, amigo, ¿es suya la bestiecita?

—Mia, respondió el molinero, i será suya si me la quiere comprar, porque para eso la traigo.

—Se lo preguntaba, replicó el otro, porque a bestias ajenas he visto con tanta carga; pero a las propias, nunca. El animalejo mas está para que lo lleven, que no para llevar a nadie.

—Hagamos lo que este buen hombre dice. Pié a tierra, muchacho.

Derribaron la mula i le ataron juntas las patas. Despues probaron a llevarla por medio de un palo; mas, la mula que hasta entónces no habia dicho palabra, se espantó de tal suerte al ver el palo, que cortó las ligaduras i cayó en medio de la corriente.

AVENTURILLA NOCTURNA

En una reunion en que hace poco me encontré, rodó la conversacion sobre los niños. Una de las señoras que se hallaban presentes, manifestó que los hijos varones eran mucho mas difíciles de educar que las mujeres, por lo cual celebraba en extremo no haber tenido hasta entónces mas que niñas.

—Dice usted verdad, señora, observó un caballero de edad avanzada. Mi hijo mayor me tiene aburrido de manera que no sé cuál partido tomar: si abandonarlo a sus inclinaciones o emplear castigos rigurosos i hasta crueles. Lo último me parece inútil i sabe Dios a qué excesos lo llevaria su carácter arrebatado i violento. Mal corresponde a los sacrificios de un padre como yo lo he sido. Miéntras que otros, llegados a mi edad, se entregan al descanso contentos con legar a sus hijos lo que hasta en-

tónces han podido reunir, yo trabajo, me afano i ni siquiera gozo de lo que tengo.

El pobre anciano dijo estas últimas palabras con tal acento de amargura, que me infundió gran compasion i no pude dejar de indignarme en mi interior con el hijo mal agradecido.

Retiróse poco despues el caballero i no bien habia salido, cuando uno de los presentes, persona de mucho juicio i prudencia, dijo:

—Hé aquí un hombre que me da lástima; pero la verdad es que solo él tiene la culpa de lo que ahora padece. Jamas ha pensado en otra cosa que en amontonar dinero para sus hijos, como si un Creso fuese la meta de la felicidad. La educacion era palabra muerta en su familia, i una lágrima del niño podia mas que los consejos de los que se interesaban por su dicha. El muchacho dirá, sin duda: «A mi padre poco le importa mi educacion, solo se afana por dejarme dinero. Gozarlo bien será, por tanto, la mejor manera de darle gusto.» I si pensase de otra suerte, seria un gran mentecato o un mónstruo de prudencia.

Estas palabras desvanecieron la compasion que habia despertado en mí el aflijido padre i, mas aun, sentí cierto enojo por su mal entendida induljencia.

Despues que me retiré de la visita, volvíme a casa preocupado con este suceso, i resolví al punto hacerlo materia de un terrible artículo contra la neglijencia de los padres de familia en la educacion de sus hijos, porque, a la verdad, nada hai mas perniciosó para la infan-

cia. Me atrevo o decir que ni el ejemplo acarrea peores resultados. El niño es incapaz de dirijirse por sí solo, i si le dejan libertad, no hará mas que abusar de ella. Sabido es que la virtud exije continuos desvelos, miéntras que basta con descuidar las malas inclinaciones para que crezcan i se desenvuelvan. De ahí proviene la pereza en el estudio, el carácter altanero, independiente e irritable de los niños mimados. Son ellos el jérmen de esa turba de mozos petulantes, lindos, holgazanes i viciosos que apestan la sociedad.

Educar a los hijos como es debido, es carga pesada, mucho mas pesada que adquirir para ellos cuantiosos bienes. Los afanes de la educacion constituyen la verdadera tarea del padre de familia, la que mas bendice Dios, la que mas agradecen los hijos cuando son capaces de comprenderla, la que mas atrae el sincero respeto de los conciudadanos, i la mas digna de un corazon que ama a su patria, porque el mayor bien que se le puede hacer es darle hijos fuertes en lo bueno, i el mayor mal, obligarla a recibir unos que parecen hombres i son un revuelto monton de vicios.

Respecto al trabajo en enriquecer a los hijos hai mucho que decir... ¡Hum!... Hai mucho que decir.

En este punto iba el discurso, cuando se abre con cautela una ventana junto a la cual pasaba yo en ese momento i siento una tosecita de mujer. Levanto la cabeza i me encuentro en barrios distantes del mio. ¡Tanto me habia ensimismado! Me paré a reconocer la calle débilmente alumbrada por un lejano farol. De la ventana

salió un *¡pst!* como si me llamasen. Algun buen lance que la fortuna me ofrece, dije para mí i me acerqué resueltamente a la ventana. La pieza estaba a oscuras.

—¿Estás ahí? me preguntaron de adentro.

—Me parece que sí, contesté un tanto sorprendido por lo singular de la pregunta.

—Te conocí en los pasos.

—Es probable... efectivamente..., dije yo cada vez mas intrigado.

—¿Qué respuestas son ésas? Es de no conocerte; pero no es ahora tiempo de quejarse, ni sé cómo me he atrevido a tanto. Mis hermanos lo han descubierto todo, todo. Toma esa carta que te explicará lo sucedido. Vete lijero, huye ántes que te sorprendan.

Tomé la carta, cerróse al punto la ventana i me alejé maldiciendo mi mala suerte de que los hermanos lo hubiesen descubierto todo.

No habria andado diez pasos, cuando siento fuertes i presurosas pisadas a mi espalda. Me vuelvo i me encuentro de manos a boca con un individuo de mi misma estatura, que me dispara un *¡infame!* como un pistoletazo.

No me cupo duda de que era uno de los hermanos, i por esto le respondí cortesmente i salvando mi dignidad:

—A esa cuenta, señor, usted tambien debe de serlo, porque tantos motivos tiene usted...

—¡Cómo que tantos motivos, impostor! Te alcancé a ver cuando te retirabas de la ventana. Has tomado mi nombre, miserable, i no se moverá usted un paso de aquí sin que me dé las satisfacciones necesarias.

—Se las doi, amigo, se las doi, respondí con precipitacion. Vea usted: pasaba yo casualmente...

Unos gritos de mujer que parecian salir de la casa de la ventana, nos dejaron suspensos. Repentinamente se abrió la puerta de calle i dos jóvenes con sendos garrotes se nos vinieron encima sin decir ¡guarda!

Al principio anduve por los suelos; mas, pronto noté que mi adversario era un menguado hombrecillo que no me alcanzaba a los hombros. Esto me infundió brios.

—¿Qué significa esto, amiguito? le dije a mi antagonista cojiéndole el garrote i viendo modo de quitárselo.

Cuando el otro vió que yo me erguia como un jigante irritado, declaró la patria en peligro i se echó a gritar: ¡socorro! ¡auxilio! ¡policia!

—¡Policia, policia! exclamó a su vez el otro asaltante que tambien llevaba lo peor del torneo.

A los gritos se abrió un cuarto sospechoso, que estaba al frente del campo de batalla, i salieron dos policiales.

Mi primitivo adversario convertido despues en aliado forzoso, se adelantó i les dijo:

—Estos dos bribones nos han salido a saltear, al señor i a mí.

—¡Mentira! exclamaron los asaltantes. Ellos han querido robarnos, son ladrones de honra. Que vayan a la cárcel.

—¿Ladrones de qué? preguntó uno de los policiales que tenia mui notable cara de idiota.

—Así será, dijo el otro policial. Los cuatro irán al cuartel i allá se entenderán con el jefe.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo, dijo mi aliado i dió media vuelta i echó a correr como un gamo.

Los otros maquinalmente i a un mismo tiempo dieron unos cuantos pasos tras él. Yo aproveché la ocasion, i partí como un rayo en direccion opuesta. Una piedra me pasó silbando por los oidos; me pareció sentir el ruido de un sable; pero no volví la cabeza.

Llegué a mi casa como el soldado de Maraton.

Descansé un momento i saqué la carta. Decia de este modo:

Amor mio:

¡Con qué ansias he esperado la hora de nuestra cita para comunicarte mi horrible desgracia! Anteayer por la mañana, mi hermano mayor me sorprendió leyendo la carta en que me proponias un plan de rapto. ¿Cómo describirte las escenas que siguieron a este fatal descubrimiento? Amor mio, amor mio, ya no tengo lágrimas. No podré resistir a tantos padecimientos.

Me encerraron ese mismo dia en mi cuarto con llave. ¡Imajínate mi desesperacion al pensar que no podria acudir a la cita i referirte lo sucedido! Felizmente he encontrado una llave salvadora.

En la noche me ordenó mi hermano mayor que fuese al salon. Al poco rato llega de visita un jóven elegante i simpático; pero me parecia horrible cada vez que lo comparaba contigo. ¿Dónde habrá en el mundo otro como mi Ricardo? Mira, hijo de mi corazon, creo que será mejor que no me robes. ¿Qué seria de nosotros? Ten paciencia: algun dia el cielo se apiadará de nosotros.

Me parece que mi familia quiere casarme con ese jóven, porque ayer en la noche me volvieron a sacar de mi pieza para ir al salon. El jóven ya se encontraba ahí: sus modales tienen algo de parecido a los tuyos. Me habló algunas palabras i lo encontré persona discreta. Pero ¡ai, Dios mio! ¿Quién podrá tener la suavidad i dulzura de mi Ricardo? ¿Quién su corazon jeneroso i amante? ¡Cómo se engaña mi familia! Primero muerta ántes que unirme a otro.

¡Ricardo, Ricardo mio! Anoche me desvelé pensando en nuestro desgraciado amor. ¡Ai! Llego a temer que no seamos felices, que no sea yo capaz de hacerte feliz. ¡Ricardo de mi corazon, mi único amor! Piénsalo bien, friamente. Si crees que no serás dichoso conmigo, díme-lo con franqueza. No hai sacrificio que no lleve a cabo por tí. Mayor prueba te daré todavía de mi amor: te devuelvo tu palabra de fidelidad, para que así medites mas imparcialmente. Si ves que no hemos de ser felices, guardaré este amor como un dulce recuerdo i me resignaré con la voluntad de Dios.

Tu fiel, constante i siempre tuya

M.

UN JOVEN DE SOCIEDAD

Tengo un primo, jóven ilustrado i estudioso: pero mui corto de jenio, cualidades que a menudo suelen andar juntas, bien así como se hermanan la ignorancia i la charlatanería. Siempre que se ofrecia alguna oportunidad, le aconsejaba que adquiriese relaciones, que cultivase amistades i frecuentase las reuniones i tertulias, pues no habia otro remedio para vencer la vergüenza que lo dominaba.

—Cierto es lo que dices, me respondia invariablemente; mas no puedo. No sé qué hacerme en sociedad, no sé de qué hablar con las señoras, i delante de las niñas piérdeseme la lengua. I si hablo, al punto me ocurre que quizás estaré diciendo algun disparate o manifestando ridículas opiniones, i que, apénas me retire, todos se reirán a costa mia. He leido manuales de urbanidad...

—¡Manuales de urbanidad! le dije un dia. Yo te presentaré un maestro que vale por veinte manuales.

I cojo a mi primo del brazo i me lo llevo a casa de un mi amigo, mozo mui corrido, que entendia el floreo como nadie i hacia raya en los salones.

—Mira, le dije a mi amigo despues de los preliminares, aquí te traigo a este jóven para que me le des algunas leccioncillas de tu arte.

—¿De mi arte? ¿Tengo algun arte?

—Sí, el de brillar en sociedad.

—Si a eso llamas arte..... Pero ¿qué tengo de darle yo lecciones a este caballero cuando él me las podria dar a mí? Bien. Lo dicho me parece lo suficiente para salvar la modestia. No me gusta hacerme de rogar. Siéntese Ud. ahí, jóven alumno. Ante todo, me tomaré la libertad de hacerle una pregunta que le parecerá indiscreta; pero su contestacion podria ahorrarnos mucho tiempo. ¿Cómo anda Ud. en punto a recursos numismáticos i jeroglíficos?

(Advierta el lector que, entre los elegantes, se considera propio de un chico ájil i divertido en la conversacion, esto de ensartar a las veces fuera de propósito, dos o tres vocablos extraordinarios.)

—Así, así, me apresuré a responder por mi primo. Somos de aquellos que

.....en aurea medianía
Ambos extremos evitando abrazan.

—Dejemos, pues, este punto, dijo el maestro. Comencemos por el exterior. Usted tiene un aspecto de mucha-

cho estudioso i modesto que infunde pavor a la frivolidad, de modo que en cualquiera reunion de personas alegres, su presencia incomodará por lo ménos. Procure, amigo, adquirir soltura i desembarazo en los modales, ejercitándose en el baile, en la esgrima o la jimnástica, en seguida, accione usted i maneje el cuerpo como si estuviese diciendo mentalmente: *qué se me da a mí, llévems el diablo, siga la jarana.* Vea usted: así como yo.

I dió mi amigo algunos paseos, accionando de tal suerte que parecia una de esas figurillas de carton con los brazos i las piernas sueltas.

—Vamos a otra cosa, continuó. ¿Sabe usted algo, jóven alumno? Historia, bellas artes, literatura, etc. Aunque excusada me parece la pregunta.

Mi primo se ruborizó como una dama.

—Sabe, respondí yo por él, i mas que algo. Ha hecho mui buenos estudios.

—Malo, dijo el maestro. Doble trabajo. Procure usted olvidar lo que sabe. Aunque bien mirado, eso seria lástima; pero, a lo ménos, cuando se encuentre en sociedad imajínese que no sabe nada. De otra suerte no podrá usted discutir con nadie, porque, en cualquier asunto, le saldrán con argumentos tan triviales, con opiniones tan frívolas, que usted no hallará que redargüir. Las grandes necedades lo dejan a uno tan callado como las pruebas irrefutables. Si, como hombre conocedor de aquello de que se trata, pesa usted las palabras, emplea términos técnicos o aduce razones de peso i que exijan reflexion, nadie le entenderá a usted, téngalo por seguro, se le rei-

rán en las barbas i lo confirmarán por pedante. Nada de esto, amigo. No se pare en pelillos. Váyase usted siempre a lo mas vulgar, a lo que primero le ocurra, a lo que oye decir en todos partes. Cójale usted el lado ridículo al asunto i, en lo mejor, corte el discurso i échese a reir de lo que usted ha hablado. Si el adversario protesta de la manera como usted trata las cosas, dígale un disparate garrafal o un chiste si puede, ríese el auditorio i no tiene vuelta lo dicho. ¿Me comprende usted?

«Pasemos a otro párrafo. Si no me equivoco, usted tiene cara de no mentir mas que en casos de necesidad extrema. Pues bien, si usted no aprende a mentir como un Ministro, no adelantará un paso en la sociedad.

«Dice un individuo, por ejemplo, que por el rigor del invierno se le han muerto doce bueyes.—Pues a usted le ha sucedido lo mismo, con la diferencia de que se le han muerto ocho o quince, que es bueno variar la cantidad segun las creederas del oyente.—¿Llega uno con la noticia de que ha subido el precio del trigo?—Pues mui buena es la noticia para usted porque tiene un triguito que vender, o mala, porque acaba de vender una partida, segun los casos.—¿Cuenta alguno que hai rumores de cambio en el ministerio, o de que el gobierno piensa decretar tal cosa?—Pues usted confirma o no confirma la noticia, apoyado en lo que le dijo «una persona que habló con el Ministro,» o «mui influyente en política.» No eche usted en saco roto esta persona que habla con el Ministro i luego le va a contar a usted lo habido en la conferencia, porque es mui útil i puede darle a usted mu-

cha importancia.—¿Se trata de aventuras escandalosas? —No se quede atras. Haga lo de San Agustin cuando muchacho; invente pecados i ruede la bola.

«Llegamos ahora a un punto importatísimo: el de atraerse a las señoras i a sus hijas, entretenerlas i hacer de manera que deseen la compañía de uno. Todo esto es de lo mas sencillo i hacedero. Vea usted.

«Para ganarse a la señora, comience por decirle confidencialmente i con gran sinceridad a una de las hijas: «¡Qué buena señora es su mamá! ¡Qué trato tan afable i bondadoso! Qué porte tan distinguido!» La señora lo sabe i ya tiene usted abiertas de par en par las puertas de su cariño. Para seguir avanzando, acuda con las confidencias, es recurso probado i eficacísimo. Refiérale con pormenores las desavenencias notorias que haya habido en la familia de usted. Excusado me parece advertirle que, en el relato, usted debe aparecer como víctima de su carácter manso i jeneroso, i declare, con dolorido acento, que una familia unida es el espectáculo mas hermoso que pueda verse en la tierra. Si, por dicha, no hai lugar a lo anterior invente una situacion desgraciada. «Usted, señora, dígale, me ve mui alegre i contento; pero ¡si usted viera mi corazon!» Luego comuniquele, exijiéndole previamente sijilo, cómo es usted hombre mui desgraciado i pídale consejos i oraciones. La señora le dará de sobra los primeros i prometerá las segundas. En los dias de gran vestimenta, no deje por nada de decirle que ha vuelto a los quince años, que ninguna de las hijas ha sacado la hermosura de la madre, hagásele del enamorado

i pregúntele al viejo del marido si no tiene celos. Injéniese usted en llevarle noticias de objetos baratos, de sirvientes de razon i mui entendidas en el manejo de la casa. Ejecute con prontitud i diligencia los servicios que ella le pida. ¿Sabe usted alguna historieta de amores que tenga puntos escabrosos? A contársela. Gustan mucho las señoras de dichas historietas, no por malicia, sino por mujeril curiosidad i ven una muestra de confianza en que se las refieran. A las señoras amigas mias, les llevo contada la mitad del *Decameron*, suprimiéndole lo que pasa de raya, i achacándole el suceso a un amigo que conocí en otras partes, o a un sirviente de mi casa. Obre usted como le digo, i, en poco tiempo, las señoras lo querran como un hijo, andará el nombre de usted de boca en boca colmado de alabanzas i su sola presencia las llenará de alegría. No visite a una misma casa mui a menudo. Tiene sus ventajas aquello de que lo saluden a uno diciéndole: «¡Al fin se acordó de nosotras!»

«Respecto a las niñas la tarea es mas fácil. El despejo i el desembarazo es para ellas una recomendacion; pero evite a toda costa la petulancia. Las mujeres, por lo comun, no saben distinguir la necedad de un hombre al traves de la jovialidad o de los buenos modales. Las niñas son vanidosillas, un tanto presuntuosas i amigas de que las lisonjeen; pero no les tenga miedo. Son todas ellas buena jente en el fondo, sencillas, compasivas i blandas de corazon. Gánelas por medio de las confidencias amorosas. Invéntelos que está enamorado de la Fulanita, pregúnteles si la Fulanita lo querrá a usted, consúlteles si ese

amor que usted siente es amor pasajero o constante, porque este es punto que a usted le interesa mucho aclarar i manifiéstele sus dudas i vacilaciones. El puesto de tercera en amores es mui codiciado por las niñas: lo consideran puesto de mucha confianza i de gran responsabilidad. De cuando en cuando échela usted de gracioso i disparatero en la conversacion, i se morirán las niñas por usted.

«Cuando lo vean a usted tan festejado, se levantarán mil enemigos en contra suya. Imajinarán diferentes maneras de desacreditarlo; echarán a correr especies i chismes para ponerlo mal; pero no haga usted caso. Esto es lo que hai de mas difícil en la sociedad. Si usted toma el asunto a lo serio lo volverán loco i perderá el pleito. ¿Hablan de usted? Usted se rie. ¿Hablan mas? Usted se rie mas. ¿Fulano i Zutano han dicho de usted tales i cuáles cosas? Trátelos siempre con afabilidad, como si nada supiera. En fin, amigo mio, hai mucho mas que decir respecto al arte de brillar en sociedad; pero no sería de ningun provecho sin la práctica. Esta noche hai tertulia en casa de la señora X., usted es mi alumno; debe obedecerme i esta noche a las nueve iremos juntos a la tertulia.

«No tengas cuidado, me dijo el maestro: si es dócil a mis lecciones, como lo espero, en quince dias mas no conocerás a tu primo.»

UN PASEO EN EL CAMPO

Bien mirado, lo que mas encanta a los poetas en la vida del campo, es la supuesta ociosidad que en ella se goza.

Tityre, tu patulæ *recubans* sub tegmine fagi. (Virg.)

Fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
Somnos quod invitet *leves*. (Hor.)

Tendido yo a la sombra esté cantando. (Maestro Leon.)

Pero, al que llegase al campo con semejantes innovaciones, le dirian los campesinos que habia errado la vocacion, i que procurase conseguir algun empleo en las oficinas del Gobierno, porque la vida del campo consiste en levantarse al amanecer, salir con la cara a medio lavar, no desmontarse mas que para comer i dormir, andar sucio i mudarse la camisa *in extremis*. Le dirian que, si bien no verá en el campo, el ceño

> Vanamente severo
> De a quien la sangre ensalza, o el dinero,

tendrá que mirarle la cara al cielo, i que, miéntras dure la siembra o la cosecha, un negro nubarron le llenará de sobresalto i le presajiará tantos males como el adusto ceño de un magnate. Le dirian que, si bien al que vive en el campo

> No le enturbia el pecho
> De los soberbios grandes el estado,

en cambio se lo enturbian, quizás en mayor grado, el vecino que roba el agua, los animales ajenos que le comen los pastos, los inquilinos que le destrozan las cercas para calentarse con ellas en el invierno, i mil otros cuidados que desazonan i traen horas amargas al honrado agricultor.

Sin duda alguna, los poetas han mirado la vida del campo con los ojos del que va a él por temporadas. Entónces sí que uno encuentra que dicen la verdad sus dulces odas, entónces sí que la imajinacion se esparce juguetona en las risueñas praderas i en los verdes collados, i los puebla de séres encantadores i fantásticos. El ordeñar de las vacas a las primeras luces del alba, el labrador que a la caida de la tarde torna a su hogar con el arado vuelto, son espectáculos que convierten en artistas aun a los hombres mas insensibles a la belleza; pero, al que vive en el campo, estas deliciosas escenas lo sumen en profundos cálculos de ganancias i de pérdidas. Olvidados de los afanes i del bullicio de la

ciudad, ¡con qué gusto nos recostamos al pié de árboles frondosos en compañía de un libro i de un amigo! ¡Qué garrulidad i esparcimiento en las jiras campestres! Sin embargo, ni aun en ellas se ve uno libre de las pequeñas molestias que nos recuerdan que no hai goce completo en esta vida. Léanse si no los siguientes párrafos de la carta de un amigo:

«Apénas se corrió la voz de que habiamos llegado, recibió José Antonio una carta de doña Leonor su vecina, en la cual nos invitaba a un almuerzo en los bosques de su hacienda. A las cinco de la mañana debia salir la cabalgata.

«Creyendo, como si cada dia no viésemos lo contrario, que todo estaria pronto a la hora convenida, llegamos a las cinco en punto. Sesenta minutos hacia que esperábamos el santo advenimiento, cuando se abrió una puerta i apareció la dueña de casa.

—Buenos dias, caballeros. ¿Ya estaban aquí?

—¿Cómo ha amanecido, doña Leonor? ¿Aun no se han levantado las niñas?

—Lo están haciendo en este momento, porque les pasó un chasco: habian encargado a un sirviente que las despertara a las cuatro i media, i éste, creyendo llegada la hora, les golpeó la puerta. Las niñas se levantaron apresuradamente, mas, como notaran mui oscuro el cielo, ocurrióseles ver la hora: i resultó que era la una de la mañana. Volvieron a acostarse i se les espantó el sueño;

por esto han tardado un poco, pero ya vendrán. Voi a apurarlas.

—No las incomode.....

«Luego oimos: «¡Niñas! apúrense, que ya llegaron los jóvenes.» «¡Ya vamos, mamá, ya vamos!» Sintiéronse carreritas i exclamaciones: «¡Préndeme bien el moño!—¿Quién tiene una horquilla?—¡Aquí hai alfileres!—¡Mis guantes!—¡Quién me tomó mis guantes!—¿Van con aros?—Nó, es mui fácil que se pierdan.»

«Pronto salieron las niñas. Fué la primera la traviesa Julia: nos saludó con alegre sonrisa i se echó a reir como una loca del planton que nos habíamos dado. Llegó despues Sofía, tan fea como presuntuosa, i la tercera fué la romántica Blanca, enteramente vestida de negro i que con toda su alma hubiera dado su pálido color i dejado de pintarse ojeras por encontrar, cuando fuera a misa, algun Abencerraje. Detras de todas i sin apurarse en lo menor, venia la gorda tia de cuarenta años de edad, que iba en representacion de doña Leonor. Llamábase Juana i habia permanecido soltera porque desde niña detestó a los hombres. De tres años a esta parte, segun me dijeron, se habia entregado a Dios.

«Los caballos estaban prontos, pues los infelices tambien sufrieron el chasco de que los despertaran a la una, i esto sin que les permitieran volver a acostarse. Ello, empero, se les dió un ardite, pues siguieron en el patio su sueño interrumpido, gracias a la excelente costumbre que tienen de dormir en pié. Julia, sin dar oido a las reclamaciones de sus hermanas, se apoderó del mejor de los

mencionados cuadrúpedos i nos pidió que la alzásemos. Blanca i Sofía hicieron lo mismo despues de una corta discusion sobre quién montaria el *Pégaso*, discusion que terminó a favor de la primera. La tia no quiso que varon alguno tocara sus plantas i buscó manera de subir sin ayuda de nadie; el caballo, al recibirla en el lomo, lanzó un jemido hondo i prolongado. Doña Leonor nos dió los últimos consejos, lamentando que no hubiéramos salido con la fresca. «¡Váyanse ántes que les queme mas el sol!—¡Cuidado con los caballos!—Juana, no las vayas a dejar correr.—¡Mucho cuidado con el niño!» Pues debo advertir que iba tambien un chiquitin, hermano de las niñas, el cual montaba un rocin tan manso como un palo i que desesperaba a su dueño, quien hubiera deseado verlo *con la crin tendida i su ancha nariz de fuego henchida*. Tranquilizamos los temores de la señora i seguidos de un mozo que llevaba las provisiones, partimos.

«Como mis compañeros fueran mas listos que yo, hube de resignarme a oir las lamentaciones de la tia por lo malos que se habian puesto los hombres. Para colmo de desgracias se colocó el niño a mi lado e invocando, siempre que necesitaba, el testimonio de doña Juana, me hizo notar cómo cuanto veia era de su papá, i que éste le habia prometido, si salia bien en sus exámenes, darle, ademas del caballo que amansaba el sirviente, una montura i un reloj de oro con su correspondiente cadena.

«Iba yo haciéndome del que celebraba las agudezas del muchacho, puesto que en mi interior queria ver al entrometido siete estados bajo tierra junto con su tia,

cuando de la vanguardia, que se habia adelantado mas de lo necesario, partieron unos gritos: «¡Ai! ¿Te sucedió algo?» Piqué espuelas a mi caballo i en un segundo estuve entre las niñas. Ahí vi a la pobre Sofía derribada en el suelo i sacudiéndose el polvo: felizmente la cosa no pasó de un susto, pero tan grande, que aun no podian hablar las niñas. En esto nos alcanzó la tia. «Qué ha sucedido? ¡Te caiste!—Si andábamos despacio.—Si tropezó el caballo.—Tia Juanita, dijo Sofía, a quien ya le habia vuelto el habla, no le vaya a decir nada a mi mamá, ni se den por entendidas, miren que si sabe no nos deja salir mas a caballo.—Bueno, caminen, ya pasó.»

«No hai mal que por bien no venga, dice el adajio: por el desórden habido me encontré, sin saberlo, separado de la tia i del sobrino i al lado de Blanca. El accidente de Sofía era, como es natural, el tema de la conversacion, al mismo tiempo que fuente inagotable de alabanzas al caballo, causa involuntaria de la catástrofe, pues tantito que aquél se hubiera movido era seguro que habia muerto a la niña, la cual nunca pudo explicar el cómo se cayó, que esto lo supo tan solo cuando se vió entre las patas del manso animal.

«Entretanto, el sol seguia su camino de costumbre i sus rayos acariciaban nuestras espaldas mas de lo que ellas quisieran. Atendiendo a esto, hice indicacion para galopar, la cual fué aceptada, es verdad que no con mucho entusiasmo por parte de la tia. A poco andar volósele el sombrero a mi compañera i hube de echar pié a tierra para cojerlo; mas allá se aflojó la cincha al caballo

de Sofía, nueva detencion; despues comenzó a desprendérsele el moño postizo a Julia, quien, con el mayor desplante, se lo sacó, guardándolo en el bolsillo; aquí se subia la silla de una al cuello del animal; allá le quedó corta a otra la estribera; a ésta se le cayó la varita; a aquélla no habia medio de hacerla pasar un puente en mal estado; por último, la tia declaró, pudiendo respirar apénas, que le era imposible galopar mas. Paciencia i barajar, dije para mí dando al diablo el tal paseo.

«Sin otra novedad llegamos al término de nuestro viaje. Los caballos quedaron a la entrada del bosque a cargo del sirviente i seguimos a pié hasta llegar a un claro, donde sentamos nuestros reales a la sombra de un corpulento roble i de un quillai. Dimos por bien empleadas nuestras fatigas al encontrarnos en tan ameno i delicioso lugar. Blanca, a cuya mente se agolparon todas sus románticas ideas con la vista de ese paisaje encantador, sin poder contenerse, exclamó que si fuera ella Virjinia i tuviera, por consiguiente, su Pablo, en éste i no en otro lugar edificaria su choza; o que si pluguiese a Dios hacerla Atala, en este mismo bosque, ella, *la vírjen de los últimos amores*, desataria las ligaduras al valeroso Chactas. Vínosele asimismo en miéntes a la niña, como que olia a bosques, el recuerdo de Jenoveva de Brabante, mas alcanzó tan solo a pronunciar el nombre; sin duda no le pareció bien aquello de andar en cueros por las selvas i alimentarse solo con frutas.

«Mucho tiempo mas hubiéramos admirado esta naturaleza vírjen, si nuestra parte material no nos advirtiera

que estábamos en ayunas; efectivamente, sentíamos por ahí dentro ciertos ruidos que era preciso acallar lo mas pronto posible.

«Amontonamos hojas i ramas secas i una inmensa hoguera se levantó para asar el tierno corderillo. ¿I qué te imajinas que sucedió? Nada; que la sal no parecia en el canasto. Ir a buscarla era asunto de hora i media, por lo ménos. Nos resignamos, pues, a comer la carne sin sal. El pan, por otra parte, resultó tan escaso que fué menester repartirlo por cabeza i con grande economía, como si fuésemos guarnicion de plaza sitiada. No habia que preguntar por cuchillos i tenedores, porque entónces habria parecido aquello un banquete en la ciudad. El comer con la mano i olvidarse del aseo, es condicion precisa de las comidas campestres. ¡Ahí nos hubieras visto devorar el cordero! Cada uno, vuelto hácia la pared, como quien dice, sujetaba la presa con los dientes i la tiraba a dos manos. I fué lo bueno que en esta operacion se me cayó el pan que lo tenia apretado bajo el brazo, i un perro, que estaba atentamente mirando cómo yo comia, lo cojió al punto i emprendió la fuga. Por dicha, Blanca, que estaba a mi lado, compartió conmigo el pan de la hospitalidad i de la miseria.

«Sin mas peroracion ni epílogo terminó el almuerzo. Todos los varones invitados comenzamos, delante de doña Juana, a preguntarnos recíprocamente si recordaba alguno haberse hallado en paseo mas agradable, ni haber almorzado con mas gusto. Respondieron que nó;

por mi parte, dije que encontraba casi ridícula la pregunta.

«Era ya mediodía, i resolvimos esperar que pasase algo el calor ántes de volvernos. Miéntras tanto, para embromar el tiempo, dí en cortejar a Blanca, a quien me la encontraba siempre al lado, a donde quiera que me moviese. ¡Oh fatal descubrimiento! A las primeras frases, la niña comenzó a enternecerse i me volvió unos ojos que infundieron en mí mortal desmayo. Entónces pude explicarme ciertas alusiones de Blanca, ciertas miradas que me dirijia desde que la acompañé en el camino i que me habian parecido un tanto raras i fuera de uso. ¿Qué hacer? Grande era el aprieto. Recorrí con la vista el campo de operaciones. Por un lado estaban mis compañeros agrupados alrededor de Julia; por otro Sofía i doña Juana. Tomé una resolucion desesperada. Me levanto repentinamente como para pedir algo a uno de mis amigos i me quedé entre ellos. Al rato volví disimuladamente la cabeza i veo a Blanca junto a su tia. Pocos momentos despues, doña Juana dió secamente la órden de partir i, como para vengarse de que no la hubiesen atendido lo bastante, le dijo a Julia, que era lo único bueno que habia, que se fuese a su lado.

«En el camino anduve de allá para acá, enteramente desatinado i temblando de encontrarme a solas con mi airada Filis.

«Cuando llegamos a la casa del fundo, Blanca entró derecho sin despedirse, Sofía nos movió apénas la cabeza, Julia se despidió con timidez i doña Juana nos invi-

tó a entrar con un tono que valia como decir: «Váyanse ustedes cuanto ántes.»

«¡Triste modo de terminar un paseo! Mas, te juro que no volveré a asistir a otro con mujeres que no sean garridas zagalejas. Cuando salgo de la ciudad, no solamente quiero descansar de los negocios, sino tambien de la impertinente charla de las tias cuarentonas i del trato de mujeres vanas i presumidas.»

OLEOGRAFIAS DE COSTUMBRES

LA MÚSICA EN LAS VISITAS

Entre las ventajas de la música, no he visto que señalen una mui principal e importante: la de despertar i estimular la conversacion. Cuando comienzan a notarse en los visitantes algunos bostezos comprimidos, la dueña de casa le dice a una de sus hijas que se siente al piano, i se establece al punto el siguiente diálogo:

—Mamá, si no sé nada.

—Haga, hija, lo que le digo.

—Pero, mamá, ¿qué toco?

—Lo que sepas mejor.

—Pero, mamá...

La señora le hace un jesto imperioso, señalándole el piano.

Coro de doncellos. Señorita, háganos el favor... Sea usted tan amable... Tenga la bondad...

Ya tenemos a la niña en el piano. Se escucha el preludio con gran recojimiento. La conversacion principia *sotto voce* i va *crescendo*, hasta que no deja oir la música. La niña, por su parte, viendo que nadie atiende, hace de las suyas, se equivoca, se salta pájinas enteras de la pieza que tiene delante, inventa melodías i concluye con un bullicioso final improvisado por ella.

Cuando ven que la niña vuelve a su asiento, reparan los circunstantes en que ya no suena el piano.

Coro de doncellos. Mil gracias, señorita. Es usted una maestra. ¡Qué ejecucion! ¡Qué sentimiento! ¡Oh! No hai nada como la música.

Solo de un jentilhombre intelijente. Felicito a usted, señorita. Nunca habia oido tocar esa ária de *Don Juan* con mas expresion i delicadeza

—Es un *potpourris* de *Lucía*, responde la niña con afabilidad.

—Pues es mui parecido a *Don Juan*, dice el jentilhombre i se queda mui fresco.

La escena se repite indefinidamente con las demas niñas.

PELIGROS DE LOS PASEOS.

Un jóven de los que se usan, esto es, mui elegante, aparatoso i sin dinero, acompaña en el paseo a unas señoritas. Aparece en lontananza un enemigo terrible:

el ramilletero. Inmediatamente entabla el jóven con sus compañeras una conversacion de grandísimo interes, que no le permite volver la cabeza a ninguna parte. El ramilletero se acerca i dice:

—Señoritas, son flores recien tomadas.

—Nó; váyase, responden las niñas.

El muchacho se dirije entónces al jóven que estaba en lo mas animado del diálogo:

—Señor, ¿no le ofrece un ramo a las señoritas?

—¿Ah? ¿Qué dices? ¡Un ramo! Por cierto. Tengan ustedes la bondad.....

Hecha la distribucion, el mancebo hace un signo con la cabeza al vendedor. «Cinco pesos,» le dice éste a media voz. Vacia el infeliz su bolsillo en manos del ramilletero, i piensa en su interior:

—¡Salteador! ¡Badulaque! ¡Me has dejado sin blanca! ¡Si te encuentro a solas.....

—Pobre, ¡cuánto le habrán pedido! Sabe Dios si no llevaba mas dinero, dicen las niñas apénas se ha retirado el galan.

ECOS DE UN BAILE.

En los bailes desempeño un papel lucidísimo. Entro al salon i me coloco junto a una puerta. Ahí me entretengo en ver desfilar a las parejas i en oir lo que conversan. Salgo del salon i me voi a la pieza de fumar. Echo un cigarrillo, vacío una copita i me vuelvo al salon a ocupar mi puerta. Vuelvo a salir del salon i vuelvo a entrar en la pieza de fumar. En estas idas i venidas me lle-

ga el sueño, cojo mi abrigo, mi sombrero, i al otro dia declaro a mis amigos que el baile de anoche estuvo espléndido i que pocas veces me he divertido mas.

Pongo a continuacion lo que últimamente oí a las parejas.

—¿Sabe usted que estoi sintiendo hambre?
—Se lo creo, porque yo.....

—No me gusta finjir. Soi mui sincera.
—¡Qué casualidad! Lo mismo me pasa a mí.

—*(Un individuo de habla mui lijera.)* La metempsícosis refractaria, señorita, es la causa de que la música no estribe en lo ideal.
—No le comprendo a usted bien.
—Me explico. Fíjese usted en el hecho.....

—.....las ideas, porque la política es un baile i un baile es la política.
—¡Siempre con sus agudezas!

—No nos separemos mucho de la puerta del comedor.
—Parece que ya salen.....

—¡Qué traje tan ridículo el de esa señora!
—En armonía con la cara.

—Mire usted a esas pobres niñas. Nadie las saca a bailar.
—En efecto, señorita, es situacion mui desagradable.

—.....en sus ilusiones. ¿No lo ha sentido alguna vez, señorita, en la somnolencia del sueño?

—Duermo mui bien.

—¡Qué farsa! Todo eso es farsa.

—I sin embargo creen engañar.....

—¿Comió usted algo? ¡Qué confusion!

—No me lo pregunte que se me renueva el hambre.

—¿Le ha oido algo?

—A ella no; pero su hermana mayor.....

—¡Qué tontería dar bailes para que otros se diviertan!

—Si a lo ménos lo agradeciesen.....

—Me he comprometido con este jóven i no quiero bailar con él.

—No se aflija. Déme su tarjeta; yo se la arreglaré.

—¡Qué sueño tengo!

—Esto no da mas de sí.

—En estos salones tan estrechos.....

—¡Qué cargada de joyas!

—No lo crea usted. Las ha pedido prestadas a sus vecinas i a las personas de su familia.

CONVERSACION INTERESANTE I AMENA.

El jóven saluda, toma un asiento próximo a la dueña de casa i le dirije sin vacilar i con gran interes, que se manifiesta en las inclinaciones del cuerpo, las siguientes preguntas:

—I el señor don Francisco ¿cómo está?

—Sin novedad. Gracias. ¿I en su casa de usted?

—Bien. Gracias. ¿I doña Camila?

—Mejor. Gracias. ¿I su tio?

—Sin novedad. Gracias.

La señora, con la mano en que tiene el anillo de brillantes, juega con la borla del cojin. El jóven se echa hácia atras, inclina la cabeza, se atusa el bigote, se pasa el pañuelo por las narices, lo guarda i da dos o tres palmaditas al bolsillo en que lo coloca; arregla sus guantes, mira sus botines, la alfombra, la lámpara, el papel, los cuadros que tiene al frente; mueve el pié de diferentes maneras. Los concurrentes hacen una especie de exámen de conciencia para encontrar algo de qué hablar.

—¡Qué calor ha hecho hoi! dice, por fin, el jóven a tiempo que la señora le pregunta:

—Pero ¿ha visto usted qué dia tan fresco hemos tenido hoi? El de ayer fué insoportable.

—En efecto, el dia de ayer fué caloroso; pero, en jeneral, podemos decir con fundamento que este año ha sido mas fresco que el pasado.

—Así parece.

Pausa en que cada uno pide a Dios lo que ha menester.

Se oye un organillo en la calle.

—Anoche les divisé en el teatro, dice el jóven dirijiéndose a las niñas..... pero no sé bien si eran ustedes..... se me quedaron los anteojos.....

—Sí; fuimos con mi tio, dice la mayor.

—¿Qué le pareció la funcion?

Ya se entró en materia. Las niñas nada entienden de música, el jóven, ménos, i todo se reduce a decir que «el pedacito en que hacian tal o cual cosa era mui bonito,» i que tal artista (el tenor) desempeñó mui bien su papel, porque siempre las mujeres encuentran que el tenor canta i representa mui bien.

La materia parece que luego se agotará; pero, felizmente, la niña, algo ruborizada, recuerda que la señora que ocupaba el palco vecino tenia un escote no mui conveniente.

La dueña de casa dice entónces que no sabe cómo señoras de edad i respetables pueden presentarse así. El jóven, meneando la cabeza, dice que tampoco sabe i hace algunas mui notables observaciones a este respecto.

Aquí dejaremos la conversacion, pues, si bien no ha llegado a hacerse *jeneral*, va poco mas o ménos en el grado de capitan.

VISTAZOS LITERARIOS

Existe entre nosotros la cómoda costumbre de aplicar las opiniones de los sabios estranjeros en los asuntos que se relacionan con el órden social, sin tomar en cuenta el estado de nuestra sociedad, como si fuese idéntico al de la nacion en que dichos sabios escribieron. Así, no bien se propone una reforma, cuando diputados i periodistas se aperciben de media docena de autores, i comienzan la discusion citando párrafo tras párrafo. I no les diga algun hombre sesudo: «Ténganse. Examinemos primeramente el carácter, los hábitos i las costumbres de nuestro pueblo, i despues tomaremos de esas teorías lo que sea conveniente i oportuno,» porque al punto se levantarán contra él exclamando: «¡Al ignorante! ¡Al enemigo del progreso!» Porque para que a uno lo tengan por progresista, basta con que enarbole dos o tres teorías impracticables i las defienda de voz en cuello, de manera que se puede alcanzar aquel honroso título sin mas que

enronquecerse un poco, trabajo insignificante de por sí i mas si lo comparamos a la laboriosa empresa de llevar a cabo una reforma o, por lo ménos, de dejar libre i expedito el camino a los gobernantes.

Yo mismo, que estoi alerta contra la mencionada costumbre, suelo a las veces dejarme llevar por ella. Leia hace poco un notable estudio sobre la crítica contemporánea publicado por E. Caro en la *Revue des deux Mondes*. Encuentra el autor algunas de las principales causas de la decadencia de la crítica en el estado de la sociedad. Las pasiones políticas, nunca tan exhaltadas como ahora, han invadido la rejion serena de la literatura i la han turbado con divisiones profundas. Las obras de injenio son alabadas hasta la hipérbole o deprimidas con encarnizamiento, segun sean los autores enemigos o correlijionarios políticos. La multiplicacion asombrosa de los diarios, por otra parte; la facilidad para entrar en la carrera del periodismo sin estudios prévios, sin preparacion alguna; las exijencias de un público frívolo, superficial, ansioso de novedades, siempre apurado de tiempo para las lecturas serias, son, a juicio de E. Caro, otras tantas causas que ahogan la crítica imparcial i razonada.

«¡Cierto!» exclamé despues de leer esas observaciones tan bien desenvueltas. «¡Cierto! La decadencia de la crítica proviene en nuestra patria de las causas que aquí se apuntan.» Pero, meditando sobre lo mismo, se me ocurrió que no estábamos en Francia i que, por consiguiente, podria acaso ser distinto el estado de nuestra sociedad del de la nacion francesa.

Desde luego me parece fuera de duda que aquello del ardor de las pasiones políticas, no nos toca sino en pequeñísima parte. En política somos mansos corderos o, cuando mucho, animales mansos. En tiempo de elecciones, es verdad, galleamos con el gobierno, gritamos, nos enfurecemos. «El tirano quiere que corra sangre i correrá,» oimos en las asambleas electorales. «Basta de sufrir. La patria lo exije. Libertad ántes que vida.» Los labios tiemblan de coraje. Los ojos se agrandan de ira. ¡Si tuviésemos ahí al tirano! En esto llega la hora de comer o de dormir, i a casa todos dando gracias al cielo de que la cosa no hubiese seguido adelante, i quedando, por otra parte, mui satisfechos de que el tirano habrá visto con quien se las ha. Al otro dia, vuelta a lo mismo, i así miéntras el Presidente de la República elije a su sucesor o a los miembros de las cámaras. Terminada la eleccion, nos decimos: «¡Qué hacer! Es inútil luchar contra el Gobierno. Despues de todo, quizás no sea Fulano tan torpe, tan ambicioso o tan bellaco como lo pintan.» En seguida nos damos todos la mano, i hasta otra elecciones. ¿Algun porfiado sigue siempre quejándose del Gobierno i echándole en cara su tiranía? ¿Algun atrevido publica amenazas sangrientas? «¡Vea usted qué majadería i qué locura!» exclaman los hombres juiciosos i respetables, bien así como el que es interrumpido en un tranquilo sueño, dice con voz gruñona: «¡Eh! ¡Déjenme dormir!»

La multiplicacion de los diarios i la organizacion del periodismo son otras de las causas que señala E. Caro. En Francia se verán estas maravillas; lo que es en nues-

tro pais, parece que los diarios no tienen aptitudes prolíficas. Desde años atras no han podido pasar de cuatro los que se publican en la capital i los cuatro juntos no tiran mas de doce mil ejemplares. Me parece que esto basta para manifestar que el periodismo no es capaz de estorbar en lo menor los progresos de la crítica.

¿Cuáles son entónces las causas de la decadencia de la crítica en esta nacion favorecida del cielo? Pero, ante todo, empleemos los términos con propiedad; i, en vez de decir *decadencia*, digamos *no existencia*, porque, a la verdad, aquí nunca hemos tenido un tribunal de crítica, i si el autor no escribe un parrafillo en el diario alabándose por boca de un amigo, ni siquiera sabria nadie que se ha publicado tal obra. Sin embargo, no faltan quiénes presuman de críticos imparciales i severos. Estos comienzan diciendo que han recibido un libro en 4.° o en 8.°, con tantas pájinas i publicado en tal imprenta, noticias que son de todo punto necesarias para dar al lector una idea cabal de la obra. En seguida entra el crítico a manifestar cómo el autor es gran corazon, gran intelijencia i posee dotes artísticas nada comunes, prueba de lo cual es la obra que acaba de dar a la estampa. Pero, a fuer de imparcial, se ve en la dolorosa necesidad de confesar que la obra tiene sus lunarcillos. Así, en la pájina tal, línea tal, se lee una palabra que perjudica a la suavidad del verso; en otra pájina, encuéntrase una frase poco ménos que inútil; en otra hai una falta de concordancia. «Pero», agrega el crítico para no desalentar al autor con tamaña severidad, «estos son defectos que no alcanzan a oscurecer las innu-

merables bellezas que hormiguean en el libro.» Concluye felicitando sinceramente al autor, como quien felicita a un amigo a quien le ha nacido un hijo, hermoso o feo, eso no importa.

Repito, pues, debidamente la pregunta: ¿por qué no existe la crítica entre nosotros? La respuesta me parece mui sencilla: porque no hai que criticar. De espantar a muchos es lo que afirmo; pero miren, si no se convencen.

Cada año suelen publicarse, no ya dos o tres libros, sino hasta seis. De ellos, la mitad son poesías i la otra mitad historias.

De las poesías, ¿qué puede decirse? Lo mas que distingue a esta especie de obras entre sí, es el papel, los tipos i la impresion mas o ménos limpia i elegante. Cuando el poeta no nos cuenta las extraordinarias novedades de que las mañanas de Abril son frescas, de que cuando no corre viento no se mueve una hoja de los árboles, nos coje a un lado a referirnos sus amores. ¿Hai en el mundo nada mas aburrido que las confidencias de un enamorado? ¿Qué se puede criticar? Seria repetir las quejas que, desde los tiempos mas remotos, se han exhalado contra lo vulgar i lo mediocre.

Pasando a las historias, no dan ellas motivo ni siquiera para quejarse de las vulgaridades, porque, diciendo la verdad, los inmensos infolios con que nos regalan nuestros seudo-historiadores, no son de ninguna manera historias, sino archivos impresos; no son sino una recopilacion de actas, notas, decretos, reales cédulas, mas o ménos bien ordenadas; almacenes de materiales para edi-

ficar; puro trabajo de paciencia. De esos inmensos volúmenes podria formarse una historia completa que quizás no ocuparia mas pájinas que la *Guerra Catilinaria*. Si a lo ménos se notase en el seudo-historiador algun criterio para escojer los hechos, habria, por ese lado, lugar para la crítica; pero lo que a ellos les importa es aumentar el volúmen del libro i manifestar que han revuelto archivos. Si de un acontecimiento que nada significa quedan veinte notas, actas o lo que sea, todas se ponen. Si de un suceso digno de consideracion no queda mas que el puro relato, se narra en dos palabras i adelante. I como si el libro mismo que publica, no bastase para manifestar la pobreza de injenio del seudo-historiador, tiene cuidado de declararla a menudo diciendo la famosa necedad: «Dejemos hablar a los hechos». ¡Santo Dios! ¿I de dónde sacan lengua los hechos si no la da el historiador? Se refiere, por ejemplo, dejando hablar a los hechos, que un ministro de la república fué asesinado porque oprimia al pueblo. ¿Qué nos dice este hecho? ¿Qué provechosa leccion nos ofrece? Esta: que siempre que el ministro don Fulano, oprima al pueblo en el año tal, será asesinado, cosa que bien poco le importará a nadie, porque ni el tal ministro resucitará ni han de volver atras los años. Entendiendo la historia de esta suerte, no es mucho que todos pretendan ser historiadores, ni es de extrañar que ya no exista espada mohosa, zapato viejo i pared desplomada acerca de la cual no se hayan hecho investigaciones históricas. Sin embargo, abrigo la esperanza de que estos librotes irán pronto a reunirse con sus

hermanos los archivos, i que dormirán con ellos envueltos en gruesas i bien forradas capas de polvo.

¡No hai qué criticar! Triste es decirlo i mas triste aun que sea cierto. I no se diga que el considerable desenvolvimiento de la industria i del comercio no da lugar para el cultivo de las letras, porque, a Dios gracias, no ha llegado a tal extremo en nuestra república; ni tampoco se arguya que los placeres disipan el espíritu de la juventud, porque las distracciones son aquí tan escasas i poco divertidas, que mas aburren que disipan. Verdad es que los progresos de la civilizacion no favorecen ni estimulan la inspiracion artística; eso explicaria la falta de buenos poetas; pero ¿de dónde proviene el lamentable estado de la literatura nacional en horizontes distintos del de la poesía? A mi juicio proviene de la indiferencia del público. En el carácter de nuestra raza debe de entrar ella, porque los escritores españoles siempre se han quejado de lo mismo. Eso sí que a la España en algo le alcanza el entusiasmo de las naciones vecinas; pero ¿qué nos puede alcanzar a nosotros que vivimos tan distantes de la Europa? Puede darse por mui afortunado el autor que aquí logra vender treinta o cuarenta ejemplares de su obra; i es sabido que nuestros libreros mas ganan en la venta de papel i tinta que en la de libros, ya sean nacionales o extranjeros.

Si aquí las letras no dan ni siquiera lo bastante para costear la impresion, es claro que nadie podrá dedicarse a ellas sino en los momentos que le dejen libres sus ocupaciones o empleos. La escasez de escritores, en primer

TRAVESURA INOCENTE

NOVELA

A MI PRIMO VICENTE CORREA VERGARA

TRAVESURA INOCENTE

No tenia el diablo por dónde desechar a José Romero, cifra i compendio de todas las maldades humanas; fuera de esto, excelente jóven, incapaz de hacer mal a nadie. Tenia la figura como de persona de distincion i el rostro agraciado. Ademas hacia mui bien versos malos, por lo cual decian que era poeta.

Sobresalia en el arte de comerse el pato i hacerlo pagar a otros. Practicaba ordinariamente esta habilidad en los provincianos, que, fuera de su tierra, son los animales mas inofensivos de la creacion. Hizo amistad con dos de ellos, i, el dia ántes de que se marcharan, los invitó a pasar alegremente esa noche en una fonda. Así como estuvo bien comido i bien bebido, inventó un pretexto para salir afuera, i mui sin novedad tomó el camino de su casa. A poco andar, sintió un golpe terrible en la cabeza, gritó ¡al ladron! i no supo mas.

Cuando recobró el conocimiento, se vió en cama rodeado de algunas personas. Quiso hablar; pero le faltaron las fuerzas i se desmayó.

Estaba en la casa a cuyas puertas lo acometieron los ladrones. Habian sentido la bulla, lo recojieron i le prestaron los primeros auxilios, miéntras venia un cirujano. Luego llegó éste con aparatos de persona importante i necesaria, i despues de examinar con despacio al enfermo, declaró que el jóven estaba herido i que era menester curarlo.

Esto aflijió mucho a todos los de la casa que se habian levantado a la novedad, i especialmente a una vieja criada compasiva que se echó a llorar, creyendo a José poco ménos que muerto. Los tranquilizó el cirujano, i les dijo que en Chile, a causa de la bondad del clima, no eran peligrosas las heridas de la cabeza cuando dañaban órganos de poca importancia, a ménos que se agravaran. Despues de propinar, pidió una copita de coñac, porque el frio de la noche... i, como le trajeran una botella, se bebió distraidamente tres copas; cobró diez pesos, i se despidió hasta la mañana, recomendando el silencio a toda voz.

Al poco rato volvió en sí el herido, i miraba a todas partes, sin darse cuenta de lo que veia. Hizo como que queria hablar, pero un caballero algo viejo se apresuró a decirle en voz baja lo mas alto que podia, que se tranquilizara i no hiciera esfuerzo alguno, i le pidió las señas de su casa para dar parte de lo ocurrido. José, por toda respuesta, movió la cabeza negativamente. Entón-

ces, temiendo importunarlo, se retiraron todos i veló con él una sirvienta.

Formaban esta familia don Javier Somar, su esposa doña Francisca i Anita su hija única. Hacia poco tiempo que estaban en Santiago; hasta entónces habian vivido en el campo.

Mui temprano se dirijió don Javier al cuarto del enfermo i lo halló mui mejor. Dióle a conocer las personas entre quienes estaba, i de nuevo le hizo la pregunta de que dónde vivia.

—Soi de Ancud, respondió José con voz débil. Vine hace una semana con el objeto de ocupar un empleo que aquí me habian ofrecido; pero no llegué a tiempo, otro ya estaba en posesion de él. No tengo ni padre, ni madre, ni hermanos. Vivo en Ancud con un tio que me trata bastante mal. Siento en el alma estas incomodidades que usted se toma por mí, pues...

—No hablemos de eso, amigo, no hablemos de eso.

—Desearia, si no le parece a usted mal... pero si usted se empeña...

—Háble me con toda confianza.

—Desearia... porque no estaré mejor cuidado en la casa de huéspedes donde vivo, que me enviara al hospital.

—¡Al hospital! ¿Está usted loco?

—Nó, don Javier. Debo irme. Obrar de otra suerte seria abusar de las bondades de usted. Debo irme, e inmediatamente.

—No se ajite, i ya cuente con que no lo dejaré irse

hasta que esté del todo restablecido. Nos sobra casa. Todo queda a mi cargo. A ver ¿i dónde está alojado?

—En la calle del Alamo, número 57. I, a propósito, hágame el favor de sacar quince pesos de la cartera que tengo en uno de los bolsillos interiores del paltó. Se los debo a la dueña de la casa e iba precisamente a pagárselos mañana. De otra manera no entregará...

—¿En qué bolsillo dice usted? No hai nada. Pero, amigo, se lo habrá llevado todo el ladron.

—¡En qué estaria...!

—Hable mas bajo; le puede hacer mal.

—¡En qué estaria pensando! ¿Qué voi a hacer ahora? ¡Todo mi dinero lo llevaba en esa cartera! Es preciso que me vaya al hospital, i de allá le escribiré a mi tio que me mande... aunque lo mismo da que no le escriba.

—¡Qué hospital! ¡Cuando le digo que aquí no incomoda! I tierra al asunto. Voi a mandar traer su maleta, i lo demas déjelo usted a mi cuidado.

—Nó, don Javier. Oiga... espérese.

De allí a poco vino el cirujano i, como era de dia, pudo observar con mas comodidad. Encontró al enfermo mui aliviado, i aseguró que en tres o siete semanas mas o ménos, estaria completamente sano, si es que para entónces habia cerrado bien la herida. Alegráronse mucho los de la casa por tan buena noticia, i la criada compasiva dió fervorosas gracias al cielo de que José hubiera caido en manos tan hábiles.

Anita no habia vuelto al cuarto del enfermo desde la noche en que lo trajeron. Dos dias despues entró con su

mamá. En todo el rato de la visita no dijo palabra, sino que estuvo mui triste considerando a ese jóven tan desdichado, i casi lloró, porque era mui compasiva i todos los padecimientos ajenos la alcanzaban, i de mui buenas ganas se habria convertido en hermana de caridad para con él. Pero si la vista del enfermo no hizo nacer en Anita mas que sentimientos de lástima, para José todo fué verla i codiciarle la dote, pues, interrogando con maña a los criados, habia sabido que don Javier era sumamente rico.

Cuando estuvo solo, dió rienda suelta a su fantasía. Lo primero en que pensó fué en esta ocasion de hacer fortuna que, de seguro, no se le presentaria otra vez, i desde luego resolvió poner todo su injenio en aprovecharla. Cautivar el corazon de Anita no le parecia empresa difícil, i el ocultar sus intenciones i manera de vivir no le inspiraba cuidado, porque era viejo en esto de engañar, i mui pocos le conocian como grandísimo bellaco que era. En queriendo la niña, no habia que pensar en los padres, pues no harian sino su voluntad, segun era lo mucho que la amaban. Viéndose José, con la imajinacion, dueño de tantas riquezas, unas veces se entregaba en cuerpo i alma a los vicios sin temer la miseria, i otras se convertia en un buen padre de familia, amante de su mujer, modelo de sus hijos, i agradecido a aquellos a quienes les debia la fortuna. Pero esto lo pensaré despues, decia consigo mismo; lo primero es tener la niña.

I esta empresa que José creia tan fácil, no lo era, porque Anita amaba a Cárlos, hijo de don Luis Luzan que

era grande amigo de don Javier. Este jóven, acompañando a su padre, habia venido varias veces a la casa, i luego se atrajo el cariño de todos porque resplandecia en muchas virtudes. A las pocas veces que se vió con Anita, se amaron como si en toda la vida no hubieran hecho otra cosa. Don Javier i su esposa conocieron luego de qué se trataba; pero les parecia bien el enlace, i no se dieron por entendidos, dejando que obraran las cosas.

José mejoraba rápidamente, i ya habia comenzado a poner en práctica su plan por ganarse todas las voluntades. Don Javier se felicitaba de haber socorrido a este jóven tan bueno e intelijente, i ya habia resuelto guardarle a su lado con un empleo. Doña Francisca no se cansaba de admirar la paciencia para sufrir los dolores que debian de ser atroces, porque, cuando lo acompañaba, lo veia apretar los dientes i levantar los ojos al cielo, pero no exhalaba ni una queja, i sí muchos suspiros. Las sirvientes se esmeraban en cuidarlo, pues les agradecia tanto con la mirada i las palabras, que les parecia poco cuanto hacian por servirlo. La criada compasiva dijo en repetidas ocasiones, que ya queria como un hijo a este caballerito tan bueno, i la sirviente de mano declaró, con universal aprobacion, que si don José ponia casa alguna vez, ella le serviria. No le encontraban punto de comparacion con don Cárlos, que nunca les decia nada i les daba las gracias a secas.

Pronto José estuvo en estado de levantarse, i cuando pensaba con bastante zozobra e incertidumbre en la partida, le comunicó don Javier el deseo de guardarle a

su lado, i le preguntó si queria servirle de secretario i llevarle los libros de comercio, porque José entendia bien estas cosas. Inmensa fué la alegría que aquellas palabras levantaron en su pecho, pues que la fortuna parecia llevarlo de la mano; pero, léjos de hacer demostracion alguna de gozo, finjió con grande habilidad mucha tristeza i vacilaba en la respuesta. Lo cual notado por don Javier, le dijo:

—¿No le parece bien, amigo, lo que le he propuesto?

—Al contrario; pero hace usted demasiado por mí.

—Déjese de hablar de favores i acepte.

—Me parece que mas voi a incomodar que a servir.

—Hombre, ya que tanto se resiste, le diré que si prefiere irse para su tierra...

—De ningun modo, don Javier... Era... en fin... temia...

—¿En qué quedamos, amigo?

—Acepto. Mil gracias, mil gracias, dijo José con voz enternecida i reprimió un sollozo que no habia pensado en salir.

Le arreglaron piezas en el segundo piso, que estaba desocupado. Tomó posesion del empleo, i tan activo i hábil se mostró, que don Javier, frotándose alegremente las manos, le decia a su esposa: Hija, este jóven vale mucha plata; no lo cambiaria por nadie.

En los pocos momentos que se juntaba con la familia, entretenia mucho a las señoras con su conversacion, porque se expresaba con facilidad i no sin cierta elegancia, i referia las cosas con gracia i mui a lo vivo. No se mos-

traba indiferente ni embarazado al dirijirle a Anita la palabra, sino que la trataba con despejo i cortesía, como si no se le pasara por la imajinacion la idea del casamiento.

Don Javier a las veces lo tomaba por compañero cuando salia a pasear, i en una de estas ocasiones pasaron frente a una casa incendiada la víspera, i exclamó don Javier:

—Hombre, ¡lo que son las cosas de esta vida!

—¿Por qué? le preguntó José.

—¡Lo que son las cosas! tornó a repetir. ¡I cómo suelen amontonarse las desdichas en una sola persona! Ahí tiene al dueño de esta casa, que fué mui mi amigo. Primero se murió él, despues se le murió la hija única que tenia, era una santa la pobrecita; i ahora se le ha quemado la casa.

—¡Pobre! exclamó José al modo eólico.

I anduvieron buen trecho tan mudos como los amigos de Job, cuando lo vieron leproso.

Cárlos Luzan habia pasado en el campo esos dias, i, apénas estuvo de vuelta, fué su primer cuidado ir a visitar a don Javier. No poca sorpresa recibió José cuando una noche vió conversando familiarmente a ese jóven con los dueños de casa, i a Anita con la mirada mui viva i la cara mui alegre. Asaltóle al momento sospecha de lo que habia, i esto lo hizo turbarse algo al principio; pero se repuso luego, i estuvo mas animado que Cárlos, el cual tornóse triste i como contrariado por el huésped, cuya historia le habian referido; i aun debió de hacerle

algunas preguntas poco agradables a Anita, porque tambien ella, despues de un momento que conversaron en voz baja, se entristeció. Ninguna de estas cosas se le escaparon a José, i no le quedó duda de que tenia un rival temible i que le llevaba mucha delantera. Hábil en el disimular, no hizo cosa alguna que revelara lo que interiormente sentia miéntras estuvo en la sala; mas, luego que llegó a su cuarto disparó el sombrero, arrojó los objetos que tenia en la mesa i que no corrian peligro de quebrarse, se tiró con cuidado el pelo, se cruzó de brazos i se los puso a la espalda con la frente inclinada, renegó i juró como un maldito, se paseaba, se paraba, prendió cinco cigarros i no fumó ninguno, hizo muchas tonterías durante un cuarto de hora, i por fin dijo: «¡Mil diantres! Mañana pensaré en esto.» Desnudóse, apagó lavela, cerró los ojos i no pudo dormir. Mil pensamientos se barajaban en tumulto en su fantasía, mas acalorada que la del melenudo poeta cuando se siente lleno del fuego divino i no encuentra consonante, o cuando ruje de impotencia al verse obligado a obedecer a ese metro miserable que debia ser humilde servidor suyo. I despues de verse atormentado por imajinaciones de toda suerte, i de determinarse ahora en tal sentido, ahora en tal otro, acabó por esperar que los acontecimientos vinieran a aconsejarle lo que debia hacer.

Mui de mañana abandonó José el insoportable crin i salió a andar por la Alameda.

En uno de los sofás, Pablo Real dormia a sueño suelto la borrachera. I este Pablo era un bribon de siete

suelas. Dos años atras, habia sido cómplice de José en una estafa, i, cuando se descubrió el pastel, salió a dar un paseo por otros puntos para desorientar la policía. Miéntras tanto, cinco inocentes lo suplian en la cárcel por sospechas mui fundadas. Por dicha, les tocó un juez jóven i enérjico. Gracias a él, andaba el juicio bastante lijero en los preliminares, i ya les halagaba la esperanza de que en otros dos años se sobreseeria en la causa.

Luego reconoció José a su compañero, i, contentísimo con el hallazgo, resolvió, sin mas tardar, pedirle colaboracion i consejo en la obra que meditaba. Dedicóse buen rato a la árdua empresa de despertarlo i, luego que la llevó a cabo,

—Pablo, le dijo, ¿qué es de tu vida?

—¿Eh? Quién... ¿José?

—El mismo.

—¡Uf! ¡Qué gordo i bien vestido! Parece que te ha soplado buen viento.

—Así, así. Vamos andando, que ahora quiero formar sociedad contigo para un asuntito... ya te contaré. Es de los buenos i en grande.

—¡Hola! Al grano, al grano.

—Pobrecico estás.

—Hombre, i no es porque me haya ido mal, sino que todo es reunir algun dinerillo i ya estoi en liquidacion.

—¿Siempre en las mismas?

—Esto de la bebida.... Hijo, no bebas nunca, que es la mejor manera de arruinar la salud i el bolsillo. Contempla por un instante al borracho. Míralo.... Pero de

tanto predicar se me ha sacado el gaznate. Entremos aquí a mojar la palabra.

I vaso en vano se echaron a discurrir. Convinieron en que lo mas urjente era quitar a Cárlos del medio i, por via de prueba, arreglaron la estratajema que luego se verá.

Estaba, al dia siguiente, don Javier trabajando en el despacho con José, cuando le anunciaron la visita de una persona desconocida. La introdujeron.

—Caballero, dijo a don Javier, soi Martin Crapanuto, comerciante del sur.....

—Tenga la bondad de sentarse.

José se retiró.

—¿En qué puedo servirle? dijo don Javier.

—Vengo a preguntarle solamente... i usted dispensará la libertad que me tomo; vengo a preguntarle... si no le parece indiscrecion...

—Hable con toda libertad.

—Vengo a preguntale si es efectivo, si es cierto, si está enteramente arreglado el matrimonio del excelente i distinguido jóven don Cárlos Luzan con la apreciable hija de usted.

—Esa pregunta me parece...

—Permítame usted; no lo hago por indiscrecion. Nó, de ninguna manera; pero ya me he llevado dos chascos por no tomar informes, i creer en palabras.

—¿De qué chascos habla usted? No le comprendo. Mas claro.

—Es poca cosa. He solido abrir crédito con la espe-

ranza de buenos enlaces... Esto no tiene nada de particular; es una garantia como cualquiera otra.

—¿Acaso Cárlos...? Vea usted, no hai nada, absolutamente nada, dijo don Javier sorprendido; i si fuera cierto...

—No haga malos juicios. Era una simple pregunta. Llegan los casos tales que.....

—Si usted falta a la verdad... dijo don Javier levantándose.

—No estoi acostumbrado a oir insultos i me retiro. Gracias por el aviso.

—Haga lo que usted guste.

—Adios.

—Adios.

Don Javier se metió las manos en los bolsillos, i principió a pasearse mirando la alfombra. Se confundia i encontraba absurdo que Cárlos, hijo de padres acomodados, jóven de tanto juicio, trabajador, de sentimientos nobles, anduviera en tales trampas.

—Mentiras, mentiras, dijo; mentiras, repitió casi en voz alta para ahogar la voz de la sospecha; solo prestar oidos a estas especies es ya una falta.

Tomó un libro, lo abrió i lo cerró. Quiso sacar cuentas i se le olvidaban los números.

—¿I por qué habia de mentir ese comerciante? ¿No estamos viendo todos los dias jóvenes... ¡Hum, hum!... Malo está esto, malo. ¿I la pobre Anita? Peor que peor. Se complica el asunto. ¿I mi amigo Luis? Habrá rompimiento. Nó, no puede ser, i me dejaria cortar la mano

porque no puede ser. I luego Francisca... ¡qué revoltura! Mejor es no pensar. ¿Pero con qué objeto levantaria ese comerciante una calumnia tan tonta? Porque solo el venir a preguntar semejante cosa es ya motivo suficiente... ¡José!

—¿Don Javier?

—¿Le entendió el nombre a ese individuo que acaba de venir?

—Nó. Me parece que acababa en *ato*.

—Ni eso me acuerdo. No le entendí palabra. ¿Lo ha visto alguna vez?

—Nunca.

—¡Vaya, hombre! I no sé donde vive. ¡Necesito tanto hablarle! Pero no tiene remedio. A ver, concluyamos estas cuentas.

En la noche se vieron Pablo i José.

—Bravo, mui bien, le dijo éste. No habrá necesidad de otra cosa. No podia esperarse mejor resultado. Don Javier anda hecho un cipres i la señora sauce lloron, sin dejar de decirse mútuamente que todas son mentiras, i que Cárlos no es capaz de eso. A Anita no le han dicho ni una sola palabra, i de ello está mui apesadumbrada.

Mucho le sorprendió a Cárlos la seriedad de los padres de Anita, en la próxima vez que fué a la casa. Le preguntó qué significaba esto, i ella no supo darle razon, de lo cual se aflijió sobremanera, por ocurrírsele que él era la causa.

Volvió al otro dia, i estaban mas serios i disgustados.

Quiso hablarle a don Javier; pero no tuvo ánimo i resolvió contarle el caso a su padre, i pedirle que arreglara de una vez el asunto.

ESCENA.

DON LUIS, DON JAVIER.

DON JAVIER.

Buenos dias, Luis. ¿Qué se te ofrece tan temprano? Pensativo vienes.

DON LUIS.

Es importante lo que me trae.

DON JAVIER.

¿Pues hai mas que decirlo?

DON LUIS.

Ya sabes que a mí me gusta hablar pan pan, vino vino.

DON JAVIER.

I a mí lo mismo; pero no me imajino a qué viene este preámbulo.

DON LUIS.

Queria hablarte de este muchacho Cárlos... ¡Hola! No te pongas tan serio... que ha venido mui triste a decirme que habia notado en tí i Francisca mucho desagrado

de verlo. I me confesó lo que ya tú demasiado habrás conocido, que queria a tu hija. A ver si podemos arreglar este matrimonio. El se halla en buena edad, o, si quieres, puede esperarse algun tiempo.

DON JAVIER.

Sí, sí. Mucho me gusta; pero.....

DON LUIS.

¿Hai pero?

DON JAVIER.

No hai que apresurarse. La cosa es grave.

DON LUIS.

Algo me ocultas, Javier. ¿Ha hecho Cárlos alguna cosa indigna de un caballero? Háblame con franqueza. No creas que me cegará el cariño de padre, ni que carezca de fuerzas para sufrir, i yo seria el primero en castigar a ese muchacho. I ya que el asunto ha tomado visos de grave i escabroso, jurémonos, Javier, que su resultado, sea el que fuere, no turbará en lo menor nuestra amistad tan antigua i tan probada.

DON JAVIER.

¿Es posible que abrigues semejantes temores? Pero, ya que me lo pides, te lo prometo, i confirmo la promesa con un abrazo. *(Se abrazan un tanto conmovidos.)*

DON LUIS.

Hombre, ¡lo que es ser viejo! Estoi que lloro.

DON JAVIER.

Vaya, vaya. Dilucidemos el asunto como si en nada nos tocase.

DON LUIS.

Javier, con franqueza i sinceridad. Haz cuenta de que no estás hablando con el padre de Cárlos, sino con tu hermano, con tu mejor amigo. I hasta llego a celebrar esta pequeña ocurrencia, porque ha servido para estrechar los lazos de nuestra amistad.

DON JAVIER.

Lo que hai es lo siguiente. Un comerciante ha venido a preguntarme si ya estaba enteramente arreglado este matrimonio, i me dió a entender bien claro que andaba Cárlos abriéndose crédito con la expectativa de la dote de mi hija.

DON LUIS.

¿I quién es ese comerciante?

DON JAVIER.

Nunca lo habia visto, ni nadie aquí lo ha conocido. El nombre no se lo entendí.

DON LUIS.

¿I tú creiste lo que te dijo?

DON JAVIER.

Nó, por supuesto.

DON LUIS.

Naturalmente, es lo que debias hacer. Algun bribon... ¿I entónces por qué te has mostrado así con Cárlos?

DON JAVIER.

¿Por qué? Ni yo mismo te lo sabria decir.

DON LUIS.

Pero tú no has creido. ¿No es verdad?

DON JAVIER.

¿Cómo habia de creer semejante absurdo?

DON LUIS.

Bien dicho. Bueno, ¿i por qué te mostraste así con ese pobre muchacho?

DON JAVIER.

Hombre, hazte cargo de que solo tengo una hija, i estas cosas me dejan... así...

DON LUIS.

No soi mui rico; pero habrás considerado que Cárlos no tiene necesidad de tu dinero.

DON JAVIER.

Absolutamente ninguna.

DON LUIS.

Claro; ninguna. Ni de nadie tiene necesidad.

DON JAVIER.

Ya lo creo.

DON LUIS.

¿I entónces por qué...

DON JAVIER.

Volvemos a la pregunta. ¿No te digo que de esto no puede nadie desentenderse?

DON LUIS.

Javier, me parece que has creido.

DON JAVIER.

Luis, te estoi encontrando algo... algo...

DON LUIS.

Acaba, acaba.

DON JAVIER.

Impertinente. No te enojes.

DON LUIS.

¿I por qué me habria de enojar? Si me lo hubiera dicho otro... ¿Sabes lo que se me ocurre?

DON JAVIER.

Nó.

DON LUIS.

Por lo que te haces de rogar, parece que tú crees hacerle un honor a mi hijo casándolo...

DON JAVIER.

¡Qué disparate! ¡Cuando es cosa tan clara que la honra seria para mi hija! ¿Hai por ventura, en el mundo otro como tu Carlitos?

DON LUIS.

Nó, no hai; miéntras que en todas partes se encuentran anjelitos de mejor cara...

DON JAVIER.

Pero no de mejor dote.

DON LUIS, *levantándose.*

¿Eh?

DON JAVIER, *levantándose.*

¿Eh?

DON LUIS.

¡Esto es lo que saca uno con meterse con hijos de mayordomos!

DON JAVIER.

Yo no sé quién será el que tiene unos barriles de su padre que era tabernero.

DON LUIS.

¿Cómo, cómo, cómo? Yo no tolero que se diga nada de mi padre.

DON JAVIER.

Ni yo tampoco.

DON LUIS.

Que un cualquiera venga a decir...

DON JAVIER.

¿Insultos a mí i en mi casa? Salga usted inmediatamente.

DON LUIS.

¡Miren quién me manda! Salgo si me da la gana, esté donde esté.

DON JAVIER.

¡Fuera el miserable si no quiere que con esta silla...

DON LUIS.

¡Qué! ¿Amenazas? Bribon...

DON JAVIER.

¡Fuera!

DON LUIS.

¡No quiero!

DON JAVIER, *levantando la silla.*

¡Fuera, repito!

DON LUIS.

¡Tócame por tu vida, i verás!

DOÑA FRANCISCA, *entra a las voces.*

¡Qué hai, qué hai! ¡Dios mio!... ¡Javier!... ¡Don Luis!

DON JAVIER.

¡Que salga ese badulaque!

DON LUIS.

El badulaque es usted, i ahora salgo porque quiero.—(*Se va.*)

DON JAVIER.

¡I que jamas vuelva a poner los piés en mi casa!

DOÑA FRANCISCA.

Cálmate, por Dios, Javier. ¿Qué dirán?

DON JAVIER.

Hija, no me toque. No me toque, hija, ¿o no me entiende?

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio! Javier...

DON JAVIER.

¡I que jamas me nombren a ese muchacho perdido!

DOÑA FRANCISCA.

¡Javier, por Dios!...

DON JAVIER.

¿No me oye? ¿No digo que no me lo nombren? ¡Tráiganme mi revólver!... Hablar así de mi Anita... ¡Ah! —(*Cae.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Javier, Javier!...¡Ataque, ataque al corazon!...¡Agua, el frasco!... ¡Antonia, José, un médico!

Luego se supo en todo Santiago, el rompimiento de este matrimonio que consideraban un hecho.

Hé aquí lo que se oia:

DOS QUE SE ENCUENTRAN EN LA CALLE.—Hombre, ¿supiste?—¿Que se acabó el casamiento...?—¿I por qué habrá sido?—Dicen que don Javier le puso a Cárlos la condicion de recibirse de abogado.—¡Pamplinas! A mí me contó una persona que lo supo de mui buena tinta, que don Javier andaba mal en los negocios, i queria que el papá de Cárlos lo afianzara en una gran cantidad. El otro no quiso.—Bien hecho.—Estos suegros...

EN UNA VISITA.—¿I qué ha sabido usted del matrimonio de este jóven Luzan?—Parece que Anita le ha dado calabazas en regla. Dicen que está enamorada de un empleado de don Javier.—Pues a mí me han dicho que el jóven quiere a otra niña. Esto me lo comunicó una persona, que lo supo de otra i ésta de otra que se lo oyó a la

misma niña, tras de quien anda Cárlos ahora.—Entónces no hai lugar a duda.

En otra visita.—(El mismo preámbulo.)—Dicen que ha sido don Javier el que ha deshecho el casamiento. I tiene razon, porque, segun he oido, el jóven es de mui malas costumbres i solo buscaba la dote. Hai personas que lo han visto ébrio en la calle. Yo, por mí, no creo nada de esto.—Dicen que es mui bueno; pero que tiene mala cabeza.—Otros dicen que es mui raro.—Vaya, vaya; no estén desacreditando...—¿I quién desacredita? ¿Desacreditas tú, Elvira?—¿Yo? Dios me libre. No lo he hecho en mi vida.—Ni yo tampoco. Pero una cosa es decir lo que oimos i otra...

Entre señoras.—(El mismo preámbulo.)—¿Sabes por qué ha sido? Te diré..., pero están las niñas oyendo. Cuando estemos solas.—Talvez será lo mismo que me han contado a mí.

Entre mozos.—(El mismo preámbulo.)—¡Buena la que se la ha ido al pobre jóven!—Iba a sacar la tripa de mal año.—I lo mejor es que se ha quedado con coche, muebles de todo lujo i una porcion de cosas encargadas.—¡Qué clavo!—¡Aprovechemos, hijos mios, la ocasion! ¡Acudid, acudid!—¡Si dicen que a esa casa no se puede visitar! El caballero es un patan necio i orgulloso, i su mujer llena de vanidades.—Que entónces se vayan al diablo.—Pero que dejen la hija.—¿Qué harias tú si te casaras con ella?—Lo que tú no podrias hacer.—¡Ah, ah! Nadie diga: no me llamaré Cornelio.

No son para contadas las penas de Anita desde que la llamó su mamá i le dijo que no volviera a pensar en Cárlos. Refiriéronle cuanto habia pasado, i, en vez de dar el menor crédito a lo que contaban de él, lo amó cien veces mas. La pobre no hacia sino llorar, i se iba enflaqueciendo, i perdió las ganas de comer. Hizo varias veces el propósito firme de meterse monja en la primera oportunidad, i ella, que hasta entónces habia sido modelo de sumision i de obediencia filial, con vergüenza sintió en el pecho ímpetus de rebelion a la voluntad de sus padres, i hubo ratos en que no los queria. Cuando entraba al cuarto de don Javier, que aun guardaba cama, no se atrevia a mirarlo i él apénas le dirijia la palabra.

José en esta ocasion desplegó mas actividad que nunca. Despues que pasaron los primeros dias de tristeza para Anita, comenzó con mucho tino a enamorarla. Algunas veces la miraba así como con fijeza i ternura, i, cuando ella lo sorprendia, apartaba inmediatamente los ojos i hacia todo lo posible para ruborizarse. Luego fueron ofreciéndose las pequeñas atenciones, contradecia a los demas para ceder a Anita, e hizo todas aquellas cosas que solo se ven en estas circunstancias.

Doña Francisca, aun cuando tenia una cara que convidaba a la meditacion, era mui lagarta i no se le iba ninguna. Luego notó la conducta de José, i esto la puso en situacion difícil, porque, aun cuando lo apreciaba como empleado activo, intelijente i merecedor de toda confianza, ni con mucho le parecia digno de Anita. Temia, por otra parte, comunicar sus sospechas con don Javier,

porque indudablemente le daria grande incomodidad, sobre todo por los sucesos recien pasados. Tampoco se atrevia a manifestarle a Anita que no le prestara oidos a José si le decia algo de amor, porque al corazon le sucede en esto al revés de las fortalezas con que ordinariamente se le compara, las cuales son tanto mas inexpugnables cuanta mayor vijilancia se observa en su custodia, i aquel nunca está mas cerca de rendirse que cuando se le guarda con mayor cuidado; i esto da grande aliento al enemigo, que atribuye ese cuidado mas al temor de la facilidad de rendirse que a una cuerda precaucion.

La situacion de Cárlos no era mas halagüeña que la de su Anita. No habia que pensar en volver a casa de don Javier, porque su padre se lo habia prohibido, i le declaró que renunciara a toda esperanza de arreglo. Mucho hizo Cárlos por descubrir al autor de la trama, pero sus esfuerzos fueron inútiles. I lleno de desaliento i dejándose llevar de la melancolía, pasaba horas mui amargas.

Una de esas noches fué José a la cita que tenia con Pablo i no lo encontró, i como mirase a su alrededor por si lo descubria, vió a poca distancia mucha reunion de jente. Llevado de la curiosidad se acercó, i era que Pablo, ébrio como de costumbre, pugnaba por desasirse de un policial que queria llevarlo a la cárcel. Pablo alcanzó a ver a José, i tan pronto como lo vió, comenzó a grandes voces a pedirle auxilio, i le decia al policial que ese caballero era mui su amigo i podia dar testimonio de su honradez. Mas José temió infundir sospechas si se

daba por aludido en presencia de tantas personas, i no era para ménos esto de ver a un borracho tratar con tanta familiaridad a un jóven decente, i a José de ningun modo le convenia exhibirse demasiado i llamar la atencion de la policía, por aquello de la estafa. Hízose, por tanto, del disimulado i miró a otros como que no era a él a quien se dirijia Pablo, i luego se escabulló por entre la jente con mucha destreza. Pablo, al ver esto, murmuró algunas amenazas i se dejó llevar.

Con indecible sorpresa, recibió José al otro dia una carta de Cárlos, en la que lo invitaba a pasar a su casa. Luego conoció que Cárlos desesperado de no poder comunicarse con Anita, ni hallar manera de manifestarle su inocencia, queria valerse de él, como que era la única persona que podia servirle de mediador al lado de la niña i aun del padre. Bien dispuesto a sacar todo el partido posible para sus planes de esta nueva conyuntura, se apresuró a ir a casa de Cárlos.

ESCENA.

CÁRLOS, JOSÉ.

CÁRLOS.

Buenos dias, José. Tenga la bondad de sentarse.

JOSÉ.

Gracias. Recibí una carta suya...

CÁRLOS.

No le habria dado la molestia de venir, si me hubiera sido posible pasar a casa de don Javier. Usted me dispensará.

JOSÉ.

No hai de qué.

CÁRLOS.

Le voi a pedir un favor que le agradeceré eternamente.

JOSÉ.

El que usted quiera.

CÁRLOS.

Usted sabrá, porque ya nadie lo ignora, mi pasion por Anita. Lo que últimamente ha sucedido, i que no sé có-

mo explicarme, me quitó al principio toda esperanza. Sin embargo, el amor... si usted ha querido alguna vez...

JOSÉ.

Sí, sí. Conozco lo que es eso, por desgracia.

CÁRLOS.

Dispense usted si le he traido a la memoria algun recuerdo infausto.

JOSÉ.

Una ingrata... allá en mi tierra... En fin, ya pasó. No hai que pensar en esto, i volvamos al asunto.

CÁRLOS.

Supongo, naturalmente, que usted no habrá dado crédito a esa calumnia que me han levantado.

JOSÉ.

Jamas he dudado de la rectitud de sus sentimientos, i varias veces le he hablado en este sentido a don Javier, a riesgo de disgustarlo.

CÁRLOS.

Mil gracias. Pero, ¿ha visto usted qué infamia?

JOSÉ.

Es cosa propia de corazon vil, bajo, miserable.

CÁRLOS.

Me hierve la sangre cada vez que pienso en esa calumnia atroz.

JOSÉ.

No encuentro palabras con qué calificarla.

CÁRLOS.

Si tuviera al alcance de mi mano al autor de esa trama diabólica, le diria: ¡usted es un bribon!

JOSÉ.

¡Bien dicho!

CÁRLOS, *levantándose.*

¡Le haria dar de palos por los criados!

JOSÉ.

¡Mui merecidos!

CÁRLOS, *acercándose a José.*

¡Lo ahogaria!

JOSÉ, *retirándose sin levantarse.*

Cálmese, don Cárlos.

CÁRLOS.

¡Lo haria pedazos!

JOSÉ.

Modérese.....

CÁRLOS, *asiendo a José por el cuello.*

¡Le... le... le... le... al miserable!

JOSÉ.

Soi yo, don Cárlos, soi yo. No me despedace la corbata.

CÁRLOS.

¡Ah! ¿Es usted? Tiene razon. Dispense... se hará cargo... *(Se sienta.)*

JOSÉ.

Naturalmente. Son arrebatos... Pero volvamos al asunto. *(Mirando el reloj.)* Ando escaso de tiempo.

CÁRLOS.

El servicio que le pido... pero, aguarde un momento. *(Va a juntar la puerta que ha quedado entreabierta.)*

JOSÉ, *sobresaltado.*

¡Eh! ¿Qué le va a echar llave?

CÁRLOS.

Nó, voi a cerrarla no mas, para que no nos oigan. *(Volviendo al asiento.)* Pero, hombre, cualquiera diria que usted tiene miedo.

JOSÉ.

¿Yo? Pschit. ¿Por qué? Creí que iba a echar llave i no le veia objeto... (*Mirando el reloj.*) ¡Oh! Solo puedo disponer de unos cuantos minutos. Me esperan.

CÁRLOS.

Necesito de su mediacion para arreglarme con don Javier. Por una feliz casualidad, he descubierto al autor de la infamia...

JOSÉ, *levantándose con lijereza.*

¿De véras? Lo felicito, lo felicito. Me alegro mucho, muchísimo.....

CÁRLOS, *levántándose.*

¿Se alegra mucho, muchísimo?

JOSÉ.

Mucho, muchísimo. ¡Me interesan tanto las cosas de usted!

CÁRLOS, *mirándolo con fijeza.*

¿Conque le interesan mucho? ¿Eh?

JOSÉ, *retirándose.*

Extraordinariamente. Cien veces mas que las mias. (*Mirando el reloj.*) Tengo que irme. ¡Cuánto siento no alcanzar a saber los pormenores! (*Le da la mano a Cárlos.*) Adios, lo felicito con todo... créame usted.

CÁRLOS, *sin soltarle la mano.*

Lo que creo es que usted es el pícaro mas desvergonzado que existe en la tierra.

JOSÉ, *se suelta.*

¡Otro arrebato! Cálmese usted.

CÁRLOS.

¡No puedo mas! ¿Sabe don bellaco...

JOSÉ.

En fin, voi a retirarme...

CÁRLOS, *cerrándole la salida.*

No pierda usted tiempo en disimular. ¡No saldrá de aquí hasta que no haya arrojado la máscara!

JOSÉ.

Pero, al fin i al cabo, ¿usted se dirije verdaderamente a mí?

CÁRLOS.

¡No se cómo me contengo!

JOSÉ, *con entereza.*

¡Caballero! Usted me dices cosas que no puedo tolerar!

CÁRLOS, *en tono burlon.*

No se acalore...

JOSÉ.

¡Que no toleraré, repito!

CÁRLOS.

Mas tranquilidad. Modere esos arrebatos.

JOSÉ.

Parece que sus espaldas tienen muchas ganas de tomarle peso a este baston.

CÁRLOS, *tomando una silla.*

¿Palos a mí? ¿A mí?

JOSÉ, *atemorizado.*

Nó, nó... decia el peso... pero si usted no quiere...

CÁRLOS, *persiguiéndolo; pero cerrándole siempre la salida.*

¿Palos a mí? Bribon, miserable...

JOSÉ, *huyendo i procurando ganar la puerta.*

¡Repare usted que soi su huésped!

CÁRLOS.

¡Hipócrita!...

JOSÉ.

¡Un hombre indefenso!...

CÁRLOS.

¡Desvergonzado!...

JOSÉ, *parándose repentinamente.*

Por fin, ¿todas estas cosas me las dice usted seriamente o de broma?

CÁRLOS, *parándose al mismo tiempo.*

¿Me encuentras cara de burlas?

JOSÉ.

¡Oh! Eso es otra cosa. Pensaba que... Porque le advierto que bromas de esa naturaleza no se les toleraría ni a usted ni nadie. Pero, ya que habla seriamente, podremos llegar a entendernos. Me dice usted...

CÁRLOS.

¡Miserable! *(Gritando hácia una de las puertas del costado.)* ¡Entra!

ESCENA.

DICHOS I PABLO.

JOSÉ, *aparte.*

¡Soi perdido!

CÁRLOS.

¿Conoce a este individuo?

JOSÉ.

¿A cuál?

CÁRLOS.

A éste. No hai otro.

JOSÉ.

Nó; nunca lo he visto.

PABLO.

José, ¿no me conoces?

JOSÉ.

Ya lo dije. No lo creia a usted, don Cárlos, tan hábil para formar intrigas.

CÁRLOS, *desconcertado.*

Pablo, dice que no te conoce.

PABLO.

No es posible. ¿No me conoces, José? ¿A mí, a Pablo, a Pablo Real, no lo conoces?

CÁRLOS, *a Pablo.*

¡Ai de tí, si me has engañado!

JOSÉ, *retirándose.*

Don Cárlos, no será ésta la última vez que nos vemos. (*Sale.*)

Cárlos, desconcertado por la sangre fria de José, se volvió furioso contra Pablo; pero éste luego le quitó todo cuidado, ofreciéndole ir inmediatamente a casa de don Javier, tal como fué cuando se disfrazó de comerciante. El traje lo tenia en una casa de prendas, i todo se llevó a cabo con la mayor felicidad.

FINAL.

José se hizo humo.—Reconciliacion de los dos viejos, con grande acompañamiento de tos, sonajera de narices, abrazos i lagrimones.—Llanto de ternura de la chiquilla, i por analojía tambien lloran la madre i las sirvientes. —Borrachera extraordinaria de Pablo.—Coro de criadas: ¡Vaya con don Josecito!—Casamiento. I en ese dia Cárlos i Anita se acostaron ántes que las gallinas i se levantaron despues de las mariposas.

FIN.

ÍNDICE

	PAJ.
DEDICATORIA	5
Al lector	7
Un muchacho de esperanzas	11
Los ilustrados	23
El estudio de las Bellas Artes	37
Los discursos	45
Pesadilla literaria	51
Disertacion legal	57
Fragmentos	63
La conversacion	75
Una discusion importante	85
Carta singular	91
Un viaje provechoso	97
La música	105

PAJ.

No es tan fácil escribir..... 111
Junta curiosa..... 121
Un dia de lluvia..... 125
Los hombres públicos..... 133
Amorcillos..... 141
Percance de un orador..... 145
Niñadas..... 153
Apariencias..... 159
Delectare monendo..... 165
Una nueva relijion..... 171
La maledicencia..... 185
Buena idea..... 189
Qué dirá la jente..... 195
Aventurilla nocturna..... 201
Un jóven de sociedad..... 209
Un paseo en el campo..... 217
Oleografías de costumbres..... 227
Vistazos literarios..... 235

Travesura inocente. (Novela)..... 247

FANTASÍAS HUMORÍSTICAS.

FANTASÍAS

HUMORÍSTICAS

POR

PEDRO N. CRUZ.

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE P. CADOT, HUÉRFANOS 25.

1881

A Don

VICENTE CORREA ALBANO

le dedico estas FANTASÍAS HUMORÍSTICAS. *Si me traen honra, quiero dársela a él en agradecimiento de lo mucho que le debo.*

PEDRO N. CRUZ.

Santiago, 29 de Agosto de 1881.

PRÓLOGO.

Muchos extrañarán que me haya servido de la fábula mitolójica, puesto que no es conforme al uso. El uso es norma de la elocucion únicamente. En la composicion i el estilo, no debe el escritor obedecer a otro mando sino al de las reglas inmutables de la belleza. Será, pues, buena la fábula elejida para adornar la obra si, junto con darle interes, ayuda la exposicion de las ideas i abre al autor el campo que necesita.

Et sermone opus est, modo tristi, sæpe jocoso,
Defendente vicem modo rhetoris, atque poetæ,
Interdum urbani, parcentis viribus, atque
Extenuantis eas consulto.

HORACIO SAT X. L. I.

Menester es que el satírico se muestre ya serio, ya festivo; que hable unas veces como el orador i otras como el poeta; i que, imitando en ocasiones al hombre de mundo, mida sus fuerzas i cautelosamente las encubra.

FANTASÍAS HUMORÍSTICAS

LA VISITA A LAS MUSAS.

Fabio i Emilio.

FABIO.

Pareces, Emilio, un viajero recien llegado. ¿De dónde vienes?

EMILIO.

Del Parnaso.

FABIO.

¿Tanto has bebido?

EMILIO.

¿No me crees? Pues no he de contarte ninguna de las maravillas que he visto. ¡I cuántas i cuáles eran!

FABIO.

Lo que te dije fué pura broma: nunca he dudado de tu palabra.

EMILIO.

Harto puede la curiosidad.

FABIO.

I tanto que si luego no me lo cuentas, me voi. I no digo mas.

EMILIO.

Escucha. No te enfades.

Vino a verme Máximo el poeta. La visita me dejó exánime. ¡Tres cuartos de hora apaleado con el turjente seno, los desengaños prematuros, la flor del valle, el no sé qué i el mas allá! ¡Tres cuartos de hora con el manso i cristalino arroyuelo, i los pintados pajarillos que me atormentan desde el dia en que nací!

Et exspectes eadem a summo minimoque poeta. (1)

(1) Véase el Apéndice al fin del artículo.

Me mordia de rabia. Preferiria que, en una noche de invierno, me arrancaran al suave calor de mi lecho i me tirasen desnudo a un pantano.

FABIO.

No hablaria de otro modo una de esas mujeres que se hacen de las melindrosas. Si se encuentran en una situacion desagradable, prefieren el infierno. Poseer lo que les gusta es estar en el cielo. ¿No llega tan pronto lo que han pedido? Las quieren matar. Al ver una culebra, gritan como si las estuviesen degollando. I no acaban de preguntarse: «¿Por qué, Dios mio, seré así? No se imajinan lo que padezco.»

¿Te has olvidado, Emilio, de la filosofía?

EMILIO.

Acudí a ella cuando, pasado el primer ventarron, volví a enderezarme. Ya serenado, me dije: ¿qué hace el arco de Apolo? ¿Cómo consienten las Musas que tanto reptil pretenda tocar las estrellas? He de averiguarlo en el Parnaso mismo.

Sin perder tiempo me puse a reflexionar. El sistema de Dédalo me parecia bien, con algunas pre-

cauciones para que la cera no se derritiese; sin embargo, mas me inclinaba al de Icaromenipo.

En esto, sin saber cómo ni por dónde, se abate sobre mí una águila, me coje i se remonta. No supe mas hasta que, como si despertase de un sueño, me ví tendido a orillas de una fuente en una montaña. Todo confuso i temeroso me levanto, i ya iba a soltar la voz a inútiles clamores, cuando descubro al Pégaso que estaba bebiendo un poco mas arriba. ¡El Parnaso! exclamé, i agradecí interiormente a Júpiter que me hubiese cumplido el deseo. Me lavo, me compongo i échome por aquellas espesuras en busca de las nueve hermanas. Las encuentro i, tras de unos árboles, me detuve a ver lo que hacian:

Calíope, con semblante melancólico, limpiaba el moho a la trompa épica.

A Clío la ví como sepultada en una inmensa cantidad de documentos públicos i privados: grandes legajos de cartas inéditas, partes i notas oficiales, reales cédulas, actas i decretos. Noté que no abria la boca.

Terpsícore ensayaba una danza que habria alborotado a José mismo o, cuando ménos, a Hipólito, i lo principal de ella consistia en mostrar, con la mayor gracia i ajilidad, lo mas que se pudiera de

los encantos secretos. Es de advertir que cada minuto se paraba a leer cartas amorosas.

Polimnia miraba tristemente un vaso de agua azucarada que tenia delante en una mesita.

Talía i Melpómene, dormitando.

Erato, en traje nada decente, perseguia mariposas.

A Uranía la divisé en un observatorito que se habia arreglado en unas rocas.

Euterpe templaba un instrumento.

Vendióme un tosido i hube de presentarme. Como cuando están las hermanas reunidas en la sala, bordando unas, cosiendo otras i otras leyendo reclinadas con descuido, miéntras que los niños juegan en la alfombra, si entra a deshora un jóven amigo a visitarlas, súbito se enderezan i cuál acude al vestido, cuál al peinado i cuál se sale con disimulo i, al poco rato, vuelve sonriéndose i arreglada con sencillez; así las Musas al verme.

Pregunté por Apolo. Erato me contestó que andaba de *pater Sol*; pero que no tardaria en llegar, porque la Noche habia pasado con direccion al oriente. Con mucha cortesía me pidió que me sentase miéntras tanto, asegurándome que gustarian mucho de conversar conmigo.

Por cierto que no me hice de rogar. Me tocó al lado de Calíope, quien, mirándome con maliciosa

sonrisa, me preguntó si prosperaban las bellas artes en mi patria.

—Por extremo, le respondí. Hai Academias de pintura, escultura i música. De los poetas no hablo: esos brotan espontáneamente por donde quiera. Pero lo que da mas esperanzas es la decidida voluntad de la nacion para protejer las artes: i si no fuese por aquel mucho dispendio i aquella inacabable escasez de recursos, quedarian borrados los Leones i los Médicis i los artistas nadarian en la abundancia. Ahógueme diez veces en ese mar si exajero.

—¿I los resultados de las Academias?

—Desbordan la medida del deseo, respondí a Calíope. Ya tenemos un hombre que hace estatuas. Hai cuatro compositores de música i se inspiran en la fuente mas pura i desconocida: en el movimiento de los piés. Pintores habrá hasta seis o siete, i lo que mas me gusta en ellos es que son despreocupados, independientes, que eso se les da de Minerva. Cuanto a nuestros poetas, hai en sus obras un sello de grandeza que arrebata. Dios, la Naturaleza, el Cielo, el Mar, eso rueda en sus manos. A las veces descienden a solazarse con ojuelos asesinos i se entregan al usado llanto. No habria rio mas caudaloso que el que tuviese sus fuentes en los ojos de los malos poetas.

—«Tu patria tiene ya el espíritu calculador i la razon bien lastrada del hombre que baja la vida, me dijo Calíope como con lástima. I sábelo: el que no sea niño no llegará hasta nosotros. Por eso en las antiguas repúblicas hubo tanta tierra fecunda para el laurel amado, miéntras que ahora las cimas del arte aparecen cada vez mas distantes i menores, como monte que se allana.

«La falta de comunicaciones, la trasmision oral de las noticias, el lucro despreciado i relegado a cierta clase, el fanatismo supersticioso primero i despues la fe sencilla, todo avivaba la imajinacion i mantenia el alma en perpetua infancia. Vino el progreso. La ciencia iluminó la realidad; la electricidad, el vapor i la imprenta, no permiten que la fantasía juguetee en las penumbras del rumor; el comercio enciende la execrable sed del oro en corazones de yesca, i la razon, hinchada de orgullo como un advenedizo, desprecia la fe, se rie de los símbolos i se atreve a mirar de frente al Creador. La imajinacion ha engordado como el hombre sedentario, i ya vuela mas alto el buitre recien comido.

«La edad madura, metódica i juiciosa, siente relámpagos de vida juvenil al recordar sus mocedades. Así el espíritu en las viejas naciones; pero ni eso tiene la tuya. Fué colonia. De la barbárie saltó

a la civilizacion. No sabe lo que es infancia. ¿Dónde muestra tu historia al guerrero campeador, al trovador amoroso,

Le donne e i cavalier, gli affanni e gli agi,
Che ne' nvogliava amore e cortesia?

para hablarte en los términos de aquella Aguila, que fué tan niño como el niño que, sonriéndose, echa un velo a su madre i al punto la teme. El sol de la tarde no dora en tus campos aquellas ruinas que contemplaron tanta trajedia en tan diversas edades. ¿Dónde se ven los palacios, siempre soberbios, que han encerrado diez jeneraciones? No hai en tus anales esos rincones oscuros a donde la imajinacion se complace en llevar su luz fugaz i vacilante. Tus tradiciones i leyendas no salen del camino estrecho i vulgar de la india amorosa i el conquistador aventurero.

«I cuando así no fuese, mortal, i cuando así no fuese, ¿qué esperanzas puede abrigar el arte en una nacion donde el amor desinteresado al estudio solo obtiene las alabanzas compasivas que se prodigan a las bondades de la mujer fea? Ahí reina el ganador de dinero. Enriquecido, corre a la ciudad. Levanta un palacio. Su nombre es el primero en la benefi-

cencia que da al pobre los frutos de la vanidad. Los políticos le ofrecen honores, intelijencia, prestijio, i él les abre agradecido su bolsa. Todos se empujan alrededor del oro, i como él los ve en torno de su persona, se sonrie satisfecho. De sprecia lo que ignora i ya es un sabio.—«Sin letras he llegado hasta aquí, exclama, ¿de qué sirven las letras?—¿I sabes tú lo que son las letras? ¿Tienes alma racional?—Sofismas, sofismas. Bien sé lo que digo. Los libros no sirven mas que para afeminar al hombre, lo llenan de vanidad, i quitándole la aptitud para trabajar, lo dejan hundirse en la miseria. Pintura, a lo ménos eso se vende. Música, para la diversion. ¡Libre Dios a mis hijos de tal peste! No serán literatos; pero sabrán ganar dinero.» I los necesitados aplauden. Primero hundirás un puñal en el bronce que la verdad en semejantes cabezas.

«¡Si pudieses decirme que en la juventud hai esperanzas! Nada, nada. Admiran con entusiasmo lo vulgar, i los eternos modelos de belleza les dan sueño. Míralos en las reuniones: ya, como moscas en miel, se enredan en galanterías empalagosas con mujeres que los encuentran de grande injenio i cortesía, ya, graves como un toro viejo, abren la boca para dejar caer necias opiniones. Fuera de ahí, solo se ocupan en el sastre i la muchacha. Frívolos, pre-

suntuosos, ignorantes Por consiguiente, discurren sobre todo. El necio es el mas raciocinador de los hombres. Como el caracol arrastra la concha, así él la que llama su razon natural. Al menor amago se recoje dentro, ciérrase i que la penetren.

«Añade a esto el egoismo, la indolencia de tus conciudadanos i comprenderás que si les nace algun jenio, será como los árboles que suelen verse en los patios de las fábricas, raquíticos, desnudos con un puñado de hojas en la copa, que se alargan inútilmente para sobresalir a las elevadas paredes que lo ahogan.»

Las palabras de Calíope me abrumaron. Enmudecí i lo mismo las Musas. Pero como el silencio iba ya causando embarazo, me volví, para distraerlo, a Clio i le supliqué con mucho ahinco que me dijese por qué no despegaba los labios. Condescendió i habló de esta manera:

—«Los historiadores no me dejan hablar: solo dejan hablar a los hechos. ¿No ves cómo me tienen? ¿Qué es la historia para estas ratas de los archivos, sino coser con gruesa aguja los montones de papeles que ves a mi alrededor? Mira como revuelven librerías i encorvan la frente cubierta de sudor sobre amarillos legajos. ¿Qué buscan? No los turbes: van a dar al mundo grandes lecciones de experien-

cia, averiguando el paradero de tres soldados merodeadores, a quién perteneció un viejo trasto que existe en el museo, o en qué terminó una cuestioncilla de etiqueta oficial que mascaron tres dias los ociosos. ¿Lo descubrieron? Hélos ahí mas ufanos que si acabasen de escribir un Tiberio de Tácito. I entre los párrafos de la carta inédita, i las citas del antiguo cronista. i el acta, i el decreto, dicen con injenuidad encantadora: «Dejemos hablar a los hechos: dirán las cosas mejor que nosotros. No queremos violentar el juicio del lector». ¿I de dónde tanta modestia? ¿De dónde sino de que los hechos no les dicen nada? Antes entenderán los graznidos del cuervo que la voz de los hechos. Tambien dice el mal pintor: Dejemos hablar a la naturaleza, i coje el pincel i resulta un cuadro que no será sino una fotografía. El cráneo de un buei mueve el alma mas que tales obras. Mas la instruye el inventario de una casa vieja.

«El pintor que educó su alma a la sombra del Parnaso, extrae de la naturaleza lo bello i esta belleza es la que produce en el lienzo, significándola por el mismo torrente, los mismos árboles i nubes. De igual modo el historiador en su esfera. No muestre los hechos como signos de sí mismos, sino de un órden de causas superior i vasto: el progreso de las

ideas, las inclinaciones de raza, las pasiones, el influjo de los jenios que aparecen como brillantes meteoros que ocasionan tempestades. Que a sus solas inquiera el historiador hasta los menores detalles de la verdad, para no deducir del error; pero que una vez la estatua en alto, la deje en el preciso pedestal, i haga desaparecer los cables, estacas i poleas.

«¿I porque dejan hablar a los hechos, piensas tú que no pretenden estos ganapanes de la historia desentrañarle la filosofía? Te engañas; es de lo que mas presumen i zurcen a intervalos raflexiones i sentencias. Ahí cosechan a manos llenas en el campo de la vulgaridad, tan estéril para los verdaderos injenios i tan fecundo para los espíritus apocados. ¡Con qué intenciones de filosofar, con qué arrugado ceño hablan de la civilizacion, del porvenir de los pueblos, de la constitucion de las repúblicas! ¡Cómo esparcen aquí i allá pensamientos breves i profundos, ni mas ni ménos que si se les cayesen de la mano! ¿Pue qué, si juzgan acerca de las medidas adoptadas por un gobierno? De estos escritores hai algunos tan zahoríes que, cuando tratan de una expedicion desastrosa, principian diciendo que, al formarla, no se tomó en cuenta esto ni aquello, por donde precisamente debia perecer, i al narrar el fracaso, exclaman: «Sucedió lo que habíamos previsto.»

Interrumpió a Clio la llegada de una ninfa en extremo apetecible i de mui pícaro mirar. Avisó ésta a las Musas que Apolo las esperaba a comer en la otra cima del Parnaso. No me valieron excusas i tuve que acompañarlas. Llegados al lugar del banquete, me presentaron a Apolo i a los convidados, que eran algunos de los mas famosos poetas de la antigüedad: Homero, Horacio, Virjilio, Esquilo, Sófocles. Erato (i a esta musa le estoi mui agradecido, porque me atendió como ninguna) le dijo al Crinado que ciertos asuntos me traian a verle. Quiso el dios que luego los expusiese; pero ya multitud de vaporosas viandas cubrian la mesa, el hambre apuraba i se dejó para despues de la comida, cuando hubiese mas espacio. Poco mas tarde llegó Orfeo.

Al principio era de ver el órden i compostura. Los poetas servian a las Musas con extremada solicitud i gracia. Los Ganimédes no se movian. Aquí conversaban de artes, allá de ciencias, acullá de las grandes obras del injenio humano, i yo todo oidos para recojer hasta la menor sílaba que saliese de tan sublimes bocas. Cuando sea ocasion mas oportuna, te referiré, Fabio, lo que oí.—¿Hai noticias de la tierra? preguntaron a Apolo.—Nada pude ver, respondió: se nubló desde mui temprano hasta ahora.

Como en la mitad del banquete, pidieron a Orfeo

lo que se supone. Sin mas cojió el instrumento. Todos callaron.

A las primeras notas me subió un frio erizador que, al llegar a los párpados, me exprimió lágrimas. Cerré los ojos. Soltáronse los nervios lentamente i quedé vagando en un pensar indefinido, como si fuese llevado en aquellos vapores tan tenues que flotan a lo léjos en las noches de luna. ¡Qué hechizo es el tuyo, oh música, que hace gozar dando tristeza! La poesía, que se cierne como el águila sobre cuanto abarca el ojo i la mente, la pintura i la escultura, que animan lo inerte, concentran el alma en creaciones ajenas; tú, oh lira del cielo, la envuelves en uno como crepúsculo i la dejas que cambie a su sentir las inciertas sombras, como ve el niño en las nubes de la tarde sus ansias i sus temores.

Sin pensar abrí los ojos i ¡horror! quedé helado. No supe dónde me hallaba. ¿Cómo describir el espectáculo? Leones, osos, serpientes, fieras inauditas, aves sin número. Las peñas se acercaban rodando, los árboles arrastraban las raices, i no se sentia el volar de una mosca. El agua dormida; el viento quedo. ¿Has visto algun cuadro de la creacion? Por él te podrás imajinar lo que nos rodeaba.

De repente quedó Orfeo atento sin moverse, co-

mo la tímida jóven soñadora que, paseándose a la luz de la luna en una avenida solitaria, siente que algo se rebulle entre las hojas secas.

—¿No oyen? nos preguntó.

Escuchamos i nada.

—Me pareció, dijo, i se disponia a continuar cuando se oyó mui a lo léjos el grito de las Bacantes: ¡Evoe! ¡Evoe!

—¡Ellas son! exclama Orfeo.

Arroja la lira, corre a esconderse bajo de la mesa i decia temblando i con la lengua enredada:

—Defendedme. Son ellas. ¡Eurídice! ¡Eurídice!

—Orfeo, le dijo Apolo con mal ceño, sal fuera. Bien sabes que no pueden llegar hasta aquí.

I todos le decian lo mismo; pero fué inútil.

Los animales comenzaron a moverse. Un leon dió un gran bostezo i sacudió la crin. Las ovejas miraban por dónde escapar. Los lobos advirtieron que habia ovejas. Las fieras que la naturaleza hizo enemigas, se miraban mutuamente. Un tigre no me quitaba los ojos. Pero ninguno se movia, que habria sido la señal, i si Apolo no le manda a Orfeo que salga a continuar el canto, so pena de privarlo para siempre de la voz, ni los muros troyanos habrian contemplado confusion mas espantosa. Obedeció Orfeo i una vez que terminó la música, Apo-

lo le dijo a Pan que hiciera sonar el caracol. Pan llegaba en ese momento a buscar unas ovejas que le atrajo la lira. Despues que las aseguró, llevóse el caracol a los labios i con el espantable sonido aterrorizó a los animales que no quedó ninguno.

Restablecida la calma, pues no dejó de haber alguna inquietud entre los convidados, continuó el banquete. Con el primer servicio desapareció el estiramiento. Llovian dichos agudos. Los Ganimédes no se daban punto de reposo. Las ninfas sirvientes andaban de un lado a otro, como criados de fonda. oyendo lo que se les pedia i sin servir a nadie, Echóse entónces de ver que habia pocas mujeres i se lo advirtieron a Apolo. Ya era tiempo. Aristófanes estaba frente a mí sin compañera i, cada vez que pasaba junto a él una ninfa, le tiraba el vestido a hurto de los demas.

Sonrióse el Crinado bondadosamente, recomendó la moderacion i envió a llamar a Safo, Mírtis, las tres Corinas, Aspasia, Frine, Lais, i algunas Galateas i Lálajes.

Fueron recibidas con salva de aplausos. Disputas para la reparticion. Voces roncas unas, ensordecedoras otras. Copas i botellas quebradas. El vino inunda la mesa. Apolo da puñetazos para dominar el tumulto; pero nadie le oye. Gritos de las muje-

res. Vestidos desgarrados.—¡Silencio!—¡Oigan!—¡Cada uno a su lugar!—¡Mas consideracion a las Musas!—¡Homero i Virjilio se retiran!—¡Que se vayan i al diablo, si quieren!—¡Qué nos importa!

A todo esto, yo aun todavía estaba ayuno, porque, por comedirme a servir a las Musas, nadie habia hecho cuenta de mí. En el alboroto, pues, aproveché la ocasion i, separándome a un lado, me regalé a mi sabor i vacié hasta seis grandes copas, que ahora me espanto cómo no rebosé de vino. Con esto i el ejemplo me nacieron brios no acostumbrados; pero no me estaba bien el olvidar quiénes los otros eran. Por dicha divisé que pasaba por entre unos árboles la ninfa del aviso. Me escurro disimuladamente i la alcanzo. Luego nos entendimos.

Tomárala por la mano
I llévomela a un verjel.

A pocos pasos habia una gruta deliciosa. Ibamos a entrar, cuando ¡oh dolor! me siento arrebatado por los aires. Era el águila, ¡maldito animal que no me soltó hasta dejarme donde me ves!

APÉNDICE.

Et exspectes eadem. «I con estas mismas vulgaridades te maltratará el poeta mas encumbrado como el último de todos.» Juvenal, Sat. I.

El sistema de Dédalo, con alas de cera. *Icaromenipo.* Da este nombre Luciano al filósofo Menipo, a quien hace viajar por los aires con una ala de buitre i otra de águila.

Las nueve hermanas. Calíope, musa de la poesía heróica. Clío, de la historia. Terpsícore, del baile. Polimnia, de la oratoria. Talía, de la comedia. Melpómene, de la trajedia. Erato, de la poesía amatoria. Uranía, de la astronomía. Euterpe, de la música.

Le donne e i cavalier. «Las damas i los caballeros, los trabajos i los dulces ócios movidos por la cortesía i el amor.» Dante, Purg. C. 14.

Los Ganimédes. Los coperos. Ganimédes, copero de Júpiter.

Las Bacantes. Sacerdotisas de Baco, a quien invocaban con los gritos de *Evoe, Evoe*, que quiere decir *bien para él.* Despedazaron a Orfeo porque no quiso acompañarlas en sus orjías

Pan. Divinidad campestre. Apacentaba ganados. Estrechado en una playa por sus enemigos, cojió un caracol i, soplando en él, lo hizo sonar tan horriblemente que los perseguidores huyeron a perderse. De ahí el *pánico* o terror sin causa.

Safo, Mírtis, las tres Corinas, célebres poetisas griegas. *Aspasia, Frine, Lais*, cortesanas famosas tambien griegas. *Galateas i Lálayes*, doncellas imajinarias de los poetas.

Tomárala por la mano. Son versos del Romancero.

EL JUICIO DE MINOS.

—

Emilio.

Al atravesar una senda, ví que por ella venia mui de prisa un tropel de jente. Esperé que llegaran i a los primeros pregunté para dónde iban. Al infierno, al infierno, me contestó precipitadamente uno, sin pararse ni volver la cara, como responde el que va atrasado a una cita i lo detienen importunos. Bueno es el lugar pensé, para apurarse tanto. Picóme la curiosidad i me uní a la turba. Al poco rato quisiera salirme; pero ántes se pararía el que rodó cerro abajo. No hubo mas sino hacer buen ánimo i dejarse.

Llegamos a la ribera de un ancho rio, tan árida i sola que apretaba el corazon. No me cupo duda de que era el Aqueronte, i mas cuando ví al viejo piloto que venia a buscarnos. Sin cuidarse de gritos i ayes, principió a embarcar las almas. Apénas puse el pié en el esquife por nada zozobra. Caron dió una gran voz: ¡Este se ha venido con el cuerpo! ¡Fuera! ¡Fuera! I corrió hácia mí lanzando de sus ojos de brasa sulfúreas llamaradas.

Me postré de rodillas a sus piés, contéle la aven-

tura, i le rogué que no me dejase abandonado; quizá en el infierno encontraria yo quien me llevase a la tierra. Caron se ablandó i me dijo:

—Mal hiciste en juntarte con éstos sin averiguar quiénes eran i sírvate de experiencia. ¿Traes el óbolo?

Le dí una joya que valia mucho mas. Caron se la guardó.

—Para otra vez te daré el sobrante. Mas, primero que te pase, has de jurarme por la Estijia, obtener el título de médico i ejercer la profesion.

Se lo juré con toda mi alma: así era de grande el aprieto.

—¿I cómo la ejercerás? preguntó Caron. Porque si te guias por el deber... Bien comprendes que de eso no tratamos, sino que has de imitar a los otros médicos, jente que me da a ganar mas óbolos que Marte mismo.

«El coche, continuó Caron, es de toda necesidad para tener muchos enfermos. Libros voluminosos, instrumentos de cirujía i esqueleto en la pieza. Modo desembarazado i un sí es no es indiferente, como dando a entender que, para tu profunda ciencia, las enfermedades son cosa de poco mas o ménos, magüer esté boqueando el paciente. Los anteojos ayudan mucho a discurrir con acierto.

«Si te llaman a ver un enfermo i no entiendes la enfermedad, circunstancia en que te hallarás mui amenudo, guárdate de confesarlo, sino que menea la cabeza: «¡Hum! Ya estoi. Sí. Es lo mismo.» Luego, volviéndote a los presentes, dirás que todos los dias se te presentan casos semejantes, porque parece que hai epidemia del mal, i que si poco mas se tardan en llamarte, la enfermedad habria tomado carácter peligroso. Propinas en letra endiablada, tanto de *aquæ fontis* o tal cosa, i dí, con ademan resuelto, que no eres médico de paños tibios, sino que tienes por sistema combatir de frente la enfermedad.

«Nunca te adelantes a descubrir la dolencia. Pregunta al enfermo qué siente. Responderá que le duele la cabeza, el pecho. Tócale entónces algun punto de la cabeza, del pecho, i díle si no es verdad que ahí siente un dolor que le incomoda. Contestará que sí i te tendrán por médico experimentado.

«Suele preguntar la enfermera si le podrian dar tal plato o aplicarle ciertos mistos de mucha virtud i probada. Despues de meditar breve rato, díle que sí en tales o cuales condiciones, que son las mismas que ella ha dicho.

«I en juntas, ¿qué harás?

—Despues de examinar al enfermo con aparato misterioso, le respondí, nos retiraremos a una pieza

a deliberar i moveré la conversacion sobre minas.

—¿Sobre minas? Ya, ya sé de dónde vienes, i soltó Caron una carcajada tan repugnante i grosera, que de solo recordarla me estremezco. Vamos, agregó. No se diga mas. Los dos ganaremos, i comenzó a remar.

Sin detenernos en la otra ribera, nos llevaron a la caverna de Mínos. A una señal del terrible juez, Mercurio separó en grupos a los reos de un mismo delito i echó un grupo adelante.

—¿Qué son estos? preguntó el juez.

—Periodistas, respondió Mercurio.

—Muchos nos están viniendo, dijo Mínos. Llegaos acá, bellacos. Pero que salga uno por todos para abreviar.

Miráronse los periodistas con caras tan espantadas como si les fuesen a quitar el empleo, i nadie queria salir. Por último, uno mas osado se acercó al juez, quien le dijo:

—Periodista me cuentan que eres, ¿i qué es ser periodista?

—Defender los intereses del pueblo contra los gobiernos tiránicos, enseñarle a aquél sus deberes, mostrar a la nacion la senda del progreso i estimularla a que la siga, esto es ser periodista, respondió

el que por tal se presentaba. El periodista es para los gobiernos la voz del pueblo i para el pueblo la voz de la razon. Amante de la libertad, desinteresado en sus propósitos, solo busca el adelanto de su patria. Por ella sacrifica el sueño i la tranquilidad, por ella arrostra la inconstancia de la plebe, el veneno de la ambicion i la ira del poderoso.

—¿No hai mas afeites? preguntó Mínos con mucha flema.

—¡Qué es eso de afeites! exclamó picado el periodista.

—¡Ménos arrogancia, don Capaneo, si no quieres que aquí mismo te mande descuartizar! gritó Mínos montado en cólera. ¿Crees que me engañas con el austero semblante del deber, como al vulgo que te mira a la dudosa luz de la ignorancia? Viéndote estoi el alma, mas repugnante que la cara de una vieja prostituta vista al sol. Vil instrumento de la ambicion, ¿cuál es tu voz del pueblo sino la del partido que te paga i con el cual esperas subir? ¿Qué es tu razon i tu justicia sino el interes de tu partido? ¿Qué tu libertad sino cortar unas cadenas para poner otras? Te desvelas, no por meditar en el progreso de la nacion, sino imajinando ardides con que engañarla. Como el comerciante malicioso que publica, oculta o cambia las noticias, segun el alza o

baja que traen, así tú con la relijion i sus doctrinas. ¡Por Júpiter! No sé cómo te sufro delante. ¡Quitádmelo de ahí.

No bien habia acabado, cuando brota de la tierra una lejion de diablos con tridentes hechos ascuas. Ensartaron a sendos periodistas i, con grande algazara, se los llevaron al fuego.

El grupo que siguió era de mujeres ya de años i doncellas, segun lo andaban diciendo, que siempre miraron con horror a los hombres. Adelantóse una i dijo con mucho desenfado:

—Supongo, Mínos, que no nos traerán para llevarnos al Averno, i suplícote que luego luego nos saquen de aquí, porque mucho nos está incomodando la fealdad de los demonios i el olor a azufre.

—¿I quién eres, señora mia? preguntó el juez.

—Una pobre mujer que pasé la vida alabando a Dios en el templo i pidiéndole su gracia. La caridad era mi ocupacion. No hablé sino para dar buenos consejos; no escudriñé vidas ajenas sino para correjirlas; no hablé del prójimo sino para mostrar los efectos de la maldad i del vicio i precaver a los incautos.

—¡Tate, tate! A mí con eso. No me llamo Mínos, ni seré el justiciero que dicen, si luego luego no vas a servir de leña, que así padecerán mas los

condenados. ¿Alabando a Dios, vida mia? ¡Bonita la manera! Mirabas a Dios como a un rei de este mundo: con no faltar a la corte, formar en su séquito, halagar a los ministros, mostrar, en público, celo por su servicio, creiste cumplir con los deberes que la relijion impone. I sin un grano de virtud en el alma. El mal carácter, las inclinaciones viciosas, el descuido del hogar, crecian en tí como en un campo abandonado. ¿Ocupada en la caridad? Delante de testigos que lo publicasen. Mil veces te pidió el pobre limosna; pero como nadie te veia: «Perdone, perdone, le dijiste: no hai por ahora; el dinero en las nubes; no sé cómo me sostengo.» Habia, empero, de sobra para tus regalos i los de tu santo director. Maldecir del prójimo, enredar intrigas, impedir envidiosa la felicidad de los amantes, esa sí que era tu ocupacion. ¿Buenos consejos, correjir vidas ajenas? ¡Dónde salió la envidia i la curiosidad con tan buen seso! I en lo de mostrar los resultados de la maldad i del vicio, no me repliques. De ese disfraz te sirves mas que de ninguno para que pierdan su honra aquellos que miras con malos ojos. ¡Con qué celestial dulzura predicabas la sumision, la paciencia i la humildad! No era de esperar que a las primeras palabras de una justa advertencia, te volvieses con lengua de víbora irritada. ¿Quién no prefi-

rió despertar a la media noche con el interminable gañido de cien perros, ántes que oir tus lamentaciones por los vicios del mundo? ¡Fuera de aquí, hipócritas, que cubris al demonio con un velo divino! I al punto las ensartaron.

Sin que nadie lo llamase, se presentó un hombre que con gran jentileza i desenvoltura habló en estos términos:

—Nunca creí en otra vida o, si va a decir verdad, nunca pensé en ella. Encontrábala mui conveniente para sujetar en el órden a las mujeres i muchachos; pero no era lo mismo tratándose de uno como yo. Estoi en el mundo, me dije, i es preciso vivir conforme a él, i grande obstáculo es para vivir de esta manera el pensar lo que ha de ser de nosotros despues de la muerte. Porque a poco de internarnos en ello, aparecen ciertas reglas de conducta derivadas de consecuencias ante las cuales no podemos cerrar los ojos. Si confieso, reflexioné, las dichas reglas i no las practico, inconsecuente o loco me llamarán i seré despreciado. Si las tomo por norma, me he de ver en mil compromisos: menester seria meditarlas mas i mas, llevarianme a buscar la relijion verdadera, a practicarla i defenderla; tendria que huir de la pompa i de los placeres del mundo, puesto que no me parecerian sino vanidad, todo lo cual seria

causa de mortificaciones, disgustos con los amigos, estudios áridos i qué se yo qué mas. No me podrás negar, buen Minos, que al que siempre está mirando la muerte i la otra vida, le acontece lo que a las personas no acostumbradas a ver cadáveres cuando han visto uno, que no hai cosa que bien les sepa miéntras conservan memoria de él, i como si sintiesen la fetidez en todas partes. Vivamos, pues, saqué en conclusion, como lo pide el mundo, i quédese allá la otra vida si la hai, i me puse en esta duda para aliviarme la conciencia. No de otra suerte el que se recoje tarde de la noche, suele caminar silbando i con fuertes pisadas para ahuyentar el temor.

«Quedaba una dificultad: es menester aparentar algunas ideas fijas o principios, sin los cuales uno corre tanto peligro de espantar a la jente, como si me presentase desnudo en una reunion donde todos rivalizaran a cuál lucia mejor traje. ¿Qué hacer? I reparé en unos hombres que decian que la razon era su reina, i de no decirlo ellos, nadie lo habria sospechado, porque no hacian sino su voluntad bien corrompida. Los imito i, con todo sosiego, me dejo llevar por la concupiscencia. Me vendí por liberal, indiferentista, incrédulo, segun las circunstancias i, si eran mui difíciles i podia llegarme socorro por

ese lado, creia con la boca. Ya echarás de ver que los mayores enemigos de la razon son los que la reconocen por inmediata señora, como lo son de la justicia los abogados, de la libertad los liberales, de la prosperidad de las repúblicas los políticos, de la verdad los filósofos, de la franqueza los que no dicen palabra sin poner ántes;—«Soi i siempre he sido el hombre mas sincero. Nadie lo ignora; hablo con el corazon en la mano. Soi mui franco.» I es que no hai en ellos sino concupiscencia, lucro, ambicion, vanidad, mentira i, para satisfacer sin peligro estos vicios i pasiones, no hai mejor modo que cubrirlos con una máscara bien abultada de la virtud opuesta.

«Esta máquina de reflexiones me tuvo al principio a mal traer; pero a fuerza de divertir el entendimiento, de acallar la conciencia, de disiparme en el torbellino del mundo, logré formar un denso velo entre ámbas vidas. I como las personas piadosas no transijian con este mi modo de ver, sino que siempre andaban tras de levantarme el velo, hube de hacerme su enemigo, mal de mi grado, porque me gusta vivir en paz con todos, cuanto mas que el dia ménos pensado podemos necesitarlos.

«Has oido mi confesion. Ahora no puedo cerrar los ojos. Pero te juro que si en vida llego a saber

que realmente existe infierno, mui otra fuera mi conducta, i tal que nunca nadie me aventajara. Todo ha sido por no pensarlo, causa que, sin duda, borra el pecado, i espero de tu justicia que me lleven a los Campos Elíseos.»

—Me place tu buen discurso, exclamó el juez en tono festivo. ¡Por Proserpina! ¿Para qué creó Dios al hombre sino para calentarse a una buena lumbre en invierno, refrescarse en verano i gozar como i cuando pudiere? Pues qué, ¿importa que haya otra vida, en pasando bien la presente? ¿Nada valen acaso breves horas de mortificacion comparadas con una eternidad de gloria? Que tenga absorto al hombre si tal mujer lo amará o no, el éxito de un negocio, si perderá la estimacion de los amigos, es justo, natural i mui en razon; pero que reflexione que, segun su vida, lo pueden esperar castigos eternos, o eterno gozo, ¿cabe mayor locura? Bien hiciste, amigo; pero apostaste a mala carta. Mercurio, que me lo lleven a donde mas que en ninguna parte se sienta que hai infierno.

I así se hizo.

—Alléguese acá el de los ojos humildes i movimientos tímidos. ¿Quién eres?

—¡Oh rectísimo juez! respondió el llamado. ¡Oh sucesor de Astrea en el mundo i ahora su émulo en

los reinos de Pluton! Mírame, ves un cordero. ¿Quién no creeria loco al que, mostrando su vestido hecho jirones i el cuerpo ensangrentado, dijese: Tal me ha puesto un cordero? Así tan locamente me acusan. Pero tú, ¡oh sol de justicia!.....

—No sigas, vil hipócrita, no sigas, le interrumpió Mínos, o, sin arrancarte la lengua, te la haré cortar en pedacitos como la hoja del helecho. Fiel imájen del mundo, al aspecto eres todo paz, desinteres, abnegacion; pero que te abran i, como en un atahud reciente, solo hallarán gusanos que se disputan carne corrompida. ¿Qué hombre no engaña? Pero no como tú, monedero falso de la relijion. Si el mayor bien que puede obrar el hombre es ganar almas para el cielo, infiere cuál será la perversidad de tu crímen que las aparta de su fuente i de su fin. De igual modo, el que recibió moneda falsa desconfia de todas las que llevan el mismo sello, aun cuando sean del oro mas puro. Falsificadores son a sus ojos los que las poseen, i fábrica de engaños el lugar donde las acuñan. ¡A la boca de Lucifer, araña velluda, reptil inmundo, espectáculo mas asqueroso que el que muestra la fosa comun del cementerio a la hora en que se desvanece la sombra del ciprés, cuando tropeles de ratones se ceban en los cadáveres mal enterrados, miéntras que otros vie-

nen escurriéndose a lo largo de las paredes i otros mas prudentes asoman el hocico, salen i corren a esconderse de nuevo!

—Vamos con aquél, dijo Mínos, i se referia a uno que estaba enteramente distraido de lo que pasaba.

Mercurio lo sacudió.

—Soi poeta, dijo con semblante reposado: atestíguanlo mis obras inmortales.

—No se trata de eso, repuso el juez. ¿Profesaste alguna relijion?

—He creido en Dios, respondió el poeta: ahí están mis obras justamente encarecidas por la fama, que, en cada una de sus pájinas, llevan grabado ese nombre sublime.

—¡I cómo retumba la tinaja vacia! exclamó Mínos. Creerás que soi alguno de los necios que te aplauden, o crédulo como una vieja. Pues sabe que veo la vanidad al traves de las mas espesas melenas i de las frases mas hinchadas.

«Las fuentes murmuradoras, continuó Mínos, los rayos de la luna que atraviesan el follaje, el aura embalsamada i fresca que da vigor i elasticidad a los miembros i, soplando en la frente, disipa los negros cuidados i trae al espíritu imájenes llenas de gracia i juventud, piden ninfas i sátiros lascivos.

El amor sonrosado pide una Vénus con el rapaz i sus flechas traidoras. El hogar doméstico, el techo paternal, los recuerdos de la infancia, piden lares i penates. Los remordimientos roedores i el mirar torcido del malvado, Furias vengadoras. La tarde en un horizonte sin límites; la tempestad que se avanza preñada de rayos i granizo en su carro sonoro; la bóveda estrellada de una noche serena; la roca que, con su inmensa mole, amenaza hundir el estrecho sendero que a sus piés ha abierto el hombre desde hace siglos, i precipitarlo todo en el torrente que muje allá abajo, eso pide un Dios. I ateos habrá que adoren a este Dios i creyentes que no le conozcan. No es éste el Dios que cantó el gran poeta de Florencia; no es éste el que llena el alma de sus fieles con esa paz i dulce alegría que prueban su bondad i misericordia infinitas, mas de lo que prueban su poder todas las maravillas juntas del universo. Ese tu Dios fué creacion de la fantasía. El placer fué el Dios de tu corazon.

El poeta encojió desdeñosamente los hombros, sacudió las crines i dijo:

—No eres capaz de comprenderme.

Dió Mínos la señal, i me espantó el destrozo que hicieron los demonios en cuerpo tan delicado.

—¿I éstos? preguntó Mínos por el nuevo grupo.

—Son los liberales, respondió Mercurio.

—¿Ellos son? Huélgome de mostrarles su casa, dijo el juez. Aquí no es menester interrogatorio: ya les sabemos el estribillo. I ordeno para desde aquí adelante, que no me los traigan mas al juzgado, sino que pasen derecho.

Siguieron personas de poca cuenta i quedé solo.

—¿I tú? me dijo el inexorable.

—Yo... yo... le respondí tan turbado que ni me ocurrió que no estaba bajo su jurisdiccion. Yo... algunas flaquezas... la juventud... las ocasiones...

—Te entiendo, me dijo Mínos disimulando una sonrisa.

Mercurio dió vuelta la cara i se hizo del que no habia oido.

—El mejor camino, prosiguió el padre de Pasifae, para bajar a bestia es imitarlas en lo que es mas propio de su sér. Pero tócalo, Mercurio, tócalo: me parece que se ha venido con el cuerpo.

—¡I en verdad que es así! dijo Mercurio: no habia reparado en ello.

—¿Qué maravilla es ésta? exclamó Minos.

Le referí mi desventura. Oyóme bondadosamente i, no sin que ántes me afease la imprudencia, dió órden a Mercurio que me llevase.

APÉNDICE.

Minos, rei de Creta. Por su justicia, lo colocó Júpiter a la entrada del Infierno para que juzgase a las almas. Iban éstas a los Campos Elíseos o al Averno, o Infierno propiamente dicho.

Aqueronte. Rio que debian atravesar las almas para llegar al Infierno.

Caron era el barquero que las pasaba. Por el transporte, le pagaban un óbolo, moneda griega de poco valor.

Capaneo. Uno de los siete jefes que sitiaron a Tébas, orgulloso despreciador de la divinidad.

LA FORTUNA.

—

Emilio.

Un dia se me apareció Mercurio. Díjome que Júpiter lo enviaba para llevarme a la Fortuna, i que escribiese lo que viera. Pasó de este modo:

Mercurio me llevó en volandas hasta una gran caverna por donde comenzamos a bajar. A obra de cuatro estados, ví que hácia nosotros venia un anciano de elevada estatura i rostro venerable.

—Aquel es Pluto, el dios de las riquezas, me dijo Mercurio.

Cuando nos acercamos a él lo suficiente, nos saludó con afabilidad i sencillez, e informado de nuestro viaje, volvió atrás i nos acompañó buen trecho conversando.

—¿Es cierto, Pluto, le dije, que en un tiempo favoreciste no mas que a los buenos?

—Eso fué en la edad de oro, me respondió.

—¿I por qué no dura?

—Porque el cielo se estaba llenando de jente buena, pero no virtuosa, como que la virtud no era probada. No habiendo interes en ser malo, nadie lo

fué. Resolvió Júpiter probar a los hombres i creó a la Fortuna, i yo que hasta entónces habia sido árbitro dispensador de las riquezas, a cada uno conforme las merecia, quedé como instrumento de la nueva diosa.

—Mira, Pluto, en la edad de oro, ¿cómo se entendian con las mujeres? ¿Cómo eran los amores? Si un jóven al ir a beber en un rio de miel o de leche, se encontraba con una muchacha que anduviese en lo mismo, ¿se trataban con las consideraciones de dos hermanos que han pasado mucho tiempo sin verse? Se me figura, Pluto, que no seria así, sino que él la miraria con sonrisa maliciosa, bajaria ella los ojos ruborizada, i por ahí se irian escurriendo hasta apagar la vela. ¿Todos los maridos podian calarse el sombrero hasta los ojos? No creo que Juvenal sabría mas que yo cuando dijo

Viderunt primos argentea sæcula moechos.

«¿Habia mozas de aquellas? I si las habia, díme qué les daban, puesto que no existia el dinero. Cuéntame de eso, Pluto, cuéntame.

—¡Qué niño! ¡Qué niño! exclamó el viejo disparando en una larga risa que medio me corrió.

Poco mas anduvo con nosotros i nos dijo el adios,

porque tenia que ir a brocear unas minas de no sé dónde.

—Encuentro en tí una rara cualidad, me habló mi guia: eres injenuo.

—¡Oh, Mercurio! le dije, si algo aborrezco en el mundo es la hipocresía. Mas, ¡ai! la sinceridad, cómo la paloma del arca en el mar sin límites, ve por todas partes su imájen, i solo descubre el olivo cuando puede mover apénas sus alas fatigadas. Nadie es hombre que no sepa enmascararse i lo saben ántes del bozo.

—Así es, me dijo Mercurio, los mortales no pretenden mas que parecer como les conviene. Que engañen, que trabajen en componer el exterior i descuiden el alma. Razon tienen, porque como Dios no mas ve el interior, i con Dios no tratan negocios, ni lo encuentran en las sociedades... Pero ahí será el diablo cuando mueran i se presenten a Mínos con sus globos de jabon.

—I entre los hipócritas, dije yo, odio particularmente a los que disfrazan la ignorancia, la pesadez i confusion de su espíritu con la gravedad. Sin duda que los que usan la virtud como una capa son los mas perversos; pero aquellos son los mas insufribles. Muévense como el sumo sacerdote de una trajedia; sus palabras caen como en el yunque el

martillo del herrero; finjen que nada los inmuta; no hai autoridad que los incline; su razon, como una poderosa máquina, no se mueve al parecer sino cuando tienen entera seguridad del buen éxito. Todo lo pesan, i lo dividen i como que lo examinan. I ménos los puedo sufrir porque tengo la imajinacion algo viva i subo a saltos la escalera del discurso, i cuando digo: estoi arriba, preguntan: ¿Pisaste aquel tramo?—Nó.—¿Pues cómo puedes decir que estás arriba? No te precipites i escucha.

En esto llegamos a una espaciosa gruta.

—Aquí es, me dijo Mercurio.

Entramos. No describo el interior, porque me aconteció lo que al que se ve delante de algun hombre famoso al cual ánsia conocer, que en él fija la vista i no sabe del lugar. Digo, pues, que ahí estaba una mujer semejante a Minerva; pero es indecible la penetracion de su mirada, la serenidad de su frente i la fuerza tan majestuosa que reposaba en sus miembros. De toda ella dimanaba una claridad, que era respecto de la vista lo que respecto del olfato el aroma del nardo no mui próximo. Rodeábanla unos bultos negruzcos, informes, que de verlos me llené de angustia. Eso debió de sentir el romano cuando no halló las entrañas al animal del sacrificio. Pero es cierto que figuraban algo aunque de

mui vaga manera, porque, a mucho aguzar la vista, me pareció un bulto como un par de cuernos, otro una llave falsa, otro un puñal, otro un cráneo, otro una escala de cuerda.

—Esa es la Fortuna i aquellos los Cuidados, me dijo Mercurio.

—Lo creo, sin duda alguna, le repliqué; pero ¿i la rueda i la venda?

—¿No comprendes, me respondió, que son invenciones de los mortales? Aquí no se dice: al que le toque, sino al que le conviene.

I me llevó a los piés de la Fortuna.

Miróme ésta con modo apacible i benévolo i me dijo:

—¿Quiéres oir los deseos de tus hermanos?

I con el cetro empujó un lado de la caverna.

Al punto se abrió una ancha boca i dejóse oir por ella, un ruido confuso i lejano que vino a resolverse en palabras claras pero sin eco.

Decian así:—Oro, oro, oro.—Un novio rico.—Hermosura, hermosura. Sea yo Elena i ardan mil Troyas.—¡Oh, Fortuna! ¿Nunca se morirá mi tia i siempre he de vivir con sus riquezas en los labios? —¿Para qué sirve el oro sin la consideracion i respeto de los los hombres? Honores, Fortuna, honores.—¡Destino cruel! ¡Maldita estrella la mia! ¿He

de morir en la miseria, yo que trabajo sin descanso, miéntras aquel holgazan nada en la abundancia?—La inmortalidad, i muérame de hambre.—Aquel necio gobernando la república i yo empleado en una oficina! ¿I habrá quien diga que no es ciega la Fortuna?—Honrado i pobre, vicioso i rico. Paciencia: algun dia jirará la rueda.—¿Qué mas que yo merece aquel simplon que logró casarse con mujer rica? —Venga el oro i sufriré las desgracias que dicen que trae.

Cerró la pared, i volviéndose a mí la Fortuna, con semblante airado, me dijo:

—¿Oiste? ¿Ves a estos Ixiones enamorados de las nubes de la tarde i enjendrando en ellas los disformes monstruos del vicio? ¡I cuán insensatos! Por evitar la desgracia o no sufrirla, i correr tras los que llaman bienes i gozar de ellos sin que nada los inquiete ni los trabe, han imajinado cegar a la divinidad ántes que confesar vendada su razon. Para consolar desdichas ajenas, llénanse la boca con «la Providencia», i «Dios lo quiere», «Hemos de sufrir en en esta vida», «Aprovecha para tu alma», i, si las heridas son propias, yo sola no basto a las blasfemias, i finjen un destino fatal i aun influencias en los astros.

«Dios, mortal, no esparce los casos en el camino

de la vida para jugar con el hombre, sino que dispone los prósperos como provocante hermosura que arrastra el alma a lo vedado. I no es el único enemigo esta hermosura, que en el interior humano las pasiones le auxilian i corresponden. Aquella atrae; éstas empujan. La adversidad es el dragon de las consejas, centinela de tesoros, que siempre huyó ante un ánimo valiente. Para vencer en esta lucha fuiste creado, para obtener el cielo venciendo. I no hai otra arma que la fe, pues, ¿a qué hablar de ese soldado jactancioso, la razon, que, cuando duermen las pasiones, señorea i hace restallar al aire la voluntad como un látigo i, apénas le dirijen una mirada soñolienta, se turba toda i, a las primeras palabras, rinde la voluntad sin pedir mas que le den el nombre de señora?

Si los bienes del mundo no fueran creados para dicha del hombre, ¡por el Dios que está en el cielo! no gozará, aun cuando los tuviese todos en la mano. No pidas sino la fe. Al menor llamado acudirá con sus dos hermanas a anidarse en tu corazon. Así la mujer sumisa, que permanece retirada sin alejarse mucho, durante el mal humor de su marido, i está acechando una palabra cariñosa para correr a cobijarse bajo su barba. No practiques sino el bien. No te amedrentará la miseria, ni te hechizará el falso

brillo. Serás libre. Marcharás sobre las aguas sin que te hagan vacilar las hinchadas ondas, ni levante la tempestad un cabello de tu frente.»

APÉNDICE.

La Fortuna. Todo lo que acerca de ella se dice en el artículo, no es mitolójico sino ficcion del autor.

Eso debió de sentir el romano. No hallar las entrañas era agüero de terribles desgracias.

Ixion. Tomó a una nube por Juno i enjendró en ella a los Centauros.

EL VIAJE FANTÁSTICO.

Emilio.

Sin saber de qué manera, me ví en un bosque. Como el que se encuentra en otro lugar, volviendo de un desmayo, que mira con asombro i duda su cuerpo i lo que le rodea, i luego, cerrados los ojos i puestas las manos en la frente, trabaja en recordar, así estaba cuando oí unos gritos lastimeros. Escuché el tiempo que pude sujetar la respiracion, cojí un palo i volé al socorro. Ciertos desalmados maltrataban a una mujer. Embisto. Me arrojaron un mar de papeles que casi me ahogó; pero pronto volvieron las espaldas al garrote i quedé solo con la desventurada.

Preguntéle quién era.

—Soi la Justicia, me respondió.

—¡La Justicia! exclamé, i sentí que fuese ella. Habria preferido una serrana

Fermosa, lozana
E bien colorada,

con quien enredar amores, para lo cual se prestaba

a maravilla la frescura i soledad del sitio, mi jenerosa conducta i el debido agradecimiento. No se habria reido de mí la muchacha.

¿De qué os reis, vida mia?
—Ríome del caballero
I de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
I catarle cortesía!

—¡La Justicia! repetí. ¿I esos? Ladrones, sin duda.

—Abogados son, respondió la Justicia.

—¡Cómo! exclamé, ¿tus defensores?

—¡Mis defensores! De ayer pareces. De las partes son defensores i no mios. Oye, inexperto. El salteador de caminos, el que se alza con el depósito, el que odia a los buenos, catones parecen en comparacion de los abogados, porque me ultrajan a cara descubierta i no en mi honra, miéntras que éstos me reverencian en público como a su dios i, una vez en la obra, viénenseme encima a falsearme la balanza, que es cometer la injusticia i cohonestarla.

—¡Miserables sin conciencia! exclamé.

—Tiénenla mas ancha que nadie porque todo les cabe dentro, dijo la Justicia. Un abogado no obra

jamas contra su conciencia. ¿I sabes cómo? Si el pleito es de justicia natural únicamente, dicen que está ella sobre cuantos códigos se han escrito i que ántes se dejarán matar que razguñarla. ¿Declaran los códigos en voz mui baja que sí i grita la equidad que nó? El abogado no tiene que ver con leyes naturales; las positivas son su estudio i a ellas no mas se reduce la justicia de la profesion. ¿I a dónde iríamos a parar con las otras vaguedades? ¿Ciérrales la puerta toda justicia? Sálense por los resquicios de que si es justo o no el pleito, es materia que resolverá el juez: para eso litigan. Descúbrese entónces mui oportunamente un artículo de cierta lei, que parece referirse con especialidad a este caso, i empieza el fuego. Los procuradores, secretarios, receptores i toda la inmunda caterva de los tribunales, afila las garras, i aquí es donde comienza el cliente: «¡Cómo diantres! ¿Tambien se paga por esto?»

«Mira, continuó la Justicia, si Dios consintiese en librar al mundo del cólera morbo, de los médicos o de cualquiera otra peste, por diez abogados que hubiesen sido justos toda la vida, quien sabe... quien sabe... I digo toda la vida, porque los hai que enriquecidos no me faltan, ni mas ni ménos que los viejos que, como ya la carne no los aguija,

vuélvense castos i gritan: ¡Corrupcion! ¡Escándalo! i, limpiándose la capa despues de un estornudo, sermonean sobre que la juventud de su tiempo era un jardin de azucenas.

«Vóime a buscar consuelo en mi hermana la Libertad. Ella mejor que nadie comprende mi desventura, porque tambien tiene sus abogados que son los liberales.»

Dicho esto desapareció.

Acabé de atravesar el bosque i llegué a una ciudad, donde determiné subir a las nubes.

Compré dos grandes vejigas i me eché a buscar un orador aclamado por el pueblo i un poeta. No me costó dar con ellos, porque abundaban en la ciudad. Rogué al orador que en una vejiga vaciase un breve i enérjico discurso sobre la libertad, la instruccion del pueblo, la civilizacion moderna o la cosa pública en jeneral. Accedió, gracias a una módica suma, i, a medida que hablaba, hinchábase la vejiga i tiraba a elevarse, como globo que llenan de humo. Pronto hubieron de ayudar a sujetarla unos hombres que previne al efecto. Cuando llegó a la mayor tension, mandé que le cerraran la boca i la atasen a un poste.

Al poeta le pedí que inflase la otra vejiga, con algunas de esas odas pindáricas, en cuya composi-

cion era extremado. Sonrióse con grandísima dignidad i nobleza, sacudió las crines i se recojió breve rato dentro de sí mismo. Hecho esto, arrebató la vejiga con ademanes de pitonisa, i no habian entrado seis versos cuando no fué menester mas. En punto ya mis alas, ordeno que me las aten al cuerpo i me apercibo de un paracaidas. Soltáronme i en ménos de un cuarto de hora llegé a las nubes. Aquí las vejigas perdieron su virtud.

Buen trecho caminé sin ver a nadie. Por fortuna llegué a Nefelecocigia cuando pensaba morirme de hambre i de cansancio. Tambien es cierto que fué olvido de loco emprender tal viaje sin provisiones. Entré a un parador i, cuando me sentí reposado i bien comido, me salí diestramente sin pagar i continué mi viaje.

Despues de mucho andar (i no sin peligros, porque frecuentemente tropezaba en las cimas de los montes pue se pierden en las nubes, i, en una hondonada, me clavó el pié la aguja de una catedral gótica), ví en una eminencia un edificio tan grande que parecia ciudad. Al momento me dió en los ojos su arquitectura inarmónica, recargada de adornos del mas desaforado mal gusto. En el costado que me daba frente, relumbraba una inscripcion en letras de oropel, que decia:

Lasciate ogni speranza, voi che entrate.

¿Colonia del infierno será ésta? pensé. No es posible. I no osaba entrar por lo que decia el letrero. Pero la curiosidad me arrastró a pesar mio, como lo suelen hacer los malos deseos en que estamos consintiendo, miéntras que con la boca i los ojos bien apretados, i moviendo con enerjía la cabeza, decimos: «Nó, nó. Es preciso combatir para salvar nuestra alma. No quiero igualarme a los brutos. Aprendamos a dominarnos. *Sub te erit appetitus tuus.* Dios no envia tentaciones mayores que nuestras fuerzas, dice San Pablo. Mira: placeres fugaces i despues el remordimiento i la vergüenza. ¡Léjos de aquí!» Hasta que, cansados de reflexionar i apretando el deseo, exclamamos: ¡eh, diantres! i nos damos rienda, i de paso discurrimos que lo malo estuvo en admitir el pensamiento, el cual enjendró el deseo i éste la obra, i la obra sabe Dios si enjendrará, i que lo mejor es cerrar las puertas al pensamiento, que será lo que haremos en adelante.

Entré receloso como el que teme una celada. De repente me cerró el paso un hombre que parecia de la edad de hierro por el aspecto selvático i feroz, i me dijo:

—Bien venido seas. ¿Qué jénero cultivas?

—¿Qué jénero? respondí; no lo entiendo.

—Qué jénero poético es lo que te pregunto: el épico, el dramático, el lírico, porque aquí nunca se ponen juntos a dos del mismo jénero: seria un eterno pelear por la primacía.

—¿Dónde estoi? dije espantado.

—¿Dónde has de estar, me contestó, sino en el templo de los que el mundo envidioso llama malos poetas?

En tres saltos me puse fuera i determiné bajar lo mas pronto, no fuese caso que me sorprendiera una partida ambulante de malos poetas. Desplegué el paracaidas i, soltando el aire de las vejigas, eché en ellas algunos granos de buen juicio de que siempre tengo provision. Las nubes no pudieron sostenerme i las atravesé.

Bajaba por los aires cuando diviso algunas fantasmas que hacian no sé qué cosas con increible rapidez. Cuando estuve mas cerca, conocí que eran castillos; pero construidos de materiales tan extraordinarios e inauditos, que de no haberme despabilado tres i cuatro veces los ojos, me creo con la pesadilla. Estos deben de ser los castillos en el aire, dije.

El mas próximo era fabricado de sillares de toda suerte de felicidades; la argamasa era de amor.

A la vista parecia un mosaico. Formaban los cimientos media docena de cartas i miles de juramentos de fidelidad, a mas de un pañuelo, un ramillete i algunas zarandajas. El fabricante sin cesar daba vueltas alrededor del castillo, i lo miraba de cerca i de léjos, ponia una cosa i quitaba otra, arreglaba i desarreglaba con tal facilidad i presteza, que aquí sí que venia bien lo de querer es poder. El pórtico le atraia las miradas mas que parte alguna, i a fe que tenia razon. Componíalo una sola pieza de deliquios de la noche del desposorio, i tales eran su pulidez i lucimiento que todo lo habria dado por que fuese mio. Con terribles ansias contemplaba el fabricante su pórtico, cuando asomaron por entre la argamasa unos como cuernecillos. Advirtiólos i se puso a considerarlos tristemente, i dijo: ¿Los habrá? Has por merecerlos i los habrá, le grité, que en esto Dios castiga i a palos.

Como no podia parar i solo habia atendido al castillo de felicidades, no alcancé a examinar los otros sino a darles una rápida ojeada. Aquí, sobre una candidatura de diputado al congreso, se alzaba un castillo de riendas de gobierno primorosamente entretejidas. Allá, otro sobre dos negocitos comerciales i tenia un aspecto como de grandes bodegas. Este era el mas caprichoso, porque se llevaban las

paredes en un continuo alargarse i encojerse, como listas de goma elástica, lo cual provenia de que las paredes eran hechas de bonos, acciones i letras de cambio. I es lo bueno que, a cada movimiento del edificio, daba la fantasma un salto de gozo i se echaba gruesas sumas de dinero al bolsillo. Acullá reposaba un majestuoso templo en algunos pliegos de papel impreso. Remataba la cúpula una Fama de cuatro rostros con sendas trompetas que pregonaban un nombre. El resto del edificio era todo lenguas que, a cada sonar de las trompetas, gritaban con estrepitosa vocería: «¡Salve, oh injenio sin segundo, asombro del universo, delicia del jénero humano! ¿Cuándo se vió intelijencia mas poderosa? ¿Cuándo mas excelso númen? ¿Qué mujer no se rendirá a tus voluptuosos caprichos?» La fantasma escuchaba con semblante afable i risueño, como dando a entender que, si bien merecia algo mas, aceptaba con gusto esas sinceras manifestaciones, ya que no cabia en los límites de la humana naturaleza hacerlas correspondientes al mérito.

Ocurrióme entónces soplar sobre la aérea poblacion algunos polvos de buen juicio, hecho lo cual, desapareció aquella fábrica, ménos unos castillos en que no habia reparado a causa de la distancia. Eran los mas grandes i soberbios de todos, i tenian por

cimiento nada mas que humo. Volví a soplar sobre ellos; ni vacilaron.

Era ya de noche cuando descendí a una vasta llanura. Las estrellas brillaban silenciosas; en la tierra todo era sombras. Como el enamorado que, al pasar debajo los balcones de su dueña, mira con avidez hacia arriba i no cuida de sus pasos, tal iba yo. I mi alma, gozándose en esa vaga claridad que vela el sueño de la naturaleza, se sosegó dulcemente i como que se concertaba con la celestial harmonía. Luego fuése dilatando poco a poco en el espacio sin límites i, al sentirse superior a tanta majestad i grandeza, me decia: «¿Podré morir?» ¡Cuán mezquino i miserable ví a este pobre cuerpo, mas arraigado al suelo que el peñasco cuya cresta únicamente aparece en la superficie! I yo pensaba: ¿qué será cuando contemple la Belleza eterna, absoluta, si así me absorbe esta belleza mudable i perecedera? Me acordé de mi poeta:

Chiamavi il cielo e intorno vi si gira,
Mostrandovi lē sue bellezze eterne,
E l' occhio vostro pure a terra mira.

En esto tropiezo i caigo. Mi alma se recojió súbitamente. Luego al punto me levanté; pero lastimáronme unos guijarros de tal suerte, que a ménos

de seis pasos dí conmigo en tierra. Aquí fué el maldecir mi desatinado viaje, aquí el mesarme cabellos i barbas, aquí el preguntar para qué habian sido creados esos desiertos que jamas sonreian al sol. Quise verme las heridas que, al tiento, me parecian anchas i profundas; pero no me lo permitió la escasa luz de las estrellas. ¿I para qué sirven las estrellas? exclamé irritado. Todas las cambiara por un cabo de vela. Grité; pero solo respondió a mi voz un eco soñoliento.

Me consideré perdido. Nada me pareció mas apetecible que una populosa ciudad bien iluminada, con tres médicos i cirujanos en cada cuadra i abundantes boticas. ¿Qué música mas dulce que los gritos de los vendedores i el sonoro rumor de los carruajes? ¿Qué cielo mas hermoso que el blanco techo de mi pieza? ¡Oh tranquilas horas aquellas en que, tendido en mi sofá, dejaba que la imajinacion juguetease en torno de mi ánjel, i lleno de timidez i estremeciéndome de amor, osaba descubrir su seno virjinal! I, acordándome de los sentimientos que habia levantado en mi alma el espectáculo del cielo, los encontré necios, ridículos, dignos de la primera inspiracion de un mal poeta.

Por el relente i la mucha sangre que perdia, me desmayé. Cuando volví estaba sano en mi lecho.

APÉNDICE.

Fermosa, lozana.—Versos de las Cánticas de serrana del Arcipreste de Hita.

¿De qué os reis, vida mia?—Versos del Romancero.

Nefelecocigia.—Ciudad en los aires, imajina la por Aristófanes en las Aves.

Chiamavi il cielo.—«El cielo os llama i rueda en torno vuestro mostrándoos su belleza eterna i, sin embargo, mirais al suelo.» Dante, Purg. C. 14.

LA LINTERNA DE MOMO.

Emilio.

Desde que fuimos a la Fortuna, Mercurio i yo quedamos en estrecha amistad. Con frecuencia me iba a ver al campo donde trabajo; a la ciudad poco le gustaba venir. No era como Virjilio, Mentor i los otros guías todo gravedad i razon, sino mui buen compañero. Cuando estábamos alegres era como ver unos niños, cuando tristes nos dábamos al diantre, cuando serios dialogábamos platónicamente que era maravilla, si de diferentes ánimos el mas lijero divertia al otro.

Un dia tuve un desengaño. Fué de la rectitud de un hombre a quien miraba como la justicia misma. No me irritó el golpe por lo inesperado. La miseria humana me saltó a los ojos, amargóseme el alma, todo lo ví negro i me extremé en la melancolía. En la noche me senté al hogar i ahí abandoné el cuerpo en el sillon, colgada la cabeza, fija la mirada en la lumbre i caido en las manos el atizador. En esto entró Mercurio. Me vió así i, sin hablarme, se tumbó a la larga en un sofá.

—¡Oh, Mercurio! le dije. ¡Cómo arrancan los años a jirones la venda de la niñez! Entónces la condescendencia era signo cierto de bondad i la severidad lo era de un corazon empedernido. Las miradas no penetraban la pulida i brillante corteza de la ambicion, de la sensualidad i de la codicia, puntas del tridente infernal. La sensualidad, como que tiene la raiz en nuestro cuerpo, es la primera que aparece; pero, cuando comienza a rebullirse, el niño se desprecia a sí mismo i cree ser el único con el torpe movimiento i los vagos deseos. Así no dura mucho. Nace al mismo tiempo aquella maldita curiosidad que nos empuja tras del amigo corruptor, que aguza el injenio en las malas lecturas i afina el oido en las conversaciones indiscretas, que concentra el alma en los ojos delante de cualquier espectáculo deshonesto.

«Para conservar la hermosura, las riquezas, la buena fama, todo lo que da consideracion en el mundo, no hubo Argos como el hombre. Cualquier menoscabo es espina en la planta del pié. Para repararlo no se cuentan los peligros ni la muerte. I por la inocencia, ¿qué hace? Lo que hace es buscar ansioso el inmundo gusano que la seque, i es vergüenza si tan presto no lo halla. ¿Quién podrá decir: maldita Eva? A lo ménos ella quiso perder la

inocencia por ser igual a Dios; pero el hombre la pierde para hacerse mas bestia.

«El adolescente se considera hombre, no tanto porque le apunta la barba como porque le apuntan los vicios. Piensa que, en sabiendo lo que es el vicio, lo conocerá donde quiera. Sirvió en una intriga, enamoró a una muchacha, entró en dos negocios comerciales, asiste a reuniones, cometió el pecado, ¿qué mas? Dice que ya no lo engañan, que sabe lo que son los hombres, i apoyado en tal presuncion se da a la vela. ¡Cuántos escollos i corrientes no marcados en su mapa! Los primeros desengaños lo cojen como en una celada: se turba, se desorienta i ve con espanto que el vicio tiene mas de una máscara. Entónces toca con sus manos que no era exajeracion lo que habia oido de la perfidia i malicia del hombre, de la corrupcion de las costumbres, del mundo que se lo presentaban como un fantasma aterrador, cuando él lo veia tan amable que preguntaba con sonrisa: ¿Este es aquel mundo tan terrible, aquella hidra de venenosas miradas?

«Poco a poco la presuncion cede el lugar a la esperiencia, la gran conquista en el comercio humano, i de ella nace la serenidad, que proteje a el alma como una triple muralla de bronce i la deja en el libre ejercicio de sus facultades.

—Cierto, cierto, me dijo Mercurio bostezando i estirándose de largo a largo en el sofá.

De pronto se encojió como el que se va a levantar de una silla i de un salto se puso a mi lado.

—Pasemos a otra cosa, me dijo, que te hará reir.

—No estoi para nada, le respondí sin moverme.

—Bien está, me replicó. ¿I mi caja? Héla aquí.

—¿Qué caja? ¿Trajiste alguna caja? le pregunté alzándome con toda la viveza de la curiosidad.

—Esta, me respondió. Es una linterna fabricada por Momo para divertir a los dioses.

—A la obra, Mercurio, no perdamos tiempo.

—Ya lo decia yo, me dijo con la sonrisa condescendiente del buen amigo.

Inmediatamente dispusimos la tela. Mercurio con la linterna se colocó a un lado, i yo frontero en el otro a cierta distancia. Apareció el círculo luminoso.

—¡Atencion! me gritó Mercurio.

Avanzó un bulto que, al principio, no comprendí; pero caí luego en lo que era. ¡Oh maravilla! Las figuras se movian, andaban, cambiaban la expresion del rostro, ni mas ni ménos que si fuesen vivas, i tanto que mas de una vez me levanté a tocar aquello i daba con la tela. Nunca ví ni me pude imajinar nada mas admirable i perfecto. El bulto

era la bestia del amor con una gualdrapa en que se veia bordado un cielo nocturno. Montábala un Amor coronado de rosas, i llevaba en la una mano el don de Céres i en la otra una copa de vino. Multitud de Amorcillos circulaban a la bestia danzando i le arrojaban flores. El camino que recorria estaba sembrado de cándidos lirios i azucenas; pero donde pisaba se secaban al punto i, en su lugar, nacia tras ella un manto de verdura i de flores de color ardiente, como estela que presto se abre en anchísima extension. Por ahí se precipitaba tan copiosa i revuelta muchedumbre, como no la vió Jérjes en el Helesponto; mas, pisar i sumirse en el fango cubierto por lo verde i las flores, era todo uno. No hallo cómo expresar la repugnancia que me dieron esos hombres, llenos de un negro lodo cuya fetidez me parecia sentir, pálidos, ojerosos, de mirada i movimientos febriles. No los pude abarcar mucho rato, ántes mis ojos atraidos acá i allá se fatigaron, i por nada me desvanezco. Tal le acontece al que mira el disco de Newton cuando jira con mediana velocidad, de suerte que no se confundan los colores en el blanco; o esas telas de dibujo menudo, apretado i de vario color, que no ofrecen conjunto donde reposar la vista. La fijé, pues, en tales partes.

—Mercurio, le grité, ¿quiénes son aquellos que van como guiando, tan enfangados que parecen las inmundicias que van delante del agua cuando la sueltan en las cloacas?

—Son los reyes, me respondió desde su lugar, que se arrojaron a la sensualidad como a un rio el que acaba de atravesar un desierto. Ahí van Césares, Enriques, Sardanapalos, Mesalinas, Cárlos, Semíramis, Cleopatras, Luises i mil otros. Cuanto a las costumbres, son las monarquías llanuras pobladas de monos que miran a un hombre colocado en una altura.

¿I aquéllos que en medio de la corriente sobresalen como jinetes en una reunion de pueblo?

—Son los grandes escándalos: Fedra, Mirra, i casi todos los héroes i heroinas de dramas i novelas.

Ví a una niña que, algo separada, parecia mirar aquel movimiento sin explicárselo. Acércase a ella un jóven que le andaba a las vueltas. Le habla i la niña se sonrie con recato: sin duda que la alababa por hermosa. No seria mui puesto en razon lo que despues debió de pedirle el jóven, porque ella negó con la cabeza; pero él le dió entónces unos objetos mui brillantes que la niña recibió como que los apreciaba en nada i por mera condescendencia. Sin embargo, le noté mas amorosa blandura en el mirar.

Insistió el mozo, talvez en lo mismo de ántes. Los ademanes de la muchacha revelaron en la respuesta algo como: «No puedo dártelo; pero te lo diera. Quítamelo.» I así lo entendió de seguro el mancebo, porque siguió en las súplicas, la tomó de un brazo, i ella entre sí i nó lo acompañó de mui buena voluntad, i se fueron tras la bestia. Ya iban como corriendo. A poco el jóven la deja. Viene otro i la toma sin preámbulos. De este modo fué alejándose mas i mas la desdichada hasta que desapareció en la turba.

Miraba a un grupo i no creia. ¡Eran personas tan sérias, de tan respetables barbas, de exterior tan ordenado! ¡Mostraban tanto celo amonestando a los otros! Pero los mui hipócritas no me engañaron, que bien los ví que se adelantaban a muchos, como tal vez un hombre alto i de fuerzas atraviesa una compacta multitud.

Diéronme mucha risa unos infelices de quienes todos se burlaban, i andaban pisoteados, escabullendo el cuerpo como perros entre patas de caballos. Tenian en la frente aquellas prominencias de los sátiros. I era lo bueno que muchos se formaban tal condicion, porque uno ví a quien, junto con recibir tres talegos, se le hinchó la frente. Lo mismo le aconteció a otro que andaba mas distraido de lo

que debiera, i una mujer que tenia al lado parecia decirle que atendiese; pero como él no hacia caso, sucedió lo que digo.

De repente pasó todo aquello i quedó el círculo de luz blanca, como cuando sacan el vidrio de la linterna. Apareció, en seguida, un monstruo tan extravagante, que ni en un delirio me lo habria imajinado. Tenia cabeza de asno, i no la llevaba humilde como el animal, sino tan altiva que parecia tocar las estrellas con la punta de las orejas. Era el cuerpo de pavo real hinchado, grande en proporcion a la cabeza; la cola en rueda, i casi abria surcos con las alas. Las garras eran como de ave de rapiña; pero mucho mas corvas i poderosas. Del cuello le colgaba una cornucopia que vertia oro perenne.

El que, por ocasion de bautizo, matrimonio u otra solemnidad, ha visto cómo el pueblo se empuja i atropella por arrebatarse el dinero, créame que no ha visto nada, en comparacion del tumulto que cercaba al animal del oro. Pero ahí, excepto unos pocos que arrebataban con violencia i no eran los que mas cojian, no se peleaba sino con el fraude i el engaño. El que mejor los urdia juntaba mas dinero. ¡Oh nuevo asombro! Conforme se enriquecian, íbanse unos transformando en monstruos pequeños

a semejanza del grande, con la cornucopia i el tumulto; otros corrian en dos direcciones diversas abrazados de sus talegos.

—¿A dónde van, Mercurio?

—Los unos, me respondió, a gastar el oro en la bestia; los otros a satisfacer su ambicion.

Cambió los vidrios Mercurio, i ví una pirámide que ofrecia el aspecto del árbol de pascua que acostumbra el europeo en Navidad, para fiesta de los niños; pero destroncado. Estos eran juguetes de mas valor: coronas, títulos, bandas, sillones del congreso, condecoraciones. Diríase que era un asalto, al considerar la furia con que los hombres pretendian subir la pirámide, para apoderarse de las joyas. ¡I qué encarnizamiento! Ni fieras. Como todos no podian obtenerlas ni uno solo era capaz, juntábase muchos i conquistaban la joya para uno de ellos. Este compartia los beneficios i los distribuia entre sus compañeros. Por cierto que se reservaba la mejor parte. Mui mas fácil era la tarea para los que traian dinero, pues, con sembrarlo, todos sin dilacion les formaban calle con grandes reverencias: ninguno osaba oponérseles.

Los demas vidrios de la linterna me mostraron escenas de la vida, en que aparecian patente la locura i vanidad del hombre; pero no recuerdo esas

escenas de una manera clara i distinta. Lo que primero habia visto me llevó a consideraciones tales que volvieron a mi ánimo la disposicion melancólica en que me encontró Mercurio. Miraba las figuras como el hombre que tiene fijos los ojos en un punto i el alma en mui diversa parte.

EL CASAMIENTO MÁJICO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL HIJO DEL REI BUENO.

Mui apesadumbrado estaba el Rei Bueno de considerar cuán pronto se extinguiria su descendencia. Sentíase ya viejo, pues contaba ciento veinte años, i no habia forma de decidir a su hijo único, el Príncipe Heredero, a que elijiera esposa.

Nació este Príncipe con el mas desatinado amor a todas las mujeres, de manera que siempre estaba por casarse con la última que veia.

En balde el Rei, con gran copia de razones, le manifestaba la extravagancia de su conducta; sus palabras impresionaban tanto al Príncipe, como a la mayoría de una Cámara los conmovedores discursos de la minoría.

Al Rei Bueno ya no le cupo la menor duda de que, en esta pasion de su hijo, andaria algun maligno encantador. Consultó a los adivinos mas famosos de sus estados; pero ninguno supo darle razon.

Extendióse en esos dias la noticia de que habia

llegado un mago eximio en el arte de adivinar. Era discípulo de Tirésias de Beocia, i practicó muchos años su arte en los oráculos de Délfos, Colofon i Dodona.

Referian de este mago revelaciones i profecías maravillosas.

Un enfermo de gravedad le consultó si moriria.

—¿Te cura médico? preguntó el mago.

—Nó, respondió el enfermo.

—Morirás, dijo el mago.

I, efectivamente, murió cincuenta i seis años despues.

Un abogado le consultó cómo haria para ganar un pleito.

—¿Obra con rectitud la parte contraria? preguntó el mago.

—Sí, respondió el abogado.

—Pues, sigue la línea angulosa, dijo el mago, que, en asuntos judiciales, es mas corta i segura que la recta.

I así lo hizo, i le fué bien.

Un bribon le consultó cómo haria para que no lo persiguieran por una estafa que proyectaba.

—¿Cuánto piensas estafar? preguntó el mago.

—Cien escudos de oro, contestó el bribon.

—Estafa cincuenta mil, dijo el mago; separa diez

mil para los encargados de perseguir los crímenes de oficio, otros diez mil para el estafado, advirtiéndole que si no le satisfacen i levanta la voz, no conseguirá ni medio escudo, i guárdate lo demas.

I así lo hizo i le fué bien.

Una doncella le consultó si se casaria con un jóven a quien amaba i de quien era correspondida.

—¿Es rico? preguntó el mago.

—Sí, contestó la doncella, i yo tambien soi mui rica.

—¿Hai oposicion en las familias de uno i otro a este enlace? preguntó el mago.

—Al contrario, respondió la doncella, mucho les agrada.

—Segun eso, hija mia, dijo el mago, es probable que te cases, si Dios no pone inconveniente.

Luego que el Rei Bueno supo la llegada del mago, lo mandó llamar i le ordenó que examinara al Príncipe.

Tomó el mago la mano derecha de Su Alteza, observó prolijamente las líneas, levantó figura i dijo:

—Solo hai una mujer que puede fijar el corazon del Príncipe, i es la hija del Rei de la Isla Verde.

—¿Dónde está eso? preguntó el Rei Bueno en voz baja al Ministro de Relaciones Exteriores.

—¿La Isla Verde? dijo el Ministro. Aguarda: debe de decirlo mi Manual de Jeografía.

I lo sacó del bolsillo.

—No busquen, dijo el mago. Está la isla en tierra no explorada.

—En tal caso, dijo el Ministro, podremos nombrar una comision científica que acompañe a Su Alteza i, desde luego, me permito recomendar a Su Majestad para que formen la comision, a cuatro sobrinos mios, jóvenes mui aprovechados...

—Solo puede ir el Príncipe i nadie mas, dijo el mago. I para llegar a la Isla Verde, deberá primeramente caminar tres dias en direccion al oeste. Al cabo de ellos se encontrará en la sierra que habita el mago de la Cueva Negra. Este ha de darle un limon de tres pepas i le enseñará lo que debe hacer con él. No puedo revelar mas.

Retiróse el mago. El Príncipe permaneció un rato pensativo i despues le dijo resueltamente a su padre que queria partir sobre la marcha. Aprobó el Rei su determinacion, bien que con gran dolor de su parte, i ese mismo dia partió el Príncipe.

CAPÍTULO II.

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL PRÍNCIPE I EL MAGO DE LA CUEVA NEGRA.

Tres dias i tres noches anduvo el Príncipe. Atravesó agrias cuestas, temerosos yermos, selvas vírjenes llenas de animales feroces, i desiertos i serranías que no terminaban nunca. Llegó, por fin, a una meseta, i desde ahí descubrió una cueva en el fondo de un precipicio. Con grandísimo trabajo i poniendo cien veces la vida en peligro, llegóse a ella i vió dentro a un viejo que dormia. No sin temor de irritarlo lo despertó; mas apénas el viejo vió al huésped, exclamó en alta voz i levantando los ojos i los brazos al cielo:

—¡Gracias a Dios! ¡Al fin llegaste! Noventa años hacia que te estaba esperando i ya comenzaba a impacientarme. I despáchate luego, porque me aguarda un individuo desde el dia en que nací, i debe de estar con algun cuidado por la demora. Vaya, contéstame las tres preguntas para darte el limon.

—¿Qué tres preguntas? dijo el Príncipe sorprendido. No me han dicho nada.

—Yo no tengo que ver con eso; se le olvidaria

al otro mago, repuso el de la Cueva; i miéntras no respondas a los enigmas no te daré el limon.

—Déjate, mago, dijo el Príncipe, de pregunticas i de niñerías i daca el limon. Sé lo que son estos enigmas; nunca, ni por broma, he podido adivinar uno solo.

—Si tanto te empeñas dijo el mago..... Dame alguna cosa i veremos.

—¿Qué quieres? preguntó el Príncipe.

—Aunque esto sea faltar a mi deber, respondió el mago, te llevaré barato por ser a tí. Dame todo el dinero que andas trayendo; me encuentro mal en los negocios...

—Tómalo, dijo el Príncipe, i se lo dió.

Guardóselo el mago, i dándole el limon al Príncipe, le dijo:

—Camina dos dias hácia el oriente, pasados los cuales llegarás a un mar que te cerrará el paso. Sácale entónces la cáscara al limon i cómetelo si es tu gusto; pero conserva las tres únicas pepas que tiene. Arroja una de ellas al agua i dí: pepa, enséñame lo que debo hacer. Inmediatamente aparecerá un esquife sin remeros ni nadie que lo gobierne; embárcate en él sin temor, i toma tierra en la parte que se detenga. Es cuanto puedo decirte. Lo demás te lo manifestarán las pepas, interrogándolas de la

manera dicha. Ya me voi. Que te vaya bien. Pero, aguarda. Por si me preguntase el que me envió cómo contestaste las preguntas i para que no me coja a palabras, voi a decirte los enigmas con lo que tú debias contestar.

«Es el primero: ¿Cuál es la hembra del hombre? I tú: la mujer.

—¡Qué novedad! dijo el Príncipe.

—El segundo, continuó el mago: ¿Cuál es la primera letra del alfabeto? I tú: la *a*.

—¿Son bromas éstas? preguntó el Príncipe fastidiado.

—El tercero: ¿cómo se llama esta fruta? I tú: limon.

—Mago salteador de caminos, mago ladron, mago infame, gritó el Príncipe ciego de cólera. ¡Vuélveme mi plata!

—No entiendo, dijo el mago. *¡Palopala lopalapa!*

I vino por los aires un palo de escoba, el mago se montó en él, i dejó al Príncipe considerando el magnífico panorama que se extendia a su vista.

Largo rato permaneció Su Alteza sin hallar en quien desfogar la cólera, hasta que tomó el partido de irse por el camino que le indicó el mago. Despues de andar dos dias llegó al mar, mondó el li-

mon, se comió la carne, guardó las pepas, arrojó una al agua, dijo las palabras, vino el esquife, se embarcó en él i despues de navegar cuatro dias, divisó una isla, a la cual enderezó el esquife.

CAPÍTULO III.

CÓMO LLEGÓ EL PRÍNCIPE HEREDERO A LA ISLA VERDE, I DEL CURIOSO AMOR QUE LE INSPIRÓ UNA MUCHACHA.

Atracó el esquife junto a unas escarpadas peñas, que mejor desembarcadero por ahí no se veia, i desapareció apénas hubo el Príncipe saltado a tierra. Trepó éste las rocas, i anduvo buena pieza despedazándose las manos i los zapatos (que es mucho mas importante), cuando, al revolver de un peñasco, ofrecióse a su vista un extenso valle tan vicioso i pintoresco, que con solo verlo dió el Príncipe por bien empleadas sus fatigas. Avanzó algunos pasos, pisando en la blanda alfombra de la yerba, i penetró en un bosquecillo de mirtos. Ahí vió en un claro a una muchacha cojiendo fresas, de extremado parecer i brios, frescota, colorada, de ojos vivos i negros, i de turjente seno, como dicen los pobres poetas, que siempre hablan de esto como hablaria

de un buen trozo de cordero asado un hambriento de tres dias.

I hé aquí que, al verla, se apoderó del Príncipe un amor como el que hace palpitar la cabeza de los novelistas a dos centavos la entrega. Lo que primero hizo fué arrimarse al tronco de un árbol; apoyó la mejilla en la una mano, llevóse la otra al corazon, i así permaneció en éxtasis durante dos horas, que fué el tiempo que empleó la muchacha en cojer fresas. Así como ella terminó, púsose el canastillo en la cabeza i se retiraba tranquilamente, cuando el Príncipe, que la habia devorado cien veces con los ojos, los cuales le crecieron de un modo extraordinario en esta ocasion, creyó llegado el momento de declarar la inmensa hoguera que lo consumia, i acercándose lleno de temor respetuoso a la muchacha, le dijo con la voz mas dulce i melancólica que encontró en la garganta:

—¿Por qué huyes, hermosa niña?

—¿Qué me quiere usted? dijo la muchacha sin dar la menor muestra de esquivez.

—¿Por qué huyes de mí? ¿Temes algo?

—Absolutamente nada.

—Haces bien, nada temas, dijo el Príncipe en tono dolorido. Soi un desdichado que arrastro mi peregrina existencia por el desierto oásis de los pla-

ceres mundanales. He apurado cien veces el cáliz de la amargura. ¡Cuán amargo era!.... Un ánjel de inocencia i de candor me sostenia i me engañó.... ¡Oh! Aun recuerdo ese momento fatal, cuando la ví.... ¡Así pagaste mi amistad, fementida!.... ¡Así pagaste mi amor, mujer hechicera!.... Así.... Pero, ¡qué digo!.... Perdona, suave niña, perdona a un corazon desgarrado. Soi un loco, lo confieso, un pobre loco. Escucha. Era una hermosa tarde de primavera. Todo callabá a mi alrededor, ménos mi corazon. ¿Por qué la amas? me decia él. ¡Ah! No lo sé; pero la amaba. Sí, la amaba como solo saben amar los ánjeles. Ella, ella, ella era todo mi ser, toda mi vida, toda mi existencia. Ya nada queda. Solo se extiende a mi vista un desierto horrible. Pero no me oyes, dulce niña. ¡Por piedad! Mira, seré tu hermano. Nos amaremos...

—Al fin i al cabo, ¿fresas son las que quiere? le dijo la muchacha.

—¡Fresas! exclamó el Príncipe con el sarcasmo de la impotencia. ¡Fresas! repitió con indecible amargūra. No, no quiero fresas. Quiero ser tu amigo, tu hermano, i, como tal, te pido que enlacemos nuestras almas en un beso...

—¡Pscht! ¿Eso no mas?

—...En un beso único, i que se remonten hasta

el cielo i bajen a los profundos abismos, siempre enlazadas i siempre rebosando de amor.

El Príncipe calló un momento, i parecia que en su pecho se trababa horrible lucha. Despues continuó con finjida calma:

—Hermosa niña, tiende por un momento la vista a tu alrededor. Contempla cómo sonrie esa naturaleza bienhechora. El pajarillo canta en la enramada, el céfiro juguetea con las encinas i añosos robles, todo convida al amor. ¡Amémonos, pues; olvidemos el pasado i sus sombrías realidades; abandonemos ese mundo engañoso que nos promete placeres sin fin. Ven, ven a mis brazos, deja que te...

I el Príncipe, arrastrado por su fatal sino, se precipitaba hácia la muchacha, cuando recibió en las espaldas tal golpe que lo hizo volar buen trecho ántes de caer. Resonó al mismo tiempo una estrepitosa carcajada, i el autor de ella i del golpe era un hombrecillo de seis metros i decímetros de alto.

—¡Miren al mocito, dijo el jigante. ¡Atreverse con mi mujer! ¿I qué te decia, hija?

—Me pedia fresas, contestó la muchacha con mal modo.

—¿Conque te pedia fresas? Por dicha, ahora he llegado al principio, que otras veces apénas si he

alcanzado a los postres. ¡A la casa luego! Ya le tomarás el olor al látigo.

CAPÍTULO IV.

DE LA PRUEBA QUE PASÓ EL PRÍNCIPE HEREDERO.

Despues de un buen rato en que estuvo el Príncipe tendido sin movimiento, se levantó a medias i exclamó haciendo jestos de dolor:

—¡Qué bruto! Con poquito mas me quiebra el espinazo.

En esto vió que por ese lado venian tres hombres, cuyos piés eran mucho mayores que el resto del cuerpo, i cuando atravesaban algun espacio sin sombra, levantaban un pié i éste les servia de parasol.

Al pasar junto al Príncipe, les dijo éste admirado:

—Buenos dias, amigos. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos ciápodos, le respondieron.

—¿Ciápodos? ¿I cómo dice Ctésias de Gnido que ustedes habitan las riberas atlánticas?

—Efectivamente somos de allá, contestaron; pero hemos venido como embajadores a esta tierra. Adios.

I al volverse uno de los ciápodos pisó los callos a otro que estaba distraido a seis pasos de distancia, por lo cual se trabaron de palabras, i luego principiaron a darse de puntapiés. El tercer ciápodo, esperando que terminara el combate, se tendió de espaldas con las plantas vueltas al sol, proporcionándose de esta manera tanta sombra como si estuviera debajo de dos frondosos árboles. Terminado el combate se marcharon, dejando en el campo tres pedacitos de uña, grandes como concha de tortuga vieja.

Acordóse entónces el Príncipe de las pepas. Sacó la segunda i dijo: pepa, enséñame lo que debo hacer. I al punto apareció un enano.

—Aquí me tienes Príncipe, le dijo.

—¡Hola, hola! exclamó el Príncipe. Hombre, acércate un poco mas. Llévame al palacio del Rei de esta isla, pero ántes cúrame la espalda: no puedo moverme.

—No es nada, dijo el enano. Yo te la curaré.

I dicho i hecho. Se encaramó a las espaldas del Príncipe, se sentó ahí dos minutos, aplicó tres puntapiés a la parte machucada, i Su Alteza quedó tan bueno como ántes.

—Príncipe, dijo el enano, voi a llevarte a donde me pides. Pero no podrás llegar al palacio sin soportar una prueba terrible. Has de ir con los ojos

vendados; yo te guiaré con una soga a la manera de perro de ciego. Si la curiosidad te vence i te quitas la venda, todo lo perderás, i tengo órden de llevarte inmediatamente al palacio del Rei Bueño tu padre.

Vendóse los ojos el Príncipe i caminó guiado por el enano.

A poco andar, oyó una voz dulcísima que preguntaba:

—¿A quién llevas ahí, buen enanito?

—A un aficionado a las mujeres, respondió el enano.

—¡Ai! exclamó la voz. ¡I qué hermosos ojos debe de tener!

—No son feos, dijo el Príncipe. ¿Se los muestro, enano?

En esto principió la voz a cantar con ternura i voluptuosidad tan extremadas, que el Príncipe gritó:

—Enano, enanito de mi vida, ¿me quito la venda?

—Haz lo que te parezca, respondió el enano; pero ya sabes lo que te ha de suceder.

—¡Cuán hermosa será la dueña de esa voz! exclamaba el príncipe embelesado. ¡Qué garganta! Ya me parece que la veo.

I el Príncipe respiraba un ambiente perfumado, i oia que las voces a ratos cantaban mejor que ruiseñores i a ratos decian:—¡Qué blanco es tu brazo! ¡Qué labios de coral! ¡Qué hombros los tuyos! I luego despues se dirijian al enano:

—Buen enano, le decian, deja al Príncipe que juegue un instante con nosotras.

—Nó, nó, contestaba el enano. Está grandecito para andarse con tales juegos i es probable que se pase al otro lado.

—Enanito, decia el Príncipe, ¡si soi mui niño! ¡Me gusta tanto jugar! Déjame... ya me quito...

—Tú sabras, dijo el enano, i tiraba de la soga al príncipe; pero éste no tenia fuerzas para seguir adelante.

—Tontería, pensó el Príncipe. Lo mejor es descubrirse.

Hizo como que se iba a rascar la frente i se levantó con mucho disimulo la venda; pero todo fué mirar i volverse a cubrir inmediatamente. I fué por haber visto que los ruiseñores eran unas viejas arrugadas, sin dientes, sin pelo, con unos ojos i una nariz que mas vale callarse.

Al Príncipe medio se le revolvió el estómago, i le dijo al enano:

--Enano, enanito, ya me destapo... ya... ya...

Aprétame mas la venda para no caer en la tentacion, i vámonos luego, que ya no tengo fuerzas para resistir.

I las voces seguian cantando, i el Príncipe decia:

—Apresúrate, enanito, apartémonos de estos peligros.

Las voces se hicieron cada vez mas lejanas hasta que no se oyó nada.

—Príncipe, dijo entónces el enano con semblante mui malicioso i quitándole la venda, has soportado la prueba. Francamente no lo habria creido.

—¡Si supieras, enano, lo que he padecido! exclamó el Príncipe algo amoscado. Sobre todo cuando me resolví a alejarme la tercera i última vez, me parecia que dejaba el corazon. Hube de hacer un esfuerzo sobrehumano.

De pronto desapareció el enano, i el Príncipe, sin saber cómo ni en qué manera, se vió en una espaciosa sala, con todas las puertas cerradas. Recibia la luz por unas ventanas colocadas mui arriba en la pared, i no tenia mas muebles que dos sillas.

Entónces el Príncipe se acordó de la pepa que le quedaba. La sacó i dijo:

—Pepa, enséñame lo que debo hacer.

Al momento apareció un dragon que echaba fuego por las narices.

—Príncipe, le dijo, esta es la última prueba. Vendrá una mujer, estará un dia en esta pieza acompañándote, i, si le dices la menor palabra, o le haces el menor jesto, o la tocas, aun cuando sea con la punta de los dedos, todo lo perderás i tengo órden de llevarte inmediatamente al palacio del Rei Bueno, tu padre.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE CONVERSARON EL DRAGON I EL PRÍNCIPE, I CÓMO ÉSTE LE REFIRIÓ EL APÓLOGO DE LA ZORRA AMANTE DE LA LIBERTAD.

Despues de estas palabras, el dragon iba a retirarse; pero el Príncipe, que le encontró cara bondadosa, le dijo:

—Aguarda, buen dragon, esta sala es mui fria. ¿Quieres hacerme el favor de calentarla un rato?

—De mui buena gana lo haré, dijo el dragon, i se tendió en mitad de la sala.

El Príncipe acercó sin temor una de las sillas a las narices del monstruo, i, sentado en ella, principió a calentarse.

Pronto hicieron confianza, i el dragon, que era mui comunicativo, le contó que trabajaba en el

campo i tenia una siembrecita de maiz i trigo que prometia buena cosecha, i, como el tiempo amenazaba lluvia, le participó al Príncipe sus temores del gran daño que el agua causaria en las siembras. Pidióle noticias del precio que tenian dichos productos en su reino, i de la manera cómo sembraban i hacian la cosecha. Hablóle de si los agricultores estaban alguna vez acordes en la oportunidad de las lluvias, i le preguntó que cuál era el precio de arrendamiento de los fundos rústicos.

A todo contestó el Príncipe, i él a su vez, le interrogó sobre el gobierno que tenian en la isla, si existia entre ellos la libertad de cultos, sobre el impuesto aduanero, i si habia llegado a la isla la peste liberal, que hiere el corazon i la cabeza, i vuelve a los hombres

Callados como un papagayo borracho,

Prudentes como las mariposas,

Amigos de las luces como el buho,

Enemigos del oro como el rei Mídas i el agua rejia,

Confiados como el perro que roe un hueso,

Amantes de la humanidad como los vampiros, médicos, sanguijuelas, abogados, procuradores — sean o no de número, que, en tratándose de cobrar, todos saben hacer grandes i buenos números i, agru-

pándolos, forman grandes i hermosas cantidades—notarios, receptores de todas cuantías, defensores públicos.....

Con tantos principios como el círculo,

Amantes de la libertad como la zorra, i es apólogo.

Constituyéronse las gallinas en república, i, en un lugar no frecuentado por las zorras, levantaron una ciudad.

Defendiéronla con fuertes murallas, i, en el interior, construyeron cómodos i espaciosos gallineros. Diéronse leyes, nombraron majistrados de entre los gallos mas ancianos, i de este modo vivian felices i tranquilas.

Una zorra de olfato maravilloso, vino de luengas tierras, mui creida de que la cosa era llegar i comer; mas, grande fué el desengaño cuando vió los elevados muros, i la vijilancia con que los guardaban.

Apénas los de la ciudad conocieron que andaba el enemigo a las vueltas, redoblaron la vijilancia, i bajo severísimas penas se prohibió a todos los habitantes el salir fuera de las murallas.

Pero un pollo jóven e inexperto, por echarla de guapo i de persona que no aguantaba leyes, burlando la vijilancia de los centinelas, salió, i todo fué verse fuera i caer en manos de la zorra. Pero ésta,

considerando que con comerse el pollo no avanzaba nada sino que lo que queria era entrar en la ciudad, disimuló los espantosos gritos del estómago, i llevó la presa a su cueva. El pollo creyó llegada la hora postrera; cerró los ojos, dedicó un último recuerdo a sus ancianos padres, a los hermanitos, a los amigos, a las tranquilas horas de la infancia pasadas en el gallinero doméstico, i esperó resignado la muerte; pero con grande admiracion oyó a la zorra que le dijo con cierto fondo de melancolía:

—Buen pollo, ¿por qué tienes miedo?

—Linda zorrita, encanto de mis ojos, contestó el pollo, pálido i temblando, dicen que tú nos comes; pero no puedo creer eso de tu bondad.

—¡Que yo los como! dijo la zorra con amargura. ¡Que yo los como! ¡Cuando todos mis esfuerzos no tienen mas objeto que la felicidad de ustedes! Porque son mui desgraciados, mísero pollo, mui desgraciados.

—¿Nosotros? No lo sabia, dijo el pollo.

—¡Ah! ¿No lo sabías? prosiguió la zorra. No lo extraño. Te has envilecido de tal modo que no sientes el peso de las cadenas que te oprimen. ¿No ves que esos gallos a quienes han dado la autoridad, solo tratan de vivir a costa del pueblo? ¿No ves cómo lo engañan, cómo se aprovechan de su ignorancia i

credulidad? Tú que vives con ellos no sabes las abominaciones que cometen; pero yo que ni siquiera los he visto, bien las conozco.

«¡Oh, la libertad, pollo mio! ¿Hai cosa mas bella que la libertad? Esos ciudadanos apegados a usos rancios, incompatibles con el progreso... ¡El progreso, pollo! ¡El progreso!... ¡La civilizacion, pollo! Atiende bien a estas cosas... Quieren hacerles creer que yo los devoro. ¡Si yo pudiera entrar a tu ciudad!... ¡Si yo pudiera darles leyes!... Anda, pollo, anda i quítales a tus conciudadanos esa venda que les impide conocer la verdad; muévelos a elejirme como jefe, ¡i verás qué hermosos dias!

Partió el pollo mui pensativo, le abrieron las puertas, i me lo llevaron derecho a la cárcel, con lo cual no le quedó duda de que estaba bajo la mas ignominiosa tiranía. Apénas fué puesto en libertad, comenzó a propagar secretamente las nuevas doctrinas. Siguiéronle luego muchos pollos amigos de novedades, que querian echarla de progresistas, i todos los que pensaban pescar algo revolviendo el rio. La faccion se aumentó considerablemente i se hizo mui atrevida. A los ciudadanos juiciosos i amigos del órden los llamaron retrógrados, i a los majistrados tiranos i enemigos de la libertad. I al oir esta palabra exclamaban los de la faccion:

—¡La libertad! ¿Hai cosa mas bella que la libertad?

Emisarios secretos fueron enviados a la zorra, i un buen dia le abrieron las puertas, i con gran bulla i algazara la pasearon por las calles a los gritos de ¡viva la libertad! viva la libertad! Condujéronla a la plaza pública i ahí ocupó la zorra una tribuna que le habian prevenido. La plaza estaba literalmente cubierta de aves. Ordenaron silencio los heraldos, i la zorra, despues de pasear una mirada satisfecha por la concurrencia i de lamerse tres veces el hocico, exclamó:

¡Necios! ¡Hai una cosa mas bella que la libertad, i es el comerlos a ustedes!

I así como el lobo no se cuida del número del ganado, así la zorra con las gallinas, i lanzándose de la tribuna hizo tal desparramo i comió de tal manera, que reventó.

CAPÍTULO VI.

DE LAS OTRAS COSAS QUE CONVERSARON EL PRÍNCIPE I EL DRAGON, I CÓMO ÉSTE ESTORNUDÓ.

Preguntóle el Príncipe a su compañero que a cuánto ascendia la deuda pública.

—¿Deuda pública? dijo el dragon.

—¡Qué! ¿No tienen ustedes deuda pública?

—Primera vez que oigo semejante cosa.

—¡Cómo! ¿No estudian Economía Política? preguntó el Príncipe admirado.

—Nó, contestó el dragon tranquilamente. No conocemos mas economía que la que hace aumentar la hacienda.

—¡Uf! ¡Vaya con la jente atrasada! Pero, amigo, estará el erario mui pobre, no tendrán ustedes industrias...

—¿Que no tenemos industrias? dijo el dragon. Se conoce que estás recien llegado. I lo que es la hacienda pública se encuentra tan abastecida, que, desde tiempo inmemorial, le distribuyen al pueblo dinero para asistir a los espectáculos, como lo decretó Perícles entre los atenienses.

—¡Qué escándalo! exclamó el Príncipe.

—¿I esa Economía dice que los Estados deben tener deudas? preguntó el dragon.

—Poco a poco; la cuestion no es tan fácil que digamos, contestó el Príncipe. Ha sido mui debatida i gruesos volúmenes se han escrito sobre ella. Pero hai una opinion, resultado de muchas vijilias i de prolijas investigaciones, que va ganando terreno. No hai duda de que es algo exajerada; pero de

todos modos es la que mas se acerca a la verdad. Dice la tal opinion...

—Ya me parece que no voi a entender palabra, dijo el dragon haciéndose todo oidos.

—Dice la opinion, continuó el Príncipe, que los empréstitos son cosa buena i loable, cuando el dinero se emplea en gastos productivos; pero que si ha de disiparse locamente, los empréstitos deben evitarse a toda costa. I aun llegan los científicos hasta demostrar de una manera matemática, que el Estado que obra del último modo, se arruinará i no encontrará quien le preste un centavo.

—Parecen jente razonable esos economistas, dijo el dragon bostezando.

—¡Oh! Sí, dijo el Príncipe, rascándose la barba. Siempre que raciocinan de este modo.

Miéntras tanto se habia disminuido el fuego del mónstruo, i el Príncipe, para avivar la llama, sacó la espada i escarbó las narices de su compañero.

Recayó despues la conversacion sobre las mujeres, i el Príncipe hizo algunas alusiones no nada honestas; pero no siguió adelante por haber observado que el dragon se ponia colorado i como que se turbaba, por lo cual conoció que era persona recatada i de poco mundo.

I el Príncipe tornó a escarbar las narices del

mónstruo por entretenerse, i tanto escarbó que el dragon no pudo reprimir un estornudo. Lanzó una llamarada enorme i cayó sobre el Príncipe una lluvia de brasas.

Al punto el buen dragon se levantó a socorrerlo; sacó, en seguida, un pañuelo de asbestos i se limpió las narices. Acompañó al Príncipe poco rato mas, i se retiró a sus ocupaciones.

CAPÍTULO VII.

DE LA ÚLTIMA I TERRIBLE PRUEBA DEL PRÍNCIPE HEREDERO.

Paseóse el Príncipe por la sala i dijo, rascándose la cabeza con solo un dedo, como lo acostumbraba César:

—Hum. ¿I quién me verá? Tarda mi compañera.

I acertó a mirar hácia arriba i vió un ojo descomunal que estaba en el techo como en una cara. I el ojo lo miraba sin pestañear.

—¡Hola! dijo el Príncipe. Parece que nos observan; pero no haré caso. ¡Vaya que tarda mi compañera!

De pronto vió sentada en una de las sillas a una doncella, que no podia ménos de serlo, hermosa

como jamás se lo soñó el Príncipe de mujer alguna.

Su Alteza quedó sin habla ante vision tan celestial. Despabilóse tres i cuatro veces los ojos, i todavía no les daba crédito. En tanto el ojo guiñaba como por modo de fisga, i el Príncipe al verlo se desesperó sobre manera, por acordarse de la prohibicion respecto a la doncella.

I ésta dijo:

—Príncipe, ¿por qué no te sientas? Conversaremos un rato.

Mirábala el Príncipe de soslayo sin atreverse a mas, i nació en su corazon un amor como nunca habia sentido. Bramaba por acercarse a ella; mas faltaba poco para pue terminara el dia i encontrar el remedio de su inconstancia.

Repitió sus súplicas la niña, i el Príncipe le volvió las espaldas i se echó a cantar a toda voz; pero le temblaba todo el cuerpo; ya creia perder la cabeza.

Rompió a llorar la doncella. Júzguese de los padecimientos de Su Alteza que nunca supo lo que era resistir a una mirada de mujer, i ahora lágrimas, ¡i por su causa!

Movíase como un leon en la jaula i daba tales suspiros que parecia absorber todo el aire del aposento.

Redobláronse las súplicas i las lágrimas. El Príncipe ya no pudo mas.

—¡Lléveselo todo el diablo! gritó, i abrió los brazos i corrió hácia la niña. Pero ántes de llegar a ella, se sintió un estremecimiento espantoso; desapareció la doncella i el Príncipe cayó sin sentido.

CAPÍTULO VIII.

DÓNDE SE LEVANTÓ EL PRÍNCIPE; I CÓMO UN JURISCONSULTO ROMANO ELUDIÓ LA LEI SOBRE EL CETRO.

Cuando el Príncipe recobró el conocimiento, se alzó en la sala mas espaciosa i magnífica que hubieran contemplado sus ojos. En el fondo estaba el Rei de la Isla Verde, debajo de un dosel de terciopelo recamado de oro, en un trono de oro, con traje de telas de lo mismo, sembrado de diamantes, perlas, záfiros i topacios. La corona era de joyas de inestimable precio, i el cetro de una sola piedra, cuyo color era cien veces mas hermoso que el de la esmeralda, i despedia luces de extraordinario brillo. I este cetro tenia su historia.

Una lei de la Isla ordenaba que el cetro solo podia ser de cristal. Un dia descubrieron una piedra

de las dimensiones de aquél, tan brillante, tan hermosa, de tanta riqueza, que el Rei a toda costa quiso usarla como cetro. Pero en balde se quebraba la cabeza para eludir la lei de una manera decente, hasta que se le ocurrió consultar a un jurisconsulto romano. Envió un dragon al pais del jurisconsulto para que se lo trajera, i así como llegó a la Isla, le presentó el caso, ofreciéndole, por supuesto, buenos escudos para aguzarle el injenio. Echóse a reir el romano, i dijo: «Bagatela. Oigan ustedes. La piedra no tiene nombre; la llamaremos cristal verde. Ahora bien, la lei no especifica qué clase de cristal debe usarse en el cetro; por consiguiente, el Rei queda libre para escojer la clase que mas le agrade. I es todo.

«Donde sudé la gota gorda—*sudavi et alsi*—fué cuando tratamos de que se pudiera condenar a muerte a un ciudadano romano, lo cual era prohibido por la lei Papia Popea. Dejaron el negocio a mi cuidado, i, despues de mucho dar i cavar, lo arreglé satisfactoriamente de este modo: los ciudadanos condenados a muerte, pasaban *ipso facto* de libres a siervos, i ya no habia inconveniente para aplicarles la pena capital; pero, como no puede haber siervo sin amo, les dimos uno mui benigno i paternal que era la misma pena a que habian sido

condenados. ¿Qué te parece, buen Rei, la travesura? I de éstas tenemos muchas.

—¡Vaya que es hilar delgado! dijo el rei.

—¡Delgado!... ¡Delgado! fueron repitiendo como eco todos los cortesanos.

CAPÍTULO IX.

CÓMO SE CASÓ EL PRÍNCIPE CON LA HIJA DEL REI DE LA ISLA VERDE, I DE LA DOTE DE ELLA.

Al lado del Rei, pero en una grada mas abajo, estaba la doncella que acompañó al Príncipe; aun le brillaban algunas lágrimas en los ojos.

No me pararé a describir el trono de grandísima riqueza que ocupaba, ni las piedras preciosas que formaban la diadema, ni el maravilloso tejido del traje, ni los anillos, pendientes, collares i demas atavíos. A lo largo de la sala, formando calle, habia dos largas filas, i componian la una caballeros, i la otra damas de la corte, todos con el lujo i magnificencia que era de razon.

El Príncipe quedó embargado al ver todo esto; mas, apénas conoció a su compañera, solo tuvo ojos para ella, porque el pobre estaba sériamente enamorado, i sin reparar ni en el lugar ni en las personas, se dirijió resueltamente adonde estaba.

—Aguarda, le gritó el Rei, i se paró el Príncipe.

Cuando los cortesanos vieron que iba el Rei a hablar, levantaron la pierna derecha, lo cual entre ellos era señal de gran reverencia, i tan reverentes se mostraron las damas, que casi todas se cayeron de espaldas; felizmente los caballeros corrieron a prestarles auxilio.

—Príncipe, dijo el Rei, ¿has vencido las tres pruebas?

—Las dos primeras solas, respondió el Príncipe desconsolado i lloroso. La última me fué imposible.

—Pues precisamente, dijo el Rei, es la única que has cumplido i la que importaba cumplir. Porque el enigma te lo resolvió el mago de la Cueva Negra.....

—Ese mago es el ladron mas bellaco, interrumpió el Príncipe.

—Te descubriste cuando las viejas, i esta última prueba consistia en quebrantar lo ordenado, que, a no haberlo hecho, señal era de que mi hija (pues no era otra la doncella) no te habia inspirado el grado de amor necesario para curar la inconstancia de tu corazon. Levántate, hija mia, dale la mano al Príncipe, i vengan delante de mí.

Abrazólos el Rei mui tiernamente, i sin demora

hizo celebrar el matrimonio con pompa jamas vista ni oida.

Luego puso la dote de su hija a disposicion del Príncipe, i consistia en quinientos sacos de plata, doscientos de oro i ciento veinticinco de piedras preciosas. Esto en cuanto al dinero sonante i a las joyas; por lo que toca a objetos de arte i de curiosidad, comprendia la dote:

Una pulga de oro, disminuida doscientas veces del tamaño natural i trabajada a martillo. Para verla con comodidad, la tenian guardada en una caja de ébano de diez metros de largo i dos de ancho.

Una estatua del Rei, formada del Monte Verde, que era el mayor de la Isla. La trabajó Estesicrate, el mismo que ofreció a Alejandro hacerle una estatua mui vistosa i duradera del monte Átos de Tracia; la cual tendria en la mano izquierda una ciudad de diez mil vecinos, i con la derecha derramaria el perenne caudal de un rio que desaguaria en el mar. Desechado el proyecto por Alejandro, pasó Estesicrate a ofrecerlo al Rei de la Isla Verde.

Un espejo, obra de Arquímedes, con el cual se podia incendiar de noche un objeto hasta dos leguas de distancia.

Una estatua de Memnon, perfeccionada. Cuando la herian los primeros rayos del sol, pronunciaba dis-

tintamente estas palabras: «Buenos dias». A la hora del meridiano: «¡Qué calor!». Al darle los postreros rayos del sol: «Dios te guarde».

Cinco cántaros de las Danaides, rotos de tanto ir al agua.

Una redoma con dos rayos de luna, para lámpara de dormitorio.

Un ceñidor de Venus, bastante usado.

Un ojo propio con una viga de tres metros de largo, primorosamente labrada.

Tres vestidos para los dias calurosos, hechos de telaraña, teñida de diferentes colores.

El ojo de una llave, por el cual se veian cien cosas que no se podian contar.

Todos estos objetos los aceptó el Príncipe, ménos la estatua del monte Verde, porque dijo que no le gustaba viajar con cosas pesadas.

Cuanto al dinero sonante, observó el Príncipe al Rei que su hija no lo habria menester i, prévio su consentimiento, lo donó a los hospitales i establecimientos de beneficencia de la Isla Verde, accion que fué mui bien aplaudida por los periódicos.

Permitió ademas el Rei a su yerno, que se llevase un médico que sabia curar, de dos que tenia en sus Estados.

Al dia siguiente, el Rei lo envió a dejar a su pais

en un carro con caballos alados. Desmontáronse el Príncipe i su esposa en una aldea vecina de la capital, i enviaron aviso de su llegada.

CAPÍTULO X.

CÓMO ENTRÓ EL PRÍNCIPE A LA CAPITAL DE SU REINO; DE LOS FESTEJOS QUE LE HICIERON, I CÓMO EL REI BUENO CORONÓ LA FELICIDAD DE SU HIJO.

Al dia siguiente, el Príncipe i su esposa entraron a la ciudad. Los reyes los esperaban en palacio. Todas las corporaciones i sociedades enviaron comisiones que las representaran en la comitiva de Su Alteza. En la puerta por donde debia entrar, lo aguardaba el Intendente, quien leyó un discurso bastante malo que le habia escrito su secretario. Nadie, felizmente, oyó una sola palabra, por lo cual fué estrepitosamente aplaudido.

En todo el trayecto formaban carrera los rejimientos militares, ménos en una extension de cinco cuadras, en que los suplian los alumnos de las escuelas públicas i de particulares, con sus estandartes e inspectores. En medio de esta carrera se elevaba un arco, el cual llevaba un letrero dorado que decia:

Al panadero de las intelijencias.

Al pié del arco estaba el Ministro de Instruccion Pública. Pronunció un discurso que le habia servido en veintitres ocasiones anteriores i que, por el uso, habia perdido bastante el brillo i lucidez primitiva. Comenzaba el Ministro diciendo que no estaba preparado i que, por tanto, no se esperaran de él grandes cosas, lo cual cumplió como hombre de conciencia. Habló largamente sobre los beneficios de la instruccion i resolvió de paso gran cantidad de problemas sociales. Terminó diciendo que la invencion de la imprenta era cosa mui grande, pensamiento atrevido que arrancó entusiastas aplausos.

Algunas cuadras mas allá, se elevaba un arco de arrayan, rematado por una lira, i, entre el follaje, estaban distribuidas en gracioso descuido, muchas semibreves, mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas, fusas, semifusas, llaves de sol, do i fa; toda suerte de compases; pentagramas, papel e instrumentos de música. Junto al arco se alzaba un tablado i en él se veia a las alumnas del Conservatorio Nacional de Música, vestidas de blanco i con el director a la cabeza. Apénas llegó el Príncipe, entonaron de comun acuerdo, a lo que parecia,

.....Un himno jigante i extraño.

Admiraron todos la facilidad i buena escuela de las muchachas para sacar la voz, pues no se les notaba esfuerzo alguno sino que abrian la boca en forma de O i en la garganta se habian dado cita todas las venas del cuerpo.

El himno fué primorosamente ejecutado, salvo que diez veces perdieron el compas i desafinaron cincuenta i cuatro. El Príncipe se dignó felicitar calorosamente al director por el adelanto de las alumnas, i, en breves palabras, lo alentó a no desmayar en la empresa de extender la educacion musical. El director le aseguró, tambien en breves palabras, que no desmayaria miéntras le pagaran con regularidad el sueldo, i, aprovechándose de la benevolencia del Príncipe, le pidio que se lo aumentara, pues de este modo cobraria grande aliento. Concedióselo inmediatamente el Príncipe i siguió adelante.

A poca distancia habia un arco de extraordinarias dimensiones, en cuya parte mas elevada se veia un Fénix naciendo entre las llamas, que es el emblema del jenio, i un poco mas abajo Apolo con las Nueve. Llevaba un letrero que decia:

Mœcenas atavis edite regibus!

Al pié del arco, en una plataforma, aguardaban al Príncipe hasta ciento veinticinco poetas, divididos en varios grupos con sus respectivos estandartes.

Formaban el primer grupo los poetas románticos. De ellos solo veia el espectador larguísimas i enmarañadas melenas, ojos feroces, barbas como selva vírjen i levitas herméticamente abrochadas hasta el cuello. Era el estandarte de terciopelo negro con lágrimas de plata, i, en el centro, bordada de realce, aparecia una tumba olvidada entre zarzales. En la lápida estaba representado un mochuelo i un puñal ensangrentado, al frente, una cruz de madera sin labrar, i a los lados un cipres i un sauce lloron de cuyas ramas colgaba una arpa; al babilonio rio arrastraba sus aguas a poca distancia. En último término se veia el sol que reflejaba sus postreros rayos en nubes de color ceniciento. Era cosa terrible.

Formaban el segundo grupo los poetas líricos. Estos tenian la frente mui despejada i los ojos levantados al cielo. Estaban en actitud de menear sabiamente el plectro. A ratos parecian inflamarse en súbito furor, i como que se elevaban del tablado. El estandarte figuraba un sol con facciones humanas, que sonreia amablemente a un jinete que se dirijia hácia él montado en el Pégaso, i el jinete llevaba en la diestra mano un haz de rayos i con la

siniestra señalaba el sol. Veíanse tambien algunos individuos que, a falta de Pégaso, se elevaban en globo e iban tranquilamente recostados en la barquilla.

Formaban el tercer grupo los enamorados de Filis i de Galatea, *lasciva puella*. Estos se contemplaban unos a otros con grande apacibilidad, inocencia i candor. Tenian olor a tomillo i yerba-buena. Representaba el estandarte un paisaje copiado del Poussino, i lo animaban en diversos términos:

Pan tocando la flauta de siete cañas.

Un sátiro persiguiendo a una ninfa.

Títiro recostado a la sombra de una frondosa haya, i lo rodeaban varias selvas mui atentas, a las cuales enseñaba a resonar con el nombre de Amarílis.

Damétas i Menálcas contendiendo en la poesía delante de Palemon.

El Cíclope peinándose con un rastrillo. Tenia para la nereida Galatea, al lado derecho los cuatro ositos robados a sus montaraces madres, de que hace mencion Teócrito; al lado izquierdo los dos ositos blancos, de que habla Ovidio; i sentado en las rodillas el osito velludo que le vió Dóris en el primer diálogo marino de Luciano.

El pastor Tirreno comiéndose con bastante apetito la fruta del cercado ajeno.

Dos pastores lamentándose dulcemente, mientras las selvas se tapaban los oidos.

Cuatro pastores vestidos de frac i con guantes blancos, que discurrian con injenuidad i sencillez sobre la idea de espacio.

Tres mil ovejas.

Cuarenta i siete cabras con sus cabritillos.

Un ciervo huyendo por puro gusto, porque nadie lo perseguia.

Una colmena de abejas hibleas.

Habia ademas en el paisaje:

Un rio de leche de cabra i un arroyo de miel de Himeto, cubiertos de moscas.

Abundancia de caramillos, zampoñas, cantaritos, avellanos, madroños, coronas de hiedra, de pámpanos, frutas silvestres.....

El cuarto grupo era el de los poetas satíricos. Se llevaban riendo, dándose unos a otros con el codo i guiñando el ojo. El estandarte representaba a un arquero apuntando al blanco, i las flechas no lo herian sino que pasaban a gran distancia. A espaldas del arquero, muchas personas de rostro airado llevaban gruesos garrotes i se disponian a darle una buena felpa.

El grupo que seguia era el de los poetas épicos, los cuales no hacian sino dormir i cabecear. Tenian

olor a enfermos de fiebre. En el estandarte aparecia un individuo dormido con un poema épico en las manos. Encima de la cabeza veíanse algunas nubes en las que estaban dibujadas, como que eran la pesadilla del dormido lector, batallas, mónstruos, jigantes, dioses que parecian hombres i hombres que parecian dioses, desafíos, viejos mui prudentes que pronunciaban interminables discursos, soporíferas descripciones de los relieves de puertas i de armaduras... Una trompa llenaba el resto del estandarte.

Formaban el sexto grupo los poetas metafísicos. Estos desdichados ya no tenian voz de puro quejarse de la mucha luz, i los unos tenian ojos de gato i los otros de mochuelo. Representaba el estandarte un eclipse total de sol.

Cuando el Príncipe vió esta fortaleza, cuyas descargas debia soportar, se apoderó de él un temblor convulsivo, perdió el color i comenzó a sudar arroyos. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, inclinó la cabeza i esperó.

Rompieron el fuego con una oda en la cual el autor, refiriéndose probablemente a sus compañeros, decia por via de introduccion i como cosa que nada tenia de particular, que el poeta era lo mas excelente que habia en la tierra, la obra maestra de Dios.

A los ocho versos, el Príncipe temió seriamente caerse muerto, i, en términos mui corteses, suplicó a los poetas que lo dispensaran, porque se sentia mal i picó espuelas al caballo. Viendo esto los divinos hijos de Apolo, sacudieron las terribles melenas, dieron un rujido que hizo callar a todos los otros animales, i poseidos de la divinidad, comenzaron a un tiempo a recitar sus versos. Formóse con esto tal batahola, que muchas señoras creyeron que estallaba alguna revolucion i cerraron apresuradamente las puertas de sus casas.

El Príncipe no paró hasta llegar a palacio. El Rei i la Reina esperaban a sus hijos en un gabinete apartado, para entregarse sin testigos a todos los trasportes de ternura.

El Príncipe tomó de la mano a su esposa i penetraron en el gabinete... Pero tendamos un velo sobre esta escena conmovedora, imitando, aunque por opuesto término, a Polignoto, que cubrió el rostro de Andrómaca i de una de las hijas de Priamo en su cuadro de la Destruccion de Troya; i a Eurípides i a Timante que cubrieron la cabeza de Agamenon en el sacrificio de Ifijenia.

En la noche hubo gran banquete. Reinó en él la mayor cordialidad i franqueza; se pronunciaron entusiastas brindis por los ministros de las potencias

extranjeras, i fué mui aplaudido el Enviado Extraordinario de una nacion con la cual poco faltaba para entrar en guerra. En el brindis no cesó de hablar de la profunda sabiduría del Rei Bueno, i haciéndose varias veces eco de los sentimientos de su gobierno, manifestó que las simpatías, i el amor, i el aprecio, i la paz inquebrantable, i las dos naciones hermanas.....

El Rei Bueno tuvo la oportuna idea de morirse de una conjestion cerebral en la misma noche, coronando así la felicidad de su hijo mui amado.

FIN.

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Prólogo	7
La visita a las Musas	11
El juicio de Minos	31
La Fortuna	47
El viaje fantástico	55
La linterna de Momo	67
El casamiento májico	77

BIBLIOGRAFIA

«MURMURACIONES»

ARTÍCULOS DE CRÍTICA SOCIAL I LITERARIA

POR PEDRO N. CRUZ.

1.

Es un consuelo encontrarse con un buen libro, hoi que se imprimen tantas cosas estériles o idiotas.—La publicidad tiene todas las atracciones de la mujer hermosa, i se vé asedi-

i afecto.—Despues de la ausencia.—¿Cón
comunican las hormigas entre sí?—I
mental.—Amor a la oscuridad.—¿Oyen
blan las hormigas?—Observaciones i ex
mentos de Tyndall i Bell.—Admirable o
vacion de Leuckar.—Las campañas de M
leon i las de las hormigas coloradas.—Inv
homérica.—Sus terribles consecuencias.
flexiones.—Novela de las hormigas.

Son casi universalmente conocidas la
servaciones de sir Jhon Lubbock sobr
abejas i avispas, con quienes está lo mas
mamente relacionado.

El popular baronet acaba de publica
compilacion de estas observaciones, con
nas nuevas sobre los usos i costumbres
hormigas, que, si posible fuera, son aun
seductoras que todo lo que hasta ahora n
hecho saber.

Sir John es tambien amigo familiar de
maravillosos seres.

Posee una comunidad que ha vivido
pre con él desde 1874, i ha inventado un
todo de mantener en agradable cauti
treinta o cuarenta ciudades de hormiga
bladas por especies británicas i extran
de manera tal que puede seguir todas su
niobras a traves de las láminas de
que forman las paredes de sus nidos arti
les.

Señalando con un lijero tinte de co
lomo de sus hormigas, puede distinguirla
dividualmente, i el resultado de sus la
detenidos estudios es que reclama para
el rango en seguida del hombre en la
de la intelijencia.

Admira ménos ésto despues de leer
encantadoras pájinas las sorprendentes
tades de las hormigas, su órden social, su
tas comunidades i prolijas habitaciones,
hacen caminos, amansan séres domés
mantienen esclavos, van a la guerra, di
partidas forrajeras, i ejercen los dones
memoria, el afecto, el patriotismo, i lo
debe llamarse «el intelecto».

Las hormigas arreglan sus larvas en gr
por tamaños, de modo tal, que sir Johno
compara a una escuela dividida en clases

Las crisálidas no pueden pasar a ser

Son terribles combatientes, teniendo especie su modo peculiar de ataque, con glo al cual proceden i ejecutan maniobr litares.

Tres o cuatro de los pequeños animal apoderan de las piernas de un enorme miéntras que un quinto salta sobre el e i le corta la cabeza.

Es mui sabido que las hormigas tie vacas, los pulgones, a quienes ordeñar admiten extraños favoritos en sus nido como escarabajos, cucarachas i otros i a quienes hasta limpian, acarician i tan.

Su actividad es devoradora. Sir Joh vó una hormiga ocupada en acarrear desde las seis de la mañana hasta cerc diez de la noche.

Se ocupan en lo que parecen ser ej jimnásticos, observan reglas estratéjic edificar, i dividen el trabajo, unas c edificando, miéntras que otras salen a alimentos.

Pero el ejemplo mas curioso de su zacion está en las comunidades que mantienen esclavos. Los sanguíneos expediciones en busca de larvas, que pues criadas en los nidos como sirvi desempeñan todas las labores doméstic miembros de una especie suiza depend teramente de sus esclavos, i no puede car, ni criar, ni siquiera alimentarse mos, sin la ayuda de sus «negros». S acostumbraba dar a sus especimen un por una hora o dos del dia, para limp darles de comer, sin cuyo auxilio in mente perecian.

El autor de «Hormigas, abejas i a (*Ants, Bees and Wasps*), despues de es ravillosas revelaciones, llega a la óbvi tion de si las hormigas son seres m responsables.

Sus ciudades compáralas con Ló Pekin; i en estas comunidades orga donde todos trabajan en la mayor a

M151907 789
C9575
m
YB 52475

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY